CIRCULO DEL CRIMEN

LA MONJA SIN ROSTRO

ANTONIA FRASER

EDICIONES FORUM



Nº 105

195 Ptas.

CIRCULO DEL CRIMEN

ANTONIA FRASER

LA MONJA SIN ROSTRO

(QUIET AS A NUN)

EDICIONES FORUM

Jeremina Shere es una afamada locutora de TV La muerte en extrañas circunstancias de una intima amiga de la infancia que se había convertido en monja la conmueve. La llamada de la madre superiora del internado-convento donde ambas estudiaron desata una investigación acerca de misteriosas muertes que la alumnas atribuyen a un personaje siniestro: la monja negra que deambula por las noches con siniestros propósitos.

Antonia Fraser

LA MONJA SIN ROSTRO

Colección dirigida por Antonio Picazo

Ediciones Forum, S.A.
Córcega, 273-211. Barcelona-8
Traducción: Ramón Margalef
Ilustración de portada e interiores: Miguel Ángel Pratico
Confección: Tomás López Cuesta
Coordinación: Ángel García Gancedo
I.S.B.N.: 84-85604-15-6 (obra completa)
I.S.B.N.: 84-7574-297-1
Depósito legal: M. 42.801-1984

REPARTO

JEMIMA SHORE: Programadora de TV.

TOM AMYAS: Miembro del Parlamento y amante de Jemima.

MADRE ANCILLA: Madre Superiora del Convento de Santa Leonor.

ROSABELLE POWERSTOCK: Monja. Hermana Miriam.

VERÓNICA O'DOWD: Monja. Hermana Edward.

BEATRICE O'DOWD: Monja Hermana Juana.

ALEXANDER SKARBEK: Jefe del Proyecto Powers.

HERMANA LUCY: Monja de Santa Leonor.

HERMANA CLARA: Monja de Santa Leonor.

HERMANA DAMIANA: Monja de Santa Leonor.

HERMANA AGNES: Monja de Santa Leonor.

HERMANA ELISABETH: Monja de Santa Leonor.

HERMANA LIZ: Monja de Santa Leonor.

HERMANA BONIFACIA: Monja de Santa Leonor.

HERMANA HIPÓLITA: Monja de Santa Leonor.

HERMANA PERPETUA: Monja de Santa Leonor.

MARGARET PLANTAGANET: Colegiala.

DODO BRODIE: Colegiala.

BLANCA NELLIGAN: Colegiala.

TESSA JUSTIN: Colegiala.

IMOGEN SMITH: Colegiala

1 ECOS DEL PASADO



A VECES, CUANDO ME SIENTO deprimida, leo en plan de estudio el *Evening Standard,* como si me preparase para sufrir un examen. Así fue cómo di con una gacetilla incluida entre las que figuraban en la página de Sucesos Nacionales: HALLAZGO DEL CADÁVER DE UNA MONJA. No eran éstos unos titulares muy prometedores. No obstante, leí atentamente las pocas líneas que aquella frase encabezaba. Tal acción aplazó indefinidamente el propósito que me había hecho, tras contemplar con una mirada circular el desierto piso, de prepararme una comida adecuada, aunque sólo fuera por una vez, sabedora al mismo tiempo de antemano que no llegaría a

cocinarla.

«La Hermana Rosabelle Mary Powerstock», rezaba la gacetilla, «del Convento de Santa Leonor, en Churne, Sussex, fue hallada hoy, muerta, en un edificio situado en las inmediaciones de los terrenos de dicha institución. Se cree que la monja en cuestión, de cuarenta y un años de edad, conocida con el nombre de Hermana Miriam en el convento, donde ha vivido durante dieciocho años, había sido llevada allí enferma, siendo incapaz en el instante crítico de dar la señal de alarma. La Reverenda Madre Ancilla Curtis manifestó hoy que la Hermana Miriam supone una gran pérdida para la comunidad de la Orden de la Torre de Marfil, y que su pérdida sería hondamente sentida por sus muchas alumnas, tanto presentes como del pasado.

»La Hermana Miriam era hija de un antiguo alcalde de Londres.»

Antes de haber terminado la lectura de la breve noticia, me noté transportada una generación atrás. Yo conocía aquel edificio en deteriorado estado. Era, efectivamente, una torre. Tratábase del Retiro de Santa Leonor, como la llamaban las monjas, a manera de homenaje a la fundadora de la Orden de la Torre de Marfil. En ocasiones, irreverentemente, las chicas denominaban aquel lugar el «Nido de Leonor».

Por otro lado, yo había conocido a la Hermana Miriam. ¿O bien a quien había conocido realmente fue a Rosabelle Powerstock? Rosa. ¿Conocí en verdad a la Hermana Miriam? Considerando con detenimiento la pregunta, tenía que responderme que no. Pero durante un breve período, hacía mucho tiempo ya, conocí a Rosabelle Powerstock muy a fondo, verdaderamente. Por unos momentos, me olvidé del panorama frío y elegante que me rodeaba en el Londres opulento de la década de los setenta. Eran los años de la guerra. Una jovencita protestante había sido enviada por efecto de los azares de la carrera del padre a un pequeño convento católico que quedaba convenientemente a mano. La chica habíase sentido desconcertada, excitada más bien, por el mundo misterioso en que quedara inmersa. Recordaba la resuelta afabilidad de las monjas… ¿Había existido ésta en realidad, dada la impávida firmeza de ese calor personal, independientemente de la reacción de su destinataria? Aquella afabilidad alcanzaba su expresión final en

la Reverenda Madre Ancilla.



Leí atentamente las pocas líneas que aquella frase encabezaba.

Supe que las monjas, al iniciar su vida como religiosas, adoptaban un nombre. Podía ser latino o no, o aludir a una virtud o actitud de su nuevo estado particularmente admirados por la interesada. De no mediar esto, se señalaba el nombre de algún santo especialmente inspirador. Ancilla significaba «Servidora del Señor», una expresión que hacía recordar la grande y sumisa respuesta de la Virgen María cuando el ángel le anunciara su inesperada e inminente maternidad: «He aquí a la esclava del Señor». Indudablemente, el Señor debía de haberse sentido contento con Ancilla Curtis, su servidora. Resultaba difícil, no obstante, imaginar una relación, cualquiera que fuese, en la que la Madre Ancilla no figurara como parte dominante.

Rosa se había convertido luego en la Hermana Miriam, ahora ya fallecida. Así, pues, tal había sido el nombre que adoptara en

religión. Siempre había declarado su intención de proceder así, en el caso de llegar a vestir los hábitos de monja. Había sido éste un tema de conversación frecuente en el Convento de Santa Leonor.

—Yo contraeré matrimonio y tendré seis hijos. Y si me hiciera monja, cosa que jamás se me ocurrirá, me llamaría Hermana Hugh, en honor de San Hugh de Lincoln.

—Yo seré la Hermana Elizabeth, como homenaje a Santa Elizabeth de Hungría, quien daba pan a los pobres, el cual se convirtió en rosas al intentar su esposo que no llevara a cabo su acción.

—¿Es que los pobres comen rosas? —preguntaba yo. No intentaba burlarme. Era que me sentía fascinada por la idea. Para disimularlo, añadía, rápidamente—: Si yo me hiciera monja, es decir, si me hiciera católica primeramente, y luego monja, sería la Hermana Francisca.

¡Qué bonito! Los pájaros. Los menudos y queridos animalitos. Esto merecía la aprobación de todas.

—No, no se trata de San Francisco de Asís —me apresuraba a explicar, obligada a ello por la sinceridad (o la malicia)—. Estaba pensando en San Francisco Javier.

Acababa de leer por entonces un texto sobre los orígenes de la Compañía de Jesús y las heroicas luchas realizadas por aquel santo para convertir a los japoneses, empeño en el que pereció. Al igual que ocurre con muchas personas no católicas, yo me sentía mórbidamente intrigada por los jesuitas. Secretamente, el nombre que a mí me hubiera gustado llevar era el de San Ignacio.

—Jemima debería ser la Hermana Thomas —dijo una vez Rosa, dulcemente—. Thomas fue el hombre de las dudas.

—¿No es Miriam uno de los nombres del Antiguo Testamento, más bien? —contraataqué. «Más bien judío», quería decir.

—Es uno de los títulos de Nuestra Señora: «Estrella de los Mares».

A Rosa le gustaba reprenderme al mismo tiempo que me ilustraba, que me enseñaba los detalles más intrincados de su religión. Humildemente, me gustaba escucharla. Pensé en las otras denominaciones de la gran letanía. Estrella de los Mares, ruega por nosotros. Rosa Mística, ruega por nosotros. Torre de Marfil, ruega

por nosotros.

Como pasa con muchos protestantes, yo conocía la Biblia mucho mejor que mis amigas católicas. Por añadidura, mi abuelo, un hombre terriblemente inconformista, había sido aficionado a leerla en voz alta. Era particularmente asiduo del Cantar de los Cantares, de Salomón. «Tu cuello es como una torre de marfil», cantaba Salomón, y también mi abuelo, con su retumbante voz. «Tus ojos son como los estanques de peces de Heshbon, junto a la puerta de Bath-rabbim…» Estanques de peces. Esto no sonaba muy bien para unos oídos modernos. Pero pensando en unos estanques oscuros, con peces, en arremolinadas profundidades, la frase, en ciertos aspectos, no dejaba de ser sugerente para los ojos de Rosa.

La misteriosa Rosa, en otro tiempo mi Estrella de los Mares, estaba ahora muerta en su Torre de Marfil en ruinas.

Me moví un poco, para librarme de unos recuerdos largo tiempo enterrados. La guerra había provocado en las normas educativas cambios extraños y rápidos. Y numerosos, además. Tras aquélla, mis padres decidieron regresar a su Lincolnshire de procedencia, instalando allí su hogar.

—Adiós, Jemima —me dijo la Reverenda Madre Ancilla, al finalizar nuestra última entrevista.

Era, al mismo tiempo que la Reverenda Madre del convento, la directora del colegio; dos cargos que suponían una tremenda concentración de poder en sus manos. Esta vez fue la directora del centro de enseñanza la que se anteponía al otro título.

—Has sido una chica muy inteligente. Figuras en el primer puesto de tu clase. Todas las monjas dicen que te echarán de menos como alumna. Dejas a tu espalda una agradable impresión entre las hermanas. No nos olvides.

—¡Oh, Madre! No podría, aunque quisiera —repuse.

Ésta era una de las cosas que se aprendían en el convento: cómo corresponder a ciertas palabras con una suave respuesta. La Madre Ancilla guardó silencio, por un momento. Yo, por entonces, ya entendía bastante sobre monjas, lo suficiente como para saber que ellas no consienten jamás que sea una la que pronuncie la última palabra.

—Me refiero a tu inteligencia, tan clara, Jemima. Es un don

maravilloso de Nuestro Señor. Desde luego, estás obligada a desarrollarlo. ¿Irás a la Universidad, quizá?

Un bisbiseo.

—Espero que sí, Madre.

—Pero es que aparte de la inteligencia, está el espíritu también. Él es igualmente controlable y al proceder así nos proporciona la auténtica felicidad. Sé abnegada siempre, Jemima.

La Madre Ancilla hizo una nueva pausa.

En ningún momento aquellas monjas habían pretendido que abandonara mi débil protestantismo, el que me infundieran mis padres. Habrían quedado rebasados los límites de su filosofía al intentar, valiéndose de palabras, lo que el ejemplo no podía lograr. Tuve la impresión de que su pausa era un delicado reconocimiento de la traba.

—San Juan de la Cruz, uno de nuestros grandes místicos, dejó escrito que sólo si hallamos el camino de la total abnegación podremos dar con nuestra auténtica identidad.

—Sí, Madre —repuse, con una cortés reverencia.

Ya por entonces sus palabras de despedida me parecieron singularmente inadecuadas. Y más tarde, todavía en mayor grado, a la vista de una carrera triunfal, realzada unas veces y atenuada otras, cuyos métodos consistían en poder alimentar el puro egoísmo. Bastante irónicamente, ahora, se me ocurrió pensar que en mi relación con Tom yo había entrevisto por fin aquella famosa abnegación.

El recuerdo de Tom me hizo volver inmediatamente a la realidad, al piso vacío. Era lo que ocurría siempre. Me había dicho que quizá telefoneara alrededor de las diez.

—Siempre y cuando llegue a mi estudio en el momento en que ella esté en el baño y no pueda oír el ¡clic! del teléfono al ir yo a marcar el número…

Tal condición había sido establecida con anterioridad.

Una vez le dije:

—Bueno, Tom, ¿y por qué no te haces de un teléfono que no deje oír un ¡clic! al marcar?

Él no me contestó, limitándose a besarme suavemente. Aquí, pues, estaba el camino de la abnegación. Eran las ocho. Tenía por

delante dos horas de espera. Encendí el televisor, y lo apagué, irritada, decidiendo que el crítico que había dicho en el *Listener* de la última semana que mi programa era, en realidad, la única cosa que valía la pena ver en la pequeña pantalla, aquellos días, había sugerido también la posibilidad de decir muchas más cosas sobre el tema y en su nombre. Cogí la autobiografía del médico puericultor de Nigeria que habría de entrevistar el viernes. Me olvidé de la Madre Ancilla. Hacía ya un rato que no me acordaba de Rosa. De la Hermana Miriam no sabía nada. Incluso me olvidé de Tom por espacio de una hora y treinta minutos. La última media hora no se me hizo demasiado larga. Efectivamente, eran casi las diez y media cuando por fin él pudo llamarme.

La carta de la Madre Ancilla llegó quince días más tarde, aproximadamente. La pequeña hoja de papel del convento, cubierta clara y cuidadosamente de una letra todavía familiar, despertó dormidos recuerdos. Las monjas no malgastaban el papel de escribir: el despilfarro no era solamente una desagradable extravagancia, sino que además constituía algo nada grato a los ojos de Dios. Cosa curiosa: no me sorprendió la llegada de aquella misiva, sin embargo. Era como si hubiese estado esperándola. Los recuerdos anteriores me lo habían avisado: «Vamos detrás de ti. Provenimos del pasado.»

La carta de la Madre Ancilla estaba llena de cumplidos en su primera parte, era triste en la segunda página, y resultaba desconcertante en la tercera. Los cumplidos se referían a mi carrera profesional, «la cual, si bien no arranca de lo que te enseñamos aquí en su totalidad, hemos seguido con interés pese a todo. Y desde luego, a ti, como a las demás antiguas alumnas, te hemos tenido presente en las oraciones de la comunidad siempre. Nuestras chicas, actualmente, siguen con regularidad tu programa en la televisión… Pues sí, ahora disponemos de un televisor de color en el Salón de Estar de San José. El receptor nos fue donado por una antigua alumna. Tu programa es uno de los pocos que encontramos entretenidos e instructivos. A menudo, la Hermana Hipólita se dirige a las chicas para darles cuenta de tus triunfos iniciales en vuestra conflictiva sociedad, explicándoles que, en su día, había pronosticado tu triunfo en una actividad de cara al público.»

Fue una sorpresa para mí saber que la Hermana Hipólita hubiese adivinado para mi futuro algo tan favorable como una carrera cara al público. Famosa por su «afilada» lengua, la Hermana Hipo había sido una de las pocas…, no, la única monja que me hizo tomar conciencia de mi *status* real, distinto del de mis compañeras. Luego recordé que «una carrera pública» en labios de ciertos católicos no representa necesariamente la dorada perspectiva que entrañaría para el resto del mundo. La maternidad, la santidad: éstos eran los ideales auténticos. Yo no había albergado ninguno de los dos.

Las palabras tristes se referían a la muerte de Rosa. «Te habrás enterado por los periódicos, quizá, de la muerte de la Hermana Miriam, a la que tú conociste como Rosabelle Powerstock. Tal vez, al igual que nosotras, estimaste que las frases del *coroner* fueron algo desafortunadas.» La verdad era que yo no había leído ningún informe relativo a la encuesta judicial. Aquel período característico en mí, en ciertos momentos, que me inducía a estudiar literalmente el periódico, había pasado. Estaba ocupada en otros asuntos. Por otro lado, la esposa de Tom se había marchado para pasar una temporada con su madre. Aquel mes, más adelante, se nos ofrecía a los dos la perspectiva de un largo viaje por Yugoslavia.

«Pero incluso en los tiempos actuales, en que la gente se distingue por su ilustración», continuaba diciendo la Madre Ancilla en su comedida carta, «supongo que debemos recordar que la fe católica fue en otra época objeto de persecuciones. Existen todavía en nuestra sociedad muchos prejuicios. La pobre Hermana Miriam no vivió una existencia muy feliz últimamente. Había estado enferma, y aunque su muerte ha sido trágica (la Hermana Edward no cesa de hacerse a sí misma terribles reproches, totalmente injustos, desde luego), nadie puede en rigor lamentar su paso por esta vida. Descanse en paz.»

La tercera página me dejó atónita, por el hecho de contener una invitación notablemente apremiante para que visitara el convento lo antes posible. Estaba arropada la misma en un lenguaje que incluso cobijado en la precisa caligrafía de la Madre Ancilla sonaba fuertemente a súplica.

«En general, estos últimos no han sido tiempos muy felices para la comunidad. Deseo solicitar tu ayuda, querida Jemima, en

determinado asunto de muy delicada naturaleza, que no puedo explicarte en una carta. ¿Querrás buscar un hueco en tu ocupada existencia para venir a vernos? Han pasado ya algunos años. Lo antes posible…»

«Desea mi ayuda», me dije. «La Madre Ancilla debe de estar desesperada para desear mi ayuda.»

Más adelante había de comprobar que mi reacción ante la carta de la Reverenda Madre fue de lo más sensato…

2 «QUIERO ENCONTRARME A MÍ MISMO»

HICE LAS GESTIONES NECESARIAS para poder desplazarme en coche hasta el convento el sábado siguiente. Mi trabajo de la semana quedaría listo (el programa era grabado), y el viernes tenía que ocuparme de un post-programa complementario en el curso del cual todo era posible, tanto si el inicial había ido bien como si había marchado mal. En este caso, todo se desarrolló correctamente, y el viernes por la noche cenaba con Tom, quien me dijo que, además, podría pasar la noche conmigo, en mi piso.

—¿Y qué pasa si… ella… te llama por teléfono a casa?

No me gustaba pronunciar el nombre de Carrie, ni introducirla en nuestra conversación. Pero tenía que formular la pregunta. En el pasado habíamos vivido unas cuantas noches inútilmente «robadas», que Tom pasó insomne en mi lecho, atormentándose al pensar en su teléfono, sonando sin cesar, con la consiguiente angustia por parte de Carrie.

—No llamará —contestó Tom, animoso—. El teléfono de su madre está averiado. Esa mujer ha abusado de él últimamente. A Dios gracias. Ojalá siga así el chisme por mucho tiempo.

También yo di las gracias a Dios por ello. De repente, me pareció que el Altísimo se interesaba más cordialmente por mis asuntos. ¿Se trataría de la influencia de la Madre Ancilla? ¿Era efecto de las plegarias de la comunidad? Esto hizo que me acordara de notificar a Tom que tendría que levantarme temprano a la mañana siguiente. Por un momento, estuve a punto de aplazar

aquella visita… Pero no. No le iría mal a Tom comprobar que yo también tenía que enfrentarme con personales compromisos, aparte de los que me eran impuestos, como de segunda mano, por obra de Carrie. Naturalmente, Tom podía acoger esto con un fruncimiento de cejas.

Es lo que ocurrió no mucho después. En fin, él también me ama. Estamos enamorados. Apartó de su frente unos mechones de cabellos que se la tapaban parcialmente. Era uno de sus gestos peculiares, que me resultaba tan familiar como su forma de besar. Los cabellos de Tom, tiesos, escasos e indómitos, constituían otro de los persistentes problemas de su vida. Todavía con el ceño fruncido, manifestó:

—El Convento de Santa Leonor… ¿No se trata de ese terrible lugar en que una monja estuvo ayunando hasta morirse de hambre? Fue un asunto más bien propio de la Edad Media. ¿Sabes? Nadie está al tanto de lo que sucede al otro lado de las verjas de un convento. Fue pura casualidad que este caso se divulgase, y todo por el fallecimiento de la religiosa. A mi juicio, el *coroner* acertó en su dictamen sobre el caso.

—¡Oh, Tom! —exclamé—. No digas cosas absurdas. Allí no hay verjas. Se trata de un colegio. Yo estuve allí durante la guerra y también posteriormente. Esto debo de habértelo dicho ya antes de ahora. Por lo que al *coroner* respecta, creo que no pudo estar más desafortunado en sus manifestaciones. Ya no hay luchas en pro del Papa. La muerte de la monja fue algo accidental, nadie lo negó, y no tuvo por qué culpar de ella a la pobre joven religiosa que testificó. Las monjas tienen sentimientos, como las demás personas.

—Bueno, la verdad es que no se parecen a nadie —arguyó Tom.

—¿Cómo puedes decir eso?

La carta de la Madre Ancilla me había hecho adoptar una actitud curiosamente protectora, incluso frente a Tom.

—Más bien debería señalar que se parecen unas a otras. En el metro vi el otro día un par de ellas. No hubiera podido diferenciar una de otra, ni siquiera de haber sido una de ellas hermana mía. Eran dos negros cuervos idénticos.

—Ya veo que Tom Amyas, un miembro del Parlamento británico, reputado héroe en su condición de defensor de la causa

liberal, alberga extraordinarios prejuicios.

Tom sonrió.

—Lo siento. Han arraigado muy bien en mí ciertos prejuicios anti-papistas, lo reconozco. Una reliquia de mi niñez, supongo. La Inquisición y todo lo demás. Recuerdo haber leído en *Westward Ho* cosas que conectaban con mi nombre, sintiéndome dominado por una fuerte y británica irritación. Todavía me inspira horror la idea de la imposición de una creencia sobre otras… Tú ya debieras saberlo.

—No me es posible pensar que sea justo atribuir a un oscuro convento de Sussex, lleno de inofensivas mujeres en la Edad Media de la vida, los horrores perpetrados por la Inquisición española hace cuatro siglos —respondí, fríamente.

Las observaciones de Tom me habían producido un extraño enfado. Intenté decirme que nada más presentarse un brote de persecución de los católicos nuevamente en nuestro país (un hecho improbable), Tom sería el primero en apuntarse a la causa de su represión. «Salvemos a las monjas.» Acertaba a imaginármelo en marcha ya, enarbolando su bandera. Era éste uno de los motivos que me inducían a amarlo. Jamás habíamos tenido una discusión sobre el tema del catolicismo (¿por qué habíamos de tenerla?), y me irritaba localizar aquel vestigio de prejuicio en mi atento y galante Tom, defensor destacado siempre de cuantos seres se hallaban en apuros.

Pensé en la conveniencia de notificarle que era la Madre Ancilla ahora quien también se encontraba en apuros. Luego decidí no hacerlo. Abandonamos aquel tema de conversación.

AL DÍA SIGUIENTE, CUANDO avanzaba al volante de mi coche por el largo camino cubierto de gravilla que conducía al convento, recordé las palabras de Tom. Estábamos en el otoño. Bajo la luz del sol, toda la zona conventual se presentaba ante mis ojos inmaculada. Fue en otoño, también, cuando ingresé por primera vez en el Convento de Santa

Leonor como alumna. Me acompañaba mi madre. Había quedado atrás el jardín de mis padres, con su lecho de hojas que bajo los pies de los familiares y visitantes acababan convirtiéndose en un excelente abono, para avanzar por otros en los que no se permitía que las hojas de los árboles caídas permanecieran mucho tiempo en el suelo.

—Estas monjas deben de recoger las hojas antes incluso de que puedan entrar en contacto con la tierra —comentó mi madre, en tono de broma, haciendo así algo por aliviar la atmósfera ligeramente cargada que se nota en un colegio desconocido.

Hizo una pausa a continuación, tragando saliva.

—¡Dios mío! ¡Fíjate en eso, querida!

Las dos nos detuvimos, mirando atentamente a una monja —¿joven?…, ¿vieja?…, ¿quién podía adivinarlo?— que en aquel instante cogía hábilmente en el aire una hoja antes de que pudiera ir a parar a sus pies. Luego, la religiosa se la guardó en un bolsillo o una de las cavidades o huecos de su holgado y negro hábito.

—Esto de coger hojas trae suerte —mi madre no vacilaba nunca a la hora de aprovechar algo que respaldara su optimismo—. Procuraremos averiguar de qué monja se trata, y tú te harás amiga de ella más tarde.

Asentí, más bien dudosa. La verdad es que no conseguimos descubrir la identidad de la religiosa. Como Tom observara treinta años más tarde, vistas a alguna distancia todas parecían hermanas gemelas.

En aquel momento, dos de las monjas guiaban a unas niñas que avanzaban en fila junto al camino. Eran idénticas, sí. Dos negros cuervos. El uniforme colegial, en su conjunto, a la vista, un manchurrón de chaquetillas de tono castaño y rosadas faldas, parecía no haber sido alterado sustancialmente desde mi época. Sonreí. Y las chicas sonrieron a su vez, afablemente. También los labios de las monjas se distendieron en sendas sonrisas. El sol otoñal continuaba brillando, dulcificando un tanto el rojo más bien violento de los ladrillos de la fachada del convento. Esto parecía seguir como yo lo recordara. Reinaba la paz allí. Y la limpieza. Incluso la hiedra, al ascender por los muros no se extraviaba caprichosamente, sino que trepaba de forma ordenada. Resultaba

difícil imaginar qué posibles complicaciones podía haber detrás de aquel sereno exterior… ¿Había que pensar en unas complicaciones que no podían ser resueltas sin el concurso del acechante mundo de fuera? Este mundo externo, en fin de cuentas, estaba representado por mí, por Jemima Shore, investigadora privada. En calidad de tal me había incorporado a la televisión. Era una deliberada parodia de la idea relativa al detective americano, algo frívolo si se consideraba el carácter serio de mi programa. Yo era, con todo, un elemento extraño al mundo conventual. Pero la Madre Ancilla había llamado deliberadamente a Jemima Shore.

Dejé de sentirme una persona extraña allí al aparecer una monja en la puerta, atendiendo mi llamada. Era muy pequeña. No se podía adivinar su edad, como pasa con todas las religiosas, al cubrir sus frentes y sus cuellos, al ocultar unas partes del cuerpo que son elocuentes reveladoras del paso de los años. La corta capa negra que cubría la parte superior del cuerpo (no sé cuál es su nombre), una de las prendas de su hábito, escondía también parcialmente su cintura. Producía el efecto de convertir su figura en una especie de bulto. Se parecía un poco a la señora Tiggy-Winkle… ¿Había existido acaso una monja bautizada por nosotras con el nombre de Tiggy? Tal vez todas las religiosas menudas se asemejaran a la señora Tiggy-Winkle. Cité mi nombre completo, por si acaso…

—Soy Jemima Shore, y deseo ver a la Reverenda Madre Ancilla.

—¡Ah! La señorita Shore —contestó ella, radiante. Así, pues, no me conocía—. Estábamos esperándola.

Entré en la sala de recepción, una estancia grande situada junto a la puerta principal, denominada por una razón u otra la Sala de Estar de las Monjas, pese a que no formaba parte de las instalaciones de las religiosas, utilizándose exclusivamente para los encuentros entre los mundos secular y religioso. Era aquí donde se recibía a los padres que llegaban por vez primera al convento, acompañando a sus temblorosas hijas, donde la Madre Ancilla procedía a dulcificar los trámites del ingreso, donde se hacía lo posible (así me lo había explicado mi madre) para que advirtieran que se incorporaban a una institución disciplinada, sí, pero también entrañable y cordial, amistosa.

La Sala de Estar de las Monjas seguía exactamente igual que el

día en que la dejara. De las paredes colgaban las mismas reproducciones de cuadros de temas religiosos, bordeadas por oscuros marcos, con sus fondos de color oro mate. Fray Angélico parecía ser el predilecto entre los artistas. Sobre una mesa estaba el familiar montón de fotografías de boda, que databan seguramente de la década de los cuarenta. De todos modos, eran obra principalmente de Lenare y no de Lichfield. ¿Sería posible que las antiguas alumnas del Convento de Santa Leonor hubieran renunciado a sus preferencias por los lujosos y blancos atavíos, como el resto del mundo? Aquellas fotografías de boda, cuando yo me encontraba en el colegio, habían ejercido sobre mí la misma secreta fascinación que los jesuitas. Solía mirarlas disimuladamente, mientras mi padre discutía con la Madre Ancilla la necesidad de que yo recibiera una educación científica más completa.

—Pero, Madre Curtis —solía decir él al comienzo de cada curso, ya que el nombre Ancilla le disgustaba, evidentemente—, una formación científica realizada por medio del correo no es suficiente si hablamos de dotar a las chicas de conocimientos útiles para que puedan enfrentarse con el mundo moderno.

—¡Oh, capitán Shore! —exclamaba invariablemente la Madre Ancilla con una risa campanilleante—. Hace mucho tiempo que vengo pidiendo a Nuestro Señor que nos envíe una profesora vocacionalmente dotada para la ciencia, pero hasta ahora, Él, en su infinita sabiduría, no se ha dignado proceder así.

—«Ayúdate que Dios te ayudará.» He aquí un dicho que recuerdo a propósito de esto, ahora —contestaba mi padre.

Indudablemente, él aludía con tales palabras a expedientes tan poco sobrenaturales como son los anuncios y las agencias educacionales. Pero no había nadie que en un intercambio verbal con la Madre Ancilla tuviera muchas oportunidades de erigirse en triunfador. Y si se hablaba del Todopoderoso y de sus intenciones, la Madre Ancilla daba la impresión de que éstas no eran nada misteriosas para ella, y sí, en cambio, inescrutables para el resto de los mortales. En el lenguaje de nuestros días, hubiérase podido afirmar que la Madre Ancilla disponía de una línea de comunicación directa con la más alta de las magistraturas celestiales, una línea abierta para todo género de consultas.

—Exactamente, capitán Shore. Hemos de ayudarnos a nosotros mismos. Eso es, exactamente, lo que estamos haciendo con nuestras enseñanzas científicas por correspondencia. Eso es lo que nuestro amado Señor desea que hagamos.

Mi padre renunciaba a proseguir el debate. Hasta el comienzo del curso siguiente. Yo dejaba de observar a hurtadillas las fotos de las novias. Creo que ya por entonces sospechaba que nunca contribuiría a incrementar aquella honorífica carpeta. Dios podía ayudar a quienes se ayudaban a sí mismos, pero no tenía el hábito de casarlos. No de blanco, al menos.

Cuando estaba fijándome en una fotografía —aquel rostro me era vagamente familiar—, oí un toque sonoro de campana, proveniente de una parte u otra del convento. Identifiqué la señal. Todas las monjas tenían la suya, de llamada. Era una especie de código morse cacofónico, Un toque, seguido luego por otro, correspondía a la hermana de la enfermería; dos toques seguidos por uno más eran para la hermana del refectorio, y así sucesivamente. Un solo toque aludía a la Reverenda Madre.

Silencio.

Un rumor de pasos sobre el repulido pavimento. Otro de ropajes al otro lado de la puerta, aquel leve tintineo de las cuentas del rosario, que invariablemente anunciaba la llegada de una monja, y luego…

—Jemima, mi querida niña.

La Reverenda Madre Ancilla me besó afectuosamente en las mejillas. Me dije, entristecida, que por nadie en el mundo ya, probablemente, podía ser considerada yo, a mis casi cuarenta años, una «niña». Mis padres habían muerto. ¿Lo sería, quizá, para Tom? No recordaba que hubiese empleado aquella palabra nunca conmigo, ni siquiera en los momentos de mayor intimidad entre nosotros. Además, a Tom, por su condición de moderno cruzado, le gustaba ver en mí más bien una especie de camarada. Ya tenía a su inquisitiva niña en Carrie, aparte de que para Tom ser visto como un niño o niña, o ser infantil, no era necesariamente un gesto de ternura.

Estudié el rostro de la Madre Ancilla mientras hablaba y yo correspondía después a sus iniciales preguntas de cortesía. Las caras

de las monjas no suelen revelar su edad, pero sí traslucen sus esfuerzos. En una atenta inspección de aquel rostro, me quedé terriblemente impresionada por los indicios de interna tensión que revelaba su boca. Sus ojos, bajo la blanca toca, no eran ya los ojos de feroz aunque benevolente gavilán que fueran en los años de mi juventud. Ahora me recordaban los de un ave más blanda y palpitante. Me hacían pensar en el aspecto de un pájaro retenido en la mano, asustado, tembloroso, inquieto.

—¿Sigues soltera, hija mía? —inquirió la Madre Ancilla.

Vacilé al ir a replicar. Había todavía algo intimidante en la figura de la monja.

—¿Te has visto, quizá, demasiado absorbida por tu trabajo? —preguntó mi interlocutora a continuación, con tacto, tras todo un minuto de silencio.

Asentí, aliviada y desconcertada al mismo tiempo. Sí, sería eso. Además, era verdad. Hasta el momento de conocer a Tom, yo me había visto demasiado absorbida por mi trabajo… para pensar en el matrimonio, aunque sí había pensado en el amor.

—Nosotras aquí, por supuesto —continuó diciendo la Madre Ancilla con naturalidad—, continuamos con nuestra vida de devoción, en nombre de la cual hemos sacrificado el ideal del hogar y la familia. Realizamos tal sacrificio para honrar a Dios Nuestro Señor —la monja se quedó silenciosa de nuevo—. Puede resultar todo muy duro. Demasiado duro, a veces. Y es entonces cuando necesitamos que la gracia de Dios acuda en nuestro auxilio. La Hermana Miriam…

—La escucho, Madre —dije, para animarla a seguir.

—¿Puede ser que el sacrificio resultara excesivo para ella? ¿Quién podría responder a esta pregunta? Quizá la Hermana Miriam no debió pensar nunca en vestir nuestros hábitos, en primer lugar. Me he estado haciendo preguntas sobre la autenticidad de su vocación.

Esto era sorprendente. Había esperado oír algunas divagaciones más o majaderías de tipo religioso (era mi calificativo) sobre el valor del sacrificio.

La Madre Ancilla asió una de mis manos, diciéndome de pronto, en tono apremiante:

—Tenemos que hablar, Jemima —esta vez no me llamó «niña»—. No disponemos de mucho tiempo.

—Yo no ando tan ocupada… —empecé a decir.

Comprendí con un leve escalofrío que la Madre Ancilla estaba pensando exclusivamente en sí misma.

—Empezaré por hablar de la Hermana Miriam, por Rosabelle, que fue el nombre con que tú la conociste.

ERA LA SUYA UNA PATÉTICA HISTORIA, nada extraña quizá para una mujer de otros tiempos, una mujer sola, una solterona. Pero yo entendía suficientemente de cosas convencionales para impresionarme el hecho de que se hubiese decidido a entrar en religión. Habíase producido un bajón en su salud. Había habido una depresión nerviosa que culminara en una histérica manifestación en medio de las actividades pedagógicas. La Hermana Miriam fue trasladada rápidamente a una casa del convento, en Dorset, junto al mar, un hogar para personas convalecientes. Allí le costó mucho trabajo la ingestión de alimentos, pero con la ayuda de buenos tranquilizantes se produjo su recuperación. Al cabo de seis meses, la Hermana Miriam fue considerada en condiciones de emprender el regreso al Convento de Santa Leonor. Pero se le asignaron misiones fáciles, como la clase de conversación francesa de las alumnas de primer grado…

Sonreí, involuntariamente.

—Eso no habría constituido una misión fácil en mis tiempos —me apresuré a explicar.

—Actualmente disponemos de un laboratorio de idiomas, que regaló al colegio una antigua alumna.

Un laboratorio de idiomas. Esto hizo que me acordara de los argumentos tantas veces esgrimidos por mi padre ante la monja. ¿Acaso el Señor había terminado por enviar a la Madre Ancilla la experimentada y científica profesora de sus conversaciones? ¿Y era demasiado suponer que el Señor hubiera inspirado a aquella

antigua alumna la idea de donar al colegio un laboratorio científico?

—Y además es el más valioso de los laboratorios científicos, dicho sea de paso. ¡Y qué contento se hubiera sentido el capitán Shore al enterarse de esto! ¿Verdad, Jemima?

Así, pues, todavía se acordaba de él. La Madre Ancilla jamás olvidaba a un adversario.

—¿Consiguió usted también la profesora de ciencias?

No pude resistir la tentación de formular esta pregunta.

La Madre Ancilla abrió mucho los ojos ahora.

—¡Cómo! ¡Pues claro que sí! Las dos cosas llegaron juntas. La profesora fue Sallie Lund, una joven americana. Cuando ingresó en la Orden, en 1960, era ya una experta en temas científicos, de modo que, naturalmente, las clases de ciencias quedaron a su cargo. Y, como su padre ya señaló, difícilmente podía dedicarse a la enseñanza de la ciencia en general si no disponía de un laboratorio. Un hombre entrañable, muy práctico a la hora de hablar de dinero, como suelen ser los americanos. Fue, por tanto, un regalo suyo.

Lo único que me sorprendió fue que la Madre Ancilla hubiese tenido que esperar a la llegada del año 1960 para resolver aquel problema.

Habíamos empezado a divagar. La Madre Ancilla volvió a ocuparse del asunto inicial, triste, y que nada tenía que ver con sus triunfos en el campo de la enseñanza científica.

—Como estaba diciendo, la Hermana Miriam, a su regreso, nos dio la impresión de haber vuelto a la normalidad, si bien todavía tenía grandes dificultades para ingerir los alimentos. Tales dificultades persistieron pese a sus valientes esfuerzos para vencerlas. Una vez me dijo que había tenido extrañas visiones, que Dios quería su muerte, que iniciara el camino hacia Él, que era voluntad suya que no alimentara su carne…

Por un momento, aquel convento y su obra, aludidos con tal lenguaje, me inspiraron un profundo disgusto.

—Le contesté que lo que Dios deseaba era que fuese una buena monja, y que hiciese sus comidas normalmente. Ésta era la verdad —manifestó, presurosa, la Madre Ancilla.

Recordé aquella misteriosa facultad que siempre se le atribuyera

de adivinar los pensamientos de sus interlocutores.

—Supongo que se trataba de una anorexia nerviosa —opinó a continuación.



—Una vez me dijo que había tenido extraña visiones, que Dios quería su muerte.

Pero aquella historia fue de mal en peor. Rosabelle empezó a hablar de sus visiones, a comer menos todavía, a esconder sus alimentos; adelgazó exageradamente; fue llamado un médico; luego, la reconocieron otros… Posteriormente, comenzó a recuperar peso. Dio entonces la impresión de estar más animada. Se interesó más por cuanto ocurría a su alrededor. Y cierto día, cuando la atención de las demás había dejado de centrarse en ella y en sus cosas, desapareció. Fue hallada una nota escrita a máquina: «No me es posible seguir ocultando a la comunidad que he perdido mi vocación. Me traslado a Londres, donde pienso vivir con mis parientes. Por favor, no intenten localizarme. Quiero encontrarme a mí misma.»

—«Quiero encontrarme a mí misma» —repetí, maquinalmente.

Ésta era la frase que Rosa había pronunciado años atrás, ante mí, cuando siendo todavía unas adolescentes hablábamos acerca de nuestro futuro, en discusiones que solían durar media noche.

—Pero, claro —añadí—, ella nunca se trasladó a Londres…

—En efecto. ¡Pobre Hermana Miriam! Se metió en la Torre del Convento de Santa Leonor, donde se encerró, y… Bueno, tú ya conoces, probablemente, todo lo demás. Seguro que lees los periódicos.

Hice un gesto afirmativo.

—¿Cómo se llamaba la hermana que supo en todo momento dónde se encontraba ella, guardando un absoluto silencio?

—Ésa fue la Hermana Edward.

La Hermana Edward. Esta mujer me había inspirado lástima. ¿Y cómo podía haber sido tan estúpida que…?

—Es joven. Lleva poco tiempo como religiosa. No ha hecho más que salir del noviciado. Me figuro que dio crédito a la Hermana Miriam cuando aludía a sus visiones y a su necesidad de pasar por un período de castigo y purificación. Después, al ver lo que había hecho realmente la Hermana Miriam, sustrayendo la vieja llave, intentando incluso huir y arruinando todavía más su salud, perdiéndose con todas sus dilaciones un tiempo precioso, ella misma estuvo a punto de derrumbarse.

—Tal vez hubiera sido mejor, sin embargo, silenciar esa historia ante el tribunal que juzgó el caso.

Los ojos de la Madre Ancilla se dilataron notablemente.

—De haber obrado así, Jemima, hubiéramos ido en contra de la ley.

Acababa de recordarme que las ocupantes de aquel convento procedían siempre con una formidable rectitud.

—En cambio, no habrían dado al *coroner* la oportunidad de referirse a una tradición de siglos que habla de crueldades y prácticas perversas por parte de la iglesia romana, ni la ocasión de airear su sugerencia de que la Hermana Edward se había sentido complacida con la muerte de la Hermana Miriam.

—En estos momentos abrigo el temor de que nuestra reputación deja mucho que desear por estos parajes. Las gentes de por aquí son

más bien simples. Su vida transcurre en un gran aislamiento. En Churne hay personas que no han estado jamás en Londres, pese a la corta distancia que nos separa de la capital. A las monjas les desagrada salir de compras actualmente. Ha habido quien se atrevió a formular observaciones muy desagradables.

Por fin, supe para qué me había llamado la Madre Ancilla. Quería que yo me ocupara de cambiar la «imagen» del convento a escala nacional, o bien dentro del ámbito local. Animada por esa conmovedora fe que las personas corrientes sienten por la televisión, la Madre Ancilla habíase dicho que la mujer que fuera en otro tiempo su alumna podría hacer realidad aquel propósito.

La monja, con viveza, interrumpió mis reflexiones.

—Tú serás capaz de decírnoslo, Jemima… ¿Por qué murió la Hermana Miriam?

3 «JEMIMA ESTA INFORMADA»

ME DI CUENTA DE QUE aquello que la Madre Ancilla retorcía entre sus dedos no era, como yo me había figurado, el negro rosario de cuentas de madera, el rosario que todas las religiosas llevan a un lado, pendiente de su cintura. Tratábase en realidad de un trozo de papel, nada más que esto. La Madre Ancilla me lo ofreció.

Comencé a leerlo. Reconocí la letra inmediatamente: era la de Rosa. Reparé en lo poco que había cambiado con el curso de los años. Por eso era una monja. Todo había quedado como paralizado en ella. Mi letra, en cambio, debía de haber cambiado hasta el punto de resultar ya inidentificable. Bueno, tampoco practicaba mucho la escritura de mi puño y letra ya, si dejaba a un lado la aislada y secreta nota pasada a Tom, quizá después de haber pronunciado un discurso en la Cámara de los Comunes: «Estuviste terrible, querido. Con todo mi amor, J.» Siempre imaginé que él procedía a destruir tales notas instantáneamente, por temor a que Carrie las encontrara en sus bolsillos. Sin embargo, perversamente, no sabía resistirme a la tentación de redactarlas de una forma demasiado comprometedora para ser conservadas. Yo disponía de una secretaria para todo lo demás, y contaba, por otra parte, desde luego, con el teléfono.

Rosa, de otro lado, se habría dedicado a pulir y perfeccionar su letra A. M. D. G., esto es, *ad majorem Dei Gloriam*… Para mayor gloria de Dios. Cosa extraña: recordé rápidamente la frase. Las monjas la estampaban en todas partes. La escribían piadosamente al comienzo de los escritos relacionados con las Escrituras, y en otros, allí donde podía llegar a decidir algo.

Fijé la vista nuevamente en el papel. No. Rosa no había escrito aquel mensaje para mayor gloria de Dios. Al menos, de no ser así, no había pensado en embellecerlo escribiendo las iniciales de costumbre.

—«Jemima comprenderá qué es lo que pasa aquí. Jemima sabe por qué tengo que hacer esto» —leí lentamente, en voz alta—. «Jemima está informada.»

Callé. Los ojos oscuros y brillantes de la Madre Ancilla, los focos de su rostro, me observaban con atención.

—No lo entiendo —manifesté al cabo de unos instantes. Mi tono de voz creo que fue bastante terminante—. Esto es un escrito de su puño y letra. Y usted me dijo que su nota de despedida había sido escrita a máquina.

—Estaba en su misal, en su viejo misal latino, el que usara de niña, y no en su breviario. La fecha correspondía al día de su muerte. Lo descubrimos más tarde. Por eso la Policía no lo conoció en su momento. La Policía se quedó con el otro escrito, naturalmente.

La Madre Ancilla apretó los labios, expresiva.

—Su mente debió de albergar dos intenciones en aquellos instantes. Me refiero a todo…

Me dije que quizá había pensado en más cosas todavía. Y siempre de un modo confuso.

—La pobre Hermana Miriam —manifestó la Madre Ancilla, categórica— era, ciertamente, una persona trastornada.

Y trastornante, ya que había alterado la paz del Convento de Santa Leonor. Por añadidura, se disponía a alterar mi propia paz, potencialmente.

En la otra cara del blanco papel figuraba un dibujo de la Virgen María ataviada con ropajes azules y rodeada por un halo de estrellas.

Dediqué una muda y regularmente devota plegaria, en acción de gracias (estuve a punto de persignarme), al poder tutelar, cualquiera que fuese, que determinara el extravío o reserva del mensaje de Rosa. Me pareció curiosa aquella facilidad con que resucitaba en mí una de tantas prácticas externas religiosas, muy superficialmente asumidas en mis tiempos de alumna… Podía

imaginarme los titulares de los periódicos. Sí, perfectamente, demasiado bien incluso. «Jemima Shore interviene en el drama de la monja muerta en misteriosas circunstancias.» «El misterio del último mensaje.» Eran unos titulares más llamativos que aquel que rezaba: «Hallazgo del cadáver de una monja», el que en un principio captara mi atención. De repente me di cuenta de que en todo aquello había mucho de absurdo. Yo no había visto a Rosa desde hacía… ¿cuánto tiempo? Pues unos quince años. No. Más. Tras los años del colegio, se habían producido algunos encuentros nada satisfactorios en Londres. Me acordaba particularmente de una comida en el restaurante «D. H. Evans», situado en Oxford Street. No fuimos a «Fortnum and Mason», como sugiriera inicialmente Rosa. Sabía que este último era demasiado caro para mí, y se lo había comentado a mi amiga.

—Generalmente, voy allí con algunos amigos, pero no es que me guste de una manera especial —fue el comentario de Rosa por teléfono, más bien indiferente.

En todo caso, ni siquiera llegué a poder pagar la cuenta en el «D. H. Evans», así que hubiera representado para mí lo mismo haber comido con ella en el «Fortnum and Mason».

—No seas tonta, mujer —dijo Rosa ante un gesto de oposición por mi parte, al hacer efectivo el importe de los dos cubiertos.

Sacó para ello una carterita de su bolso de cuero. Fascinada, vi que todavía quedaba en su interior un blanco billete… Así eran los billetes de cinco libras por aquellos días. Supongo que el billete en cuestión fue el único objeto positivo que me indicó que Rosa era rica. Nuestro uniforme escolar, rigurosamente impuesto, nos igualaba a todas las alumnas del colegio, lo mismo que los hábitos monjiles acababan en nuestras profesoras con todo indicio de tipo personal. Rosa, como monja, es decir, la Hermana Miriam, no parecería más pobre ni más rica que la menuda religiosa que me acogiera en la puerta. Como no quería permanecer adentrada en el pasado por mucho tiempo, me permití fijar en mi cerebro una idea más reciente o moderna. Rosa había sido una mujer rica, muy rica, incluso. ¿Qué fue de su dinero al ingresar en el convento? ¿Qué había sido de él ahora, ya muerta?

—Estaba destinada a ser heredera de una gran fortuna —la voz

de la Madre Ancilla se abrió paso entre mis pensamientos. Era un hecho que yo debía dar por descontado. Sus palabras llegaron a mis oídos con un suspiro—. Todo el dinero acumulado por los Powers durante generaciones fue a parar a ella. Rosa no dejó parientes cercanos.

Reflexioné.

—¿Tratábase de tierras enclavadas en alguna parte de Dorset?

La Madre Ancilla sonrió, entristecida.

—¡Ay! No. No era eso solamente. Así todo habría resultado sencillo. Pero estaban ahí las grandes propiedades de Londres, también. El patrimonio londinense de su familia. El patrimonio de los Powers.

Comencé a relacionar unas cosas con otras adecuadamente.

—¿Se refiere usted a Powers Square, a Powers House y todo lo demás? ¡Santo Dios!… Lo siento, Madre.

YO HABÍA MONTADO UN PROGRAMA sobre el tema tiempo atrás, un programa que había tenido éxito. En él había combinado cuestiones de carácter ambiental (habíase dicho que Powers Square era la más fina realización de Cubitt) con elementos de política social (las familias pobres de las inmediaciones de las propiedades, pertenecientes a los Powers, estaban siendo echadas de sus deteriorados, pero aún elegantes hogares, a fin de dejar sitio para que pudiera ser elevado un monstruo inmobiliario). También me las había arreglado para descubrir que muchos de mis colegas en Megalith Television vivían en las aludidas viviendas deterioradas, que modificaran con mucho gusto. Se negaban a ser echados de allí, diciéndoseles que habían de dejar sitio para que pudiera procederse a la construcción de casas destinadas a la clase trabajadora… Todo era muy confuso. Tanto que ya no me acordaba, al menos de momento, de quiénes eran los que llevaban razón en aquel asunto de acuerdo con las averiguaciones de Jemima Shore, Investigadora. Tom, desde luego,

había mostrado un especial desdén hacia aquellos colegas míos de la televisión que vivían en las repulidas viviendas. («Son una colección de Jills y Jacks cargados de razones y disfrazados de liberales.») Decidí, como suele ocurrir siempre en estos casos, que lo justo radicaba en el término medio, cosa que equivale a declarar que no quedaba en ningún lado.

Estaban después los fanáticos del Proyecto Powers. Me había olvidado momentáneamente de ellos. También habían estado representados en mi programa, admirablemente imparcial, por medio de una entrevista que había celebrado con su jefe, un hombre llamado Alexander Skarbek.

Antes de que el programa hubiera llegado a su término, varios de los directores de la M. G. V. sintieron miedo, sugiriendo la eliminación de la figura de Skarbek.

«Nosotros no estamos aquí para promocionar las ideas de unos extremistas alocados», fue la reflexión general.

Cy Fredericks, el jefe de Megalith, gimió ante mí, en privado:

—¿Qué te propones hacer conmigo, Jem? Lord Loggin-Smith, que padece de insomnio, se pasa las noches llamándome por teléfono. Lady Victoria cree en la conveniencia de iniciar la jomada con algo animado, llamándome cuando se le ocurre a partir de las seis y media.

En cambio, en público se limitaba a murmurar unas cuantas vulgaridades sobre el papel de la televisión, abierta, según él, a todas las facetas del caso. La verdad era que yo había disfrutado entrevistando a Skarbek, un hombre joven que con su fanatismo y todo me era más simpático que la mayor parte de los directores de la M. G. V.

El Proyecto Powers apuntaba muy simplemente al establecimiento de una comunidad de trabajadores sobre toda la tierra patrimonial. Los «proyectistas», como fueron denominados sus valedores, rechazaban con igual ardor lo que representaban la Powers Square y la Powers House de Cubitt y los futuristas bloques de gran altura propugnados por el municipio. Nunca supe con claridad qué rudimentarias construcciones iban a reemplazar las fachadas victorianas existentes, pero lo que sí resultaba indudable era que habría muchos metros cuadrados cubiertos de ellas. Creo

que se pensaba que las viviendas pudieran servir para cultivar verduras y también para criar cerdos y gallinas.

Tom acogió esto con desdén también.

—Mira, querida: cuando nos estamos tomando tantos trabajos para instaurar una política de viviendas adecuadas en esa parte de Londres, hemos de señalar como peligrosa la aparición de un chiflado que propugna la vuelta a los principios del siglo diecisiete… Sí. Skarbek es un individuo con el que hay que tener cuidado. Está loco. No lo pierdas de vista.

—Dentro de este particular asunto, todo el mundo puede ser calificado de loco —contraataqué—. Cuantos intervienen en él aspiran a cosas radicalmente distintas. Y hay muchas extravagancias, pero no habilidad para establecer un compromiso. Acuñemos una frase: toda la cuestión se está convirtiendo en una alegoría de nuestra sociedad.

—Es lo que ha venido siendo tu programa de siempre —manifestó Tom, enfadado—. Y si tú no te apresuras a reconocerlo, ya lo dirán los críticos más adelante.

Pero, al menos, Tom me había proporcionado su título. Salió al aire con el de «Locura Powers», y acompañado de Alexander Skarbek.

—DESDE LUEGO ERA ELLA la dueña de la tierra del convento —continuó diciendo la Madre Ancilla, con voz suave, realzada por una leve tos.
Esta vez me quedé atónita realmente.
—¿Del Convento de Santa Leonor? ¿Quiere usted decir que Rosa era la propietaria del Convento de Santa Leonor?

—Las monjas no son propietarias de nada, mi querida Jemima —respondió la Madre Ancilla, calmosamente—. Aquí no tiene sentido la posesión de cosas tal como vosotros lo entendéis en el mundo. La monja se lo da todo a Dios. Es una de las formalidades a cubrir previamente…

Me imaginé los rostros de los abogados del Todopoderoso,

hombres de rostros afilados y severos, como Tom hubiera dicho, detrás de los cuales podría refugiarse un Dios cálido y benevolente.

—Por supuesto, todo fue cumplimentado por los abogados, constituyéndose un depósito. Lo estableció Sir Gilbert Powerstock hace tiempo. Probablemente te acordarás de él, de haberlo visto algún Día de los Padres: era un hombre de enorme corpulencia. Viéndole, recuerdo haber pensado más de una vez qué imponente aspecto ofrecería embutido en sus holgados ropajes oficiales de alcalde. Era muy diferente de Rosabelle…, de la Hermana Miriam. Ésta se parecía a su madre. La pobre Marie Thérèse era una Campion y todos los Campion eran menudos y cetrinos desde el matrimonio del primer conde de tal apellido con una de las azafatas predilectas de la Reina Mary, una joven española…

De pronto comprendí que mi interlocutora no se refería a la Reina Mary, de buena fama, sino a Mary Tudor. En mis días del convento se me había enseñado a no aludir a ella con el nombre de María la Sanguinaria.

—Tú no te acordarás de Lady Powerstock. Murió muy joven… El pecho de los Campion, ¿sabes? Estábamos viviendo un período de graves dificultades financieras, por entonces. Luego, nuestro querido Sir Gilbert intervino en el asunto, adquiriendo la mayor parte de las tierras en que se encuentra el convento, haciendo una donación para perpetuar el recuerdo de su esposa. Pero, por ciertas razones de carácter técnico que tenían que ver con la herencia, si bien las construcciones del convento eran una especie de limosna, la tierra constituía algo distinto. Me temo que, por su condición de heredera de Sir Gilbert, la Hermana Miriam siguió siendo dueña abiertamente de todo.

—¿Teme usted… eso?

La Madre Ancilla, una monja al fin, había expresado su pensamiento de un modo extraño.

—¡Oh, Jemima! ¡Estoy tan preocupada! He llegado a preguntarme si todo este desdichado asunto de las tierras la llevaría a hacer lo que hizo.

Me encontraba ante la faceta más humana y atractiva de la Madre Ancilla. Cogió una de mis manos entre las suyas. Recordé cómo se comportaban las monjas ante la perspectiva de un contacto

físico, tanto si se trataba de un abrazo como de un beso o de un cordial apretón de manos… Tales contactos les eran negados, con sus consecuencias correspondientes… Bueno, Tom se expresaba en parecidos términos a veces. Las monjas no eran más que un puñado de afectuosas y dulces mujeres, ligeramente infantiles, que se habían quedado permanentemente en la niñez, quizá, cuando ingresaran en el convento.

—Aquello le preocupaba, lo consideraba una responsabilidad. Y, además, se encontraba enferma. Nuestro Señor, ciertamente, sabía muy bien lo que se decía al indicar al centurión que para seguirle debía vender cuanto poseía. La pobre Hermana Miriam ansiaba perder toda su gran riqueza en los brazos de Dios. Pero los abogados, ya sabes… Incluso tratándose de una monja. No la dejarían nunca en paz. Y dirían obstinadamente: hemos de regularizar la situación. Con lo cual, en la enferma cabeza de ella empezarían a entrar raras ideas. Puedo asegurarte que no había allí nada de lo que Sir Gilbert se propusiera. Bien. Nuestro Señor estimó oportuno poner fin a todo aquello. Él sabía que en su mente, en orden, nunca se habría abierto paso cierta idea.

—Tiene usted que decírmelo, Madre. ¿Qué era lo que Rosabelle quería hacer con las tierras?

Esta vez la Madre Ancilla pareció sentirse auténticamente sorprendida.

—Pero, Jemima, ¿es que no lo sabes? Tú debes saberlo. Pensé que ella te había escrito, cuando encontré la nota. Fue después de la emisión de tu programa. Quería quitárnoslas a nosotras para…

—Para… ¿qué?

—Para dárselas a los pobres.

—Para dárselas a los pobres —repetí. A continuación descubrí la faceta chocante de todo aquello. Había habido una inflexión clarísima de horror en la voz de la Madre Ancilla. Me fue imposible evitar añadir—: Exactamente igual que el centurión, efectivamente.

—Nada de eso —replicó la Madre Ancilla, fríamente—. Tú recordarás que el centurión era un hombre responsable, que ocupaba un elevado puesto en la sociedad. La Hermana Miriam era una mujer muy enferma. Su propio abogado le rogó que no llevara a cabo tan destructora y (no puedo dejar de mencionar la palabra)

alocada acción. Hubiera sido la ruina del convento, desde luego. Nos quedábamos sin espacio vital. Sólo llegábamos hasta nuestras puertas. No podíamos movernos más allá de ellas. Alcanzábamos tan sólo hasta la entrada principal. Parece ser que hasta la misma capilla habría desaparecido. ¡Nuestra capilla! ¡Oh! Quizá hubiéramos tenido que dejar de existir. Todos los trabajos que nos habíamos tomado a lo largo de tantos años no servirían de nada. Todo esto no tenía que ver absolutamente nada con las intenciones de su padre, ni con el recuerdo de su querida madre.

La monja suspiró de nuevo. Parecía existir más irritación que caridad en sus expresiones. Me sentí animada a continuar.

—Los pobres… Pero es que eso implica muchísima gente. Bien. ¿Cuál fue la decisión que tomó?

La Madre Ancilla me dedicó una sonrisa impregnada de gran dulzura.

—Los pobres, sí. Como Nuestro Señor dijo, éstos están siempre con nosotros. ¡Ah! Recuerdo que tales palabras sirvieron para titular uno de tus programas. «Ellos están siempre con nosotros.» Me pregunté en su día cómo habrías llegado a seleccionarlas.

—Dudo de que la Hermana Miriam utilizara los métodos de la Megalith Television.

Una vez más lamenté mi decisión de contraatacar. Otro apretón de manos. Otra mirada de desesperación. Y en seguida volví a experimentar claramente la impresión de que algo (o alguien) estaba intimidando a la Madre Ancilla.

—Mire usted, Madre —dije. Jemima Shore, ahora, estaba procurando hacer muy afable su actitud—: Yo quiero ayudarla. Por favor, créalo. Pero tiene que explicarme qué es lo que ocurre aquí. O qué es lo que ha sucedido. La verdad es que en estos instantes me siento desconcertada por completo. Permítame establecer unos cuantos hechos muy simples… —¡oh! ¡Qué frase! ¿Por qué no había prescindido de ella? Ahora estaba esforzándome por todos los medios para ser sincera. La frase en cuestión había sido parodiada por programas satíricos, en los que se me presentaba seguidamente haciendo uso de toda una carga de expresiones que constituían un galimatías totalmente incomprensible—. La Hermana Miriam, Rosabelle, jamás me escribió para ocuparse de mi programa.

Ciertamente, a lo largo de mis indagaciones nunca tropecé con el hecho de que una monja de la Orden de la Torre de Marfil estuviera relacionada con las propiedades… Naturalmente, esto habría supuesto un dato terriblemente interesante a sumar al mismo, ahora que caigo en la cuenta…

Me contuve. Aquél no era el momento más oportuno para hacer gala de mis entusiasmos.

—Ella escribió: «Jemima está informada.» Pero es que Jemima no sabe nada. Tiene usted que contármelo todo. De otra manera, no me es posible empezar a prestarle mi ayuda.

Se produjo un silencio, el cual fue quebrantado por una llamada a la puerta.

—Sí, pase —respondió la Madre Ancilla, inmediatamente—. Bueno, Hermana, ¿qué ocurre ahora?

—¡Oh! Lo siento. Reverenda Madre. No sabía que tenía usted visita…

Una voz agitada en parte a mi espalda. No quise dar la vuelta para ver quién había entrado allí. Preferí esperar a que la Madre Ancilla me presentara. Pero ésta continuó mirando hacia la puerta por encima de mi cabeza, disimulando apenas su enojo.

—Como usted puede apreciar, Hermana, en estos momentos me encuentro bastante ocupada —fue todo lo que dijo.

La visitante, una monja, evidentemente (era lo único que yo sabía de ella), se fue.

La Madre Ancilla frunció el ceño. Observé que dejó pasar unos momentos antes de hablar de nuevo, para tener la total seguridad de que la desaparecida intrusa no nos oía.

Después, por fin, se explicó. Me contó que Rosabelle Powerstock, conocida en la vida de religión como la Hermana Miriam de la Orden de la Torre de Marfil, no había mostrado ningún interés por sus anteriores riquezas. Había formulado su voto de pobreza con toda seriedad. Naturalmente, aportó una dote al convento, como hacían todas las monjas.

—Una dote sustanciosa —manifestó la Madre Ancilla, reforzando tal declaración con un gesto de asentimiento.

¿El laboratorio de idiomas? ¿La piscina? No quise interrumpirla con tales preguntas.

—Nuestro Señor consideró oportuno que por fin nos encontráramos en condiciones de reparar el tejado de la capilla, parte del convento que ha originado los gastos más grandes en materia de obras desde la época de la Reverenda Madre Félix.

¡Ah! Sentí como si ella me hubiera echado en cara el carácter esencialmente material de mis especulaciones. Otra cosa: Rosa había renunciado, además, a los cuantiosos bienes que hasta su ingreso allí habían sido administrados por otras personas en su nombre, siendo sus beneficiarios toda una serie de fundaciones de caridad y de proyectos de tipo instructivo.

DESDE LUEGO, LA HERMANA Miriam había suscrito el testamento habitual, el que hacían todas las monjas pertenecientes a la O. T. M., dejando el resto de su dote a la comunidad. Pero no se esperaba que esto, por sí mismo, constituyera una gran fortuna. Además, con el asunto de las reparaciones en el tejado de la capilla y otros lujos religiosos… A lo largo de los años transcurridos desde la muerte de Sir Gilbert (su «querida muerte», estuve casi a punto de pensar que hubiera dicho la Madre Ancilla), a nadie se le había pasado por la cabeza, ni remotamente, la idea de que Rosabelle Powerstock pudiera retener todavía el derecho a la total propiedad de los terrenos, hasta el último metro, en que se asentaba el Convento de Santa Leonor. Se trataba de algo que se les escapara a los abogados: el documento que amparaba los edificios no cubría, en cambio, los terrenos. Un tecnicismo.

—Una no puede menos que preguntarse por qué razón muchos años después de haberse cometido tal error Nuestro Señor consintió que lo descubrieran —observó la Madre Ancilla, adoptando una actitud que podía calificarse casi de malhumorada.

Pero el caso era que la equivocación había quedado al descubierto. Y después se había iniciado el interminable proceso de la rectificación, a fin de poder establecer el documento mediante el

cual Rosabelle Powerstock procedería a la entrega de los terrenos al convento, igual que en otro tiempo su padre hiciera donación de sus construcciones.

—¿Se mostró conforme en proceder así? —pregunté, interrumpiendo a mi interlocutora.

—Al principio, sí. Sin la menor vacilación. Ya te dije que a la Hermana Miriam le tenían sin cuidado las cosas de este mundo. Es decir, cuando su mente estaba en orden.

—Pero posteriormente hubo un cambio, ¿no? ¿Dejó acaso de pensar en deshacerse de estos terrenos?

—¡Oh! Esos abogados… ¡Actúan con tanta lentitud! ¡Y escriben tantas cartas! Vinieron a verla, empeñándose en explicarle el alcance de lo que iba a hacer. ¡Como si la Hermana Miriam hubiese pensado en hacer algo! Ella era una buena monja, simplemente. Sólo deseaba estampar su firma al pie de un documento que hubiera debido ser extendido años atrás. Y más adelante cayó enferma.

—Con lo cual cambiaron todas las cosas…

—Ella fue la que cambió. Nada de lo que la rodeaba cambió lo más mínimo —a partir de este momento la Madre Ancilla empezó a hablar con más rapidez—. Fue después de haber visto tu programa de la televisión. Se encontraba entonces en un período de convalecencia. Quería regalar aquello a los pobres, concretamente a las personas necesitadas de las casas demolidas de Powers Square. Son los que se denominan a sí mismos «proyectistas» Powers. La Hermana Miriam hablaba del hombre rico y del ojo de la aguja… Pero lo peor era que, ¡ay!, estaba loca. Esto lo sabemos ahora. Demasiado tarde ya. Me figuré que te había escrito. Pensé que debía haberte escrito. No sé cómo, luego entró en contacto con ese hombre, con el jefe de los manifestantes, o de la asociación de residentes, o como se llamaran éstos. La Hermana Miriam le escribió. Le ofreció nuestras tierras. Ella alegó que como eran suyas podía dárselas a quien quisiera. Alexander Skarbek era el nombre de aquel individuo.

Alexander Skarbek. Tratábase del hombre que yo, secretamente, encontrara más simpático que los directores de la M. G. V. Secretamente, y no sólo por mi trabajo, sino porque era la *bête noire* de Tom. Éste había dicho una vez que Alexander Skarbek existía

para dar a las buenas causas un mal nombre. Era un hombre carente de escrúpulos, en opinión de Tom. Esto, claro, dependía de lo que Tom estimara como tales. Era un sujeto que, por supuesto, poseía cualidades: era capaz de tomar decisiones y poseía dotes de mando. Había que juzgarlo un fanático, suficientemente convencido de la rectitud de su causa, que no vacilaría a la hora de aceptar un ofrecimiento, incluso formulado por una monja medio loca. Era un hombre que también sabría cómo batir a la familia Powerstock, esto es, a sus abogados, practicando su mismo juego. No en balde había logrado derrotar al ministerio y al concejo, pese a haber combinado estos esfuerzos para salir airoso en el caso del Patrimonio de Greatpark.

«Jemima está informada.» Pero lo cierto era que yo no había sabido nada de todo esto, pese a que mi programa podía ser considerado responsable de haber agitado aquel asunto.

—Ella nos hablaba de la pobreza de Cristo, de cómo se plantaría ante nuestras puertas, igual que Lázaro, para enseñarnos el verdadero significado del mensaje cristiano.

Acertaba a ver perfectamente que la Madre Ancilla no estaría dispuesta, por supuesto, a acoger benévolamente un nuevo Lázaro de la especie de Alexander Skarbek.

—Pero el caso, Madre Ancilla, es que no pasó nada de eso —me oí decir a mí misma, en un tono carente por completo de emoción —. Pues tengo entendido que ella no alteró su testamento. Santa Leonor heredó cuanto tenía —la anciana monja movió la cabeza—. En consecuencia, la comunidad, gracias a la inoportuna muerte de la Hermana Miriam Powerstock (perdóneme por expresarme tan crudamente), adquirió las tierras para sí.

Había estado a punto de decir «oportuna muerte»…

La Madre Ancilla no pareció advertir el detalle. Simplemente se limitó a asentir. Detrás de su cabeza había una litografía en la que figuraban la Virgen y el Niño, en un pulido y dorado marco en bisel. El cuadro era de Lippo Lippi. Esto seguía igual desde mis tiempos del colegio. Por supuesto, no había estado en manos del pintor, hombre de otra época, emprender una tarea de modernización. A la Virgen se la veía infinitamente apesadumbrada, pero como despegada, ajena, también. Era como si hubiera sabido que a pesar

de todo el interés que le inspiraba la lastimosa escena humana que tenía lugar bajo su triste mirada, el curso de las humanas pasiones no iba a sufrir la más mínima variación. Sus altas y arqueadas cejas, los mechones de sus dorados cabellos, perfectamente delineados, le daban una indudable belleza.

Por otro lado, las cejas de la Madre Ancilla, bajo la blanca banda de su toca, no eran visibles, y ningún mechón podía escaparse de tal cárcel. De haberse podido ver allí algunos cabellos, éstos hubieran sido grisáceos, si no blancos. En mis años del colegio, los cabellos de las monjas habían sido un motivo de curiosidad para las alumnas. Todavía recordaba el regocijo con que un día acogimos a la Hermana Thomas, una monja joven, al ver que bajo su toca asomaba un rizo de tono castaño. La pobre debía de haberse vestido a toda prisa. Como a las religiosas no les estaba permitido el uso del espejo, probablemente ni siquiera se había dado cuenta de aquella anomalía. Otra cosa que entonces nos hizo sonreír fue la perspectiva de ser testigos del acre reproche de la Madre Ancilla cuando descubriera el ofensivo ricito. Con tal incidente quedaba puesto de relieve el hecho de que las monjas no eran calvas; además, no se afeitaban la cabeza, sino que, sencillamente, llevaban los cabellos convenientemente cortos.

Estudiando la cabeza de la Madre Ancilla, ahora por debajo de aquella Virgen, pensé que todavía continuaba interesándome por los cabellos de las monjas. Y también por su aspecto general.

—He de hacerte saber, hija mía, que últimamente no me he encontrado muy bien de salud —notificó la Madre Ancilla.

Comprendí que había habido unos momentos de silencio entre nosotras, aunque para mí aquel pequeño despacho (ni siquiera a la Madre Superiora le estaba permitido malgastar espacio) había estado lleno de voces del pasado.

«Supongamos que una monja se negaba a que le cortaran los cabellos…» Rosa, por ejemplo, que había sido joven y audaz. Pero la verdad era que también a ella le habían sido cortados. Yo amaba los míos, castaños, rebeldes, que a veces cepillaba furiosamente. Los de la Hermana Miriam habían sido enterrados para siempre, primeramente bajo la severa toca negra, ahora ya en la perpetua oscuridad de la tumba.

De vuelta a la realidad, en la Madre Ancilla descubrí otra forma negra, y la sombra de su precaria salud.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, Madre!

Las palabras convencionales de siempre en estos casos.

—¡Bah! No te apenes por ello. Nuestro Señor ha sido muy bueno conmigo. Me ha permitido vivir muchos años al frente de este convento, tratando de servirle. No puedo quejarme si ahora cree que mi trabajo aquí ha llegado a su fin. En cierto modo —la monja hizo una pausa— me alegraré de sentirme libre de esta carga.

—Bueno, no puedo creer que la cosa sea tan seria —otra respuesta fácil. Y luego, con más convicción—: No logro imaginarme este convento sin usted. Usted ha hecho de él lo que es hoy realmente. Para la mayor parte de nosotras, el Convento de Santa Leonor queda personalizado en la figura de su Superiora.

—¡Tonterías! —exclamó la monja rápidamente—. Ninguna de nosotras es indispensable. Incurriría en una grave falta de humildad si creyese que lo que acabas de decir es cierto.

Pero bajo el gesto de rechazo advertí que la Madre Ancilla parecía sentirse ligeramente complacida. Me acordé entonces de un líder sindicalista que hacía poco que se había retirado de la política activa, a quien llevara a mi programa. Había formulado yo el mismo tipo de observación, conforme a la tónica de «Usted es el Sindicato». Al tratar del éxito en su trabajo, también fue capaz de prescindir de la ambición, pero no la complacencia inspirada por aquél. Otro admirable rigorista, supongo. De todos modos, la cámara había captado el liviano gesto de satisfacción. No había habido ahora cámara alguna que recogiera la expresión de momentáneo placer de la Madre Ancilla, quien se había puesto muy seria.

—Como Simeón, desearía que mi desaparición se precipitase. Y me contentaría con dejar a la comunidad como debe estar… No quiero que se sienta dividida y atemorizada.

Empezó a hablar más rápidamente de nuevo.

—Algo está pasando aquí, Jemima. No se trata simplemente de la muerte de la Hermana Miriam, ni de los reportajes publicados por la prensa, si bien es verdad que éstos impresionaron a la comunidad gravemente. Lo noto. Llevo ya de vida como religiosa,

¿sabes?, casi cincuenta años. El próximo verano celebraré mi cincuenta aniversario como monja, siempre y cuando… —la Madre Ancilla hizo una pausa en su discurso, para volver a expresarse con igual celeridad que momentos antes—. Seré sincera contigo: siempre y cuando siga con vida por entonces. Nuestro médico me ha hecho saber que para esa fecha podría estar muerta. Y que también podría ocurrir lo contrario si acierto a tomarme las cosas con más calma. Esto significa, desde luego, el retiro, la jubilación, el internamiento en nuestra pequeña residencia de Dorset, construida, dicho sea de paso, con parte del patrimonio de los Powerstock. Fiel a mi voto de obediencia, estoy dispuesta a irme de aquí cuando sea. Lo haría de muy buena gana. Sin embargo, ¿cómo dejar la comunidad ahora? ¿Cómo hacerlo, cuando todas se sienten… —una larga pausa. Una sola y expresiva palabra—: inquietas?



—He de hacerte saber, hija mía, que últimamente no me he encontrado muy bien de salud.

»Quiero que nos ayudes, Jemima. Te he dicho ya que no disponemos de mucho tiempo —la voz de la monja tornaba a adquirir la familiar inflexión autoritaria—. Quiero que averigües

qué es lo que sucede entre nosotras. No, por favor, no me digas que no inmediatamente. He estado rezando muchas horas, he estado pidiendo muy formalmente por esto. Piénsatelo.»

Sonó un toque de campanilla a cierta distancia. Era el de la Reverenda Madre.

—Me llaman —dijo la Madre Ancilla, levantándose con sorprendente presteza para una mujer enferma que rondaba los setenta años, y dirigiéndose hacia la puerta. Mecánicamente, introdujo un dedo en una pequeña pila de agua bendita, persignándose—. He dispuesto lo necesario para que comas en el refectorio, con las monjas, querida Jemima. La perspectiva de tu visita las tiene emocionadas, naturalmente. Todas son grandes *fans* tuyas. Más adelante, la Hermana Clara te servirá el café en el Salón de las Monjas. ¿Querrás hacer una visita a la capilla, quizá?

Sonreí, sin querer comprometerme. Las cosas estaban yendo ya demasiado de prisa. Quería controlar la situación mientras me fuera posible. La visita a la capilla representaba una forma de capitulación que no estaba dispuesta a aceptar.

Vi entonces por última vez a la Madre Ancilla como un pequeño y negro pájaro que se deslizara raudo por el pasillo, caracterizado por una serie de nichos que albergaban pintadas imágenes de diversos santos.

—Señorita Shore… —murmuró alguien suavemente, junto a mí.

Advertí en aquel instante que una monjita, poco más que una novicia, a juzgar por su cara, había estado esperando allí durante unos minutos antes de pronunciar aquellas dos palabras. Por sus móviles labios y su naricilla, me recordó la expresión de un asustado conejito.

—Soy la Hermana Edward. He de hablar con usted…

La Hermana Edward. Esto me hizo recordar. Sí. Era la religiosa que, desgraciadamente, no había revelado el alocado plan de purificación elaborado por la Hermana Miriam. Y había dado la voz de alarma, en relación con ella y la cerrada torre, siendo ya demasiado tarde. También comprendí, por el tono de su voz, que la Hermana Edward había sido la persona intrusa que tan mal acogida fuera minutos atrás en el despacho de la superiora.

—Pues hable —repuse, con falsa cordialidad, levantando

innecesariamente la voz.

—Aquí, no.

Oí la campanilla nuevamente. Esta vez hubo tres toques, seguidos de cuatro más. El rostro de la Hermana Edward se puso literalmente blanco.

—Es para mí. Tengo que irme —no obstante, continuó quieta, en el mismo sitio, retorciéndose las manos—. Están pendientes de mí… No quieren que le hable…

—Hermana Edward: yo creo, realmente…

A manera de réplica, la Hermana Edward me arrastró hasta un pequeño nicho existente en un muro, a mi lado.

—Ella la mató —dijo, jadeante, aproximando más y más su menuda cara a la mía—. Ella ansiaba su muerte. Por tanto, la mató.

—¿Quién?

Lo mismo hubiera podido preguntar yo «¿Qué?» Sí, con idéntico interés. No tenía la más ligera idea sobre aquello que me estaba comunicando la monja.

—¿Quién? La Madre Ancilla, por supuesto —el rostro de conejo estaba levantado hacia mí, adoptando una expresión de inocente sorpresa—. La Madre Ancilla mató a la pobre Hermana Miriam.

Un segundo después, la Hermana Edward corría por el pasillo, en dirección a la parte del edificio habitado por las monjas. Otro negro pájaro. Yo sabía que aquella figura correspondía a la Hermana Edward. Pero, claro, vista de espaldas hubiera podido ser la Madre Ancilla o cualquiera de las restantes religiosas. En realidad, todas eran iguales.

Me había quedado, finalmente, sola, junto a la imagen de San Antonio, que sostenía un Niño Jesús en sus brazos.

4 UN PROGRAMA EQUILIBRADO

LA COMIDA EN EL REFECTORIO NO DURÓ MUCHO. Realmente, éste, con posterioridad a mi época de alumna, había sido convertido en una cafetería, contando con su mostrador y las bandejas de plástico destinadas a contener los alimentos. Todas las monjas, a lo largo del mostrador, mostraban unas faces radiantes, más bien enrojecidas. En mis tiempos, las internas habíamos tomado la costumbre de dividirlas en religiosas de caras blancas como la nieve y de color de rosa. La vida, dentro del convento, o sus tocas, parecían producir efectos extremos en cuanto al color de sus cutis. Las que estaba viendo eran todas del color de las rosas.

La comida se me antojó deliciosa. Así se lo comuniqué a las jóvenes sentadas a mi mesa. Todas demostraron una gran sorpresa.

—¿Quiere repetir, señorita Shore? —me preguntó una sentada al final de la mesa, cortésmente.

Fueron las primeras palabras pronunciadas por ella a lo largo de la comida. Me fijé en su rostro, alargado, interesante, dotado de una recta nariz, con un perfil de cruzado modelado sobre una tumba.

Al traerme el nuevo plato, ella se inclinó sobre mi silla, diciéndome, en voz muy baja:

—He de decirle que éste era el budín favorito de la Hermana Miriam también.

Más adelante, pregunté por ella a la Madre Ancilla. ¿Quién era la joven?

—¡Ah! ¡Usted me está hablando de Margaret Plantaganet! —exclamó la Madre Ancilla, quien me dio la impresión de sentirse encantada al apreciar mi instinto selectivo a la hora de concentrar mi atención en una de sus preferidas—. Lady Margaret Plantaganet —se apresuró a añadir a religiosa, siempre dispuesta a no omitir ningún título—. Es la hija de los Bosworths.

—No es éste un apellido muy católico —musité.

En mi irritación por haber proporcionado a la Madre Ancilla aquella entrada, me olvidé por completo de preguntarle cómo una simple colegiala podía haber estado informada acerca de mi amistad con Rosa.

—La verdad es que su madre era una… —la Madre Ancilla mencionó seguidamente un apellido increíblemente grandilocuente, un apellido italiano que yo, muy de veras, oía por primera vez, aunque en otro caso yo hubiera puesto una faz también inexpresiva —. Lord Bosworths es un converso. Pero Margaret parece una pura Plantaganet, ¿no crees?

Era evidente que la Madre Ancilla entendía la presencia de Margaret Plantaganet en el Convento de Santa Leonor como una especie de triunfo puesto al día de la Contrarreforma.

No fui a la capilla.

La Hermana Clara se encargó de servir el café en el salón antes señalado por la Madre Superiora. La Hermana Clara era muy gruesa, y a la vista de su oscilante busto, bajo el negro hábito, sentí la tentación una vez más de preguntar si las monjas usaban sujetador (otro tema eterno de discusión entre las colegialas, un tema, además, en relación con el cual no había llegado a una conclusión satisfactoria, por mí parte). De habernos encontrado frente a las cámaras de la televisión, le habría dicho: «Hay una pregunta, Hermana, que nuestras televidentes, me consta, arden en deseos de formular…» Todo el mundo habría pensado entonces que me iba a referir a la frustración sexual, por ejemplo. Entonces, hubiera añadido, olvidándome por completo de tal tema: «En una época en que son muchas las mujeres que alardean de haber prescindido por completo del sujetador…», y así sucesivamente. Pero no estábamos en el estudio. Rechacé aquella tentación. Era improbable que durante el Concilio Vaticano II no se hubiese

tocado aquel tema, cualquiera que fuese la costumbre adoptada en mis años de estancia en el colegio.

Para distraerme, concentré mi atención en la serie de fotos de novias guardadas en una carpeta. Por fin, acerté a imaginarme a Lady Margaret Plantaganet al cabo de unos años, severamente vestida de blanco y del brazo de algún aristocrático padrino, esto es, adecuado. Del convento, entonces, habría salido un presente de boda consistente en un juego de servilletas bordadas por las monjas, en las que aparecerían las armas de los Plantaganet entrelazadas con el monograma del Convento de Santa Leonor… Esta grata fantasía duró lo que mi café.

Poco después decía con toda claridad a la Madre Ancilla, cortésmente, pero con firmeza, que Jemima Shore, Investigadora, era un personaje que existía, más o menos, para beneficio de la televisión. Yo no podía embarcarme en una misión especial de carácter secreto para solucionar el problema de su convento. Mi encuentro con la Hermana Edward, sin embargo, me había proporcionado un atisbo de la naturaleza de aquellas cuestiones. Evidentemente, un puñado de mujeres célibes reunidas era susceptible de fermentar como si de levadura se tratara. En la Edad Media, la Hermana Edward hubiera tenido visiones. En nuestros tiempos, se limitaba a acusar a su superiora, señalándola como autora de un crimen. Probablemente, veía demasiadas historias policíacas en la televisión. El receptor había sido regalado por una antigua alumna. Y se encontraba en el Cuarto de Estar de San José.

Ya en mi coche, de vuelta a Londres, sentí como si los largos dedos del pasado se hubiesen extendido hasta rozarme. Y yo los había eludido. Lo sentía por la Madre Ancilla. No me era posible ayudarla.

Además, faltaba poco para que me fuera a Yugoslavia en compañía de Tom.

DOS DÍAS MÁS TARDE

ME LLEVÓ él a cenar a nuestro restaurante favorito, una *trattoria*

situada detrás de la estación Victoria, un establecimiento discreto, conveniente para quienes iban a la Cámara de los Comunes, Yo lucía mi estimado vestido Hanae Mori, con su motivo de desparramados corazones. El corazón: mi símbolo de la suerte. Me gustaba garabatear siempre un corazón en las notas que enviaba a Tom.

Pero, al parecer, no iba a traerme suerte aquella noche. En efecto, no iba a ir a Yugoslavia. Al menos, acompañada de Tom. El *Welfare Now Group*, en el cual él había depositado tantos de sus prodigiosos idealismos, iba a celebrar unas reuniones de carácter urgente con el ministro de la Seguridad Social antes de que se iniciaran en el otoño las sesiones del Parlamento. Como se esperaba que tales reuniones fuesen insatisfactorias (que era lo que siempre ocurría), se organizaría luego una asamblea en Trafalgar Square. Tom, por supuesto, sería en ella uno de los oradores principales. Su alta y delgada figura, inclinada ligeramente, como azotada por el vendaval de sus exaltadas frases, era una parte inseparable de la plataforma política que llevaba las, siglas W. N. G.

—No es que no pueda zafarme de eso —manifestó Tom, nervioso—. Es que no quiero. Tenemos que hacer comprender a esa gente que nuestras demandas son razonables. Supongo, querida, que entiendes lo que estoy diciendo.

La verdad era que no lo entendía. Se me ocurrió pensar que el Arcángel San Gabriel con los recursos de Mecenas no hubiera podido satisfacer las demandas del W. N. G. Pero aquél no era el momento oportuno para hacer estas manifestaciones.

—Dime, por lo menos, que iremos algún día a Yugoslavia.

Mi voz, al pronunciar estas palabras, tenía una inflexión lúgubre que me desagradaba.

—Te lo prometo.

Tom era una persona sincera, incluso en ciertas ocasiones en que yo hubiera deseado que no lo fuera. Le creí. Tal vez fuera la honestidad lo que le obligó ahora a darme la noticia de que la madre de Carrie, inesperadamente, se disponía a alterar sus planes, regresando de Estados Unidos. Para mí, emplazada a una distancia tolerable de ella, la madre de Carrie tenía el poder y los caprichos de una emperatriz de Bizancio. A ella atribuía Tom muchas de las

alteraciones y complejidades innatas de Carrie. El temor de ésta a tener hijos, por ejemplo.

—Dada la clase de madre que tiene, ¿a quién ha de extrañar que no quiera asumir a su vez tal papel?

—¿Y por qué no os decidís a adoptar a un huérfano vietnamita, *pour encourager*?

Tom me dedicó una mirada de reproche. Los huérfanos vietnamitas no debían ser utilizados para componer frases humorísticas. Incluso mi programa de la televisión sobre el tema había resultado mortalmente serio. También obtuve una nueva mirada de reproche al murmurar lo conveniente que sería para Carrie tener a Tom a su lado, a fin de contar con su ayuda para hacer frente a las arremetidas de su madre. Opté por no seguir por este camino.

Aquella noche fue, quizá, la más tierna de cuantas habíamos vivido. Y fue entera para los dos. No sé qué historia refirió Tom a Carrie, como justificante, si es que le contó alguna. El caso es que nos olvidamos por completo de ella. De ella y de todo lo demás…

A la mañana siguiente, durante el desayuno, referí a Tom toda la historia sobre la herencia de la Orden, cuanto me había dicho la Madre Ancilla y sus alusiones al testamento de Rosabelle y su intención de sustraer las tierras a la Orden. Desde luego, no cité la acusación hecha por la pobre y alocada Hermana Edward. Después, no sé por qué causa, así lo pensé al menos entonces, discutimos violentamente al ocuparnos de los derechos de Rosa a desprenderse de los terrenos del convento. De un lado, Tom, claramente, no se había sobrepuesto a la innata repugnancia que sentía por los conventos, monjas, etcétera. Las palabras «negros cuervos», si bien no exteriorizadas de nuevo, se hallaban implícitas en varias de sus observaciones. Por otra parte, él criticaba una vez más un sistema social que permitía a una sola persona (Rosa) la posesión de tantas tierras.

Puntualicé repetidamente que el título de propiedad de Rosa constituía una anomalía, un fallo técnico que se había intentado enmendar en su momento. Sir Gilbert Powerstock había pensado concretamente en la comunidad como propietaria cuando asignara los edificios a la Orden. También señalé que las monjas habían

trabajado las tierras honradamente durante muchos años, durante varias generaciones, mucho antes de que Sir Gilbert las adquiriera, añadiendo que los residentes del Patrimonio Powers, pertenecientes a la clase trabajadora, corrían ahora el peligro de que los frutos de sus esfuerzos fueran a parar a otras manos. Todo ello a causa de un arbitrario accidente de nacimiento que proporcionara a Rosabelle Powerstock el derecho legal (si no moral) a proceder así.

—Bueno, ella está muerta ya. Tu antigua amiga se fue… Por tanto, ya no podrás discutir con ella —replicó Tom, acaloradamente —. ¿Quieres que te diga una cosa? Creo todavía que hay algo raro en la muerte de esa mujer. Se me antoja demasiado oportuna o conveniente, si quieres conocer mi opinión…

Fueron estas últimas palabras las motivadoras de todo. Estas palabras y la cruel certeza de que me enfrentaba con tres semanas en blanco de un modo inminente.

UNA SEMANA DESPUÉS

ME dirigía nuevamente a Churne, al volante de mi coche. Era el mismo día en que yo debía haber subido a un avión en Dubrovnik, acompañada de Tom. Reflexioné mientras iba adentrándome rápidamente en la campiña. Varios árboles esqueléticos me recordaron que se aproximaba el invierno. ¡Y con qué rapidez pasó el otoño! Al igual que todos los placeres, aquellas cosas parecían momentáneas.

Había oscurecido ya cuando llegué al convento. La misma menuda y fría monja de la primera vez me abrió la puerta. Por teléfono, yo me había mostrado breve y reservada al hablar con la Madre Ancilla. Simplemente, le comuniqué que al final había decidido aceptar su ofrecimiento para vivir unas cuantas semanas de relajamiento en el Convento de Santa Leonor. A los curiosos podía serles sugerida la idea de que estaba proyectando un programa televisivo sobre las mujeres en las órdenes religiosas y dentro del mundo moderno, es decir, con posterioridad a la

celebración del Concilio Vaticano II.

—No estoy segura de que nosotras constituyamos el mejor ejemplo ilustrador de tales cambios —manifestó la Madre Ancilla secamente, por teléfono—. Muchas horas de plegarias y de meditaciones nos han convencido de que evolucionar con los tiempos no es necesariamente evolucionar de acuerdo con la voluntad de Dios, o con las intenciones de nuestra bendita fundadora.

—Precisamente. Ése sería un programa equilibrado. En otras palabras: intervendrían en él componentes diversos.

No vi a la Madre Ancilla aquella noche. Las chicas ya habían cenado. La monja menuda (la Hermana Damiana) me llevó la cena en una bandeja al salón de estar. Todo me pareció delicioso. Los platos, además de ser excelentes, estaban exquisitamente presentados, haciéndome recordar así las comidas japonesas. A continuación, la Hermana Damiana me llevó a la zona en que estaban las habitaciones de los huéspedes. En las paredes, por el pasillo, vi varios cuadros: una Virgen de Botticelli, una Madonna con su Niño, del Tiziano, y una Anunciación de Fray Angélico. Junto a la cama descubrí dos libros. Uno de ellos, encuadernado en cuero negro, resultó ser el *Tesoro del Convento de Santa Leonor*, una obra cuyo título, ya que no su contenido, me era familiar. El otro, debidamente forrado, era una autobiografía reciente, la de un prominente católico. Había conocido al personaje en cuestión con motivo de uno de mis programas, que no tuvo éxito, sobre el control de natalidad.

OPTÉ POR ABRIR el *Tesoro del Convento de Santa Leonor*, en una de cuyas páginas leí: «El hombre debe orientar toda su vida hacia Dios, igual que una Torre apunta al cielo. Sin embargo, ni siquiera la más alta de las Torres podrá jamás tocar el firmamento. En cambio, el hombre, por la gracia de Dios y su propia Fe puede esperar alcanzar algún día el cielo. He aquí la suprema misericordia de Dios: hacer al

hombre más alto que sus más elevados edificios, hacer de él una Torre viviente que un día tocará el firmamento.»

Las torres, evidentemente, eran una obsesión para Santa Leonor. Había sido ésta una princesa de nacionalidad francesa, que contrajera matrimonio (cuya duración fue breve) en su juventud con un rey inglés de avanzada edad. Su viudez sin hijos le fue bien. No dio ningún paso para casarse de nuevo, retirándose al Palacio de Chume, que formaba parte del patrimonio aportado por su esposo. Habiendo agregado al palacio las construcciones de un gran convento, fundó entonces la Orden de la Torre de Marfil.

¿Databa tal nombre de la época de Santa Leonor? Era éste un extremo que no había sido aclarado realmente. Habíase sugerido la idea de que ella había pensado en utilizar su propio nombre al proceder a su fundación. No obstante, ¿habrían aceptado las religiosas ser denominadas «Monjas de la Reina Leonor», como si del nombre de un regimiento especial se tratara?, me pregunté. Sea lo que fuere, la O. T. M., según las manifestaciones de la Madre Ancilla, constituía una fundación muy antigua. La Orden había sobrevivido a las vicisitudes del período de la Reforma y a los años de persecución. Sus miembros fueron transferidos a Bélgica. Los edificios, carentes de movilidad, pasaron a ser propiedad de una familia simpatizante de los católicos. Más adelante, en los tiempos más felices del siglo diecinueve, con la Emancipación Católica, la O. T. M. estuvo en condiciones de desarrollarse sobre suelo inglés de nuevo.

Como Reverenda Madre, Santa Leonor había continuado viviendo en el Palacio de Churne, dejando a sus monjas las construcciones, menos ostentosas, del antiguo convento. Ni aun sus retiros habíalos llevado a cabo en el seno de la comunidad. Aquí era donde entraba la torre, esto es, el «Retiro de Santa Leonor». Todo lo que quedaba de la antigua fundación había sido originalmente construido un tanto aparte del convento por un siniestro motivo. A causa de los muros, extraordinariamente gruesos, fuera (me había asegurado Rosa, adoptando una actitud de gran reserva) no podían ser oídos los gritos de Santa Leonor cuando ésta se flagelaba despiadadamente, haciendo penitencia por sus pecados.

«Ella no quería que la rescatasen de sí misma», había agregado

entonces Rosa, abriendo mucho los ojos. Le gustaba impresionarme con los más horribles detalles de su Fe. Me estremecí. Me acordé con demasiado realismo de los referentes a la muerte de la propia Rosa, y no estaba dispuesta a pensar en ellos aquella noche. Serían el centro de mis reflexiones, en cambio, unidos a muchas otras cosas, al día siguiente.

Santa Leonor había desaparecido del mundo de los vivos hacía muchos años. Había que dejarla descansar. Y lo mismo pasaba con Rosa. *Requiescant in pace.* Pero no me era fácil apartar mis pensamientos de aquellas dos mujeres. Me acordé también, sin desearlo, de que Santa Leonor había muerto en su torre. En su caso, el lecho de muerte había sido arthuriano: seis negras monjas habían trasladado a la moribunda a la torre, colocándola sobre las losas de piedra del pavimento.

No supe resistirme a la tentación de comprobar la historia en la breve biografía que de la santa se recogía en la última parte de su «Tesoro». Sí. Estaba en lo cierto. Por añadidura, había algo más que olvidara. «Y luego, nuestra santa fundadora pidió sus ropajes reales, las prendas que correspondían a una Reina de Inglaterra y a una Princesa de Francia, que le fueron llevadas. En ellas, los leones y las flores de lis aparecían hermosamente entrelazados. "Ahora, buenas hermanas, ataviadme", ordenó a las religiosas. Y éstas le preguntaron a continuación por qué ella, una persona que tan espontáneamente había renunciado a las riquezas del mundo las reclamaba ahora, en el momento de su muerte. Leonor reprochó a las monjas su falta de comprensión, contestando: "¿Y no es justo que luzca mis mejores galas al dirigirme al encuentro de mi esposo, el Rey de los Cielos?”» En estos términos continuó expresándose, dando piadosos consejos y pronunciando tiernas jaculatorias, hasta el instante de expirar. Asegurábase que su cuerpo había obrado milagros, en forma de prodigiosas curaciones, las cuales consolidaron su beatificación en el curso del siglo diecinueve.

Después de enterarme de que Santa Leonor había insistido en morir vistiendo sus atavíos reales, sentí más afecto por su figura. Personalmente, a mí no me engañaba la excusa que diera a las monjas. Una vez reina, siempre se conserva tal dignidad. Ella había deseado lucir aquellos leones y flores de lis una vez más. De otro

modo, ¿para qué conservar las prendas durante tantos años?

MI ATENCIÓN FUE CAPTADA AHORA POR algo que no pertenecía al estrecho mundo de mis pensamientos. Percibí, lejano, con toda claridad, un sonido leve: el de una puerta al abrirse y cerrarse. No, no era eso exactamente. Era el rumor que podían producir unas hojas de puerta oscilantes que son aguantadas al cerrarse. Los extremos izquierdo y derecho del pasillo, correspondiente a la zona destinada a los visitantes, contaban con puertas de tal clase. Una conducía a los dormitorios de las chicas y la otra al ala de las monjas. Ésta era una extensión completamente desconocida para mí. No obstante, la suponía dotada de una escalera que conducía directamente a la capilla. Entonces, ¿por qué había allí alguien, seguramente, que intentaba dejar el ala de las monjas lo más silenciosamente posible para descender a la capilla por la escalera de los visitantes? Y es que ahora ya podía oír claramente el rumor de unas suaves pisadas sobre el tramo que quedaba ante mi puerta.

Aquello no tenía sentido. De acuerdo con mis hábitos mundanos, no era muy tarde. Pero conforme a las normas del convento, la hora podía considerarse avanzada. Todo el edificio permanecía sumido en la oscuridad. Únicamente, de un modo ocasional, se distinguía alguna luz en las ventanas del pasillo de la zona en que as colegialas dormían. Además, aquella ave nocturna, quienquiera que fuese, no se movía con los característicos pasos presurosos de las monjas, siempre diligentes, intentando no malgastar el tiempo dedicado al servicio de Dios. Aquel ser desconocido avanzaba paso a paso, muy cuidadosamente, deteniéndose de vez en cuando, como si estuviera aguzando el oído, intentando captar cualquier sonido extraño.

Esperé hasta el momento en que, de acuerdo con mis cálculos, aquella persona llegó a la puerta lateral de la capilla. Impulsivamente, sin pensar en realidad en lo que estaba haciendo, abrí la puerta de mi habitación, deslizándome fuera lo más

silenciosamente posible. Yo también me aventuré ahora, poco a poco, como una sombra, peldaños abajo, por la escalera en espiral. Mis manos, por fin, entraron en contacto con la puerta de roble de la capilla. No estaba cerrada con llave, ni echado el cerrojo. La abrí, sin producir sonido alguno al hacerla oscilar sobre sus goznes.

Al principio, la capilla me pareció toralmente a oscuras, si dejaba a un lado la lucecita roja del sagrario, situado enfrente del altar. Luego, descubrí unas cuantas velas encendidas, consumidas en forma desigual, delante de la imagen que quedaba a mi izquierda. Quizá fuera el santo del día. Saqué una de las velas de su alojamiento, colocándola ante mí y protegiendo la llamita para que se estabilizara. Esperé unos instantes, a fin de que mis ojos se habituaran a las sombras de la capilla. Estaba completamente segura de que no me hallaba sola allí. El misterioso visitante no podía haber salido por otra puerta, y debía, por tanto, de estar en alguna parte, manteniéndose acechante en la oscuridad.

Se me hizo más y más extraño su silencio. ¿Por qué no hablaba? O bien podía haber hecho alguna señal. El miedo, por primera vez, empezó a apoderarse de mí. Noté el soplo de una corriente de aire frío a mi espalda, y la vela que llevaba se apagó. Al mismo tiempo, abatí mi mano, buscando a tientas el banco de madera más próximo para afirmarme en mi postura. Y entonces mis dedos entraron en contacto con una cálida carne.

Proferí un grito.

5 UNA VIDA NADA NATURAL

POCO DESPUÉS DE HABER proferido yo aquel grito, sucedieron dos cosas. Alguien o algo pasó junto a mí adentrándose en la capilla, desde el exterior, por la ruta por mí utilizada, yéndose hacia la puerta de las monjas y alejándose.

La carne que había tocado correspondía a un rostro vuelto hacia mí, en un gesto de extrañeza. En el extremo del banco había una monja arrodillada.

—Señorita Shore —dijo la religiosa, en voz baja—: lamento haberla asustado.

—¿Qué fue eso?

Un rumor de ropas. La monja se puso en pie. No podía distinguir su cara, y no identifiqué la voz.

—Soy la Hermana Agnes.

—Le he preguntado qué fue eso… Me refiero a la otra persona que se deslizó junto a nosotras —todavía temblaba, no acertando a renunciar al apoyo que me proporcionaba el banco—. ¿Quién apagó la vela de un soplo?

—Aquí no había nadie más, señorita Shore. Fíjese en que la capilla está vacía.



Noté el soplo de una corriente de aire fría a mi espalda, y la vela que llevaba se apagó.

Diestramente, la Hermana Agnes cogió mi temblorosa mano para quitarme la vela, que volvió a encender acercándose al altar más cercano. Vi en él la imagen de Jesús adulto, con un grande y rojo corazón en el pecho. El Sagrado Corazón de Jesús. *Sacré Coeur*! Sentí la necesidad de pronunciar estas dos palabras en voz alta, a modo de alivio.

—Estuve de servicio en el dormitorio de San Luis, el grande. Entré aquí al bajar para rezar mis plegarias nocturnas. Siento haberla inquietado.

—¿Bajando por la escalera de las visitas? —inquirí rápidamente.

Si la Hermana Agnes se quedó sorprendida al advertir mi tono inquisitorial, la verdad es que no me lo demostró. Pero tardó unos instantes en replicar. Luego dijo con naturalidad:

—Ese camino es más corto que el que supone volver al ala nuestra para descender por sus escaleras. Actualmente estoy haciendo una novena dedicada al Sagrado Corazón de Jesús —añadió.

—Pues entonces siento haberla molestado, Hermana Agnes —

respondí cortésmente. Iba serenándome—. La dejaré con sus plegarias y en la paz de este lugar.

Adoptando una actitud lo más digna posible, me volví para encaminarme a la escalera en espiral, rumbo a mi pequeña habitación, que ahora se me antojó una especie de cielo en comparación con la rumoreante capilla.

—Permítame que encienda alguna luz para que pueda ver al subir —dijo la Hermana Agnes—. No es de extrañar que usted se asustara. Las hermanas estamos habituadas a movernos con seguridad en la oscuridad de la capilla.

La monja se me adelantó rápidamente, haciendo funcionar un interruptor situado junto a la puerta, por fuera. La escalera quedó iluminada. Gracias a esto pude distinguir un hueco al pie de aquélla. Era suficientemente amplio para que en él pudiera ocultarse una persona, encogiéndose, claro. Una persona que sabía que estaba siendo seguida y que no quería ser vista…

Porque, desde luego, cabía la posibilidad de que la Hermana Agnes no hubiera dicho la verdad. Esto era indudable. No podía ser que se hubiera deslizado desde el ala de las internas para bajar por la escalera de las visitas y alcanzar el banco en el cual se arrodillara calmosa, silenciosamente, frente a mí. Su historia no era creíble. A tal conclusión se llegaba examinándola desde distintos ángulos. Por una parte, no había dispuesto de tiempo suficiente. De otro lado, el misterioso merodeador provenía concretamente del ala de las monjas y no del de las chicas. En todo caso, si la Hermana Agnes había salido del dormitorio grande, ¿por qué no utilizó la escalera ordinaria frontal para trasladarse a la entrada principal de la capilla, más allá del refectorio?

Allí, en nuestra compañía, desde luego, había estado otro ser humano, a mi espalda y dentro del hueco, alguien carente de faz todavía. Y era ese ser desconocido quien soplara sobre mi vela para retirarse de prisa en dirección a la parte del edificio que ocupaban las monjas. Por tanto, de una monja se trataba. Además, la Hermana Agnes tenía que haberla visto por encima de mi hombro, ya que sus ojos estaban habituados a la oscuridad y yo mantenía la vela en alto. Consecuencia final: la Hermana Agnes mentía.

Tales eran mis pensamientos en el momento de volver a utilizar

la escalera para dirigirme a mi habitación.

Lo último que vi de la Hermana Agnes fue su cara vuelta hacia mí, animada por una expresión de afable interés. Me recordaba algo… Después, caí en la cuenta: me había hecho pensar en un cuadro de Murillo en el que figura Santa Inés con su cordero, ella de joven, con un rostro caracterizado por los oscuros ojos y los mechones de pelos enmarcando su frente. Tal vez hubiera sido aquella semejanza lo que llevara a mi nueva amiga a adoptar el nombre de Agnes[1] como religiosa. Yo no tenía la menor idea acerca de cuáles podían ser las virtudes inspiradoras de Santa Inés, dejando aparte su debilidad por los corderos, como Mary en la conocida canción infantil. ¿O sólo había allí, simplemente, un juego con su nombre latino? En todo caso, sentía una la tentación de pensar que la Hermana Agnes, secretamente, se había visto incitada por la vanidad humana. Tenía yo presente todavía la historia de Santa Leonor y sus ropajes reales. Me dije después que la Hermana Agnes debía de haber sido una bella mujer en otro tiempo.

Más adelante, cuando la puerta de mi habitación quedó bien cerrada, pensé también que la Hermana Agnes era todavía, probablemente, una bella mujer, bajo la toca y el velo que la confinaban. Siempre habíamos comentado entre nosotras las discípulas de Santa Leonor que era imposible averiguar la edad real de las monas. El cuello y la frente, partes siempre tan reveladoras en ese aspecto, quedaban siempre ocultos bajo las prendas correspondientes. Guiándome por los breves momentos que había podido verla, estimé para la Hermana Agnes una edad no superior a los treinta años. Me sorprendió el sueño pensando en aquella inmóvil y expectante figura del banco, dentro de la capilla.

Indudablemente, la vida de una monja no tenía nada de natural. A los treinta años, una mujer soltera y atractiva como la Hermana Agnes se desenvolvía mejor, en mi opinión, trabajando y viéndose con su jefe, casado, tras las horas de oficina, en lugar de realizar solitarias visitas a una capilla. Esto era precisamente lo que yo había estado haciendo a su edad. Con el gran Cy Fredericks en persona, mi jefe, convenientemente casado, de la Megalith. Por supuesto, no era tan grande por aquellos días. Pero eso sí, era casado, como he dicho. Habían existido angustias en aquella

relación personal, mas con todo y eso dudo de que hubiese podido emerger como Jemima Shore, Investigadora, de no haber contado con su ayuda. No se había limitado todo a tirar de determinados hilos en mi caso. Él era una personalidad naturalmente contagiosa. Era inevitable que me contagiara un profundo sentimiento de confianza en mí misma, con igual sencillez que pudiera haberme contagiado un resfriado.

Indudablemente, la vida de una monja no tenía nada de natural.

Me quedé dormida.

—SUPONGO QUE TENDRÁS LA IMPRESIÓN, Jemima, de que todas nosotras llevamos aquí una vida nada natural —me dijo la Madre Ancilla a la mañana siguiente, hallándonos dentro de su pequeño estudio.

Había pronunciado aquellas palabras adoptando su conocido tono de directora del colegio, un tono absolutamente formal.

—Yo jamás me atrevería a decir eso, Madre —repliqué, cautelosamente—. A causa del tiempo que pasé aquí, respeto las normas de su existencia. Aunque no las comparta.

—Así me lo imaginé. De otro modo, no te encontrarías aquí —manifestó la monja, con más viveza que nunca—. Pero no era eso tan sólo lo que quería decirte. Estaba refiriéndome al hecho de que nuestras vidas tienen un orden, un orden propio. El cual no tiene nada de innatural por dos razones. Primera: es un orden inspirado en el servicio de Dios. Estamos convencidas de que de la mejor manera que nos es posible cumplimos en la tierra la voluntad divina. Segunda: nuestro orden no es innatural porque todas estamos aquí voluntariamente. Es algo que elegimos espontánea, libremente.

Me sentí un poco extrañada.

—Pareces estar sorprendida, hija mía. Sin embargo, lo que te estoy diciendo es perfectamente cierto. Ya no vivimos en la Edad Media. Es muy difícil imponer una vocación, claro. Sólo el Altísimo puede ver directamente en nuestros corazones. Pero nosotras nos

esmeramos en escoger con cuidado a las personas destinadas a integrar nuestra comunidad, incluso en nuestros días, en que las vocaciones escasean más que nunca. Esto responde también a la voluntad de Dios y debemos aceptarlo —saqué de sus palabras la impresión de que la Madre Ancilla tendría que decirle dos o tres cosas al Señor sobre el tema cuando los dos, por fin, se enfrentaran. Entre tanto, ella seguía adelante con su personal experiencia—: A veces, desde luego, pese a todas nuestras precauciones, al largo período de prueba que supone la etapa del noviciado, nos equivocamos de plano. Si esto ocurre, la persona afectada es relevada de sus votos, regresando al mundo. Tú te acordarás de Beatrice O'Dowd, perteneciente a tu época. Fue monja durante quince años, dejándonos el pasado. Lo sentimos, pero no quisimos en modo alguno ser un obstáculo en su vida.

A pesar de las palabras de mi interlocutora, un tanto suavizantes, pensé que, indudablemente, Beatrice O'Dowd no gozaba de un especial aprecio por parte de la que había sido su superiora.

—¿Y qué puede usted decirme de Rosabelle…, de la Hermana Miriam?

Me acababa de acordar de Tom. ¿Eran realmente las monjas mujeres encarceladas, emparedadas, víctimas desvalidas, condenadas a dejar ver siempre sus pálidos rostros tras verjas de hierro?

—Bueno, la Hermana Miriam jamás pidió ser relevada de sus votos. Todo lo contrario. Cuando se sintió presa de la enfermedad rogó a la comunidad que no la rechazáramos.

Yo tenía que dar crédito a cuanto ella decía.

—Hábleme de algunas de sus más jóvenes monjas de ahora —repuse, cambiando de tema—. Tengo que saber cuanto sea posible acerca de la comunidad para tratar de ayudarla. Con todos los cambios que se están produciendo en el mundo moderno, ¿se sienten bien, a gusto, o se muestran desasosegadas, inquietas? Hábleme de una de ellas —hice como si rebuscara un nombre en la memoria—. De la Hermana Agnes, por ejemplo.

Los ojos de la Madre Ancilla buscaron los míos con firmeza, observándome con mucha atención.

—¡Ah! Por lo que veo, te has fijado en el parecido… Me pregunté si llegarías a advertirlo.

—¿El parecido?

—Sí. Con la Hermana Miriam. Eran primas hermanas… Pero, claro, la Hermana Agnes era mucho más joven. Campion es su apellido. Agnes Campion ingresó aquí como interna, y al abrazar su nuevo estado de religiosa siguió con su nombre de pila, cosa rara en la Orden. En efecto —añadió la Madre Ancilla, como enojada—, lo habitual es que esto no se permita. Nuestra santa fundadora —ahora la superiora elevó sus ojos al cielo, pero su gesto fue tan mecánico que comprendí que su mente se encontraba en aquellos momentos bien aferrada a la tierra— nos mandó que al aceptar nuestra regla renunciáramos a las cosas terrenales, incluidos los nombres que nos habían dado nuestros padres.

—En cambio, ella conservó el suyo…

—Normas de la realeza. Es algo diferente —la Madre Ancilla desechó mi objeción no sin cierto embarazo—. Así quedaba simbolizado que dejábamos nuestras casas para entrar en la de Dios. El año pasado hubo determinadas tolerancias que podríamos considerar de carácter técnico dentro de la Orden —la Madre Ancilla logró dar al término «técnico» una inflexión que evidenciaba el profundo disgusto que le causaba el mismo—, si bien debo señalar que me extrañó que la Hermana Agnes sacara partido de ellas —inmediatamente la errante mente de la Madre Ancilla abandonó el tema de la inesperada independencia de la Hermana Agnes para volver a ocuparse de Rosabelle—: Por supuesto, el parecido queda mucho más marcado por el hábito religioso. Los ojos de las dos son similares, ¿no crees? Los cabellos de la Hermana Agnes son mucho más oscuros, de un negro azabache. Es una guapa chica. Su sangre española…

Comprendí que volvía a referirse a la ascendencia de los Campion, apresurándome a decir entonces:

—La verdad es que noté en ella algo que me resultaba familiar —yo no mentía, ciertamente—. Ahora, yo nunca llegué a ver de nuevo a Rosabelle, ya de monja. Simplemente, me enteré de un modo indirecto de que se había incorporado a la comunidad —y esto último, más o menos, también era cierto.

Había habido una carta… Una carta larga, larguísima, redactada en términos muy formales. Rosabelle había expuesto en ella, con su pequeña y clara letra, página tras página, su carácter, su manera de ser, en una especie de examen, especificando sus problemas personales. En efecto, consultaba conmigo su propósito. ¿Debía o no debía ingresar en el convento? Yo sabía lo que le pasaba. Su padre acababa de fallecer, me notificaba; se sentía muy sola. Bueno, la soledad era relativa, ya que le quedaba su amor a Dios. Y… me tenía a mí también. Contaba con mi amistad. Sin embargo, yo era una persona extraña. Ni siquiera era católica. Ella, con todo, me creía capaz de aportar una opinión lúcida sobre el asunto. Me juzgaba una mujer dotada de una mente clara. Esperaba que recordara aún todas las conversaciones que tiempo atrás habíamos sostenido sobre aquel tema y otros semejantes.

Sí, había habido aquella carta. Y yo no la había contestado. Había pasado el tiempo. La misiva llegó a mi poder durante el segundo de los cursos que seguí en Cambridge, cuando me afanaba por lograr mi codiciada plaza. Después, ganada a costa de tantos esfuerzos, no quería más que disfrutarla plenamente. Me desentendí de la carta: Rosa y sus problemas se me antojaban algo tan remoto como la época que yo pasara en Santa Leonor.

Más tarde supe de ella por casualidad, en el mismo Cambridge, a través de una prima suya, Celia Campion, una joven muy animosa, producto de otro colegio gobernado por religiosas e improbable profesora de matemáticas: Rosabelle Powerstock había ingresado como religiosa en el Convento de Santa Leonor. O, como dijo Celia: «Mi prima Rosa se ha metido monja.»

—Madre Ancilla —dije ahora—: me imagino que mientras esté aquí disfrutaré de libertad para ir por donde quiera, para hablar con quien se me antoje, para formular las preguntas que se me ocurran…

—¡Naturalmente, mi querida Jemima! —exclamó la superiora, levantando expresivamente las manos—. Para eso estás aquí… Tú eres una persona ajena al convento, capaz, quizá, de ver claramente algo que nosotras, por el hecho de estar tan cerca de ello, hemos pasado por alto.

—En ese caso, creo que debiera intentar hablar con varias de las

monjas, aisladamente, poniendo por excusa mi programa de la televisión, claro. De esta manera, empezaría a ver el modo de iniciar mis indagaciones.

A la Madre Ancilla, mi plan se le antojó excelente. ¿Por qué no comenzar aquella misma noche? No existía ningún inconveniente en ello. Era, puntualizó, la festividad de Todos los Santos, una jornada festiva, por tanto. Más adelante se procedería a darse la Solemne Bendición en la capilla. Tal vez a mí me gustara asistir a la ceremonia… Pues sí, yo asistiría. La música, dentro de Santa Leonor, constituía algo especial, que valía la pena no perderse. Después, las chicas verían una película: *El Sonido de la Música*. Un filme atractivo, edificante. ¿Había entrevistado yo en alguna ocasión a Julie Andrews? ¿No? ¡Qué lástima! Bueno, el caso es que cualquiera de las monjas de la comunidad dispondría de tiempo para charlar un rato conmigo.

Así fue cómo acabé por expresar mi deseo de ver a la Hermana Edward. Pensé que quizá podría averiguar la auténtica causa de su histeria al comienzo de mis investigaciones, lo cual era mejor que aplazar indefinidamente una entrevista de carácter formal, tal vez nada agradable y sin objeto. Nunca sabré qué fue lo que me llevó a sustituir el nombre de la Hermana Agnes por el de la Hermana Edward. Ciertamente, yo no creía que una decisión de tal tipo constituyese una manifestación de cualquier plan divino. Lo más seguro es que me impulsara a proceder así algo que yo descubriera en los modales de la Madre Ancilla, infundiéndome la convicción de que no estaba dispuesta del todo a profundizar en la figura de la Hermana Agnes.

Además, yo estaba ya medio enamorada de mi programa en ciernes sobre las mujeres en las órdenes religiosas, esto es, la historia que justificaba ante los extraños mi permanencia en Santa Leonor. ¿Y por qué no, después de todo? Eso podía tener lugar más adelante, cuando hubiera hallado la solución al problema de la Madre Ancilla. Desde el punto de vista de la televisión, no podía esperar nada de la Hermana Edward. No era éste el caso de la Hermana Agnes, tan serena en una situación confusa, como yo descubriera. En su aspecto, si se pensaba bien, había más de un detalle que hacía pensar en la Audrey Hepburn de *Historia de una*

monja. Hubiera debido recordar que estaba disfrutando de unas pequeñas vacaciones, en lugar de prestar atención a los susurros del demonio de la televisión.

BAJO LOS AUSPICIOS DE LA BENDICIÓN solemne, la capilla parecía estar implicada en alguna importante ceremonia nupcial de la realeza. Los sacerdotes lucían blancos ropajes, con bordados en oro y plata. Grandes y doradas borlas colgaban de sus capas pluviales. Había numerosísimas velas, formando hileras luminosas. La sacristana habría necesitado mucho tiempo para encenderlas todas. ¡Y qué diferente era aquel lugar ahora, en comparación con la capilla poblada de amenazadoras sombras, la noche anterior! Cuando los incensarios fueron balanceados ceremoniosamente, un denso y agradable olor a incienso comenzó a embalsamar el aire del recinto. Sabía yo muy bien que persistiría en aquella tranquila atmósfera, hasta mucho después de que las velas quedaran apagadas.

La Hermana Agnes se arrodilló sola en la oscuridad, ante la lámpara del sagrario, rezando las plegarias de su novena.

> Dulce y divino Sacramento,
> Para Ti en todo momento Sean nuestras alabanzas
> Y acciones de gracias,
> Dulce y divino Sa-a-a-cramento…

La gente suele hablar de pureza en las voces juveniles de un coro. Para mí, en aquellas voces femeninas que cantaban esa noche había, además de pureza, cierta angustia que permaneció en mi mente después de que las voces callaran, cuando en la capilla aún se olía fuertemente a incienso. La única ausente en aquella especie de ceremonia matrimonial era la novia. Sin duda cada corazón solitario se imaginaba ser ella, plantada en el centro del soberbio ritual: la novia de Cristo.

Las monjas se encontraban, arrodilladas o de pie, en un lado de la capilla; las internas ocupaban el sitio opuesto. Las personas visitantes disponían de asientos colocados detrás de los bancos de las chicas. Eché un vistazo a las monjas. Empezaba a no ser cierto para mí aquello de que las monjas eran todas iguales. Me sentía capaz de distinguir unas de otras con toda facilidad. Me fijé en la Hermana Damiana, la intratable, en la Hermana Clara, la gruesa servidora del café, y una o dos religiosas más que se encontraban ya en el convento en mi época de colegiala. Aquélla era la Hermana Elizabeth, seguro, y apenas había cambiado: la Hermana Liz era la famosa profesora de inglés, para quien Wordsworth y los poetas líricos ocupaban puestos, en su panteón particular, no muy por debajo de los santos. También vi a la Hermana Hipólita, la «Hipo», quien con respecto a la historia era lo que la Hermana Liz en relación con el inglés.

Con ella había que hablar de la larga historia del convento, que se apoyaba en una larga serie de documentos de diverso carácter. La Hermana Hipólita se los había leído todos en la biblioteca del centro. Nadie más les había prestado atención, obrando por ello estúpidamente, según subrayaba la monja. Muchas lecciones formales de historia habían tomado derroteros imprevisibles a causa de una pregunta mía o de Rosa:

—Hermana: ¿es cierto que la Orden de la Torre de Marfil no es una fundación inglesa, sino belga?

—Nuestra casa hermana, en Bélgica, es una fundación que data de una época posterior a la Reforma —comenzaría a decir la Hermana Hipo con firmeza, intentando no morder el cebo.

Sin embargo, cuando se concentraba en materias tales como las referentes a la época de los déspotas ilustrados, era una profesora rigurosa, en contraste con la efusiva Hermana Liz. Con el tiempo llegué a comprender que a las dos les debía mucho… ¿Cómo podían las monjas más jóvenes competir con aquellas figuras sólidamente establecidas, quienes se habían formado en el ambiente estricto y seguro de la Iglesia del viejo estilo? Las monjas del mundo moderno… No era de extrañar que Rosabelle se hubiese derrumbado al serle exigido aquel esfuerzo de adaptación. Y, al parecer, la Hermana Edward iba a seguir sus pasos… Realmente,

debía hablar con ella al día siguiente. Era necesario.

Mi charla con la Hermana Agnes tuvo lugar en la habitación contigua a la mía, destinada también a visitantes y ahora vacía, tras haber obtenido el permiso de la Reverenda Madre. Me dijo que podía utilizar el lugar como cuarto de estar propio. En las paredes, como adornos, había una Asunción de Murillo y varias escenas más sobre la vida de la Virgen María. La Hermana Agnes, en realidad, tenía un aire de figura femenina de Murillo al enfrentarse conmigo desde el otro lado de la chimenea simulada, con su única barra calefactora. La vi entonces seria y concentrada. No se parecía mucho a Rosabelle, realmente, excepto en los ojos. Pero, en fin, la Madre Ancilla había puntualizado ya un detalle elocuente: yo no había llegado a ver a Rosa vistiendo el hábito.

La Hermana Agnes, correspondiendo a mis preguntas, siguió mostrándose seria y concentrada durante todo el tiempo de nuestra entrevista. Me dio la impresión de un jugador que hubiera recibido de su capitán la orden de no marcar ni dejarse hacer tantos. Pues sí, aquéllos eran tiempos difíciles para las mujeres que seguían el camino de la religión, dadas las muchas y nuevas oportunidades que eran ofrecidas constantemente a sus compañeras de sexo. Pensaba, sin embargo, que no eran especialmente difíciles, ya que ¿cuándo había sido fácil la existencia como religiosa? Nadie se entrega a Dios esperando por ese motivo pasarlo bien. Y así sucesivamente… La Hermana Agnes no me dijo nada que yo no hubiera estado dispuesta a suscribir espontáneamente por anticipado.

Por tanto, me quedé sorprendida al ver que, tras nuestra anodina entrevista, la Hermana Agnes no abandonó inmediatamente la habitación. Se quedó quieta, en pie, con las manos aferradas al respaldo de la fea silla que ocupaba, en una actitud semejante a la que yo adoptara junto al banco de la capilla la noche anterior.

—Señorita Shore: hay algo que debo decirle —manifestó la monja con su tono de voz habitual, una voz bien modulada—. Usted no descubrirá aquí nada que pueda serle útil. Nada. ¿Me ha comprendido? Nada.

Estas palabras fueron pronunciadas con la misma inflexión que

diera a las frases cruzadas conmigo a lo largo de nuestra conversación anterior, y no había en ellas ningún acento dramático. Pero todo estaba en sus ojos. No podía controlar su expresión. Se habían dilatado por efecto del terror o la ira. No la conocía suficientemente bien para poder concretar esto. Finalmente, añadió:

—¿Por qué no se marcha usted por donde vino ahora que todavía le es posible?

Dicho esto, la Hermana Agnes salió rápidamente del cuarto. Guiándome por el ruido de las puertas oscilantes, deduje que habíase encaminado al ala de las monjas. Esta noche no visitaba la capilla para continuar con su novena, a menos que hubiese optado por utilizar el camino más largo, el de la escalera de las religiosas.

Fue a la mañana siguiente, festividad de las Animas, cuando me enteré de la muerte de la Hermana Edward, acaecida de repente en su celda durante la noche.

6 LA MONJA NEGRA

LA FESTIVIDAD DE LAS ÁNIMAS QUE SEGUÍA A la de Todos los Santos, resultó ser un día de los más tristes entre cuantos soy capaz de recordar. Hasta llovió. Las hojas de los árboles dejaron de vagar a impulsos del viento, congregándose en forma de húmedos montones. Y cayeron más hojas que nunca. Era aquella una jornada de lamentaciones, dentro de la más pura tradición de la antigua fe. Ahora, las negras vestiduras de los sacerdotes hacían juego con los negros hábitos de las monjas. Las chicas llevaban cortos velos, también negros, sobre sus cabezas que contrastaban con los flotantes velos blancos de la anterior festividad. Las flores, numerosísimas, de aquella noche, las grandes pirámides y obeliscos de blancos crisantemos, habíanse desvanecido. ¿Qué había sido de ellas? Habrían ido a parar a algún hospital, me dije vagamente. Sin embargo, ocurría que el más próximo quedaba a bastantes kilómetros del convento, y el de Churne estaba cerrado…

Veinticuatro horas más tarde, aquella pregunta quedaba contestada. A mí me pareció macabro que las mismas flores, todavía con sus festivos remates, fueran utilizadas para flanquear el sencillo féretro de madera de la Hermana Edward, instalado en la capilla durante las jornadas anteriores al entierro.

La Conmemoración de los Muertos, reflexioné con amargura, era ya de por sí una lúgubre festividad, sin necesidad de que se le sumara el fallecimiento de una joven monja, ocurrido a consecuencia de un ataque cardíaco, motivado a su vez por otro de

carácter asmático.

Dies Irae, Dies Illa, día fúnebre, día de llanto. Mientras resonaban en la capilla las espléndidas y sombrías palabras del réquiem, me acordé de la Madre Ancilla en términos de fuerte irritación. Ella, con el resto de la comunidad, probablemente, consideraría una feliz coincidencia que el débil corazón de la Hermana Edward hubiese escogido el dos de noviembre para renunciar a la lucha por la vida. Cuando sus pulmones se esforzaban todavía por facilitarle la respiración. El féretro había salido ganando, en lo tocante a sus adornos, con las flores de la festividad del día anterior: una santa economía. Bueno, así estaba yo de sarcástica, de irónica, en aquellos instantes.

—Los medicamentos que solía tomar se hallaban a su alcance —me dijo la Hermana Lucy, angustiada. Había lágrimas en sus ojos—. Si hubiese tenido fuerza suficiente para utilizar el que necesitaba…

La Hermana Lucy era la joven monja que recientemente había sustituido a la Hermana Bonifacia como enfermera. Me alegré de sorprender aquellas lágrimas en sus ojos. Era suficientemente humana para llorar. La Hermana Bonifacia, sin embargo, sentada, inmóvil como una tortuga replegada en sí misma, envejecida, al fondo del dispensario, no revelaba ninguna emoción. Yo era injusta. Yo estaba siendo injusta y lo sabía. Mas lo cierto es que tuve la impresión de que la Hermana Bonifacia consideraba la muerte de la Hermana Edward como una especie de derrota de los medicamentos modernos.

Al parecer, había expresado muchas dudas en cuanto a la utilidad de administrar a la Hermana Edward una medicación fuerte. Sin embargo, el doctor Mayhew, que cuidaba del convento, en el aspecto sanitario, había sido siempre un hombre convencido de la potencia curativa de aquellos preparados.

—Él había dicho que, sostenida por esas medicinas, no existía razón alguna para que no llevara una vida normal —repetía una y otra vez la Hermana Lucy—. ¿Y qué es lo que puede ser señalado como normal en la existencia de una monja? Bueno, esto es lo que él decía…

Evidentemente, la Hermana Lucy se hallaba muy afectada por el suceso. La Hermana Bonifacia resopló, pasando a otra cuenta de su

rosario. Sus dedos eran increíblemente nudosos, como las raíces de los árboles dibujados por Arthur Rackham. Artritis: la enfermedad endémica de las personas entradas en años que viven en un ambiente húmedo. Probablemente, la parte del edificio en que habitaban las monjas ni siquiera contaba con calefacción, o bien era calentada sólo un mes del año. Me estremecí, A pesar del dolor que sentía la Hermana Bonifacia en aquellos momentos, no dejó de ser tan parlanchina como siempre.

Mi nueva actitud con respecto al convento, junto con cuanto albergaba, acre, amarga, irónica, tenía su origen en un sentimiento de culpabilidad. Lamentaba profundamente no haberme decidido a entrevistarme con la Hermana Edward, tal como me propusiera en un principio. No era que pensase que ella se había llevado sus secretos a la tumba al morir, ni nada tan ridículo como eso. Me decía, simplemente, que algo tan incierto como un ataque cardíaco podía depender de muchas cosas. Mi conversación con ella, el alivio que quizá le hubiera supuesto un intercambio verbal con una persona ajena al convento, podía haberla salvado incluso de su fatal brote asmático.

El dispensario quedaba enfrente de la enfermería, que, como el propio convento, aparecía dividida en dos secciones: una destinada a las monjas y otra para las internas. El doctor Mayhew acababa de marcharse tras haber firmado el certificado de defunción. Nada había que recelar sobre aquella muerte. La Hermana Edward había fallecido por causas naturales, si es que en la existencia de una monja había algo que debiera ser considerado natural… Esto constituía un eco de las palabras pronunciadas por el doctor.

Por tanto, no sería necesario efectuar ninguna indagación judicial. No habría que tener nuevos enfrentamientos con el *coroner*, el descortés magnate de Churne, quien con tanta dureza criticara al Convento de Santa Leonor y a la propia Hermana Edward tras el fallecimiento de la Hermana Miriam. Ello constituía un alivio, al menos. Ya no se suscitaría la más leve sospecha de suicidio, ni se pensaría en ninguna trama tenebrosa con motivo de la desaparición de otra de las religiosas, Pero incluso suponiendo que el *coroner* suprimiera sus intemperancias en esta ocasión (cosa improbable), la población local no procedería así. Aquellas prolongadas miradas

sorprendidas en los establecimientos, a que se refiriera la Madre Ancilla en su carta inicial, tomarían a observarse.

Tal como estaban las cosas, la Hermana Edward podía descansar tranquilamente en su féretro, un pequeño féretro en verdad. Con todo, aquélla había sido no mucho más alta que la Hermana Damiana, la minúscula portera. Consideradas en conjunto, las monjas profesoras eran de tallas superiores a las que daban las llamadas monjas legas. Estas últimas atendían a las tareas domésticas del convento. Para mayor gloria de Dios. Y también, desde luego, para librar a las otras de tan bajos menesteres. Se me ocurrió pensar que sabía muy poco acerca de aquella patética persona de cara conejil que me acompañara junto a la imagen de San Antonio.

—¿Cómo se llamó ella… antes? —pregunté, impulsada por una repentina curiosidad.

Esperaba que la pregunta hubiese sido formulada por mi parte con mucho tacto y plena corrección.

—Verónica O'Dowd —dijo la Hermana Bonifacia, añadiendo a su refunfuño un resoplido—. Ingresó en nuestro colegio a los seis años. Yo estaba al tanto de sus ataques de asma. Muchas noches la acompañaba, cuando su corazón estaba a punto de salírsele por la boca. Y la consolaba. Al mismo tiempo, yo rezaba el rosario. A ella le gustaba oír el tintineo de mis cuentas. A veces bromeábamos. El rosario de la Hermana Bonnie venía a ser… un medicamento eficaz para el asma.

La Hermana Lucy no decía nada. Con su silencio sugería la idea de que a la Hermana Bonifacia se le debía tolerar cuanto creyera conveniente manifestar, por sus años, ya que no por el significado de sus palabras. De vez en cuando, la Hermana Lucy se secaba los ojos disimuladamente con su pañuelo, un pañuelo grande, blanco, más bien de tipo masculino, el pañuelo que todas las monjas usaban. Al cabo de un rato, para apartar su atención de la Hermana Bonifacia, comenzó a pasar a máquina sus notas de medicamentos.

Evidentemente, por su condición de enfermera, tuvo que tener una relación muy continua con la Hermana Edward, debido al asma crónico. Por su preparación profesional (la Hermana Lucy había trabajado en un gran hospital de Londres antes de descubrir su

vocación de religiosa), lo más probable era que tuviese experiencia sobre la forma de tratar a una persona asmática. Con franqueza, los remedios a que recurría la Hermana Bonifacia, las plegarias y demás, se me antojaban no muy alejados de las prácticas de un mélico brujo. O de un brujo, simplemente.

Verónica O'Dowd. Este nombre me recordaba algo. La Madre Ancilla me había hablado de una monja que abandonó el convento amigablemente… ¿No me había dicho que se apellidaba O'Dowd?

—Sí. Eran hermanas —confirmó la antigua enfermera civil—. Pero la Hermana Edward, desde luego, era mucho más joven.

—Se trataba de la primera y la última hijas de una encantadora familia católica. Fueron nueve hijos en total. Cinco muchachas y cuatro chicos… Dos de éstos fueron sacerdotes, y la primera y la última de las jóvenes se consagraron al servicio de Dios. Así es cómo deben hacerse fas cosas —musitó la Hermana Bonifacia.

Conque consagradas al servicio de Dios, eh? Yo seguía indignada. Una de las hermanas había vuelto al mundo al cabo de quince años de inútil reclusión. La otra había fallecido a la edad de… No conocía el dato con exactitud. Debía de estar entre los veinte y los veinticinco años.

—Beatrice O'Dowd no debió escoger nunca el nombre de Juana al entrar en religión —ya no había quien parara a la Hermana Bonifacia ahora—. Se lo dije. Es posible que Juan fuese el discípulo predilecto de Nuestro Señor, pero no hay más remedio que pensar que Él no ama a las monjas de este convento que ostentan el nombre de Juana. La Hermana Juana Brodsky murió en un accidente de ferrocarril antes de la guerra… Era desconcertante que pudiera pasarle una cosa así a una monja por aquellos días. Nosotras apenas utilizábamos el tren en nuestros viajes. La Hermana Juana regresaba de uno de sus viajes al dentista, quien había tenido que confeccionar para ella una dentadura artificial. Debió de sentirse muy triste al ver que había gastado en balde el dinero de la comunidad. Pero, claro, esto le ocurriría más adelante, es decir, cuando llegara al purgatorio.

La Hermana Bonifacia movió sus arrugadas mejillas.

—La Hermana Juana Megève murió de difteria. Se había criado en el extranjero, donde jamás había sido vacunada contra tal

enfermedad. Posteriormente, la Hermana Juana O'Dowd asimiló unas ideas raras, nuevas, y acabó por dejarnos. Yo la puse en guardia oportunamente.

—Tampoco ha sido un nombre muy afortunado el de Edward —manifesté, secamente.

—¡Bah! ¡Tonterías! —replicó la Hermana Bonifacia—. La Hermana Edward Walewska ingresó en la Orden cuando tenía dieciséis años. Y llegó a cumplir más de cien. Siendo una niña, cuando se hallaba en Polonia tuvo ocasión de ver, desde un balcón, a Napoleón bailando con una tía suya. Llegué a conocerla muy bien siendo todavía una niña… ¿Qué tiene usted que decir a eso?

No tenía nada que decir, naturalmente. Sólo cabía señalar, quizás, un hecho evidente: que, de acuerdo con las normas antiguas, las monjas llegaban a edades muy avanzadas. En los tiempos modernos morían jóvenes, en cambio. O bien optaban por abandonar el convento.

No obstante, estaban comenzando a quedar al descubierto las raíces de la histeria que aquejara a la Hermana Edward. Su hermana había abandonado el convento tras haber vivido, presumiblemente, un período de indecisión y duda, un período bastante traumático, con seguridad. Luego, allí estaba el secreto de la Hermana Miriam, su misteriosa muerte y el castigo público que representaba la intervención del *coroner*. Todo ello, sumado, podía haber provocado un claro desequilibrio en una persona mucho más fuerte. Pero la Hermana Edward había sido asmática desde la niñez. Y el asma era frecuentemente de origen nervioso.

Naturalmente, no me molesté en considerar la afirmación de la Hermana Edward al decir que la Hermana Miriam había sido asesinada con premeditación. Ni siquiera el hecho de que la Madre Ancilla hubiese sido la última persona que viese a la Hermana Edward con vida, orientó mis reflexiones en ningún sentido particularmente siniestro. ¿Por qué había de ocurrir lo contrario? La Hermana Edward se había sentido indispuesta durante la bendición, no participando más adelante en la cena de las monjas. Era muy lógico que la Madre Ancilla la visitara en su celda tras el último de los refrigerios. La joven monja parecía encontrarse amodorrada, pero el amago de desmayo se le había pasado. Ciertamente, su

respiración no era agitada.

Nadie más volvió a ver viva a la Hermana Edward.

NUNCA PODRÍA SABERSE si llegó a proferir alguna voz mientras se esforzaba por recuperar el aliento. En tanto que la parte del edificio de las chicas y clases, junto con el refectorio, habían sido construidas en ladrillo rojo a finales de la década de los años veinte, la zona de las monjas y capilla se levantaron en las postrimerías del renacimiento gótico Victoriano. Por fuera, el blando estilo moderno contrastaba con el gótico fuertemente arqueado del convento propiamente dicho. Deduje que las celdas de las religiosas, al otro lado de sus oscilantes puertas, habían sido recreadas conforme a la idea victoriana de un claustro medieval.

Los muros eran gruesos. No tanto como los del Retiro de Santa Leonor, quizá. Pero la intención era la misma. El ruido, el humano ruido, no tenía que entrar en modo alguno donde había quedado establecido el gran silencio de Dios.

La Torre de Santa Leonor fue también un tema de conversación inesperado aquella noche, en la cena. Yo había decidido hacer mis comidas principales en el refectorio (más bien cafetería), con las chicas. No era de mi gusto el solemne servicio del Salón de las Monjas. La Hermana Damiana seguía encantándome, pero para mí la figura majestuosa de la Hermana Clara, desplazándose dificultosamente con su bandeja, constituía una prueba cada vez más penosa. Además, iba interesándome progresivamente por las jóvenes en general y por Margaret Plantaganet en particular.

A Tom le hubiera gustado Margaret. Tal idea acudió sin proponérmelo a mi mente aquella noche, en el refectorio. Ella no se diferenciaba mucho de una de sus fervientes acolitas del W. N. G., una chica llamada Emily Crispin. Emily se había destacado como colaboradora sin percibir nada, que era lo mejor que podía pasar, pues el W. N. G. era inflexible en su determinación de reservar todos sus fondos para los humildes, como, por ejemplo, los llamados

«proyectistas» de Powers Square. Luego resultó que Emily podía hacer frente muy bien a aquel sacrificio, por el hecho de ser hija de un hombre rico, aunque nadie hubiera podido deducir tal circunstancia guiándose por su modo de comportarse… o sus ropas. Margaret era también muy reservada, y de acusada personalidad, ajena completamente a su nombre o nacimiento. Con lo que sí tenía algo que ver era con su aspecto físico: una alargada faz de cruzado enmarcada por un casco de cabellos castaños. Y con su silencio. Emily Crispin, hice notar una vez a Tom, con una irritación que no me molesté en ocultar, era capaz de estar sentada durante horas junto a cualquier persona sin abrir la boca, igual que un perro dormido.

—Eso explica por qué he tenido siempre la impresión de que está de acuerdo con cuanto digo —replicó Tom.

Margaret Plantaganet no solía hablar mucho durante las comidas, tampoco. Dejaba que fuera su parlanchina amiga Dodo Sheehy quien cubriera tal tarea.

Fue Dodo, en el curso de la cena del día de las Ánimas, quien dijo:

—Me pregunto si alguien vería anoche a la monja negra…

Su tono era vivo. Dodo era una muchacha menuda y bonita, de rubios rizos y boca de arco de Cupido. Nada de cuanto decía parecía completamente serio. Pero noté una irónica expresión en la cara de Margaret, una liviana compresión de los labios.

—Todas las religiosas podrían ser llamadas así, ¿no? —inquirí sin dar importancia a las palabras.

La muerte de la Hermana Edward no había proyectado ninguna sombra notable en sus espíritus: era demasiado joven para haberlas podido aleccionar. Ahora bien, yo quería apartar la conversación del tema de los acontecimientos de la noche anterior.

—Estoy refiriéndome a La… Monja… Negra —Dodo dio a sus tres últimos vocablos un énfasis sepulcral—. Es una aparición. ¿Tú no la viste nunca en tu época de colegiala?

—No… Espera. Ahora me parece recordar algo vagamente. ¿Vagaba por la capilla? ¿O era en la torre?

Margaret contestó:

—También se la vio por otras partes del convento. La Hermana

Miriam nos contó que de niña, hallándose en el colegio, había llegado a ver realmente a La Monja Negra.

—A mí nunca me dijo nada en tal sentido. Seguramente, se presentaba después de haber oscurecido. Yo estuve como externa por entonces. Contádmelo todo.

—Habla tú, Dodo…

La chica no había sabido nunca resistirse ante tal invitación. Al parecer, lo más común era que La Monja Negra hiciese acto de presencia poco antes o poco después de haberse producido la muerte de una persona de la comunidad. Sí, desde luego, todas las monjas iban de negro, pero es que con aquélla sucedía algo especial: no se llegaba a identificar al ser vista, era una religiosa que nadie había visto nunca con anterioridad. En seguida pensaba: una novicia, una monja transferida desde otro convento. Pero al día siguiente, todo el mundo se enteraba de que había muerto una de las religiosas. Y, por supuesto, nadie volvía a ver a La Monja Negra, a aquella particular Monja Negra…

Me eché a reír.

—Tú no nos crees —objetó otra de las chicas sentadas a la mesa, con cierta brusquedad—. No obstante, algunas de nosotras vimos a La Monja Negra tres noches después de la huida de la Hermana Miriam. Y aquélla resultó ser la noche de su muerte, seguramente.

La conversación se generalizó a partir de aquel momento. Sí, por allí andaba una extraña monja, una monja que ellas no habían visto nunca anteriormente, una monja dotada de un rostro desconocido, que se les adelantaba por la noche, cuando avanzaban por un pasillo, encaminándose… ¿Encaminándose a dónde? A la capilla. Para participar en una novena dedicada a Nuestra Señora. Y aquella noche, según ellas supieron más tarde, la Hermana Miriam había muerto en la torre. Tenía que convenir que todo coincidía.

Por el contrario, a mí todo aquello me parecía increíble. Otra enigmática novena en plena noche: algo que yo estaba casi segura que no permitían las normas del convento.

Cuando fui informada de que La Monja Negra se había aparecido en primer lugar a la propia Santa Leonor, Dios sabía cuántos años atrás, me eché a reír abiertamente. Afirmábase que seis negras monjas la habían trasladado a su torre, y que en el

último momento hizo acto de presencia una séptima que nadie conocía. Santa Leonor le preguntó quién era, y la contestación se produjo inmediatamente: «Soy la propia Muerte, que comparece ante ti como una Monja Negra.»

—En el *Tesoro de Santa Leonor* no figura para nada esa deliciosa historia —comenté en un tono de voz un tanto acre.

—Exactamente. Fue la Hermana Miriam quien nos la contó. Solía referirnos historias de fantasmas una vez eran apagadas las luces.

Me alegré al saber que, en un aspecto por lo menos, mi antigua amiga no había cambiado. Las historias de duendes e informaciones por el estilo, de tipo general, habían sido la especialidad de Rosa.

—Sea lo que fuere, alguien vio a La Monja Negra anoche —insistió de pronto la muchacha gruñona de antes.

Blanca, Blanca Nelligan era su nombre. Pero, además de no sugerir nada de lo que realmente se relaciona con este nombre, por su gesto adusto, la muchacha era de tez morena.

—Estoy pensando en Tessa Justin, esa chica con trenzas que ahora está en el cuarto grado. A mí se me había encomendado la labor de vigilancia en el gran dormitorio mientras la Hermana Agnes hacía las rondas. Inesperadamente, hizo acto de presencia Tessa, dando gritos y moviendo la cabeza violentamente, con las trenzas al aire, declarando que una monja desconocida la había abordado cuando se hallaba en un reservado del ala…

Todas acogimos con risas estas palabras. Un minuto más tarde las sillas eran retiradas para proceder al aseo del recinto, dándose por finalizada la cena. Decidí no volver a pensar en La Monja Negra. Saboreé mi solitario café tras la conversación con las colegialas. Seguidamente, subí por la escalera de las visitas, dirigiéndome a mi alojamiento. En realidad, pensaba que ya tenía suficientes problemas entre manos para ahora plantearme la cuestión de la fantasmal religiosa que se dedicaba a vagar por los cuartos de aseo escolares que utilizaban las internas más jóvenes. Era improbable que La Monja Negra llegara a importunarme.

Una vez instalada en mi habitación, en cuanto hube echado un vistazo a los papeles que se encontraban sobre mi mesa, pude comprobar que me hallaba en un error.

En una hoja de papel corriente y colocada encima de mi ejemplar del *The Times*, alguien había escrito a máquina el mensaje siguiente: «Si no crees en La Monja Negra, ¿por qué no visitas la torre una noche y lo ves todo por ti misma? Mañana por la noche, por ejemplo.»

La hoja no contenía ningún membrete ni firma. El *The Times* sobresalía por un lado de aquélla, y entonces pude ver en la primera página del periódico una fotografía de Tom, de pie sobre una tarima, durante el desarrollo de la reunión en su W. N. G. Una figura situada junto a él me pareció la de Emily Crispin, con unos cuantos papeles sobre el regazo. Ninguno de los dos se me antojó particularmente fantasmal. De todos modos, la fotografía no me proporcionó consuelo alguno.



—Me pregunto si alguien vería anoche a La Monja Negra.

7 ADVERTIDA

POR LA NOCHE EMPEZÓ a soplar con fuerza el viento. El cambio de ruido que se produjo entonces, tras la firme caída del agua sobre el tejado de la capilla, con el rumor de las ráfagas, que hacían trepidar las ventanas, acabó por despertarme. Tendida en la cama, somnolienta, advertí aún otro sonido, muy cerca de mí. La habitación contigua a la mía, normalmente ocupada por huéspedes, de la cual, provisionalmente, había hecho mi cuarto de estar, se encontraba vacía. A continuación venía otra habitación más, también desocupada. Seguidamente, estaba el cuarto de baño comunal. De localizarse el sonido, debía pensar en la habitación de los huéspedes más alejada, la inmediata al cuarto de baño. Los muros del bloque moderno no habían sido edificados particularmente a prueba de ruidos. El vigoroso rumor de la escoba de la Hermana Perpetua repasando el pavimento de mi dormitorio, con regularidad, alteraba la paz de mi cuarto de estar.

Tenía demasiado sueño para iniciar una indagación. Además, necesitaba dormir. Me despertaba siempre muy temprano, a causa de las campanas de la capilla y de los rumores de conversaciones y pasos cuando las internas se dirigían allí para oír misa. Hallándome en Londres, me consideraba una persona madrugadora, y así me veían también los demás. Me sentía orgullosa de mi capacidad para atender llamadas telefónicas de comprobación, con toda lucidez, a partir de las ocho de la mañana en adelante. Pero tenía que admitir que aquello de aparecer fresca, despejada y decidida para sentarme a desayunar en el refectorio a las ocho menos cuarto era otra cosa muy distinta. Mientras me sumía en el sueño, tomé nota

mentalmente de mi propósito de explorar los terrenos del convento al día siguiente. Una excursión de tal carácter podía ser combinada con alguna entrevista con una de las monjas. La torre, antes que nada, planteaba un problema emocional. Quizá fuera mejor, tras la muerte de Rosa, que no la visitara de noche… y sola. Al menos, la primera vez.

Por la mañana fui a Churne. Había decidido adquirir una linterna eléctrica. La Hermana Lucy, que se dirigía allí para que le cumplimentaran una receta médica, se ofreció para llevarme. Acepté su ofrecimiento, preguntándome si realmente lo que ella quería era disponer de una persona acompañante que de un modo u otro le permitiera hacer frente con más aplomo a la actitud reprobatoria de los habitantes de Churne. Pero lo cierto es que por mi parte ni siquiera dispuse de tiempo para preocuparme por aquéllos. Y es que la Hermana Lucy conducía con una temeridad aterradora, elevada a la categoría casi de inconsciencia, circunstancia que me apartó de todo otro tipo de reflexiones. Añoraba en aquellos instantes la seguridad de mi querido Volvo. Bajando por Churne Hill, un «punto negro» serpenteante y notorio, no tuve más remedio que reconocer que el castigado Mini Traveller conducido por la Hermana Lucy era el más rápido de los dos coches.

Uno de mis salvajes respingos debió de atraer su atención. Yo me acordé de un viejo dicho, repetido por mi madre, por el que se afirmaba que las monjas suelen ser pésimas conductoras debido a que prestan demasiada atención a San Cristóbal, y poquísima al Código de Circulación. En el coche conducido por la Hermana Lucy ni siquiera había un San Cristóbal que nos ayudara… ¿No había sido degradado este santo por el Vaticano? «Vamos, San Cristóbal, ayúdanos…»

—No se preocupe, señorita Shore —manifestó la Hermana Lucy, calmosamente—. Conozco este coche como la palma de mi mano —no mencionó para nada la terrible colina. A continuación, añadió, más bien tímidamente—: No debiera decirlo, pero la verdad es que este vehículo fue en otro tiempo mío. Antes de entrar en religión, quiero decir. Ahora, desde luego, pertenece a la comunidad. Fue la dote que aporté al convento, cuanto pude traer aquí…

—Aparte de su destreza, Hermana —dije, muy seria, tratando de no mirar más allá de la ventanilla.

Ella se ruborizó, pareciéndome sinceramente complacida. Durante el viaje de regreso, la Hermana Lucy me confió que a la Hermana Elizabeth no podía dejársele el Mini a causa de haber aprendido a conducir bastante tarde en la vida. Fue entonces cuando comprendí que había aceptado mi cumplido respecto a su habilidad como conductora y no como enfermera.

Aquella lluvia triste, fúnebre, había cesado a la hora de la comida del mediodía. Los montones de hojas mojadas y los charcos de agua en el camino interior, cubierto de gravilla, nos recordaban la tormenta nocturna. Luego vendría un tiempo más claro y despejado. Mi agenda me reveló que aquella noche sería de luna llena. Normalmente, el tiempo cambiaba radicalmente después.

En cuanto hube leído atentamente el *Times* del día anterior, redacté para Tom, en mi familiar estilo, una nota: «Querido:

Tu discurso fue bueno. Estoy pasando unas vacaciones alejada de todo, de tu mundo de los pobres (política) y de mi mundo de los ricos (televisión), lo cual no deja de ser bueno también. Con todo mi amor, J.» Al pie de la nota dibujé un corazón.

Sí, su discurso había sido bueno, viéndose en el mismo una plena y honesta compasión por los pobres, así como una honesta indignación contra el gobierno.

Los pobres, si éstos leían el *The Times,* se sentirían complacidos con toda seguridad. El gobierno, que indudablemente leía el *The Times*, no. Tom podía estar orgulloso de su intervención. No le facilitaba señas, y mi carta se unió a la correspondencia de las internas. Pensé que el matasellos de Chume significaría bien poco para Tom.

Las cartas de las chicas eran depositadas en un armario situado fuera del refectorio, igual que en mi época de colegiala. Era divertido señalar que aquéllas eran ahora cerradas, en tanto que sus destinos respectivos podían ser todavía curioseados por cualquier inspectora. En mis tiempos las cartas de las internas habían sido leídas por la Madre Ancilla. Según Rosa, era ésta una tarea que llevaba a cabo en toda su extensión. De acuerdo con Rosa, también, la Madre Ancilla no tenía reparo en hacer agudas alusiones al

contenido de una carta si ello convenía a sus propósitos. Rosa procedió a organizar mis servicios de «cartero»: las chicas que deseaban escribir misivas que no pasaran por la censura eran invitadas a ponerlas en mis manos, dignas de toda confianza.

—¿Tú crees, querida, que todo esto está realmente bien? —me preguntó mi madre con ansiedad un día.

Ella se sentía enormemente impresionada por cuanto se refería al convento. En secreto, sentíase feliz pensando en aquellas chicas brillantes, pertenecientes a acomodadas familias, con las que ahora su hija, de origen mucho más humilde, se estaba mezclando. Las referencias de la Madre Ancilla a los linajes hallaban en mi madre una oyente atenta. Teníamos en el colegio a un par de princesas italianas, cuya madre, inglesa, se había refugiado aquí durante la guerra. Figuraban en las listas de clase con los nombres, sencillamente, de Pia y Vittoria. Y las demás chicas las tratábamos con escasas contemplaciones. Las juzgábamos unas inmigrantes impopulares, particularmente en la época en que la campaña italiana se hallaba en pleno desarrollo. Pero la Madre Ancilla siempre hacía todos los honores a aquella familia, a la madre y las hijas, a causa de sus títulos. También le gustaba practicar el italiano que aprendiera muchos años atrás, cuando visitara Roma como novicia. Yo recordaba que «Principessa» había sido una de sus palabras favoritas.

—¡Tú piensa que la Princesa Pia desciende del Papa! —manifestó un día mi madre, admirada.

Aquello era cierto probablemente, dado el carácter del Papado en los primeros tiempos. Pero yo me sentía ya desagradablemente inclinada a poner a mi madre en su lugar siempre que notaba un particular desvarío por su parte en aquel terreno.

—Los Papas no tienen hijos —repuse, fríamente—. Yo me imaginaba que tú sabías esto, al menos.

Fatalmente, mi madre cedía, intentando a continuación congraciarse conmigo.

—Te envidio las oportunidades de que gozas aquí, Jem. Estás aprendiendo muchas y muy interesantes cosas. Tu padre y yo nos hemos llegado a preguntar incluso…, bueno, hemos pensado si querrás hacerte romana, esto es, católica —declaró nerviosamente.

Utilizara el término que utilizara, presentaba aquello como una especie de carrera, como si se hubiese tratado de ser profesora o monitora de gimnasia. No me digné responder. Rechacé las objeciones de mi madre a mis clandestinos servicios postales intimidándola al hacer gala de una gran frialdad.

Rosa fue la única persona que jamás hizo uso de aquéllos. ¿No tenía, acaso, ninguna relación especial con un chico u otro?, me pregunté. Nunca llegué a indagar esto. Recelosa, preferí imaginarme que Rosa no se decidía a confiarme sus misivas amorosas. Me contaba otras cosas acerca de sus vacaciones, con naturalidad, sin darles ningún énfasis. Pero los muchachos que mencionaba, como Marcus y Peregrine, resultaron ser sus primos. Por línea materna. La familia Campion, que venía de mucho tiempo atrás, había sido infinitamente más prolífica, y, por tanto, más capaz de sobrevivir, que la Powerstock, más plebeya.

En cierta ocasión pregunté a mi amiga:

—¿Te gusta Marcus?

Me esforcé por borrar de mi tono el más leve rastro de personal interés.

—Es mi primo —me contestó Rosa, con aquella voz carente de expresión que reservaba para los asuntos que estimaba demasiado evidentes para someterlos a discusión.

Y en esto quedó todo.

FIJÁNDOME EN AQUELLAS listas para su inspección, me sentí complacida al ver que algunas de ellas estaban dirigidas audazmente a hombres: Robin Nelligan, de Ampleforth College, York; Jasper Justin, de Eton College, Windsor, Berks… En consecuencia, quizás estuviera en marcha, en fin de cuentas, cierta libertad. Después se me ocurrió pensar que tal vez Robin y Justin fuesen los hermanos de Blanca y Tessa. Por tanto, las cosas no habían cambiado demasiado, con todo. La mayor parte de las direcciones aparecían encerradas en un círculo. Tom las hubiera considerado con un gesto de desdén.

Por supuesto, era ridículo imaginar, tanto entonces como ahora, que cualquier carta realmente subversiva podía ser dejada fuera del armario. La de Rosa a Alexander Skarbek, por ejemplo. Las misivas de las monjas se distinguían de entre las otras por la calidad del papel, de dimensiones más reducidas y también más fino, a menudo por el tipo de la letra y siempre por el hecho de figurar las siglas A. M. D. G. en una esquina. Aquella carta escrita a Skarbek, ciertamente, no debía haber sido depositada en el armario, quedando expuesta a unos ojos curiosos. Todavía ignoraba yo hasta dónde había llegado la participación de Alex Skarbek en la tragedia de Rosa. ¿Cómo había encajado él la muerte de Rosa, por ejemplo, y el consiguiente derrumbamiento de su plan sobre la herencia? Las observaciones del *coroner* no habían apuntado a esa faceta de su vida y muerte, por fortuna: no había habido necesidad de airear, de revelar al público la propuesta delegación de autoridad que tanta aflicción había motivado en privado. Pero Alex Skarbek tenía fama, al menos en los círculos en que Tom se movía, de ser un hombre rígido en sus determinaciones. Siempre me había sentido divertida al observar cómo Tom y sus amigos del W. N. G., al calibrar a sus oponentes, se burlaban precisamente de aquellas cualidades que a ellos les procuraban sus triunfos.

«Es un extremista… un tipo rudo a la hora de manipular a la gente… Y piensa que todo está justificado en tanto que se produzca un avance en el Proyecto…» Esto es lo que Tom decía, indignado, teniendo a Emily Crispin a su lado, muy seria, proclamando su conformidad con su silencio. Pero la brillantez de Tom al superar con sus tácticas al gobierno con motivo de los subsidios para viviendas había sido generalmente reconocida como su mejor aportación al W. N. G. Yo lo sabía todo acerca de tal acción: había sido el cordialísimo y joven ministro amigo de mi programa quien facilitara todos los detalles de lo que el gobierno se disponía a proponer. Consideré la acción de Tom (y la mía propia) moralmente justificada, en vista del uso que hicimos de la información. No obstante, no resultó muy escrupulosa.

Hablando de Alexander Skarbek: ¿había aceptado simplemente la pérdida de la nueva comunidad, a punto de procederse a su establecimiento, como una de las pérdidas de guerra? En este caso,

tratábase de la guerra que estaba siendo librada contra la sociedad?

Era aquel un terreno sobre el cual la Madre Ancilla podía ser suavemente sondeada de nuevo. Tras ello, lo tentador era entrar en contacto con el hombre, en Londres. Una de las ventajas de contar con un programa propio era que no surgía nadie que disponiendo de defensas personales lamentara mi acercamiento. Mis entrevistados esperaban siempre valerse de mi espacio para obtener ventajas.

POR LA TARDE ESTUVE paseando en compañía de mi antigua amiga y profesora la Hermana Elizabeth por los campos de hockey. Ella no sabía que llevaba en uno de mis bolsillos también la llave de la torre… Se la había pedido a la Madre Ancilla. La Reverenda Madre no había solicitado de mí explicación alguna, limitándose a entregármela.

—La única llave extra está en mi cinturón —dijo, tocando un manojo de llaves que pendía de su talle—. No queremos que se produzcan más… errores, ¿comprendes?

La Hermana Liz y yo rodeamos lentamente los campos de hockey. Me fijé en una figura negra, de aire extremadamente enérgico, que avanzaba incontenible hacia a meta, blandiendo un palo como para producir un mortal efecto. Era la Hermana Inmaculada. Me costaba trabajo creer que todavía pudiera dedicarse a jugar al hockey, pese a los muchos años transcurridos. Recordé lo mucho que me impresioné la primera vez que vi cómo se conducían las monjas: hallándose a la vista del terreno de juego, se aferraban y levantaban un poco las negras faldas, para entregarse a la acción con animada eficiencia, pese a las tocas y todo lo demás. Las figuras de color castaño de las colegialas encajaban los lances del juego adoptando actitudes considerablemente más lánguidas.

Había otra participante en el juego, que no revelaba ninguna energía, quien vestía una corta falda negra, medias negras y jersey también negro, dotado de un cuello blanco. La toca negra y breve permitía ver la mayor parte de sus cabellos… unos lujuriantes

cabellos. Una postulanta. Tuve que consultar el diccionario hallándome en el colegio. Postulanta: candidata, persona que aspira a ser admitida en una orden religiosa. Supongo que Tom era un parlamentario postulante ante las elecciones generales. Al menos, yo me encontraba firmemente a su lado tratándose de su elección. Y en cambio no estaba segura de lo que sentía al considerar la candidatura de aquella muchacha. Desde el punto de vista del convento, sin embargo, era una buena cosa que existiesen todavía vocaciones nuevas, sobre todo ahora, cuando la Orden de la Torre de Marfil no corría ya el peligro de verse desposeída de algunos de sus bienes por los llamados «proyectistas».

—Es irlandesa —me explicó la Hermana Elizabeth, siguiendo la dirección de mi mirada—. Naturalmente.

La Hermana Elizabeth era una mujer que me había inspirado un afecto sincero. Su condición de monja era asunto aparte. Su generosidad de espíritu, su fervoroso entusiasmo por la literatura en todas sus formas, me hicieron tomarle cariño. En su modo de ser había un toque como de Margaret Rutherford[2]. Por sus inquietos brazos, su ágil paso (que, cosa notable, permanecía inalterado, a pesar de haber transcurrido veinticinco años), y su formalidad, se aproximaba realmente a la idea que yo tenía de Margaret Rutherford, suponiendo que ésta hubiese representado alguna vez un papel de monja.

La Hermana Liz era la única mujer del mundo capaz de declarar:

—Esta mañana me he hincado de rodillas para dar gracias a Dios Nuestro Señor porque Wordsworth al escribir su *Preludio* diera al mismo la extensión que tiene.

Desde luego, como alumna me sentí atraída por ella, precisamente a causa de sus valores que no parecían haber sido afectados totalmente por los de la religión católica. Nos habíamos escrito de una manera inconstante tras mi salida del colegio. La Hermana Liz, bien impuesta de sus obligaciones, terminaba sus cartas siempre con estas palabras: «Rezaré por ti.» Pero yo sabía que rezaba continuamente por que ocurrieran cosas sensatas, por que fuera comprendida adecuadamente *Paradise Lost*[3], por ejemplo, o bien por que fuera apreciada debidamente *The Waste Land*[4], no por ciertas causas perdidas, como la de mi conversión.

Charlábamos con fluidez sobre materias de tipo literario. Uno de los temas de conversación fue el del cristianismo del rey Lear. La determinación de la Hermana Liz de discutir la figura de James Joyce constituyó una sorpresa para mí. Luego, comprendí que debía de disponer de escasas oportunidades para hablar de la obra de aquel escritor. De las dos, fui yo, y no la Hermana Elizabeth quien rehusó referirse abiertamente a ciertos aspectos del carácter de Joyce. Con franqueza, no sabía hasta dónde podía llegar para no impresionarla. La Hermana Liz, por otro lado, hacía gala de una sublime sinceridad al formular sus conceptos, no dejando nada a la imaginación. Aquello arrancaba, comprendí, de su inocencia. Mis reticencias, en cambio, provenían de una culpabilidad propia.

Sólo el hecho de que nuestros pasos, al regreso, nos llevaran a la entrada del pequeño cementerio de las monjas, hizo que la Hermana Liz guardara silencio. Hicimos una pausa, y puestas de acuerdo tácitamente cruzamos la pequeña puerta de acceso. Era aquel un sitio algo apartado. Las internas no frecuentaban el lugar. El recinto quedaba fuera de la vista merced al alto y oscuro seto que rodeaba el césped. Filas de sencillas cruces de piedra marcaban los últimos sitios de descanso de la comunidad. Las inscripciones eran idénticas en cuanto a su forma, y mínimas. «Hermana Juana Brodsky O.T.M. 1900-1935.» Debajo del nombre y las fechas: «R.I.P.» Y ya no había nada más.

La última cruz de la fila era la que yo temía ver. Pero no pude evitarlo. Sí, aquí estaba. «Hermana Miriam Powerstock O.T.M. 1932-1973. R.I.P.»

Noté que, a mi lado, la Hermana Liz se santiguaba. Luego, asió su rosario y sus labios se movieron silenciosamente. No sentí nada, nada en absoluto. Luego, me noté embargada por los sentimientos de una manera opresiva, los cuales ocuparon el vacío que momentáneamente se había producido en mí. Pensé obstinadamente que no había ninguna relación, ninguna en modo alguno, entre aquella simple cruz de piedra y la joven que en otro tiempo fuera mi amiga. Mi compasión, realmente, se reservó para el recuerdo de la Hermana Edward, quien pronto descansaría en la sepultura vecina.

—No puedo aceptar que esto tenga algo que ver con Rosa. No

creo que Rosa esté aquí, ¿sabe?

Mi voz, agresiva, resonó fuertemente en el silencioso camposanto.

—Nuestra Santa Madre Iglesia se mostraría de acuerdo contigo en este aspecto —replicó la Hermana Elizabeth, dulcemente—. Ella no está aquí. Aquí sólo se encuentra su pobre y atormentado cuerpo terrenal. ¡Que Dios se apiade de su alma!

La monja tornó a santiguarse.

De pronto, pregunté a la Hermana Liz si accedía a acompañarme hasta la torre, que podríamos alcanzar atravesando el terreno que temamos enfrente. Saqué la llave de mi bolsillo. Era una Yale nueva, brillante. Correspondía a un candado, el que ahora aseguraba la entrada de la torre, según me había hecho saber la Madre Ancilla. No se trataba de la antigua y herrumbrosa llave caída al suelo durante los frenéticos esfuerzos de Rosa para escapar al destino que se había impuesto. Ahora, yo tenía que exorcizar aquella torre por mí misma, y la Hermana Liz, por su cordialidad, por ser capaz de sentir compasión, por el hecho de comprender a los que se movían fuera de los estrechos preceptos del convento, era la persona más indicada para acompañarme. La posibilidad de vivir una aventura aquella noche se había desvanecido por completo de mi mente.

Mientras caminábamos, tratando de evitar el barro producido por la lluvia, ya en la última hora de la tarde, emergió el sol de detrás de unas barradas nubes, iluminando aquel paisaje del mes de noviembre. La Hermana Elizabeth comenzó a recitar versos de Wordsworth con su poética y distante voz de siempre, que al igual que su forma de andar, no había cambiado. Sus ojos se movían, como maravillados, mientras hablaba. Era como si hubiese estado recibiendo directamente un mensaje del poeta, verso por verso:

> Es una bella noche, tranquila y despejada
> La sagrada hora es silenciosa como una monja,
> Que sin aliento rindiera culto…

En este momento, nos hallábamos a la vista de la torre, negra, cuadrada, menos alta de lo que yo recordara… ¡Oh! ¡Y como se

encogen con el paso del tiempo los objetos! El sol comenzaba a hundirse tras ella. Me acordé de una de las cartas del «tarot»: la de la Torre de la Destrucción, muy similar a la contemplada por mí, de la que iban cayendo desventurados seres ataviados con ropas medievales. Sí, la Torre de la Destrucción, verdaderamente, y la destrucción de Rosa, sobre todo. Parecía ser completamente inadecuado, en aquellas circunstancias, pensar en una cita de última hora de la noche con algunas traviesas colegialas que se fingían fantasmas. Me desprendería de mi particular fantasma y después nos retiraríamos de allí.

Querida hija! ¡Niña querida!,
Que caminaste conmigo hasta aquí,
No porque aparezcas intocada por el solemne pensamiento,
Es tu naturaleza, en consecuencia, menos divina;
Tú yaces en el seno de Abraham todo el año…

El expresivo recitado de la Hermana Elizabeth tocaba a su fin.

—No sé por qué, Jemima, esos últimos versos han hecho que piense en ti —dijo la monja, después.

Había una encantadora nota de esperanza en su voz. Comprendí que tal referencia literaria iba a ser lo máximo que La Hermana Liz se aventurara a utilizar rara efectuar un sondeo en mis creencias religiosas. Hice caso omiso de la pregunta implicada. Además, sentí un irreverente deseo de echarme a reír ante la idea de la televisión a guisa de seno de Abraham: la *Megalithic House*. En todo caso, yo no aparecía «intocada por el solemne pensamiento», sino que ocurría más bien lo contrario. La visión de la Torre de la Destrucción se me antojó más perturbadora de lo que me figuraba.

Al cabo de unos momentos de silencio, la Hermana Elizabeth declaró, simplemente:

—Me encanta este poema. Lo aprendí siendo todavía una niña. No estoy segura de que no influyera en mi camino hacia la Iglesia, en mi vocación posterior. Esa idea de la monja rindiendo culto al Señor, sin aliento, tan serena, desentendida de todo… Yo soy una conversa, ¿sabes? Entré en la Iglesia cuando contaba veintiún años.

—«Silenciosa como una monja» —repetí.

Para mí, estas palabras poseían un sentido irónico. ¿Dónde quedaba la quietud y el silencio en aquella brillante comunidad de mujeres neuróticas, muchas de ellas personas frustradas en un aspecto u otro, que habían perdido el contacto con todo lo que había de bueno en el mundo moderno? Eran no pocas las que hubieran procedido mejor regresando al mundo que abandonaron, para encontrar su paz, en vez de resignarse a continuar viviendo en aquella falsa quietud. Así había procedido Beatrice O'Dowd. Solamente alguien como la Hermana Elizabeth, con su intocable amor por la literatura, lograría escapar, probablemente, a cualquier frustración.

Abrimos el candado (nuevo, como la llave), penetrando en la torre. El aire era húmedo allí dentro. Como la planta baja carecía de ventanas, reinaba, además, la oscuridad. A la claridad de la abierta puerta, empezamos a subir por la escalera de madera que conducía al primer piso. Marchábamos una detrás de otra, la Hermana Elizabeth en primer lugar. En el primer piso encontraríamos una ventana emplazada a alguna altura del muro opuesto, desde la que se dominaban las tierras de labor situadas más allá. No se podía ver el convento desde la torre, ni ser visto desde aquél hallándose una en ésta. La segunda ventana del primer piso, la que daba al lado del convento, había sido bloqueada en el siglo diecinueve.

Aunque la torre se encontraba oficialmente fuera de los límites del centro, en mi época de colegiala había sido una travesura habitual robar a la portera su gran llave, para visitar ocultamente el llamado Nido de Nelly. Recordaba de él algunos de sus muebles, una silla grande, un balancín, creo, aparte de una chimenea que no se utilizaba. Los gruesos muros de piedra proporcionaban, incluso en verano, una atmósfera húmeda y fría.

—La comunidad ha estado cuidando de la torre… después del suceso —señaló la Hermana Liz, volviendo la cabeza hacia mí mientras subíamos.

Quería significar, con sus palabras: «Aquí no vas a descubrir nada que te angustie, como ha ocurrido en el pequeño cementerio.» A continuación, la monja añadió, en voz alta:

—Nadie ha vuelto por aquí desde aquel día.

La creí. Una vez más, sentí como si mis sentimientos se hubieran adormecido, o congelado. Levanté la vista, contemplando la negra espalda de la Hermana Elizabeth, sus negros zapatos, embutidos en unos chanclos también negros, las negras medias, las negras faldas, recogidas a un lado, antes para protegerse del barro, ahora para facilitar el ascenso. La Hermana Elizabeth jadeaba ligeramente. La puerta de la entrada, en la planta baja, se cerró estruendosamente, privándonos de luz. Pero en el mismo momento, la Hermana Elizabeth había logrado entrar en contacto con una abertura de ventilación, que abrió. Luego, asomó la cabeza por ella.

Hubo un sonido entrecortado, claramente audible, y la Hermana Elizabeth se quedó completamente inmóvil en el último peldaño de la escalera.

Silencio. La monja continuó sin hacer ningún movimiento.

—Hermana Liz… —dije al cabo de un minuto, ansiosamente.

—Estoy bien, hija mía —replicó ella con voz algo ronca—. Es que he sufrido un sobresalto…

—¿De qué se trata?

Yo, a su espalda, no lograba ver nada.

—No es nada, verdaderamente. Debe de haber sido cosa de las chicas. Prácticamente, una broma estúpida.

Avancé ahora con rapidez. Moviéndose con lentitud, la Hermana Elizabeth abandonó el último peldaño, perdiéndose en la habitación. Aceleré mi desplazamiento. Al entrar en el recinto, vi que la monja había buscado con la mano el punto de apoyo de una mesa, jadeante.

El único mueble que había allí, aparte del citado, era un gran balancín de madera. Es lo que recuerdo. Sobre él se veía, extendido ordenadamente, un negro hábito monjil, con su toca, el rosario y demás elementos necesarios para componer el atavío completo de una religiosa.

A primera vista, ciertamente, se obtenía la impresión de que el balancín aparecía ocupado por una monja. Una monja carente de rostro. Pero tal impresión duraba una fracción de segundo. La verdad es que la Hermana Elizabeth y yo contemplábamos allí todo un juego de prendas que no cubrían a nadie, que carecían totalmente de vida, por no haber una persona que las animara. A

menos que…

«Faltan los zapatos y las medias», pensé de repente, acordándome de los chanclos y las medias de la Hermana Elizabeth, entrevistos fugazmente durante nuestra subida por la escalera.

—Las chicas… Deben de haber sido ellas. Poseen un inocente sentido del humor. No se dan cuenta de lo perturbadoras que pueden ser estas cosas —musitó la Hermana Elizabeth. Observé que no hizo el menor ademán de ir a tocar aquellas prendas—. Notificaré a la Madre Ancilla lo que ha ocurrido y alguien se encargará de recoger el hábito por la mañana.

Pensé: «Sí. Las chicas. Las chicas, valiéndose de su inocente sentido del humor, me habían preparado una especie de recepción para la noche. Algo así como un religioso espantajo. Y yo, al anticipar mi visita, he hecho saltar la trampa preparada.»

Arrugué la nariz. En aquel húmedo ambiente, percibí un olor que me repugnaba. Era un olor que no hubiera debido percibirse allí. Por un momento, no logré identificarlo, si bien, dentro de mi vida urbana, era uno de los olores más familiares. Miré a mi alrededor y mi mirada se detuvo en la chimenea. Al fondo del hogar había un montón de colillas, arrojadas allí descuidadamente. Nadie había hecho nada por ocultarlas.

Me pregunté si en mi visita por la noche habría tropezado con el hábito solo, tal como estaba, o puesto sobre alguna persona. Tal vez debía repetir mi visita a la torre. Era improbable la existencia de un fantasma que gustara de fumar «Gauloises». Y en aquella cantidad. Me sentí animada. Estaba advertida. Esto significaba, tradicionalmente, hallarme armada de antemano, también. La Monja Negra, con su hábito y lo que fuera, podía esperar de mí ahora, en las últimas horas de la noche, una acogida un tanto sarcástica.

8 SECRETOS TESTIGOS

RESULTÓ MUY APAGADA la cena aquella noche, en el refectorio. Yo me estaba acostumbrando a los taciturnos modales de Margaret Plantaganet. Pero es que estuvo ausente de allí, asimismo, la verborrea normalmente desatada de Dodo. El alcohol no ha jugado nunca un papel destacado en mi vida. Jamás tomo bebidas alcohólicas cuando puedo evitarlas, y no soy de las personas que necesitan echar un par de tragos para colocarse ante las cámaras de la televisión. Efectivamente, siempre procuro eludir la sesión alcohólica precedente al comienzo de la emisión cuando es posible, confiando la práctica de la hospitalidad tradicional a mi oven ayudanta, Cherry: «Jemima está a punto de llegar. Mientras tanto, ¿quiere usted tomar otra copa?» Consecuentemente, hasta ahora no había advertido la total ausencia del alcohol en mi vida durante os días vividos en el convento como colegiala.

Aquella noche, sin embargo, durante la cena, sentí la imperativa necesidad de beber algo. Una botella de vino, pensé, habría desatado nuestras lenguas. Recordé haber leído no sabía dónde que en Norteamérica se había producido la emancipación de las integrantes de una orden religiosa, cuyas monjas estaban autorizadas ahora para maquillarse, fumar y beber. ¡Y cómo solían exagerar las cosas los americanos! El maquillaje era algo completamente innecesario para las esposas de Cristo. Claro es, podía ser que me hiciese pensar así mi faceta de puritana. En cuanto a lo de fumar… Bueno, en tal terreno no me inclinaba hacia ningún lado. En mi condición de no fumadora en una actividad saturada de fumadores profesionales, ellos y su vicio me inspiraban

pena más que otra cosa. Sin embargo, el alcohol, en aquellos instantes… Indudablemente, en el refectorio de las monjas americanas (si es que no habían sustituido ya el refectorio clásico por un pequeño restorán francés, por ejemplo), la conversación, entre las comensales, habría salido ganando.

Dodo y yo intercambiamos unas cuantas observaciones corteses sobre el tema de mi contemporánea del mismo nombre, Dora Sheehy. Resultó que Dodo había sido llamada así por ella.

—Las dos nos llamamos Theodora —manifestó la joven, con su afabilidad de siempre—. Pero, ¿quién puede ir adelante con un nombre como ése? Ella fue, entonces, Dora, y yo soy Dodo. Tía Dora fue quien me sostuvo sobre la pila bautismal, ¿sabes? Es decir, es mi madrina. Nunca sabré por qué razón no protestó al ver que otra criatura inocente se veía obligada a cargar con un nombre como el de Theodora.

—¿Y qué ha sido de Dora? —inquirí, haciendo gala de cierta delicadeza. En un tono familiar, esperaba oír: «Se casó con un médico, irlandés, como ella misma, siendo en la actualidad madre de cinco hijos»—. Llevo años sin saber nada de ella —añadí, insincera.

Nunca había tenido noticias relativas a Dora Sheehy, verdaderamente. Existió una breve competencia entre nosotras dos (en términos de colegialas) para conquistar la amistad de Rosabelle. A mi llegada a Santa Leonor, Dora Sheehy era, al parecer, la mejor amiga de Rosabelle. Y cuando me marché del centro, ésta era, incuestionablemente, mía. Pero Dora, según yo la recordaba, había sido una muchacha sosa y más bien aduladora, cuyas buenas cualidades, desde el punto de vista de Rosa, se centraban en su actitud de persona servicial.

Yo prefería, con mucho, a Dodo, la chica de los rizos rubios, de risa fácil, y todo lo demás. Me había confiado que abrigaba la ambición de trabajar para la televisión en cuanto dejara el convento. Esto no me sorprendió lo más mínimo. Una de las cosas raras de Santa Leonor era la no existencia, casi, de jóvenes que tuvieran ambiciones. En las visitas que realizaba a las escuelas corrientes, para dictar conferencias o facilitar determinadas orientaciones a mis oyentes, para no hablar de mis encuentros

normales con los hijos de mis amigos, me había habituado a ser abordada por lindas quinceañeras: «¿Sabe usted de algún examen o concurso a los cuales pueda presentarme?» Dodo, al menos, actuaba conforme a tal norma.

—Se convirtió en la Hermana Theodora —explicó Dodo—. La otra noche estuvimos hablando de ella.

—La Hermana Theodora de los Ángeles —medió Margaret. Ésta había sido su primera observación aquella noche—. Fue asesinada en África.

Me sentí curiosamente abatida.

Nuestros platos se encontraban vacíos en su casi totalidad. Pronto llegaría el momento de la retirada habitual de las sillas y la acción de gracias. Blanca Nelligan dijo con una repentina y dulce sonrisa que iluminó su severa faz:

—¿Quieres hacernos compañía y tomar café con nosotras? En el Cuarto de Estar de San José. Nos autorizan a hacer tertulia allí siempre y cuando aportemos el café.

—Y echaremos de allí a esas odiosas niñas del cuarto curso —añadió Dodo, con una mueca—. Por las buenas o por las malas.

Comprendí que sus reservas durante la cena habían sido debidas a una auténtica incertidumbre sobre la posibilidad de que yo aceptara la invitación. Estaba conmovida.

—Nuestro café es mucho mejor que el de la Hermana Clara —declaró Imogen Smith, ruborizándose.

Sabía muy poco acerca de ella. Únicamente que era la mejor amiga de Blanca, y que siempre se sentaba a su lado.

—Immo lo trajo de Londres el domingo. Se lo quitó a su madre, que lo tenía en la despensa.

—Pero, desde luego, nosotras se lo pagaremos…

—A menos que decidamos que la propiedad es un robo —manifestó Margaret, con una rara sonrisa.

—¡Oh, por favor! Permitidme que… —comencé a decir, alargando un brazo, en busca instintivamente de mi bolso.

No lo tenía allí. Al igual que la botella de vino, aquel otro componente obligado de la vida en un restorán londinense parecía no disponer de un sitio adecuado en el refectorio.

—En realidad, las monjas no efectúan economías cuando se trata

de cosas como el café —señaló Blanca más tarde, sirviéndome una enorme taza que llenó cuidadosamente hasta el borde.

La taza era de porcelana gris, muy gruesa. No disponíamos de leche. El azúcar estaba contenido en un recipiente de plástico, del que sobresalía una cucharita del mismo material.

En verdad, el café era bastante menos bueno que el provisto por la Hermana Clara. También pensé en el juego de delicadas piezas de porcelana en que era servido aquél, todas blancas con trazos en verde de estilo chino. Había una jarrita de leche caliente y otra de leche fría, azúcar de color, unas diminutas cucharas de plata… Eran doce cucharitas, como los apóstoles, según observé, encantada. La bandeja se hallaba cubierta por un paño bordado como sólo las monjas son capaces de bordar, formando una réplica exacta en seda de los dibujos de la porcelana. Todo estaba dispuesto así, indudablemente, para mayor gloria de Dios. Pero, al mismo tiempo, la contemplación de todo aquello constituía una delicia para los simples mortales.

—Pues sí, éste es un convento perfectamente acomodado —apuntó Imogen—. En nuestras habitaciones hay lavabos y alfombras.

—Te has referido a vuestras habitaciones —me creí obligada a objetar—. Dudo, en cambio, de que las monjas dispongan de lavabos y alfombras en sus celdas.

—Pero nosotras los pagamos, ¿no? —Blanca parecía estar quejosa—. Aparte de nuestros gastos ordinarios como alumnas.

—Si no nosotras, ya se encargan de ello nuestros padres —como de costumbre, Dodo puso más energía que nadie en sus quejas—. Y no nos informan sobre el particular… La última vez que mamá estuvo aquí me hizo saber que mi habitación era más lujosa que la que papá hizo reservar para ella en Francia, con motivo de unas vacaciones. Y se trataba de un hotel *très confortable* de Michelin. Pues entonces, me dije, lo mejor sería que yo me fuese a Francia, ahorrándome los gastos del colegio, y que mi madre se instalara aquí para pasar unas vacaciones con mi padre.

—Hay que admitir, señorita Shore, que aquí nos sentimos *assez confortable* —interrumpió Margaret—. Pero no es éste el caso… La cuestión es: ¿hasta qué punto se sienten a gusto aquí las monjas?

¿Hasta dónde deben llegar ellas en tal aspecto?

Su voz, la intensidad de su mirada, prestaban a la observación una autoridad considerable. La ligeramente frívola conversación cesó. Todas empezamos a hablar de la Santa Pobreza al mismo tiempo y de maneras diferentes. La Santa Pobreza y su significado… Las vocaciones y su significado… Había un tema que se repetía: seguramente, donde mejor estaban las monjas era en África, dedicadas al cuidado de los enfermos, atendiéndolos hasta que les llegara el momento de exhalar el último suspiro (como hubiera podido atestiguar la Hermana Theodora de los Ángeles), mucho mejor que dedicadas a la enseñanza y formación de un puñado de muchachas pertenecientes a las clases más altas de la sociedad, dentro de un convento dotado de las mayores comodidades. Los últimos y más vivos conceptos fueron formulados por Dodo. Tuve la impresión de que estaba repitiendo algo que otra persona había dicho antes. Iba yo a corresponder a sus manifestaciones ya cuando Margaret interrumpió la conversación nuevamente.

—Su amiga, la Hermana Miriam, no se mostró nunca de acuerdo con estos lujos, señorita Shore. Ella quería dejar las tierras del convento a los pobres.

Me quedé atónita al escuchar de sus labios estas palabras.

Diré, para empezar, que me desconcertaba el hecho de que las chicas conociesen el alocado plan de Rosa. Es verdad que ellas parecían haber sido sus amigas íntimas, lo que la señorita Jean Brodie habría llamado su *crème de la crème*. Sin embargo, ¿qué otras personas del convento habían estado igualmente informadas? Aquí se presentaba un nuevo campo en el que investigar. ¿Cuántas monjas conocían aquello? La pobre Hermana Edward debía de haber sabido algo; de ahí la acusación de la Madre Ancilla. ¿Se había hallado también informada la enigmática Hermana Agnes, la religiosa de los ojos conmovedores, de figura de Murillo? Una prima Campion, además, según la Madre Ancilla. Aunque la propiedad provenía como herencia de la parte Powerstock de la familia, podían haberse producido confidencias, por efecto del parentesco, sobre el tema.

Pero había un segundo punto. Pese a su gran amistad con la Hermana Miriam, las chicas habían concebido una historia

ligeramente distorsionada. Rosa, según la Madre Ancilla, estaba dispuesta a deshacerse de las tierras del convento. Lo antes posible. No era cuestión de esperar a que ocurriera su muerte. En cuanto al extremo del testamento, ya existía, inalterado, el de la Hermana Miriam, que databa de la época de su entrada en el convento, documento que asegurara la recepción de la propiedad por la comunidad religiosa.

¿Estaba Margaret sometiéndome a alguna prueba? Mi instinto actuaba de nuevo. Me sentía en la proximidad de un factor valioso. Si me movía con cautela, podía ser que lograra hacerme con él.

—Pero no fue así. Ella no dejó las tierras del convento a los pobres —dije.

—¿Y cómo sabe usted que no procedió así?

Margaret, llana, concretamente, apuntaba a algo definido.

—Hasta aquí llegamos todos. Tengo entendido que su testamento, en virtud del contenido, amparaba las intenciones de su padre, cediendo automáticamente las tierras a la comunidad.

—Ése era el testamento original —declaró Margaret.

La joven hizo como si lanzara al aire del salón de San José sus palabras, imprimiendo suficiente énfasis a la palabra «original», tanto para realzar su significado como para conseguir que calara con lentitud y seguridad en mi mente. Me incliné sobre mi taza de café, uniendo mis labios a disgusto al grueso borde de la porcelana. Estaba ahora el líquido frío y sabía bastante mal. Pero yo quería disponer de tiempo para pensar. Por consiguiente, acepté el rito de beberme el café de Blanca con el mismo respeto con que me habría bebido el superior brebaje de la Hermana Clara.

Miré a mi alrededor. El mobiliario del Cuarto de Estar de San José ofrecía pocas piezas que inspeccionar. Un maltratado tocadiscos era el principal indicio revelador de que aquel saloncito se destinaba a ser centro de esparcimiento de las internas. Había allí también un gran sofá, igualmente maltratado, que había sido arrastrado hasta el fondo de la habitación, como si ya no hubiera tenido que acoger a nadie. De no haber sido por los cuadros (la «Virgen de las Rocas», de Leonardo, ¿un cuadro de Botticelli?, ¿otro de Fray Angélico?: estaba comenzando a no saber distinguir unos de otros, embutidos en sus macizos y dorados marcos), el recinto había

podido ser tomado por un sencillo cuarto de estar para las monjas. La idea de las muchachas sobre el falso lujo en que vivían, me pareció de repente un tanto patética. Una vez más, tuve la impresión de que alguien de fuera había estado influyendo en ellas para alterar sus conceptos sobre la pobreza y la distribución de la riqueza. Ese alguien podía haber sido la misma Rosabelle, desde luego. Luego, Rosa había cambiado. Yo podía imaginarme a Rosa como una fanática en secreto (la «misteriosa Rosa», solía yo llamarla), mas no como persona capaz de hacer prosélitos.

Unos ejemplares del *Daily Telegraph* y otro del *Daily Express* (ambos prohibidos en mi época), estaban allí, revelando un progreso. El hecho de que fueran de varias fechas atrás era menos estimulante. Lo mismo me había pasado con las cartas dirigidas a hombres y depositadas en el armario: también las había juzgado un avance, hasta el momento en que supe que la mayoría de los destinatarios eran hermanos de quienes las escribieran. El *Tablet* era todavía el semanario que gozaba de mayor difusión. ¿Leían las chicas la prensa liberal? Habría sido bueno hallar allí un ejemplar del *Guardian*, e incluso del *New Statesman*.

—La Hermana Miriam nos dijo que iba a hacer otro testamento —manifestó Dodo, hablando rápidamente.

Mi prolongado silencio había producido el apetecido efecto.

—Y luego, ella murió. Ya era demasiado tarde.

Sorprendí a Blanca en el momento en que miraba a Imogen. Se notaba una nerviosa intensidad en la mirada de Blanca, normalmente impasible. Creí ver a Imogen dedicándole un ligero y expresivo movimiento de cabeza. Yo no estaba muy segura de aquello. Margaret no pronunció ninguna palabra. Como yo, estaba contemplando su taza de café.

—No creo que hayáis exagerado al abordar esta cuestión —manifesté, cautelosamente—. Si la Hermana Miriam quería regalar las tierras a los pobres, nada había realmente que le impidiera cumplimentar su deseo.

Como la Madre Ancilla había averiguado (o estado a punto de averiguar) a su costa.

—Pero es que si iba a proceder así, si pensaba acabar de una vez con todo el asunto, es posible que quisiera entregar las tierras

inmediatamente a los pobres. Todo estaba en su testamento. Ya no disponía de mucho tiempo…

Había hablado Dodo de nuevo.

A mí me había asaltado una duda ahora. Por un lado, las chicas lo habían alterado todo absurdamente. Incuestionablemente, Rosabelle habíase propuesto entregar las tierras. Rosabelle no se había propuesto morir. Fue esta tragedia lo que frustrara el plan inicial. El testamento, tan conveniente desde el punto de vista de la Madre Ancilla, era un elemento perturbador que surgía del pasado. Por otra parte, y con toda claridad, las jóvenes tenían más información respecto al estado mental de Rosa poco antes de su muerte.

La observación de Margaret había sido bien calculada, estaba segura de ello. Comenzaba a pensar que en Margaret Plantaganet se ocultaba algo más de lo que se notaba a primera vista.

—Los enfermos, los locos, si es que hay que hablar así, no siempre actúan de un modo consistente —continué diciendo—. En vuestro lugar, yo no andaría preocupada por causa del testamento de la Hermana Miriam. Es probable que dijera a otro grupo de amigas que se disponía a dejar las tierras a un puñado de gatos y perros…

—La Hermana Miriam no era aficionada a los gatos, ni a los perros, señorita Shore —si Margaret no se hubiese mostrado blanda, me habría parecido dura. Me acordé un poco de la técnica del levantamiento de muros de piedra de la Hermana Agnes en mi entrevista con ella—. Y no habló con ningún otro grupo de amigas. Sus amigas éramos nosotras… —¡ah! Aquí estaba el toque de la señorita Brodie—. Porque ella sabía que compartíamos su interés por la forma de distribución de la riqueza y por los auténticos pobres.

Todas las chicas empezaron a hablar a la vez:

—El tercer mundo…

—Tantos alimentos en un solo día…

—Sin agua corriente…

—Los terrenos del convento podrían albergar un pequeño estado integrado por familias de trabajadores, a centenares de éstos —la voz de Dodo se había impuesto a las demás—. Y su lugar lo hemos

ocupado nosotras, una pandilla de zánganas de alta categoría social, dedicadas a jugar al hockey.

Experimenté la terrible sensación, en el curso de aquella desordenada demostración coral, de que las jóvenes eran en realidad grandes *fans* de mi programa televisivo. Tal como lo dijera la Madre Ancilla. No ya sólo de la investigación sobre el Patrimonio Powers, sino del programa apodado Locura Powers. ¿Cómo diablos se llamaba el espacio referente al hambre en el país y en el mundo? «Alimentos para Unos Pocos… Y Nada más.» Yo había entrevistado a Tom en aquel espacio televisivo para dar al trabajo del W. N. G., en aquel campo, un merecido relieve, aunque en pequeña escala. Aquí no había existido complacencia personal alguna.

LA CAMPANADA DE LA NOCHE

PUSO FIN A tales pensamientos. De repente, advertí que la Hermana Agnes se había plantado en la puerta del cuarto de estar. No hubiera podido decir, porque no lo sabía, cuánto tiempo llevaba allí. A diferencia de lo que ocurría con la mayor parte de las monjas, sus movimientos no eran anunciados por un rumor de ropas o tintineo de cuentas. Indudablemente, era la gracia característica de aquellos lo que le permitía pasar de un corredor a una clase, por ejemplo, de forma tan silenciosa. Era la hora de las plegarias nocturnas en la capilla. Con la excepción de Margaret, que prestaba el servicio colegial de vigilancia en el que todas alternaban, hallándose autorizada por ello para rezar en privado. Más tarde, se uniría a la Hermana Agnes para «patrullar» por el dormitorio de San Luis. San Luis, el patrón de la juventud. No era un santo éste que me inspirara mucho afecto cuando yo estaba en el colegio. Me parece que nunca me inspiraron muchas simpatías los jóvenes de tal tipo. Los jóvenes que yo admiraba eran personas como Margaret y Dodo, quienes daban señales de pensar por sí mismas.

Había llegado para mí el momento de prepararme para la excursión nocturna. Desde las elevadas ventanas del Cuarto de Estar de San José, carentes de cortinas, vi con alegría una luna llena que

brillaba, tranquilizadora, sobre la capilla, tal como me anunciaran las notas de mi agenda.

—¿Quién ha cogido mi velo? —inquirió Imogen, angustiada—. Yo sé que lo traje aquí.

—Permítala prescindir de su velo, Hermana Agnes. En fin de cuentas, sólo tenemos que cumplir con nuestras plegarias nocturnas —dijo Blanca—. No estaremos más de dos minutos en la capilla. Como si Dios fuera a darle importancia a un simple velo…

—La Madre Ancilla se muestra particularmente interesada en que utilicéis vuestros velos en la capilla, y tú lo sabes.

El tono de la Hermana Agnes era estrictamente neutral. Era imposible decir si pensaba o no que la Madre Ancilla y Dios opinaban igual con respecto al empleo de los velos.

—Bien, Immo, aquí hay un velo para ti —anunció Margaret, afablemente—. Éste ha debido de olvidársele a una de las de cuarto grado.

Acababa de sacar de detrás del sofá un velo negro cubierto de polvo. La otra lo cogió. Hubo un fuerte tirón y aquél se partió en dos. Seguidamente, oyeron un leve fragor y un fuerte grito.

—¡Cristo! —exclamó Margaret. La exclamación era más bien irreverente—. Tessa Justin: ¿qué demonios haces tú aquí?

Una chica menuda que tenía unas trenzas anormalmente largas y gruesas estaba siendo ayudada por Margaret a salir de detrás del sofá. La Hermana Agnes cruzó una vez más la habitación, con su rapidez habitual, obligando a la niña a acabar de ponerse en pie, librándola de las zarpas furiosas de Margaret. Procedió luego a sacudir el polvo de su vestido con su pañuelo, en medio de continuos chasquidos de lengua que delataban su desaprobación, una tarea inútil, ya que los pavimentos de aquellos cuartos estaban tan impecablemente limpios que ni siquiera mediante una dilatada estancia en el suelo había peligro de ensuciarse.

—¡Tessa Justin! Hace media hora que debías estar acostada. No tendré más remedio que poner esto en conocimiento de la Madre Ancilla, mañana por la mañana. Y ahora vámonos.

La Hermana Agnes tiró de la niña en dirección a la puerta. Tessa Justin apenas podía contener sus sollozos, angustiada.

—¡Esas condenadas nenas del cuarto grado! —el lenguaje de

Dodo estaba también degenerándose—. Suele sobrarles valor para hacer estas cosas. Ha debido de oír cuanto aquí se dijo.

Margaret no formuló ningún comentario. Era la primera vez que sorprendía en ella un gesto de confusión.

Cuando se hubieron marchado todas, intenté ver la televisión en el cuarto de estar. Nada. Algún que otro drama moderno, a base de personajes adúlteros, en el marco de unos despachos, todo ello exageradamente destacado… No logré concentrar mi atención en la pantalla. Mis pensamientos se hallaban demasiado absorbidos por las tragedias del convento. Y otro drama en perspectiva: el de aquella noche, afuera. Finalmente, me encaminé a mi habitación. Me sentía excitada, inquieta.

Decidí que únicamente podía recuperar mi equilibrio habitual recurriendo a la lectura de *El Tesoro de Santa Leonor.* Acababa de verlo sobre mi mesa. Lo abrí por la señal:

«Dentro de la Torre de la Iglesia moran numerosos testigos de la Palabra de Dios», leí. «Algunos de tales testigos se asoman desde ella, proclamando: He aquí la Torre de la Iglesia de Dios, para que lo sepan quienes tienen oídos y deseen escuchar. Hay otros testigos que moran secretamente en la Torre y sus palabras no son nunca oídas en el mundo exterior. No obstante, las plegarias de estos secretos testigos son sus palabras. Tales secretos testigos son muy de la complacencia de Dios.»

Al terminar la lectura del pasaje, advertí que la señal del libro no había sido hecha por mí. Lo que había allí era una tira de papel mecanografiada. Era muy semejante al primer papel, el de la sugerencia de la cita con La Monja Negra. La similitud se extendía a la redacción del mensaje.

«Aunque usted no crea que la Hermana Miriam hizo un nuevo testamento», rezaba el escrito, «¿por qué no trata de localizarlo personalmente? Y además pregunte a Blanca Nelligan y a Imogen Smith acerca de cierto documento que ambas firmaron».

Las palabras «secretos testigos», al pie del pasaje, habían sido subrayadas con lápiz, por si se me habían escapado. Pero yo me había fijado muy bien en ellas.

Unos secretos testigos… muy de la complacencia de Dios, según Santa Leonor. No tan aceptables, quizá, para la Madre Ancilla y la

sección más conservadora de la comunidad. Preocupada, me pregunté ahora quién más, dentro del silencio conventual, podía haberse lanzado a la búsqueda del testamento.

9 HACIA LA OSCURA TORRE

MIENTRAS REALIZABA LOS PREPARATIVOS para emprender mi aventura nocturna me sentí animada, pero también embargada por algunos temores. No creía en fantasmas. De niña, las historias que me contaran con intervención de éstos me habían dejado siempre indiferente. Cuando Rosa me entretenía con sus relatos de tal género, yo me dedicaba a observar atentamente su rostro, que traslucía todo el horror que ella misma experimentaba, sin prestar apenas atención a sus palabras.

Por la noche… Me pregunté qué interpretación daría La Monja Negra a esta expresión. ¿Quedaba señalada así la hora de las once? ¿Las diez, quizá?

Tampoco me preocupaba la perspectiva del solitario desplazamiento. La oscuridad, por sí misma, nunca me había asustado: mis terrores estaban contenidos en mi pecho, unos pesares y sentimientos de culpabilidad largo tiempo sepultados, potencialmente más poderosos que las criaturas depredadoras de la noche. Además, desde los dieciocho años había sabido vivir, exclusivamente por mi cuenta, intentos y propósitos personales. La soledad, e incluso el aislamiento, habían sido condicionantes asiduos de mi existencia.

Unas botas, un grueso abrigo y una linterna nueva: estos eran los elementos necesarios para mi expedición. Y la pequeña y flamante llave que «no me había acordado» de devolver a la Madre Ancilla. Fuese quien fuese el que se hubiera procurado una copia de la llave

del candado, parecía ser lo más prudente llevar allí yo: la mía. Junto a mi cama había una vela y cerillas.

—Para ser utilizadas en caso de producirse una emergencia, ¿comprende? —me había dicho la Hermana Perpetua el primer día, con su suave voz de irlandesa, disponiendo vela y cerillas con todo cuidado sobre la mesita, como si hubiesen sido cosas sagradas del altar.

—¿Le gustan las velas?

—¡Ah! Son las que nos dan luz invariablemente cuando fallan las linternas.

Deslicé la vela y las cerillas en uno de mis bolsillos, más como tributo a la previsión de la Hermana Perpetua que como medida de precaución o con la intención de utilizarlas.

Tenía una confianza absoluta en mí misma (tal vez ahora, con cierta perspectiva, debiera considerar mi actitud un tanto arrogante). Imitando al Caballero Rolando, visitaría la Oscura Torre, aclarando uno, por lo menos, de los misterios del convento. Cuando la Hermana Liz intentaba ganar conversos para San William Wordsworth, yo siempre preferí a Robert Browning, y también su sentido de lo dramático. Para mi gusto, el poema *My last Duchess* era superior a lo que juzgaba privadamente sagrados correteos de Wordsworth. Lo mismo que consideraba el romántico matrimonio de Elizabeth Barret con Browning muy por encima de la piadosa vida familiar de Wordsworth…, tal como era descrita por la Hermana Liz. Esto fue años antes de que descubriera que la relación con Dorothy no fue necesariamente todo lo que pareció ser. Luego, ya era demasiado tarde, habiendo quedado establecido un modelo, una norma. Así pues, con el Rolando de Browning, murmuré: «Intrépida, me llevo a los labios la trompa para hacerla sonar…» Ciertamente, no disponía de trompa alguna, pero en cambio se me ofrecía sólidamente una posibilidad de procurarme una especie de información que trasladar a la Madre Ancilla por la mañana…

Por consiguiente, invadida por un positivo optimismo bajé por la escalera de las visitas, ignoré el pasillo que por la izquierda conducía a la capilla y poco después me vi frente a la pequeña puerta auxiliar que llevaba a los jardines. Ésta era utilizada por gente ajena al convento que pretendía ir a la capilla. Había algunos

vecinos que se valían del reducido templo como parroquia, oyendo en él la misa los domingos y en otras festividades. La capilla de Santa Leonor no era en rigor esto. El obispo desaprobaba tal orientación, igual que el párroco de la diócesis. La admisión se había visto limitada así, centrándose supuestamente en los padres que visitaban a sus hijas.

Con todo, la Madre Ancilla, resueltamente, hizo caso omiso de la desaprobación episcopal y también de la parroquial. Receptiva, supuso que era la cosa más natural del mundo que la gente que vivía alrededor de Churne quisiera rendir culto al Señor en la capilla del convento. Se sabía que algunos miembros de aquella parroquia llegaban a ser obsequiados con café y bizcochos elaborados en el convento en días festivos, tras haberse celebrado la misa. En cambio, nadie podía hablar de una hospitalidad semejante por parte de la fría iglesia parroquial de San Gregorio.

La Madre Ancilla hizo fracasar todos los intentos llevados a cabo por el sacerdote de la parroquia, condenado a decir todas las misas del convento además de las propias, con el fin de localizar feligreses extraviados entre los supuestos padres visitantes. En cierta ocasión le habían oído asegurar al cáustico Padre Aylmer que una anciana dama, de por lo menos setenta años, envuelta en gasas, y con la cabeza coronada por unos ralos y blancos cabellos, era «la madre de una de nuestras queridas niñas».

En mis tiempos de colegiala, la iglesia de San Gregorio había contado con dos o tres sacerdotes. Luego, con el universal descenso de las vocaciones, las dificultades para conseguir que en el convento se dijera una misa con regularidad, se incrementaron considerablemente. Sin duda, el párroco que ahora tenía San Gregorio, quienquiera que fuese, no sentiría por el imperio de la Madre Ancilla más estimación que la demostrada por el Padre Aylmer. Era comprensible, dadas estas circunstancias, que algunos de los feligreses errantes prefirieran llegar hasta la capilla utilizando una puerta auxiliar.

Yo había observado que, por la noche, tal puerta quedaba asegurada por dentro con un simple pestillo. Corrí el mismo, pues, y salí al jardín del convento.

LA LUNA BRILLABA TODAVÍA EN el cielo, sobre la capilla, pero a menos altura que antes. Esperaba que su luz me iluminara en mi desplazamiento hasta la Oscura Torre. Y preferiblemente que durara hasta mi vuelta.

El astro nocturno proyectaba una luz fantasmal sobre el paisaje. Mi excursión a campo través era algo especial por su presencia, y también por la variedad de vida que sorprendí. Teóricamente, estaba sola. Pero en ningún momento me sentí así durante mi expedición. En la práctica, los setos y hasta los surcos de la tierra, recién labrada, parecían estar vivos. Por aquí y por allí se deslizaban, raudos, menudos animales. Un búho ululó en alguna parte. Una ave ocasional (se suponía que por entonces todas dormían, ¿no?) se agitó entre unas ramas. Llegué a la conclusión de que el silencio nocturno sólo era, simplemente, una expresión poética.

Me sentí feliz plantando mis fuertes botas en la tierra removida. La única persona que se habría sentido a su vez contenta a mi lado, en aquellos instantes, era la Hermana Liz. Su fuerte voz, resonando sobre los oscuros campos, habría aportado el correcto acompañamiento musical. Casi podía oírla ahora:

> Gran Dios, preferiría ser
> Un pagano nutrido por un credo anticuado…
> Y oír cómo el viejo Tritón hace sonar su curvada trompa…

Tratábase de otro de sus poemas favoritos. Un poema, sin embargo, que no marcaba el camino hacia Roma, precisamente. ¿Había algo pagano allí fuera? Antiguos dioses y diosas agitándose bajo el césped, quizá. De ser así, yo no lo sentía. Como racionalista, de pensar en un Dios me acercaba más al de la Madre Ancilla, representante del autoritario sistema religioso de la Iglesia de Roma con su precaria lógica, que a cualquiera de las terrenales criaturas que estaban agitando el viejo suelo. Carecía de creencias, me dije.

En consecuencia, no abrigaba temores.

Un ronco sonido que percibí de pronto supuse que era el ladrido de un zorro. Quedaba lejos, no sabía dónde. Ni siquiera la inesperada naturaleza del sonido me produjo aprensión. Pensé alegremente en mi independencia, contra la que nadie, en aquellos momentos, podía atentar. Estaba convencida de ello: ni la soledad de la noche, ni los merodeadores naturales, ni siquiera los humanos poderes del mal.

El búho ululó de nuevo y tropecé en algo sólido en la oscuridad. Un leño, una gruesa rama de árbol caída. Mis botas habían impedido que me hiciera daño. No quise considerar el incidente como una especie de recordatorio de mi condición de ser mortal.

Al llegar a la torre estaba segura de que nada ni nadie podía contenerme o amedrentarme. Aquélla se destacaba sobre mí, sumida por completo en las sombras. La luna quedaba ya muy por debajo de la esbelta construcción.

Tratando de obrar con cautela, decidí deslizarme silenciosamente hacia el otro lado de la torre, para ver si se escapaba algún resplandor de la solitaria ventana. Un resplandor. Todavía se notaba por el oeste el que contenía cierto vestigio del día. Los asesinos de Banquo: otra desagradable cita de última hora de la noche. No, ésta no era la idea paralela que yo buscaba. Me aferraría al Caballero Rolando y a su Torre. En la parte posterior de la construcción no advertí ninguna claridad. Eso sí, la oscuridad era aquí más fantasmal, a causa de que la luz de la luna se notaba más fuerte y difusa, reflejándose en los gruesos muros.

Me volví un poco más apresuradamente hacia la entrada de la torre. Vacilé, tentando mis ropas, en busca de la pequeña llave. Luego, fui avanzando a tientas, para acercarme al candado, encendiendo la linterna. Experimenté mi primera sorpresa. El candado estaba cerrado. Esto parecía sugerir que nadie había entrado todavía allí. Aun pensando en un duplicado de la llave, era difícil comprender cómo podía haber sido cerrado nuevamente el candado desde dentro. A menos que hubiera, en todo esto, seres dotados de poderes sobrehumanos. Solamente un fantasma podía deslizarse sin novedad a través de una puerta así cerrada, dejando el candado como yo lo veía… Ésta era otra desagradable idea,

semejante a la de mi estúpida evocación de los asesinos de Banquo. Mi inexpugnable espíritu entró aquí en ligeras vacilaciones.

Por primera vez, tuve la impresión de estar siendo vigilada, observada por algo o alguien aparte de los búhos y los zorros. Tal sensación era extremadamente fuerte, habiendo ido progresando a partir de mi visita al lado opuesto de la torre; y sin embargo, no disponía de una base racional en que apoyar aquélla. El instinto. ¿Actuaba acaso mi instinto de periodista, el famoso instinto? Pero lo más probable era que todo fuese efecto de la tensión provocada por la aventura, y la rara influencia de la luz de la luna, que a veces afecta a los espíritus más recios. Yo había sobrestimado mi valor personal. Me sobresalté de pronto al oír el crujido de una rama cerca de mí, estando a punto de dejar caer al suelo mi pequeña linterna.

Una plegaria era siempre oportuna en una situación como la mía, reflexioné, prudente. Me habría bastado con santiguarme, como lo hubiera hecho la Hermana Liz, o la Madre Ancilla. Mi ángel de la guarda hubiera estado muy oportuno haciendo acto de presencia en aquellos instantes, suponiendo que yo creyera en tal cosa. Pensé en la plegaria que Rosa me enseñara, la que musitaban las niñas católicas por la noche, por la cual cada una rogaba a su ángel guardián que se mantuviera vigilante mientras ellas dormían. Para esto valía tanto el ángel de la guarda como cualquier santo enérgico. ¿Existía Santa Jemima? Jemima equivalía a Paloma, en hebreo, una de las hijas de Job. Ahora bien, todo esto se remontaba a algún tiempo atrás y al Antiguo Testamento, y entonces no había santos. Quizá Job quisiera protegerme. Era un patrono muy adecuado, un hombre que sabía bastante acerca de los más duros golpes de la vida…

Dejando a un lado mis vacilaciones, desechando mis estúpidos pensamientos, resolví finalmente poner término a mis temores y entrar en la torre. Indudablemente, mi desplazamiento al otro lado me había llevado a sentir una mórbida repugnancia a seguir adelante. Como si gradualmente me hubiese sentido cercada por terrores sin nombre, como si una ola imponente hubiese ido elevándose en torno a mí. «Aquí hay monstruos.» Tal era la leyenda que figuraba en los mares desconocidos, en los mapas antiguos. He

aquí la Iglesia de la Torre de Dios, pensé. Esto me hizo recordar algo: los secretos testigos. Santa Leonor: protégeme. ¿Había en realidad secretos testigos alrededor de mí, en la oscuridad? ¿Había allí secretos testigos, amigos de los búhos y los zorros, que me acechaban junto a ellos?

«Adelante, Jemima», me dije en voz alta. «Adelante, hija de Job.» No había monologado así desde la niñez. Solía monologar en voz alta cuando deseaba hacer acopio de fuerzas con el propósito de llevar a cabo una tarea ingrata. De nuevo oí cerca de mí un crujido. Pero no era nada. Absolutamente nada.

Abrí el candado, rápidamente, sin dificultad alguna. Empujé luego la gruesa puerta, plantándome ante otras sombras. Recordaba cómo estaba dispuesto todo allí gracias a la visita realizada en compañía de la Hermana Elizabeth. Di un empujón más fuerte a la puerta, poniendo mucho cuidado en que quedara abierta del todo.

Puse el pie con firmeza en el umbral de la torre, y agarrando con fuerza la linterna con una mano, proyecté su pequeño, pero preciso haz luminoso, sobre la barandilla de madera de la escalera, en la que me apoyé.

—¿Anda alguien por ahí? —pregunté, mirando hacia arriba, procurando dar a mi voz una inflexión serena, en su máximo grado.

Un absoluto silencio correspondió a mis palabras. Notaba la humedad que reinaba allí dentro, sumamente desagradable. Nuestra irrupción de la tarde no parecía haber servido para airear la torre.

—¿Anda alguien por ahí?

Nada se movió…

Agarré con más firmeza la barandilla. Unos segundos después experimenté la aterradora sensación de ser el blanco de un furioso ataque. En medio de un espantoso ruido, más imponente todavía por el contraste con el silencio total de los momentos precedentes, me noté atacada por todas partes, golpeada. Pensé que iban a matarme. Profiriendo gritos, no importándome que pudieran oírme, solté la linterna y traté de atacar a mi vez, de golpearlos… Fue en vano. El espantoso ruido y la tremenda confusión continuaron.

Por último, di la vuelta, huyendo hacia la salida.

Jadeante, desgreñada, con los cabellos revueltos, a punto de llorar, tuve que dejar pasar algún tiempo para llegar a comprender

que había sido atacada, si era ésta la palabra que debía emplear, por murciélagos.



Me noté atacada por todas partes, golpeada.

LENTAMENTE
FUI
RECOBRANDO
EL ALIENTO.

POR una parte, me sentía como una estúpida, por haberme dejado llevar del pánico, y de otro lado me notaba algo aliviada de mis miedos iniciales, por la aclaración del incidente.

«Adelante, Jemima.» Habiendo llegado hasta allí, unos cuantos murciélagos no iban a hacerme desistir de mis propósitos. La

presencia de estas aves nocturnas, mi temporal derrumbamiento, no hicieron más que confirmar mi resolución. Indudablemente, eran los murciélagos, aquellos seres alados, cegados, deslumbrados por la luz, quienes habían sido culpables de que yo temiese que dentro de la torre hubiera alguien escondido.

Pisé el umbral una vez más, arrodillándome en el suelo para tratar de dar con mi linterna. Cosa extraña: no me fue posible encontrarla. Debía de haber ido a parar, rodando, a alguna parte. Sin embargo, siendo el piso de tierra batida, no podía estar muy lejos. También me extrañó que se hubiera apagado al caérseme: tal vez se había roto la pequeña bombilla. Al cabo de unos momentos decidí que si había ocurrido esto último no valía la pena que insistiera en mis intentos de localizarla. Bien. Se la regalaba a los murciélagos.

El problema era ahora éste: ¿cómo iba a alumbrarme al subir por la escalera? Como no fumaba, jamás llevaba encima cerillas. Otra cosa hubiera sido de haberme acompañado entonces Tom, en perpetua busca de cigarrillos y cerillas por los bolsillos de sus chaquetas, cosas que no iban nunca juntas, y tarea que se remataba con seguros hallazgos… Metí una mano en mi bolsillo. Había cerillas en él, cerillas y una vela, además. Asaltada por el pánico, las había olvidado. Me acordé de las atinadas palabras de la Hermana Perpetua: «Las velas nos dan luz invariablemente cuando fallan las linternas.»

Así la vela, extrañamente blanda y suave al tacto. Se había quebrado y doblado, pero cuando encendí la primera cerilla vi que, indudablemente, me sería útil. Hermana (o Santa) Perpetua: muchas gracias. Arrimé la llama de la cerilla a la vela, cuya mecha se encendió, a pesar de su estado, empezando a subir, presa de bastante ansiedad, por la escalera.

Luego, percibí con toda claridad un sonido sobre mi cabeza. No se trataba de ningún ser nocturno. Ni era aquél ningún ruido familiar durante mi trabajo nocturno. No era exactamente un sonido humano, tampoco. Era como si hubiese sido rascado el pavimento, una irregular trepidación sobre mí, como algo que oscilara…

Que oscilara, que se balanceara.

¡Cristo! El balancín.

Mi exclamación fue tan irreverente como la proferida por Margaret. No era de extrañar. Alguien, algo, se estaba meciendo suavemente en el balancín, encima de mi cabeza. Aceleré mis pasos por la escalera, sosteniendo tenazmente la vela, cuya llama podía apagárseme de un momento a otro. En aquellos instantes, lo que me hacía moverme no era el valor, sino el instinto. Para mí no parecía haber más elección que la de continuar subiendo. A diferencia de lo que me había pasado al sentirme aterrorizada por los murciélagos, mi instinto, ahora, me llevaba a enfrentarme con el peligro, no a huir de él. Al pisar el último peldaño de la escalera, creo que oí otro sonido diferente a mi espalda. No era el de la puerta al cerrarse. Acababa de notar un nuevo movimiento en la oscuridad, dentro de la planta baja de la torre, carente de ventanas. Sin embargo, no disponía de tiempo para analizarlo.

Abrí la puerta de la trampilla, sobre mi cabeza, con una mano. Me dispuse a hacer el último esfuerzo para subir. La llama de la vela tembló, estando a punto de apagarse, de suerte que me encontré casi a oscuras al penetrar en el recinto del primer piso, donde sólo se advertía un rectángulo de grisácea luz, correspondiente a la ventana. El balancín todavía oscilaba blandamente en su rincón. La llamita de la vela pareció reanimarse. Mi corazón palpitaba fuertemente al levantarla.

Entonces vi (esto lo vi, incuestionablemente) una monja que estaba sentada en el balancín. Una monja que me estaba esperando. Y mientras, se balanceaba plácidamente…

Pero ésa no fue la causa de que mi corazón cesara de latir, al parecer. Había otra cosa incuestionable: la monja del balancín carecía de rostro. Era una religiosa desprovista de cara. La antigua pesadilla de mi niñez, la monja sin rostro que me aguardaba, una persona irreconocible, por el hecho de carecer de faz. Todo, dentro de mi mundo, tenía que poseer una cara, y ello era humano y ordinario, para poder comprender, para ejercer un debido control. Pero aquella negra forma no tenía rostro. La luz de la vela no era muy buena, pero no, no podía equivocarme a pesar de esto. Allí había unas manos blancas, unas manos largas y huesudas, que se movían con los brazos del balancín, hacia atrás y hacia adelante.

También había un negro hábito, cuyas faldas llegaban al suelo. Y un velo, y una toca, y un rosario. Incluso pude percibir el tenue rumor de las faldas (aquel característico rumor que producían las monjas al desplazarse) acompañando al balanceo.

Pero debajo de la blanca banda de la toca no había nada, sólo una mancha negra, el vacío.

Yo sé que proferí un grito terrible, muy prolongado. Fue aquello algo que no tenía nada que ver con los breves momentos de pánico que suscitaran los murciélagos con su ataque.

Y después, debí desmayarme. Creo que me desmayé. O quizá no inmediatamente. Poco antes de que me desmayara experimenté una serie de entremezcladas impresiones. Noté como un golpe, un fuerte golpe, a mi espalda. O tal vez fue, simplemente, que al caer di con mi cabeza contra la escalera. El caso es que la luz pareció explotar y desvanecerse, y La Monja Negra giró en redondo, dentro del espectro de mis ojos, manteniendo sus blancas manos aferradas todavía a la silla. A continuación, pareció incorporarse. Una voz, en mi incipiente sueño, dijo con toda claridad: «Ahora.» Como si fuera la voz de un anestesista antes de una operación quirúrgica, noté que el hábito de la monja me envolvía, que sus negras faldas cubrían mis ojos, mi cabeza, que se esfumaban todas las sensaciones. Después de aquello, todo fue totalmente negro para mí; ya no había ninguna luz, ya no se percibía ningún sonido.

Mucho más tarde, sentí que el hábito estaba siendo retirado suavemente de mis ojos, como un vendaje. La oscuridad total se había acabado; noté una luz atenuada, y algo blanco que quedaba cerca de mí.

—Señorita Shore —la voz era suave, pero apremiante, y parecía estar muy distante—. Señorita Shore, señorita Shore…

Mi nombre tenía un bonito sonido, semejante al del mar, al que nos da la caracola cuando aplicamos a ella el oído[5].

Inclinada sobre mí, con su toca tan cerca de mi rostro que aportaba una mancha blanca en mis sombras, distinguí a la Hermana Agnes.

—Señorita Shore, señorita Shore… —de pronto, dejó de repetir mi nombre, para pasar a hacerme una pregunta—: ¿Se encuentra bien, señorita Shore?

—Sí, estoy bien, desde luego —respondí. Para añadir en seguida, al tiempo que me esforzaba inútilmente por incorporarme—. ¿Qué demonios está usted haciendo en la torre, Hermana Agnes?

—¿En la torre, señorita Shore? —contestó la monja, inclinándose aún más sobre mí, para pasarme por la frente aquel pañuelo de las monjas eternamente presente en todas partes. Seguidamente, agregó—: Esto no es la torre. Nos encontramos en la capilla, señorita Shore.

10 UNA PARTICULAR AMISTAD

—¡POBRE SEÑORITA SHORE! —exclamó la Hermana Agnes en voz baja, haciendo una pausa en sus atenciones—. Aquí, en la parte posterior de la cabeza tiene un terrible chichón.

Sus dedos exploraron mi cráneo delicadamente. Luego, me cogió una mano, llevándola a la parte aludida. Efectivamente, tenía allí un gran chichón. Los dedos de la Hermana Agnes no me habían causado ninguna molestia, pero mi torpe mano me hizo dar un violento respingo. Y este movimiento, a su vez, me permitió descubrir que sufría una fuerte jaqueca. El dolor había estado como adormecido por encontrarme tendida en uno de los bancos de la capilla, pero bastaba el más leve movimiento para que hiciera ferozmente acto de presencia.

—¡Por Dios! ¿Cómo llegué hasta aquí?

—Yo creo que debió de caer, propinándose un golpe en la cabeza. Seguramente, dio contra el borde del banco. Fíjese en que la madera tiene unos cantos muy vivos.

De nuevo, la Hermana Agnes guió mis dedos hasta el borde del banco. Su solicitud me proporcionaba una placentera sensación. Ahora bien, yo tenía que sentarme. El esfuerzo, ciertamente, despertó a todos los demonios de la jaqueca dentro de mi cabeza. Y por añadidura, me sentí peor. La Hermana Agnes andaba ocupada quitando el polvo a mi abrigo y a mis botas, que estaban realmente sucios. Para tratarse de una capilla, siempre impecable, me dije, allí dentro había demasiado polvo…

Sin embargo…

—¿Cómo llegué hasta aquí? —repetí—. ¿Cómo es que me

encuentro en la capilla?

La Hermana Agnes no contestó inmediatamente. Antes de hablar le dio unos cuantos eficientes toques a mi abrigo para acomodarlo mejor.

—No se ha recuperado del todo todavía, señorita Shore —manifestó después, mirando a un lado—. Claro, no se acuerda de cómo llegó aquí. Un buen golpe en la cabeza puede producir estos efectos, ¿sabe?

Tenía razón. Bueno, en parte. Hasta hacía unos momentos, no recordaba concretamente las circunstancias que determinaron que me quedara inconsciente. Pero, ahora, volvía todo a la memoria, de pronto, junto con el dolor de cabeza. Y, de otro lado, noté, tentándola, la forma de mi linterna, una vez más en mi bolsillo.

¿Qué había estado haciendo yo en la capilla, verdaderamente? ¿Qué haría allí también la Hermana Agnes? No tenía la menor idea acerca de la hora. Aún reinaba la oscuridad afuera. No se notaba el más leve destello de luz al otro lado de las vidrieras que rodeaban el altar.

Probablemente, la Hermana Agnes tenía muchas cosas que contarme. Tantas como yo hubiera podido referirle a ella. Mas no estaba dispuesta a hacer de la monja mi confidente.

—Está usted en lo cierto. Debí caerme, dándome un golpe en la cabeza —repliqué, vagamente—. No me es posible recordar nada más.

—Es lógico, señorita Shore —dijo la Hermana Agnes, dulcemente—. Relájese. No intente recordar nada. Evite los esfuerzos.

Me ayudó a ponerme en pie. Vacilé, faltando poco para que me derrumbara sobre ella. Pero la Hermana Agnes, según descubrí entonces por el tacto, era sorprendentemente fuerte, en contraste con aquella especie de suavidad profesional y la gracia que imperaba en sus movimientos. Por tanto, logró sostenerme. A continuación, en una imitación pasable del avance a saltitos de una rana, la Hermana Agnes me ayudó a subir por la escalera de las visitas.

Nos detuvimos para tomar aliento ante la puerta exterior que llevaba a la capilla. Una vez más, se hallaba cerrada con el pestillo.

—Al principio, creí que se trataba de un intruso —me explicó la Hermana Agnes—. Luego, oí un ruido… Debió de ser usted, al caer. Yo duermo en el cuartito que hay al fondo del dormitorio grande, dejando la puerta abierta. Me planté aquí. La puerta estaba abierta. Quizá la abrió usted, ¿no, señorita Shore? Después, oí un gemido dentro de la capilla. Y me encontré con usted.

Tratándose de la enigmática Hermana Agnes, aquélla se me antojó una larga explicación. Sobre todo, teniendo en cuenta que yo no se la había pedido.

—Quizás abrió usted esa puerta, ¿no, señorita Shore? —insistió la religiosa mientras subíamos por la escalera.

—Lo cierto es que no recuerdo nada de lo sucedido con anterioridad al accidente —repliqué, con firmeza—. Lo único que puedo recordar es haber estado viendo no sé qué bodrio televisivo en el Cuarto de Estar de San José.

Tuve claramente la impresión de que la Hermana Agnes acababa de experimentar un gran alivio. Me apresuré a añadir a mis últimas palabras:

—Yo creo que lo que debería hacer es irme a la enfermería.

—Usted me esperará aquí mientras voy a despertar a la Hermana Lucy —fue todo lo que dijo la Hermana Agnes a modo de réplica.

La Hermana Agnes me dejó en la cama, separándose de mí, me pareció que casi sin hacer ruido. Ya a solas, me pregunté, un tanto aturdida, por qué no había llamado a la Hermana Lucy desde el principio.

Pasó el tiempo, o quizá me quedé amodorrada…

El caso es que la monja tardó mucho en regresar. Esto pensé, al menos. Ahora sorprendí en aquella cara de mármol una expresión ceñuda.

—No he podido localizar a la Hermana Lucy —me informó—. Yo la acompañaré hasta la enfermería.

Me ayudó a incorporarme sobre un codo. Por fin, también con su ayuda, me puse en pie.

—Es usted sorprendentemente fuerte Hermana Agnes —apunté —. Y yo no soy un peso ligero, precisamente.

—No todo es cuestión de fuerza, señorita Shore. Todo depende

de la manera de hacer uso del cuerpo. Esto lo aprendí gracias a la profesión que tuve en el mundo.

Dio a sus palabras un tono como de cosa misteriosa. Hablábamos en susurros mientras nos deslizábamos por el corredor que conducía a la enfermería.

—¿Y cuál era su profesión entonces, Hermana? —le pregunté con una inflexión burlona en mis palabras cuando ya me acomodaba en un limpio lecho situado al fondo de la amplia (y aparentemente vacía) sección de la enfermería destinada a las internas—. ¿Levantadora de pesos?

—Fui educada para la danza, señorita Shore —repuso la Hermana Agnes apretando los labios ligeramente—. Y más adelante fui actriz.

—¿Una bailarina? —inquirí.

—Sssí. Lo siento, señorita Shore, pero creo que no debe usted excitarse. Esto es, antes de que la Hermana Lucy se haga cargo de su persona…

Aquello explicaba muchas cosas, entre ellas su gracia de movimientos, su fuerza. E incluso su mirada. Sus enormes ojos de gata parecían deberle algo al estilo del ballet. De pronto, se presentó allí, muy agitada, sin aliento, la Hermana Lucy.

—¡Ah! Encontré su nota, Hermana.

Las dos monjas se apartaron de la cama, conversando en voz baja. No pude oír lo que se decían. Además, empezaba a sentirme somnolienta. Ni siquiera pude inspeccionar el atavío que para acostarse utilizaba la Hermana Lucy. Sólo vi detenidamente el menudo gorro de muselina con que cubría su cabeza. Tal prenda la conocía de referencias por Rosa. La religiosa no parecía llevar bajo el gorro una frondosa mata de pelo, ni tampoco tenía la cabeza afeitada. Sus cabellos eran de un color pardo rojizo muy bonito. Efectivamente, recordaba más a la profesional de la sanidad que había sido que a la monja que actualmente era.

Las incidencias de la noche comenzaban a producir su efecto: me dolía la cabeza. Me sentía segura y a salvo bajo los cuidados de la Hermana Lucy. La Hermana Agnes debió de marcharse, ya que cuando volví a abrir los ojos contemplé a la Hermana Lucy sentada, muy serena, junto al lecho, leyendo su pequeño libro de rezos. Era

su breviario, supuse, el libro que contenía las plegarias que todas las monjas a diario debían decir. Indudablemente, había sido escrito por la propia Santa Leonor. Continuaba sintiéndome tranquila por hallarme en sus manos.

AL DÍA SIGUIENTE ME COMUNICARON el parte facultativo: no había llegado a sufrir conmoción cerebral, si bien se me ordenó que pasara la jornada acostada. Todo parecía volver a la normalidad… Incluidas (cosa bastante extraña) mis ropas. Recordaba, aunque un poco borrosamente, haber visto a la Hermana Agnes sacudiéndolas en la capilla, para quitarles el polvo. Sin embargo, la Hermana Lucy negó haberlas visto cubiertas de éste. Probablemente, la religiosa se negaba a creer de una manera radical que cualquier contacto dentro de la capilla, por imprevisto que fuera, pudiera traducirse en una contaminación de polvo. Pude apreciar la formidable enfermera que la monja debía haber sido en otro tiempo. Procuré concentrarme para idear una explicación de mi caída, por si alguien se sentía curiosa.

La necesidad de mostrarme reservada por el momento quedó realzada ante mí por un descubrimiento que había hecho en el bolsillo del abrigo marrón que me pusiera para irme a la torre. Dentro del mismo hallé una nota escrita a máquina, muy similar a la que me convocara para visitarla.

«Si de veras quieres evitarte nuevos y desagradables chichones», decía la nota, «¿por qué no regresar a tu Londres y a tu televisión, a todo lo que, en fin, te debes? Ya has sido advertida.»

No tardó en hacer acto de presencia la persona que se sentía espoleada por la curiosidad, como yo esperara. A hora muy temprana de la mañana, la Madre Ancilla se acercó con su vivo paso de siempre hasta donde yo estaba. Quizá tuviera problemas de salud, pero la verdad era que ni sus andares ni su porte delataban quebranto alguno.

—Jemima, hija mía, ¿qué es lo que he oído contar? —me asió por una mano, muy afectuosa—. Yo te pedí que nos ayudaras, pero no que llegaras a exponerte a que te golpearan en la cabeza, ¿eh? Creo que tendremos que cuidar de ti mejor…

—Estimo que me he comportado como una tonta, Madre.

Era imposible no creerse una de nuevo en los doce años. Apenas levanté la cabeza.

—Desde luego, hemos rezado por ti durante la misa. No te enfades, picaruela. Pensamos que Dios debe tomarte bajo Su especial protección, ya que es una tarea Suya la que aquí llevas a cabo.

En rigor, no me disgustó nada que las religiosas hubiesen estado rezando por mí en la capilla.

Tampoco había rechazado el tranquilizante que la Hermana Lucy se apresurara a administrarme. En mi filosofía de lo cotidiano, tales actividades se hallaban catalogadas bajo el mismo membrete: «Lo que no mata ni cura.» Tom habría reaccionado mucho más enérgicamente ante ambos remedios: los tranquilizantes le inspiraban auténtico terror (había podido calibrar sus efectos en Carrie), y de otro lado, se hubiera sentido positivamente contaminado nada más que con la mención de su nombre dentro de una capilla de la Iglesia Católica Romana. Yo estaba hecha de un material más blando, por lo visto. Ahora, mi actitud pasiva tenía un límite…

Bastante segura de sí misma, la monja me preguntó:

—¿Te parece bien una breve visita a la capilla, a manera de acción de gracias? —esperaba, sin duda, conseguir una respuesta afirmativa, a juzgar por su tono—. Te has salvado…

—Lo siento, Madre Ancilla —contesté, muy firme—. Por lo que sé, debo mi salvación a la Hermana Agnes.

Le di mi versión oficial de lo acaecido: oí un repentino ruido en la noche, que me llevó a realizar una inspección dentro de la capilla; luego, al dar un tropezón en la oscuridad, me caí, dando con la cabeza contra el filo de un banco. Todo había sido así de estúpido, señalé. Mi historia ganó en credibilidad por el hecho de que, efectivamente, por la noche se había oído de pronto un ruido. Al parecer, la Hermana Lucy había tenido que pasar a toda prisa

por el corredor de las monjas para ir en ayuda de Tessa Justin. Como la Hermana Bonifacia observó, malhumorada:

—Tessa Justin es una chica que no trae más que complicaciones. Ahí están sus pesadillas sobre La Monja Negra… ¡Válgame Dios! Había comenzado a dar gritos, diciendo que una monja intentaba cubrir su cabeza con una almohada. Y a todo esto, la Hermana Lucy la considera una joven emocionalmente alterada, que necesita que se le hable con paciencia. Yo diría que cuanto hace es puro exhibicionismo. Quiere que la atención de los demás se concentre en su persona. Su madre era igual. Siempre fue una exhibicionista. Cuando nosotras éramos aquí todavía unas niñas, quien mencionaba el tema de La Monja Negra tenía que decir tres misterios del Santo Rosario como penitencia. Son trucos para no ir a la misa de la mañana, o no hacer la tarea de la noche… Y cuando no es eso, nos encontramos con su exhibicionismo.

La Hermana Bonifacia pareció hacer retumbar sus últimas palabras.

Se me ocurrió pensar que la situación de la Hermana Lucy como enfermera no debía de ser envidiable teniendo al lado a aquella resoplante veterana. ¡Qué diferente le parecería, antes de ingresar en el convento, la labor sanitaria, el cuidado de los enfermos, y sus experiencias en los grandes hospitales londinenses! ¿Le satisfacía realmente dedicarse a atender las necesidades de aquellas mocosas, las internas, provenientes de las clases altas de la sociedad, para mencionar las expresivas palabras de Dodo Sheehy, que eran, seguramente, de segunda mano? La tía de Dodo, al menos, la desaparecida Hermana Theodora de los Ángeles, había muerto cuidando niños negros… ¿Cómo decidían las monjas el rumbo de sus vocaciones? Tendría, evidentemente, que acabar preguntándoselo a las religiosas: ésta constituiría una parte fascinante del programa televisivo que yo, resueltamente, ya estaba considerando.

La cosa no se reducía a preguntar: «¿Por qué la Cruz?» (¿no se había hecho esto antes ya?), sino «¿Qué Cruz?»…

—Mis recientes experiencias, en realidad, prueban que debo atenerme a unas normas personales autoimpuestas, evitando visitar la capilla a horas un tanto extraviadas —comuniqué a la Madre

Ancilla, despreocupadamente.

—¡Eres incorregible! —exclamó la superiora, alzando las manos en un gesto casi pícaro.

Tenía mejor aspecto que el día de nuestra primera entrevista. Sus mejillas, sin embargo, estaban pálidas todavía. Aunque tuve la impresión de que las profundas arrugas visibles a ambos lados de su boca se habían suavizado algo. Su asustada mirada había desaparecido. Me pregunté qué podía haber sucedido allí para que la Madre Ancilla estuviese más animada.

Oyose un toque de campanilla. Llamaban a la Reverenda Madre. El toque sonó curiosamente fuerte. Bueno, había que tener en cuenta que la enfermería bordeaba el ala de las monjas. La enfermería era una especie de limbo. Nunca había sido de mi agrado el significado de ese vocablo, aprendido durante las horas de instrucción religiosa en el colegio… («Pero, Jem, debes seguir las Lecciones de Teología, o como se llame eso», había insistido mi madre. «Tú no querrás ser diferente de las otras chicas.» Ella quería darme a entender: «Más diferente de lo que eres ya.») El limbo: un lugar para los niños no bautizados. Sonaba a castigo, como si se hubiera hablado de un orfanato para pobres. Prefería utilizar la expresión de mi propio mundo. Recurría a ella demasiado a menudo en mis entrevistas investigadoras:

«Así pues, señora Pobremujer, los servicios de la seguridad social la han dejado en una especie de limbo, ¿no es eso?» Había existido una insistente sugerencia de que algo podía hacerse y se haría en relación con el asunto de turno.

Tal vez pudiera sacar algún partido de mi personal estancia en este limbo. Disponía de una fuente de información no explotada a mano, en relación con la vida conventual… siempre y cuando lograra hacer hablar a la Hermana Bonifacia de las quejas que le inspiraba la Hermana Lucy, junto con sus métodos.

—Mi toque —dijo la Madre Ancilla, suspirando—. Precisamente en el momento en que más a gusto nos encontrábamos charlando, mi querida Jemima —parecía sentirse feliz, incluso. ¿Era esto posible? Su serenidad me resultó particularmente sorprendente a la vista de su siguiente observación—: Mañana es el día del funeral de la Hermana Edward. ¿No te acordabas ya? Es natural, si pensamos

en los acontecimientos de anoche —prosiguió diciendo—. El toque es, probablemente, para notificarme la llegada de la familia. La señora O'Dowd es una mujer encantadora, y la Hermana Edward era su hija más joven. Tengo que irme para saludarles.

Y se fue. Era como un guerrero feliz. Era como un general cuyas tropas acabaran de salir victoriosas de una escaramuza. Pero, ¿en qué consistía aquella victoria?

—¡Madre Ancilla! —dije, llamándola.

La religiosa no se detuvo. Quizá no me oyó. Las monjas, como las mujeres corrientes, tienden a perder oído alrededor de los setenta años, y la Madre Ancilla, además, llevaba una prenda en torno a la cabeza que bloqueaba aquel sentido.

POR LA MAÑANA

LA HERMANA Lucy y yo estuvimos viendo la procesión del funeral desde la alta ventana de fino estilo gótico de la enfermería. Las monjas avanzaban una tras otra pausadamente al salir de la capilla, en dirección al cementerio.

—¡Qué féretro tan pequeño! —exclamé involuntariamente.

Ya no me acordaba de la conmovedora pequeñez de la carita de conejo.

—La Hermana Edward no mediría más de un metro y cincuenta centímetros.

Dentro del convento ni siquiera la madera se despilfarraba.

Las altas figuras de los hombres (¿los hermanos de la difunta?) que avanzaban tras el féretro parecían enormes en relación con las monjas. Las monjas fijaban sus miradas en el suelo. Los hombres miraban a su alrededor. No eran ellos los que portaban el féretro. Igual que muchos años atrás ocurriera con Santa Leonor, la Hermana Edward era llevada a su tumba por seis negras monjas.

—¿Cómo se escogen las seis monjas que han de llevar el ataúd? —inquirí, curiosa—. ¿Han de ser las seis más fuertes? o bien son elegidas entre sus amigas predilectas?

—Nada de amigas predilectas —replicó la Hermana Lucy,

presurosamente—. Las monjas de la O.T.M. carecen de ellas. La regla de nuestra fundadora es muy específica en este punto. Ciertas amistades particulares, dentro de la comunidad, no son gratas a los ojos de Dios debido a que apartan a las religiosas de sus trabajos por Su sagrada causa, pudiendo ser motivo de escándalo para otras piadosas mujeres.

No pude evitar una risita.

—Vamos, vamos, Hermana Lucy. Usted sabe que yo no me refería a eso.

Sin embargo, allí había habido personas unidas por una particular amistad. Como la existente entre Rosabelle y yo, si bien en mi época Rosa no era monja. Dentro del colegio, nada había que objetar a esa clase de amistades, seguramente.

—Temo haber sido exagerada en mi reacción —respondió la Hermana Lucy, un tanto nerviosa por mi tono burlón—. Como ya puede imaginarse, en las comunidades hay un gran rigor en lo tocante a tal género de cosas. Incluso la más inocente de las amistades particulares, como llamamos nosotras a esto, puede dar lugar a la falta de armonía, a la ruptura, en el conjunto —viendo que todavía no me había convencido, añadió—: Puedo asegurarle que no es bueno ni para las personas afectadas directamente. Aparte de no agradar a Dios. Bien, a todo esto yo sé que usted fue amiga de la pobre Hermana Miriam…

La Hermana Lucy emitió una tosecita, guardando silencio.

—No tengo más remedio que realizar unas investigaciones sobre el tema, para mi programa.

—Señorita Shore, por favor…

Ahora, la Hermana Lucy parecía estar sinceramente horrorizada.

—Le ruego que no interprete mal mis palabras —le dije, para consolarla.

Volvimos a concentrar la atención en el grupo que desfilaba.

En estos momentos, hallándose los componentes del mismo a alguna distancia, percibíamos débilmente el canto, que aunque quejumbroso no sonaba como el fuerte lamento que poblara la capilla el Día de las Ánimas. Hubiérase dicho que el tamaño del féretro de la Hermana Edward guardaba una extraña proporción con el corto espacio de tiempo que había vivido. Incluso la

procesión, desde nuestra atalaya, venía a ser como una escena contemplada con un telescopio invertido. Las pequeñas y negras figuras iban concretándose. Aquella cubierta por un velo y encorvada, que avanzaba entre dos mujeres tocadas con sombreros negros, debía de ser la señora O'Dowd, la cabeza femenina de la encantadora familia católica. No había allí ningún señor O'Dowd que pudiera destacar. Evidentemente, había muerto hacía años, de viejo. De los cuatro hombres, dos vestían sotana, y los otros dos largos abrigos negros, prendas igualmente sacerdotales… ¿Había dicho la Hermana Bonifacia que eran doctores?

Aquel día del mes de noviembre no había lucido el sol. Los árboles se veían oscuros, constituyendo aquella procesión la única nota de color en el paisaje. Una de las mujeres que participaban en el desfile vestía un abrigo de brillante tono púrpura. Este color, desde luego, significaba dentro de la Iglesia Católica el duelo, lo mismo que el rosa era el color de la alegría. Las vestiduras de la Cuaresma eran purpúreas. Así eran los atavíos de las imágenes durante la Semana Santa.

Pero había algo en aquella prenda, su corte, su estilo, quizá, que no hablaba de nada fúnebre. También era curioso que fuera aquella menuda figura la única que no llevara sombrero ni velo. Calzaba unas botas negras, muy brillantes (también fuera de lugar en el marco de la triste ceremonia) y exponía al aire una masa esponjosa de rubios cabellos que destacaban a su poseedora por encima de todos los demás.

—Las rubias, ciertamente, no debieran ponerse nunca ropas color púrpura.

Era un juicio proveniente de otro mundo. Y yo lo emití en voz alta.

—Estoy de acuerdo. Beatrice O'Dowd podía, al menos, haberle ahorrado esto a la Madre Ancilla.

La reprimida Hermana Lucy se notaba ahora verdaderamente venenosa.

Mi interés por aquella mujer se avivó.

—De modo que ésa es la ex monja, la antigua Hermana Juana.

—Sí, ahí tiene usted a Beatrice O'Dowd.

Otra vez el tono calmoso de antes. Cuanto más se fijaba una en

la comitiva, la cabeza de la cual se desvanecía ahora en el cenagoso camino del cementerio, más parecía destacarse el atavío de la ex Hermana Juana. Era un gesto contra la Madre Ancilla. Así lo había interpretado la Hermana Lucy. Pero tampoco tenía nada de respetuoso para su madre, para sus hermanos, los sacerdotes, para el mismo cadáver de su hermana, si éstos habían de ser valores a tener en cuenta.

Decidí que había llegado el momento de hablar con Beatrice O'Dowd. Porque convenía a mi futuro programa, como expuse a la Hermana Lucy, quien acogió impasible mi solicitud, revelando así, claramente, su violenta desaprobación.

No me complacía exactamente la perspectiva de enfrentarme con aquella ostentosa figura de color púrpura en el blanco y sereno ambiente de mi reducido y provisional alojamiento. Pero Beatrice O'Dowd constituyó una grata sorpresa. De cerca, separada del negro cortejo, el tono purpúreo de su atuendo no parecía tan llamativo. Sus cabellos eran antes rojos que rubios. Tenía el labio superior y los dientes frontales prominentes, como su hermana más joven. Cierto que su peinado era excesivamente bufante, y también que el rojo que se había aplicado a los labios parecía demasiado vivo… Los años pasados en la televisión habían hecho que me fijara automáticamente en esos detalles. Por la misma causa, pude distinguir dentro de aquellas galas, ligeramente pasadas de moda, a una mujer de su casa que se aproximaba al umbral de los cuarenta años.

En fin de cuentas, quince años de sombrío luto bajo la mirada de águila de la Madre Ancilla, eran algo más que suficientes para proyectarla a una hacia todos los colores del arco iris. Bajo su abrigo, Beatrice O'Dowd llevaba un jersey estrecho, también de color púrpura, con cuello de polo. Verdaderamente, era una enamorada de los colores. Volví a la pregunta de siempre, para mis adentros: ¿usaban o no usaban sujetador las monjas? Allí se me deparaba una excelente oportunidad para conocer la respuesta de una vez… Podía preguntárselo a una ex monja. Lo que sí era indudable en aquellos instantes era que la señorita O'Dowd llevaba uno bajo sus ropas.

Ropas aparte, Beatrice O'Dowd parecía ser una mujer franca,

profundamente realista. Era interesante comprobar que su comportamiento no recordaba para nada al de una monja: nada de miradas al suelo al estilo de la Hermana Agnes, ni evidencias histéricas como en el caso de la Hermana Edward. Cruzó las piernas (unas piernas gruesas, que calzaban botas negras) como si toda su vida lo hubiese hecho de la misma manera, dando unos tironcitos a su falda, demasiado corta para lo que se llevaba en aquellos instantes. Ahora bien, es difícil ver a una monja cruzarse de piernas. Rosa me contó un día que esto, para una religiosa, suponía un pecado mortal. Lo cierto era que las monjas nunca se cruzaban de piernas porque tal movimiento, bajo los gruesos pliegues del hábito, venía a ser realmente una difícil maniobra.

¡Qué raras sensaciones debió de percibir Beatrice O'Dowd al tener que asimilar necesarias costumbres femeninas, como la de sentarse llevando faldas cortas, tras quince años de total despreocupación sobre estas cosas! Le costaría más o menos, pero lo cierto era que se había desprendido por completo de cuanto en ella recordara a la monja. Naturalmente, podía haber ocurrido todo lo contrario: la posibilidad de que la Hermana Juana no se hubiese adaptado jamás a aquel estado. De ahí su deseo posterior de dejarlo todo.

—De todas maneras, yo deseaba hablar contigo, Jemima —dijo Beatrice, expresándose con entera naturalidad.

No sospechaba que nuestra conversación iba a desarrollarse con tal sencillez, llamándonos por nuestros nombres de pila. Y es que la televisión da a la gente una confianza que no hay más remedio que tolerar.

—En consecuencia —añadió mi interlocutora—, me alegré cuando enviaste a por mí. En cierto modo, es mejor que nos veamos aquí.

—¿Aquí?

Yo pensaba en la enfermería, en mi misma condición de enferma.

—Al decir aquí me refiero al convento. Nosotros habíamos hablado ya de ponernos en contacto contigo en Londres. Me mostré conforme. Los demás dijeron: «Espera un poco.» Y luego, mira por dónde, apareces tú por aquí. Ya nos lo hizo saber el joven Ronnie.

Y, desde luego, esto tenía un sentido absolutamente claro para todos nosotros. Nos imaginamos que en tus reflexiones nos llevabas sólo una pequeña delantera…

—Vas demasiado deprisa. He estado enferma, ¿sabes? —manifesté, desesperadamente—. ¿Por qué querías hablar conmigo? Por favor, empieza por el principio.

Beatrice se quedó perpleja, momentáneamente. Luego, se inclinó hacia delante de nuevo, diciendo con su natural carácter:

—Por supuesto que deseaba hablar contigo, Jemima. Por el hecho de que Rosabelle Powerstock fue en su día una joven con la que me unió una particular amistad.

Ésta era una expresión que ninguna monja de la O.T.M. usaba jamás casualmente.

11 EL TESTAMENTO

MI PRIMERA REACCIÓN

ANTE LAS palabras de Beatrice O'Dowd fue sentir algo así como una aguda congoja. Se apoderó de mí un irracional enojo… Tal vez, debiera decir que lo que sentía eran celos, si bien ésta parecía ser una palabra demasiado fuerte. ¿Qué había tenido que ver aquella mujer de aspecto vulgar, con sus gruesas piernas, que arrancaban, casi uniformes, de la parte superior de sus botas, con mi Rosa? Casi inmediatamente, advertí lo absurdo de mi reacción. Mi Rosa se había marchado hacía ya mucho tiempo a su Torre de Marfil. Muchos años después, una monja de mediana edad llamada Miriam, la Hermana Miriam, había trabado una particular amistad con otra mujer, entonces religiosa:

—«Hay amistades muy particulares que pueden ser motivo de escándalo para otras piadosas mujeres de la comunidad»…

Eran palabras de la Hermana Lucy, que mencioné ahora en voz alta.

—¡Amistades particulares! ¡Qué frase tan absurda!

—Sin embargo, tú acabas de pronunciarla.

Beatrice O'Dowd no hizo el menor caso de lo que yo acababa de decir.

—¿Es que no sabes —inquirió acaloradamente— que este convento fue fundado gracias a la existencia de una particular amistad? ¿Tú crees que una mujer de clase social tan elevada como la Princesa Leonor hubiera podido resignarse a vivir en este aburrido lugar, de no haber contado con la particular amistad de la señora Ghislaine le Tourel, que la animaba constantemente? Y a pesar de ello, a nosotras se nos negaba hasta la más elemental de las

relaciones humanas, enseñándosenos que debíamos considerar las mismas una desviación de nuestro objetivo principal, un error. Tú sabes cómo piensa la gente, cómo funciona en realidad esta sociedad nuestra. En consecuencia, has de comprender perfectamente lo que quiero decir.

Ignoré el cumplido.

La señora Ghislaine. Ciertamente, era una figura destacada en la historia de Santa Leonor. Una devota *Dame d'Honneur*. Había sido en su día una de las seis monjas negras que llevaran su féretro a la torre. La monja señalada como la siguiente Reverenda Madre por deseo de la fundadora. (En la comunidad no se hablaba de insensateces tales como la de una elección democrática.) Leonor y Ghislaine. Como hubiera dicho la Madre Ancilla: tratándose de la realeza, la cosa cambia, todo es distinto.

Todo eso había sucedido mucho tiempo atrás. Rosabelle y Jemima. Como en el caso de Leonor y Ghislaine, también hacía mucho tiempo de esta historia. Una historia antigua. No ocurría igual con la Hermana Miriam y la ex Hermana Juana. El lenguaje de denuncia de Beatrice tenía un acento rigurosamente contemporáneo. Lo mismo de contemporáneas eran, por ejemplo, las apasionadas frases de Dodo Sheehy sobre el tema de los pobres. Como correspondía a éste.

—Desde el primer momento que vi tu programa —continuó diciendo Beatrice, como si se dispusiera a dictar una conferencia preparada—, estuve siempre al lado de Rosa. Me gusta pensar que llegué a sugerir incluso la entrega. Puede que fuera así —¡pobre Rosa! ¿También iba a serle negada la maternidad de su generosa idea?—. Por supuesto, esto es lo que siempre se imaginó la Madre Ancilla.

Mi interlocutora se las arregló para no revelar el disgusto que le producía pronunciar tal nombre. Recordé el veneno que había puesto la Hermana Lucy en sus palabras al citar el nombre de Beatrice O'Dowd.

—Fue entonces cuando ella decidió sacarme de aquí, costara lo que costara. Nada ni nadie es capaz de detener a la Madre Ancilla cuando algo se le interpone en el camino que se ha propuesto seguir.

—Pero, bueno, ¿no fuiste tú quien decidió espontáneamente tu salida de este convento? No quisiste quedarte… Quiero decir que escuchando tus palabras…

En realidad, yo quería indicar otra cosa, referirme a su aspecto para apoyar mi suposición, basada en sus botas, en su maquillaje, en su hábito de cruzar las piernas, en sus esponjados cabellos.

Beatrice O'Dowd suspiró.

—¡Oh! En un sentido, sí, desde luego. Estuve viviendo en un estado de crisis durante años. Me refiero ahora a mis votos. Antes o después, me habría marchado. Yo iba muy por delante de Rosa en tal aspecto. Aunque, por supuesto, al final ella también se hubiera marchado. De haber vivido, claro.

Suspiró de nuevo.

—¡Pobre Rosa! Yo quise quedarme aquí para asistir al desarrollo de todo. Pretendía marcharme en un momento que yo estimara oportuno. La donación de las tierras… Bueno, tú estás enterada de esto. Yo podía haber apoyado a Rosa eficazmente, ante los abogados, ante la Madre Ancilla, ante todo el mundo. Yo era mucho más fuerte que ella. Rosa necesitaba de mi fuerza. Y luego me separaron de mi amiga.

Una voz del pasado. Una carta todavía recordada:

«¡Qué fuerte eres, Jemima! No necesitas de nada en que apoyarte, nada que te sostenga. No tienes religión, ni creencias, ni nada semejante. Yo, en cambio, ¡cuántos puntos de apoyo necesito! He aquí una de las causas determinantes de mi entrada en religión. Quería encontrar el apoyo de Dios.»

Y aun dentro del convento, Rosa había seguido necesitando una sólida ayuda.

—De no haberse producido tal separación no habría sufrido sus terribles trastornos —continuó diciendo Beatrice—, su depresión nerviosa… Porque esto fue lo que tuvo, aunque las monjas se negaran a admitirlo. Ni siquiera habría concebido su terrible plan para encerrarse en la torre. Todo eso no habría pasado de no haberme separado de ella, utilizando la excusa de la existencia de una particular amistad entre las dos. Se procedió, deliberadamente, a efectuar un sacrificio.

Otra expresión del mundo moderno.

—La Madre Ancilla me dijo que Rosa estuvo muy enferma —apunté, débilmente.

—¡Oh! Te dijo eso. Demasiado tarde. Y te conquistó, me figuro. ¡Ah! ¡Qué encanto el de esa mujer cuando se decide a valerse de él! Sin embargo, no logró engañar a la pequeña Ronnie, a mi hermana Verónica, quien está al tanto de toda la verdad por lo que a la Madre Arcilla se refiere.

Beatrice O'Dowd cambió de tono bruscamente.

—Había otro testamento, ¿sabes?

—¡Ah!

—¿Lo sabías?

—No. Pero… algo se sugirió.

—¿Quién hizo la sugerencia? —preguntó Beatrice, con interés.

—Fueron las chicas, tal vez… No hubo nada concreto, sólo meras habladurías.

Pensaba ser más explícita cuando Beatrice O'Dowd me enseñó algunas de sus cartas.

—¿Qué chicas? —inquirió ahora, más interesada todavía—. Aquí hay más de ochenta internas. Contando las alumnas de menor edad.

—No he conocido a ninguna de estas últimas —repliqué, divertida. Y esto era cierto, si dejaba a un lado a la llorosa Tessa Justin, a quien viera brevemente en el Salón de Estar de San José—. Eran chicas que tenían amistad con Rosa. Parecían saberlo todo acerca de sus planes, tus planes, para donar las tierras. Y esto valía tanto para mí como una indicación de que existía un segundo testamento. Tratábase de dejárselo todo a los pobres y negárselo al convento, en fin de cuentas.

—¡Oh, ya! Margaret, Dodo y compañía. ¡Oh, sí! Imogen y Blanca llegaron incluso a actuar como testigos en el testamento. Por tal vía tuvimos, en principio, conocimiento del mismo. Ellas no lo leyeron, pero Rosa les explicó con toda franqueza en qué consistía. Ahora, yo esperaba… —Beatrice se interrumpió, agregando después—: Fíjate: aquí hay una muchacha que sabe dónde escondió Rosa el testamento, y la Madre Ancilla se encuentra al tanto de eso también…

Fue en este momento cuando Beatrice O'Dowd y yo advertimos que la Madre Ancilla se había plantado ante la entrada del recinto y

que estaba observándonos. Había hecho acto de presencia allí con un sigilo digno de la Hermana Agnes. Una de las razones de su silencioso desplazamiento debió ser el hecho de que llevara el negro rosario, parte del hábito, recogido en una mano. En tales condiciones, no podía tintinear. Y, claro, ningún tintineo la había delatado.

—Hablando del diablo… —fue todo lo que se me ocurrió decir en voz alta.

En aquellas circunstancias, la expresión no podía ser menos adecuada. Pero la Madre Ancilla me dio la impresión de no haberla oído.

—¡Mi querida Beatrice! —exclamó.

¡Qué excelente actriz era aquella mujer! En realidad, no hubiera podido establecer la diferencia entre el afecto con que estrechaba la mano de una ex monja y la cordialidad con que habría acogido, por ejemplo, a una princesa.

—Todas nos sentimos muy complacidas por haber venido a vernos, pese a lo triste de la ocasión. La comunidad ansiaba verte de nuevo, ciertamente.

Yo, en realidad, la creía. Me volví hacia Beatrice, para comprobar cómo encajaba aquello. Después de haber estado por espacio de quince años bajo la autoridad de la Madre Ancilla, ¿le resultaría fácil enfrentarse con ella?, me pregunté.

La respuesta fue ésta: de resultarle fácil, nada. Beatrice O'Dowd contemplaba a la Madre Ancilla como fascinada, como un conejo contempla, asustado, a una serpiente. Acababa de esfumarse la mujer fuerte, categórica, estricta, que sólo unos minutos antes había estado dándome instrucciones. Beatrice O'Dowd, la del jersey color púrpura, la de las botas negras y todo lo demás, parecía sentirse profundamente aterrorizada. De pronto, su semejanza con la fallecida Hermana Edward se hizo patente. Evoqué el fatal encuentro en el corredor del colegio.

—Gracias, Madre —musitó—. Me agradará mucho ver a todas las hermanas nuevamente.

Cogió su abrigo.

—¿Y qué tal va tu trabajo, hija mía? —inquirió la Madre Ancilla, más tierna todavía que antes.

—Espléndidamente bien, Madre, gracias —replicó Beatrice, más recobrada—. Pese a algunos retrocesos creemos haber hallado los medios de resolver nuestros problemas.

En realidad, la mirada con que contemplaba a la Reverenda Madre era de desafío. Las arrugas, en las comisuras de los labios de la superiora, parecieron acentuarse. Si Beatrice podía tener el aspecto de un conejo sorprendido, la Madre Ancilla, indudablemente, se asemejaba a una serpiente. Su mirada era atenta y fría. Pero sus siguientes palabras aún sonaron cordiales:

—Me alegra mucho oírte decir eso, querida Beatrice. Te hablo con toda sinceridad. El hecho de que tus planes… ¡ejem!… no salieran bien en determinado sentido no quiere decir que cuantos forjes vayan a desagradar a Dios.

—Gracias, Madre.

Beatrice parecía mostrarse sardónica.

—Muy frecuentemente, Nuestro Señor nos presta su ayuda de las formas más inesperadas.

—Tendré sus palabras muy presentes.

—¿Debo entender que al no progresar vuestro proyecto con su disposición original vais a hacerlo avanzar de un modo distinto?

—Usted dé por descontado que nuestro proyecto irá adelante, Madre Ancilla —repuso Beatrice con una entonación que recordaba la blanda dulzura de la antigua monja—. Prevalecerá el testamento de Rosabelle Powerstock —aquí parecía haber leído un texto—. Y ahora, si me lo permite, iré a ver a aquellas hermanas de la comunidad con las que me unía una particular amistad. Señorita Shore, nos mantendremos en contacto.

No había que poner en duda la deliberada provocación que eran sus últimas palabras. A continuación, se separó de nosotras, alejándose en dirección al ala del colegio y no la de las monjas. Esperé a que el abrigo de color púrpura se perdiera de vista por completo.

—¿Cuál es su proyecto, Madre Ancilla?



—Había otro testamento, ¿sabes?

PERO YO, REALMENTE HABÍA adivinado ya su respuesta a mi pregunta. No constituyó en verdad una sorpresa para mí saber que Beatrice O'Dowd trabajaba ahora para los de Powers State. Estaba directamente a las órdenes de Alexander Skarbek. Era su ayudanta.

Alexander Skarbek. Yo sospechaba, estaba casi convencida de que se había producido algún contacto entre Skarbek y el pequeño grupo del sexto grado. Probablemente, a través de Rosa, y con toda certeza por medio de Beatrice. ¿Cuántas personas más habría allí? ¿Y qué órdenes habría dado él a Beatrice O'Dowd? Cabía la posibilidad de que tuviera que tragarme mi orgullo, telefonear a Tom y llevar a cabo unas cuantas indagaciones más sobre Alexander Skarbek.

—Me pregunto qué es lo que Beatrice O'Dowd se propone en la

actualidad —dijo la Madre Ancilla, pensativa—. La pobre señora O'Dowd me ha dicho que la joven se encuentra sometida a la influencia de ese hombre terrible. ¡Era una muchacha tan fácil de llevar! Y… ¡oh, Dios mío! ¡Qué abrigo, qué jersey! He de decirte que las monjas carecen de gusto tratándose de ropas normales, corrientes. Por eso componen una imagen desastrosa cuando visten por un motivo u otro faldas cortas.

Costaba trabajo imaginarse a la Madre Ancilla vestida como una anciana señora, con las ropas que le correspondían por sus años, de no haberse retirado al convento. Dentro de su negro hábito, por otra parte, componía una figura dominante, formidable. Era una mujer dotada de una voluntad de hierro.

Voluntad… El testamento venía a ser eso: una última voluntad. Por uno y otro camino, allí siempre iba una a parar a lo mismo.

Cabía considerar, aparte de la voluntad de Dios, otras muchas, incluida la de Rosabelle Powerstock, traducida en un último testamento. Estaba la voluntad de la Madre Ancilla, tendente a conservar el convento y su trabajo a toda costa. Era preciso tener en cuenta la voluntad de muchas otras personas, incluida Beatrice O'Dowd, Alexander Skarbek, las chicas del sexto grado, su deseo de originar un alto en tal trabajo mediante la puesta en marcha de un proyecto de construcción de viviendas junto a las paredes del convento. Estaba, asimismo, la voluntad de La Monja Negra, o de las siniestras fuerzas representadas por aquella fantasmagórica figura. La voluntad de La Monja Negra era la más clara de todas: Jemima Shore, Investigadora, debía abandonar sus indagaciones y salir de allí. La nota que yo hallara en un bolsillo de mi abrigo era suficientemente explícita.

Pensé por unos momentos, exclusivamente, en el testamento o última voluntad de Rosabelle Powerstock. O, más bien, en los dos testamentos de Rosabelle Powerstock. Uno de ellos era un simple documento extendido en la época de los votos finales, los que formulan todas las monjas, dejando todos sus efectos y modestas posesiones a la comunidad. El vasto Patrimonio Powerstock desde luego, largo tiempo atrás colocado en depósito y excluido. El otro testamento, redactado muchos años más tarde, venía a ser el producto de una angustiada mente.

El testamento extraviado.

Por tal testamento, las tierras eran donadas a los pobres, había sugerido Margaret. Pero ni siquiera una monja mentalmente perturbada hubiera podido revelar sus intenciones con el lenguaje de la Biblia… «Entréguese todo a los pobres», con toda probabilidad se traduciría en la época que nos había tocado vivir, y en última instancia, en dárselo todo al gobierno, que no era la misma cosa, en absoluto. Al menos, éste no era el camino señalado por Rosa. Los pobres, en este caso, estaban representados, por tanto, por los del Proyecto del Patrimonio Powers. Sin temor a equivocarme, me imaginaba que ellos eran los favorecidos por el testamento extraviado.

Pero allí se concitaba un misterio dentro del misterio. ¿Por qué se había molestado Rosabelle en ocultar su nuevo testamento antes de morir? ¿Deseaba evitar que alguien conociese su existencia? Allí había un documento destinado a expresar sus intenciones cuando ya no estuviera entre los vivos ni pudiera aclarar nada. Y, al parecer, había padecido algunos avatares para ocultarlo. A menos, desde luego, que alguna otra persona lo hubiera escondido… después de producirse su defunción.

Durante un rato estuve pensando en aquellos enigmas…

—Es una obstinada —declaró la Hermana Bonifacia.

Estaba junto a mi cama, y tenía las cuentas de su rosario entre los dedos. Su respiración era jadeante, y aquellos dedos que yo contemplaba se veían tan retorcidos como siempre. Recordé a Keats: «Torpes eran los dedos de Beadsman…, y en tanto, su helado aliento…», etc., etc. Víspera de Santa Inés: la Hermana Elizabeth estaba comenzando a ejercer ciertos efectos en mí. Pero la lengua de la Hermana Bonifacia era todavía vigorosa.

—Es terca, sí. Me refiero a Tessa Justin —la Hermana Bonifacia, cuando daba con un tema de conversación no se desentendía de él fácilmente—. Ahora se empeña en hablar a solas contigo, Jemima. Éstas fueron sus palabras exactas. ¡Por favor! Vaya con la señorita Justin… Dice que dispone de cierta información reservada para ti. Yo le respondí: «Quítate de mi vista cuanto antes y no molestes a la señorita Shore mientras esté enferma.» Además, tú estabas durmiendo. La chica me respondió: «Es que debo decirle lo que sé.»

Repuse: «Lo que sea puedes decírselo mañana, en un momento oportuno.» Entonces, enojada, se ha ido a la cama.

Por primera vez, escuché con embelesada atención las palabras de la Hermana Bonifacia.

—Podría verla mañana, a primera hora —sugerí rápidamente.

—¡Oh! La muchacha sabrá contener sus impulsos —replicó la Hermana Bonifacia, en un tono dulce—. Y tú todavía andas necesitada de descanso. Además, Tessa ha tenido un día muy ocupado hoy. Bueno, para todas nosotras ha sido igual. Su madre va a hacer acto de presencia aquí, con motivo de la inauguración de la tómbola del colegio. ¿No crees que será mejor esperar, para hablar con ella, cuando haya finalizado todo este ajetreo?

En aquel momento no consideré un gran perjuicio el aplazamiento.

12 PEOR QUE LA MUERTE

LA MADRE ANCILLA, UNA MUJER sumamente prudente, hacía gala de tal cualidad al determinar que la inauguración de la tómbola de Navidad dentro de Santa Leonor tuviera lugar en los primeros días del mes de noviembre. De esta forma, calculaba, a ninguna persona que pensara honestamente se le ocurriría iniciar en tales fechas sus compras navideñas. Por consiguiente, los dispendios financieros de los padres de las internas se orientarían hacia aquella especie de vertiginosa máquina tragaperras que era la tómbola del colegio. La Madre Ancilla estaba convencida de que al tener que elegir entre los almacenes Harrods y aquélla, los padres sensatos se decidirían por la tómbola colegial.

El vestíbulo del centro, cuando asomé la cabeza, algo nerviosa, por la puerta, me pareció por un momento cualquier dependencia del mismo Harrods en las vísperas de Navidad. Las personas mayores iban constantemente de un lado para otro, muchas de ellas llevando niños pequeños de la mano. En otros aspectos, sin embargo, la escena difería mucho de lo que se veía en los grandes almacenes de Knightsbridge. Las monjas, contrariamente a lo que hacían los dependientes profesionales, se pasaban la mayor parte del tiempo profiriendo exclamaciones de asombro y hablando en voz baja con las antiguas alumnas, particularmente las que habían llegado allí con sus bebés.

A la Madre Ancilla se la veía por todas partes, repartiendo besos y estrechando manos, hasta que sus dedos, finalmente, se quedaron fijamente entrelazados con los de una mujer de mediana edad, bien parecida y algo gruesa, que llevaba sus negros cabellos recogidos en

un moño, adornándose con numerosas joyas. Me quedé sorprendida. Acababa de abandonar la mano de otra señora muy bien vestida, de la que se rumoreaba que era baronesa, «hallándose emparentada con todos los nobles de Europa». Pero cuando la monja me localizó, reteniendo todavía la mano de su nueva *protégée*, el misterio quedó desvelado:

—Jemima: tú te acordarás, sin duda, de nuestra querida princesa, tú te acordarás de Pía…

¡Y qué satisfecha se hubiera sentido mi madre al saber que Pía se había unido en matrimonio a un príncipe italiano de más elevado linaje incluso que la joven!

—¡Geemima! ¡Oh! ¡Esto es maravilloso!

Pía me abrazó con un gesto de éxtasis, apretándome contra su cálido busto, en el que la suavidad de su jersey de cachemir contrastaba con la dura presión de sus cadenas de oro. Se desprendía de ella un olor delicioso. Era una mujer encantadora.

—¡Gianni! ¡Gianni! ¡Por aquí, aquí! —el inglés de mi condiscípula no había mejorado mucho. Y a todo esto, Gianni, quienquiera que fuese, esposo, amante, hijo o chófer, no la atendía —. Te contaré lo que me ha pasado… Anoche me quedé en el *Claridge* y para entretenerme encendí el televisor… Tenía que haber ido a *Annabel's*, pero me resulta tan aburrido hacer lo mismo todas las noches… Bueno, ¡pues te vi a ti en pantalla!

Era una *fan*. Me pregunté qué reposición habría tenido ocasión de ver en su lujosa *suite*. Esperaba que no hubiese sido la referente a la investigación sobre el Patrimonio Powers. Hubiera resultado demasiado irónico. Sin embargo, era conveniente que aquello se ofreciera a la curiosidad del público de vez en cuando. Empezaba a considerarlo un programa de efectos definitivos. ¿Se contagiaría la Princesa Pía, quizás, optando por vender cuanto poseía? Fijándome en sus cadenas, decidí que al igual que el centurión disponía de muchas cosas de las que desprenderse.

La Madre Ancilla estaba radiante.

—¿No es maravilloso que nuestra querida Pía haya estado viéndote en la televisión? —inquirió.

En aquellos momentos, lo que a mí me hubiera gustado era que mi madre viviese aún. A ella sí que le habría parecido todo esto

verdaderamente maravilloso.

Me escabullí en dirección a la Hermana Elizabeth. Al menos, ella contemplaba con sublime indiferencia cuanto sucedía a su alrededor. Pudimos tener un rápido intercambio verbal sobre la naturaleza del panteísmo cristiano tal como fue expresado por Shelley en «La Alondra» antes de que un padre curioso reclamara la atención de la monja para hablar de un asunto literario de mucha menor entidad: los ensayos de su hija.

La Hermana Hipólita, siempre áspera, permanecía al frente de la sección de libros usados. En su puesto se mezclaban las vidas de santos con las obras de Agatha Christie, éstas en ediciones de bolsillo baratas, viéndose los libros muy manoseados. Las novelas producían numerosas transacciones. No logré dar con la manera de evitar a mi antigua profesora de Historia. En cambio, no logré localizar en ninguna parte a la Hermana Agnes, a la que deseaba agradecer su comportamiento conmigo en la capilla.

—Ni siquiera te has molestado en venir a verme, Jemima, para hacerme preguntas sobre la vida conventual —dijo la Hermana Hipólita, que no se molestaba en disimular su enfado por el hecho de verse excluida—. Sin embargo, nadie aquí conoce como yo la historia del lugar. También he sido la que más se ha ocupado de esta materia.

—Mañana la veré, Hermana Hipólita —repuse, intentando ser cortés con ella.

—Mañana, mañana… El presente es de Dios, el futuro puede ser del diablo. Esto es lo que Santa Leonor dijo a la señora Ghislaine cuando estaba agonizando, dejándolo luego escrito. También yo he recogido muchas cosas por escrito, ¿sabes? Andamos muy necesitados todos de disponer de una nueva biografía de nuestra fundadora, ¿no crees? Por añadidura, me dispongo a hacer una revelación de gran importancia histórica…

Empecé a escabullirme en dirección a otro puesto. Sinceramente, no podía estimar aquella nueva biografía de Santa Leonor como una apremiante necesidad en el mundo de la edición.

—Dios me concedió el invierno pasado una larga temporada de descanso en la enfermería —manifestó la vieja monja, dejando su enojo momentáneamente a un lado, para agradar—, gracias a lo

cual di a mi trabajo un buen avance. Además, pude ayudar a dos o tres de las hermanas a prosperar en la convalecencia distrayéndolas con unas cuantas historias de hace muchos años, que se desarrollaron en el marco de Santa Leonor. Era la primera vez que las oían…

La creí. Di crédito, incluso, a la milagrosa recuperación de aquellas hermanas, condenadas a escuchar las históricas revelaciones de la Hermana Hipólita.

—La Historia viene a ser la mejor de las televisiones —la Hermana Hipólita me obsequió con esta andanada, ya al separarnos—. Nos habla del pasado, de antiguas torres, de fundaciones, de escondites secretos, de viejos edificios, de cosas que, en suma, son las que más agradan al público. Ya verás el libro… Con él en las manos nadie va a pensar ya en un puñado de estúpidas mujeres que hablan de sí mismas.

La implicación era clara: que hablaban con otra estúpida. Pero, pese a su extravagante carácter, la Hermana Hipólita había aclarado un extremo, al menos, de mis investigaciones.

Me serví un poco del excelente café de la Hermana Clara. Ésta se hallaba apostada detrás de una vitrina, ayudándola en su tarea Blanca Nelligan e Imogen Smith. Blanca dirigió su mirada al techo para indicarme lo alejado que quedaba aquel café del de mis preferencias.

En un puesto cercano, las hermanas Damiana y Perpetua habían dispuesto una serie de botellas cuyos contenidos iban desde la salsa de Worcester hasta algo misterioso y sin etiquetar embotellado en un frasco grande, negro. Mediante el pago de una suma sustanciosa de dinero, los presentes quedaban autorizados a arrojar sobre los cuellos de las botellas unos aros que les aseguraban su posesión. En el momento de mi llegada, la menuda e intratable monja tiraba nerviosamente de la manga de su compañera.

—Hermana, Hermana —la oí decir—. Una de estas botellas contiene una bebida alcohólica. ¿Qué va a pasar aquí si se la lleva cualquier chica?

—¡Ah! No se preocupe, Hermana —replicó la otra monja, despreocupadamente—. Le prometo que no se llevarán ni una sola de las botellas. Los aros son demasiado pequeños para encajar

fácilmente en los cuellos. Éste era el truco de que nos valíamos en mi país, en Irlanda —explicó la religiosa, dirigiéndose a mí, sin el menor rubor—. De este modo, se puede ganar mucho dinero. En fin de cuentas, el que nos procuremos es para llevar a cabo obras de caridad. Pensemos en los pobres niños negros…

Los otros puestos eran gobernados, más o menos, por el estilo. Los objetos valiosos considerados premios (manteles y servilletas exquisitamente bordados por las monjas) se esfumaron rápidamente. En cambio, a cada paso se veían leños, hojas y helechos plateados, obra de las alumnas de menor edad, acechando al visitante incauto.

Adquirí una de aquellas falsas piezas naturales.

—Señorita Shore: ¿nos concede usted su autógrafo?

Un grupo de rientes niñas, cansadas de todo lo que las rodeaba, me habían rodeado. Algunas de ellas me mostraban sus libros de firmas y otras simples hojas de papel. La última de las chicas se quedó a mi lado. Era pequeña, de enormes y saltones ojos, llevando los cabellos recogidos atrás, en forma de «cola de caballo».

—Señorita Shore: ¿quiere usted poner aquí «Para Mandy»?

Así lo hice.

—Esto es un estuche para el cepillo de dientes —me explicó la pequeña luego, señalándome una plateada rama en la que habían sido practicados tres menudos orificios, una vez vaciada—. Nadie ha querido comprármelo. Tantos trabajos como me tomé…

En el rostro infantil apareció una expresión de pena que por un momento no me convenció. Le compré el estuche, al fin, sin embargo. Después de todo, lo más probable era que no existieron dos ejemplares iguales en el mundo. Un gesto de triunfo sustituyó al anterior, de aflicción.

—Mandy Justin —dijo la Madre Ancilla, severamente, dirigiéndose a la chica—: debieras estar preparada para ocupar tu sitio llevando el ramo de flores. Tu madre se dispone a pronunciar su discurso. Y si ves a Tessa dile que se vaya a la tarima también.

Así pues, otro miembro de la familia Justin había sido designado para mejorar aquellos brillantes momentos del colegio. Mi atención se concentró en un cortejo integrado, evidentemente, por más Justin, quienes avanzaban a paso lento, algo nerviosos, hacia la

tarima. Otro prudente movimiento de la Madre Ancilla era fijar, para la llamada ceremonia de inauguración, una hora en la que todos los puestos se hallaran prácticamente vacíos. Ello significaba que el distinguido visitante, en este caso Lady Polly Justin, no tenía más remedio que quedarse hasta el último momento, comprando cuanto se le ponía por delante. Era lo que hacían todos los presentes, con la excepción de los más descarados. Había habido un padre atrevido que no tuvo inconveniente en enfrentarse con el gesto de desaprobación de la Madre Ancilla, marchándose antes del discurso.

ME DEDIQUÉ
A ESTUDIAR
LOS ROSTROS de los Justin.

Identifiqué a Sir Charles Justin. Era Miembro del Parlamento, perteneciente al partido conservador, y un tipo enormemente fornido, cuya figura revelaba una gran autoridad. Tiempo atrás nos había invitado a Tom y a mí a tomar unas copas en la terraza de la Cámara de los Comunes con motivo de haber llegado a un acuerdo su ala derecha y el ala izquierda de Tom, en lo tocante a un asunto sobre libertad individual (Tom) y de liberación del control estatal (Sir Charles Justin). El hombre daba la impresión de hallarse a mucha distancia de allí sobre aquella tarima, mirando a su alrededor con una hosca expresión en la cara.

Deduje de lo que veía que la proximidad de Lady Polly Justin era la causa de aquel estado de cosas. Con su gorro de piel y la escarolada blusa, Lady Polly aparecía muy linda, semejante a la figura de un cuadro. Su aspecto en general, su enérgica nariz, su cara, en forma de corazón, todo lo cual me recordaba a la Lady Hamilton de Romney, permitían esperar una grata evolución física a sus hijas. Probablemente, Mandy y Tessa serían un día dos cisnes, como aquella mujer. Sin embargo, Lady Polly pronunció un discurso que puso de relieve una excepcional incompetencia. Dada su condición de esposa de un Miembro tory del Parlamento, debía de haber estado habituada a tales cosas. Desde luego, el eternamente

protector Tom nunca forzaba a Carrie en ese terreno… A su mujer, los nervios nunca le habrían permitido pronunciar un discurso. Pero era laborista. A los tories se les reconocía diferentes, exigiendo mucho más de sus esposas.

Además de leer el discurso, Lady Polly se desorientó en medio del mismo y hasta se le cayeron las notas. Recurrió a un viejo juego de palabras: «una *fête* peor que la muerte». La cosa le salió así: «Tengo la seguridad de que esto no es una muerte peor que una fiesta (refiriéndose a la prueba por que pasaba), pero mi *fate*[6] puede ser algo así como aquélla al intentar la presente inauguración, quiero decir su clausura.» Definitivo. ¿Incurrió deliberadamente en su equivocación, con el afán de atraer la atención de su esposo? De tratarse de una maniobra, le falló. Sir Charles no demostró el menor interés por lo que en el interior de aquel salón ocurría.

El joven larguirucho que bostezaba junto a Lady Polly era, supuse, Jasper Justin, del Eton College, en Windsor, Berks. Había una versión en miniatura de él al lado de Sir Charles: un joven sentado, igualmente delgado, que vestía el uniforme de alguna indudablemente impecable escuela de preparación profesional. Resultaba difícil creer que Sir Charles había sido alguna vez en su vida como aquel chico. Pero, bueno, cabía la posibilidad de que los Justin, al hacerse mayores y ser más responsables ganaban también en peso. Mandy Justin presentó a su debido tiempo el ramo de flores a la madre, dando lugar con ello a una espléndida exhibición de juveniles rubores. No sabía qué podía haber sido de Tessa Justin, quien no había aparecido por allí.

—Tienes que conocer a Polly —me susurró la Madre Ancilla, al oído—. Es una mujer encantadora.

Al igual que la propia Lady Polly, la Madre Ancilla no se sentía avergonzada precisamente por lo que hiciera la dama sobre la tarima.

No era esa la actitud del auditorio en general.

—Sinceramente, señorita Shore: ¿ha oído usted en su vida una sarta de disparates mayor? —siseó una indignada voz junto a mí.

Era la de Dodo Sheehy. Dodo y Margaret no se habían dejado ver mucho durante las horas de funcionamiento de la tómbola.

Indudablemente, a ambas les desagradaban unas actividades que entrañaban una gran pérdida de tiempo y de libertad personal. Era un punto de vista el suyo que yo compartía.

—Sir Charles Justin es una bestia fascista —continuó diciendo la joven.

Blanca e Imogen, de pie, adoptando una actitud más bien lánguida, desentendidas ya del puesto del café, hicieron un gesto de asentimiento, como si hubieran estado muy versadas en los horrores que entrañaban las maniobras políticas de Sir Charles Justin.

Margaret Plantaganet estaba junto a la puerta. Se había cruzado de brazos. En su cara se advertía su habitual expresión seria y de reposo, el gesto que yo denominara de «cruzado». Lady Polly, abandonada ya la tarima, permanecía casi pegada a ella, hablando y gesticulando continuamente. Yo no podía oír lo que estaba diciendo. Pocas personas hubieran podido ofrecer un contraste más completo que aquellas dos en cuanto a su estilo y aspecto. No podía imaginarme a Margaret presidiendo la ceremonia de inauguración de una tómbola colegial diez años más adelante, ni tampoco verla casada con un Miembro del Parlamento del partido conservador. Esto, para ella, constituía verdaderamente un destino peor que la muerte. Hacía tiempo que había dejado a un lado la fantasía en que aparecía Margaret entre las novias del Salón de las Monjas, vestida de blanco.

Decidí saludar a Margaret. Pero al llegar a su lado, caí dentro de la órbita de Polly Justin. Era como si me hubiese absorbido.

—No logro entenderlo —estaba diciendo en aquellos instantes, muy indignada—. ¿Dónde está Tessa? ¿Dónde está? ¿Por qué no se encuentra aquí? ¿Por qué no llegó a tiempo de pronunciar yo mi discurso?

Sentía una la tentación de sugerir que la joven, habiendo oído hablar en público a su madre antes, había decidido ahorrarse tal prueba. Pero me contuve. Luego, cuando los otros padres fueron saliendo de allí, entre las monjas que quedaban se notó una gran agitación. La Madre Ancilla enviaba mensajeras en dirección a los cuatro puntos cardinales, para localizar a Tessa Justin.

Mandy Justin brincaba de un lado para otro, pegada a las faldas de su madre, chupándose un dedo.

Jasper Justin continuó bostezando, pero sin perder de vista a Dodo Sheehy. El otro Justin, evidentemente un chico precoz, repasaba con los ojos a una alumna de cuarto grado.

—Te notifiqué en su momento que la chica no estaba aquí —dijo Sir Charles Justin, fijando en mí unos ojos algo saltones y ahora beligerantes—. Lo malo de Polly es que pierde por completo los estribos cuando se ve obligada a hablar en público. Esto no tiene sentido, querida.

Fue la única observación que le oí formular.

Pese a las gestiones de la Madre Ancilla, a las nerviosas exigencias de Lady Polly, tras haber desaparecido de allí los últimos padres, después de haber regresado la última de las chicas al ala de las internas, el Daimler plateado de los Justin continuaba aparcado delante de la puerta principal.

Había que enfrentarse con una realidad: Tessa Justin se había esfumado por completo.

Una hora más tarde se enteraban los interesados de que la chica había desaparecido, sí, pero dejando un rastro. Mandy, llorosa, sacó de uno de sus bolsillos una nota mecanografiada.

—Es de Tessa —dijo, entre dos sollozos.

«Querida mamá, querido papá», decía la nota. «Si realmente queréis saber dónde estoy os diré que me encuentro en casa de tía Claudia. Me he ido porque no me siento a gusto en el colegio. Tía Claudia no me obligará a volver. Dispongo de dinero suficiente, así que no estéis preocupados. Cariñosamente, vuestra Tessa.» El texto había sido escrito a máquina en su totalidad, incluida la firma. Lady Polly continuó con sus demostraciones de histerismo.

—¡Oh! ¿No es ésta una decisión propia de Tessa? El nombre de Claudia Justin no figura siquiera en la guía telefónica. Es hermana de Charles, una loca. Sí, Charles, no me contradigas: está loca. Vive en Lake District y se imagina que los perros y los gatos saben hablar. Ya sabe usted lo que son esta clase de personas.

Pero Sir Charles no había hecho el menor gesto tendente a interrumpirla. Simplemente: estaba más furioso que nunca.

—¿Por qué tenía que hacerme esto a mí? —gritó Lady Polly—. Tendremos que irnos en el coche allí. No, no es posible. Eso queda demasiado lejos. Por otro lado, estamos esperando la visita del

embajador español, que se va a quedar en nuestra casa. ¡Oh! Tessa ha cometido una malísima acción… ¿Qué vamos a hacer, Charles?

Sir Charles Justin no dijo nada. Echó a andar, para subir al coche, colocándose al volante del mismo. Como respuesta, no parecía existir otra más expresiva.

El último en hablar fue Jasper Justin, quien quiso calmar a su madre:

—Vamos, vamos, mamá. Le pondremos un telegrama. Posteriormente, la Madre Ancilla lo arreglará todo. Estoy seguro de que Tessa se encuentra perfectamente. Siempre ha sabido desenvolverse bien.



—¿Dónde está Tessa? ¿Dónde está? ¿Por qué no se encuentra aquí?

MIENTRAS VEÍA ALEJARSE

AL DAIMLER dentro del cual se habían acomodado los Justin presentes, haciéndome recordar a la familia de Luis XIV camino de Varenne, pensé que me hubiera gustado mucho compartir la confianza de Jasper. Yo estaba mucho menos convencida que él de que Tessa se encontrara perfectamente. De un lado, había reconocido la escritura de la nota. Y su estilo. Estaba segura de que hasta aquel momento habían salido de las mismas manos cuatro notas mecanografiadas, o cuando menos hechas en la misma máquina: tres habían sido dirigidas a mí, y otra, ahora, a los Justin. A no ser que una criatura de diez años hubiese depositado dos de las notas en mi mesa, ocultando la tercera en un bolsillo de mi abrigo (lo cual no parecía imaginable), la proveniente de Tessa era una patraña.

En tal caso, ¿dónde estaba Tessa Justin? El secuestro, reflexioné, profundamente preocupada, era una de las experiencias que realmente justificaban aquella frase tan a menudo mencionada: «Un destino peor que la muerte.» A menos que finalizase con la muerte misma.

Apesadumbrada, regresé a mi habitación, la que ocupaba como huésped, que empezaba a considerar mi celda personal. Intenté, con la mayor serenidad posible, calibrar todas las posibilidades.

Interrumpió mis meditaciones una llamada a la puerta.

Pocas eran las personas cuya visión podía resultarme grata en aquellos instantes. Desde luego, no figuraba entre ellas la Madre Ancilla, ni Margaret, ni siquiera Dodo. Necesitaba desesperadamente de unos momentos de paz antes de verlas.

Fui a la puerta.

Era la Hermana Bonifacia. Su gesto era de preocupación, en igual intensidad que el mío, seguramente. Respiraba agitadamente al entrar en el cuarto: debía de haber subido por la escalera de las visitas.

—Estoy preocupada, Jemima —comenzó a decirme, sin más preámbulos, dejándose caer en una silla, lo cual era, sin duda, una señal de agotamiento. En raras ocasiones las monjas tomaban asiento de aquella manera—. He estado rezando en la capilla por todo… He dado cuenta de mis inquietudes a Nuestra Señora, quien perdió al Niño Jesús cuando Él entró en el templo. Y la Señora me

ha ordenado que venga a hablar contigo.

La respiración de la religiosa se hizo aún más agitada.

—Esa criatura, que ha desaparecido de esa forma… Dejando una nota. No me gusta nada. Comenzaré por decirte que ni siquiera sabe escribir a máquina. En el sexto grado no se estudia mecanografía. La nota estaba perfectamente escrita. La Hermana Juana no hubiera podido hacerla mejor… He querido decir Beatrice O’Dowd. Cuando estaba aquí enseñaba mecanografía. Había sido una secretaria experta.

La vieja monja hizo una profunda inspiración.

—Además, todo esto no responde a la manera de ser de Tessa Justin. Ella es una exhibicionista, ¿sabes? De no sentirse Tessa particularmente a gusto, todo el mundo se habría enterado de ello. Lo hubiera expresado pintando un letrero en el tejado de la capilla, de haberle sido posible. Nada de desaparecer. No le resultaría divertido. Lo bueno para ella era ser testigo del alboroto provocado.

»La Hermana Lucy no quiso escucharme. Me ha hablado de cierta rivalidad entre hermanas, suscitada por el hecho de haber sido designada Mandy para hacer entrega a su madre del ramo de flores. De ahí que Tessa optara por refugiarse en casa de la hermana de su padre… Le contesté que todo esto eran tonterías. Pero no me hizo caso. Por tanto, le recé a Nuestra Señora, y ella me dijo que viniera a verte a ti.»

—¿Y qué dice a todo esto la Madre Ancilla?

Tenía que formularle esa pregunta.

—Ya veo que no estás enterada… ¡Pobre Madre Ancilla! Los trabajos que se ha tomado para organizarlo todo, la fiesta, la tómbola… Y encima se produce la desaparición de la chica. Sufrió uno de esos ataques que le dan de vez en cuando. Y éste ha sido fuerte. Ahora se encuentra acostada en su celda. Ni siquiera se han atrevido a trasladarla a la enfermería.

Tan potente era el aura de la Madre Ancilla que por un momento, ante la perspectiva de su desaparición, me sentí desvalida por completo.

—Ahora soy yo quien actúa como Reverenda Madre, por el hecho de ser la monja más antigua de la comunidad.

La Hermana Bonifacia, al menos, no se sentía tan desvalida.

Esto, por sí solo, me daba ánimos.

—Hay otra cosa… La chica quiso decirte algo, ¿no? Con urgencia. Deseaba hablar contigo en privado, dijo. Y yo te puse trabas, Jemima. Lo siento mucho. Actualmente, no soy más que una pobre vieja asustada.

La monja no era una persona fuerte, después de todo. Me hallaba, sí, ante otra vieja atemorizada. Como lo estuviera la Madre Ancilla durante nuestra primera discusión. Pero, ahora, lo que ocurría era, simplemente, que la Madre Ancilla se había derrumbado, y toda su responsabilidad recaía en los hombros aún más ancianos de la Hermana Bonifacia.

Aspiré un poco de aire con ansiedad. Había llegado el momento de confiarme a alguien. Todo indicaba que mi confidente, dirigida o no por la Virgen María, iba a ser la Hermana Bonifacia.

Abreviando, lo más calmosamente posible, le hablé de la petición que la Madre Ancilla me hiciera: poner al descubierto todo lo que de maligno o discordante existiera en el corazón del convento. No quise recargar mi confidencia con las derivaciones más tristes de todo el asunto. Y pensando en el misterio de La Monja Negra y en mi terrorífico encuentro en la torre, no fui más allá de decirle que dentro del convento existían unas fuerzas del mal como las había del bien, recurriéndose de un modo u otro a la utilización de la leyenda de La Monja Negra, sobre cuyo particular yo no sabía todavía a qué atenerme. Dios mediante (una frase prudente que entonces se me vino a los labios), ya lo aclararía todo.

Pero tenía que formularle una pregunta vital.

—Yo sé, Hermana Bonnie —dije—, que conoce este lugar muy bien. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? Desde niña, desde que ingresó en el colegio… ¡Unos setenta años! Siendo así, ha de saber todo lo que se pueda saber sobre él. ¿Ha llegado usted a conocer la existencia de una comunicación entre la vieja torre, el refugio de Santa Leonor, y la capilla?

El rostro de la anciana monja se animó extraordinariamente. Su gesto no fue de temor, ni de asombro. Era una especie de iluminación… Por unos instantes, hasta pareció más joven. De pronto, había entrevisto por una fracción de segundo cómo había sido la Hermana Bonifacia de joven, una imagen que no parecía

tener nada que ver con la mujer de dedos nudosos que tenía delante.

—Han pasado muchos años —murmuró—. ¡Cuántos, Señor! Debieras hacérmelos contar ahora.

—¡Por favor! Puede ser que de su respuesta dependa una vida humana.

La Hermana Bonifacia me miró atentamente. Había vuelto a ser la persona de siempre.

—Siendo yo todavía una novicia —comenzó a decir, frunciendo el ceño—, nos enteramos de que había un secreto pasillo que unía la torre con la capilla medieval. Supimos, asimismo, que la otra, nuestra moderna capilla, se construyó sobre sus cimientos, de manera que el pasaje quedaba más bajo, al nivel de la antigua, dentro de nuestra cripta. Servía para que Santa Leonor, al hacer uno de sus retiros, pudiera trasladarse de noche desde la torre a la capilla, a fin de poder orar en privado. Pero de eso no se habla para nada hoy día…

—¿Por qué motivo? Respóndame con sinceridad.

Otra mirada atenta de la monja.

—Hace muchos años, siendo yo joven todavía, realmente una novicia, se presentó aquí un historiador, quien contó toda una serie de insensateces sobre Santa Leonor. Manifestó haber estado manejando ciertos archivos que databan de la época medieval. Y por ese camino llegó a esa conclusión, y así se lo dijo a la Reverenda Madre, directamente en su cara… Bueno, ya se lo puede imaginar, aunque usted no conoció, claro, a la Reverenda Madre Felisa… El caso es que aquel hombre le dijo que el pasaje secreto no había sido construido para lo que se creyera hasta entonces, sino para que la señora Ghislaine de Tourel pudiera visitar por las noches a Santa Leonor, y no precisamente con buenos propósitos… A continuación, el historiador tuvo el atrevimiento de preguntarle si podría ver la entrada del famoso pasillo.

A pesar de los muchos años que habían transcurrido desde entonces, la Hermana Bonifacia parecía sentir la misma indignación que se apoderara de la antigua superiora.

—No se trataba de un católico, desde luego —añadió la monja —. Para mí que era más bien un ateo. Y ahora voy a contarte qué

fue lo que hizo la Reverenda Madre Felisa. Inmediatamente, nos convocó a todas las religiosas, dándonos una consigna para lo sucesivo: el pasaje secreto no existía. Ninguna de nosotras habría de volver a mencionarlo para nada. Estábamos obligadas a seguir tales instrucciones en virtud de nuestro voto de obediencia. Teníamos que proteger la reputación de nuestra Fundadora, frente a los ataques de los paganos. El hombre se marchó, derrotado. Y nosotras ya no volvimos a mencionar el corredor. Hace años que murieron las monjas que estaban al tanto de la historia. En la actualidad, creo ser la única persona con vida que sabe cómo dar con la entrada del secreto corredor.

Repliqué, pronunciando con lentitud las palabras:

—Temo que esté usted equivocada, Hermana Bonifacia. Hay alguien más, todavía vivo, que sabe dónde queda la entrada del pasaje. ¿Quiere usted enseñármela a mí también? Para mayor gloria de Dios.

No sé qué fue lo que me hizo agregar a mis palabras esta última frase. Respondía a un sentido de lo convencional. Lo convencional de la situación en que yo me encontraba.

13 CONVERTIDOS EN POLVO

ERAN LAS NUEVE. MÁS ALLÁ DE LA ventana no se distinguía nada, ya que la oscuridad era total. No era una noche de luna. Luciría, quizá, tres o cuatro horas después de las doce. Yo había quedado citada con la Hermana Bonifacia y estaba esperándola. Había insistido en rezar las plegarias de rigor por la noche antes de unirse a mí. No pensaba en lo que nosotras (o yo) íbamos a hacer. No me sentía acobardada. Ni tampoco se había apoderado de mí la falsa euforia de mi anterior excursión. Más que nada, me hallaba poseída por una gran tristeza.

Sea lo que fuere aquello que descubriera, fuese quien fuese la persona que yo rescatara, quizá, el *status quo* del convento no podría salvarse por completo. Pero tal vez, en cualquier caso, eso estuviera destinado a sufrir un quebrantamiento. La Madre Ancilla permanecía acostada en su celda todavía, sintiéndose demasiado enferma para ser trasladada al dispensario. Había sufrido otro ataque cardíaco, según supe por la Hermana Lucy. El doctor que atendía a las religiosas la había visitado, yéndose después. Esto también contribuyó a incrementar nuestra tristeza.

Escribí una nota destinada a Tom.

Decidí redactarla pensando que podía ocurrirme algo. Sería breve, y por una vez impersonal. Era una nota que él no necesitaría destruir. Incluso podría mostrársela a Carrie:

> «Querido Tom:
> Por si acaso. Haz indagaciones sobre Alexander Skarbek,

de Londres. Pide a la Hermana Bonifacia que te enseñe el pasaje secreto del convento. Eso es todo.

J.»

Puse como señas, en el sobre: «Tom Amyas. M.P. Cámara de los Comunes.» Dejé la nota sobre mi mesa, encima del *Tesoro de Santa Leonor*, donde nadie podría pasarlo por alto.

Una suave llamada a la puerta interrumpió mis preparativos. Esta vez me llevaría dos linternas (la Hermana Bonifacia me proporcionaría la segunda), y en honor de la Hermana (luego santa) Perpetua, dos velas. Dispondría también de una cuerda (sustraída del baúl de una alumna, en el almacén en que se guardaban estas cosas) y de un afilado cuchillo (hurtado en la cafetería, donde se había desvanecido ante los ojos de la Hermana Clara. O bien ésta no había querido enterarse. La monja hacía todavía inefectivos movimientos de búsqueda en el momento de abandonar yo discretamente el refectorio).

Otra suave llamada. Evidentemente, no era la Hermana Bonifacia.

Era la Hermana Agnes.

—Dispénseme, señorita Shore —ella siempre había sido muy cortés, muy deferente. Siempre me había dado la impresión de que intentaba por todos los medios hacerme sentir natural, a gusto—. Ya sé que es tarde. Pero es que no puedo conseguir que Mandy Justin se duerma. Esto no es sorprendente, por todos los ajetreos de la jornada, por causa de la huida de su hermana. El caso es que no para de decir que tiene que contarle a usted algo, a esa joven de la televisión, señala ella… Afirma que sólo a usted se lo contará todo, a usted y a nadie más. No he querido recurrir a la Hermana Lucy. Entonces, me pregunté si usted accedería a visitar el dormitorio de San Luis…

Me apresuré a decir que sí. La experiencia me había enseñado que a los miembros de la familia Justin no podía hacérseles esperar cuando estaban en condiciones de facilitar noticias.

A Mandy Justin la vi en el alojamiento de la Hermana Agnes: una especie de cuarto extra situado en la parte posterior del dormitorio grande. De este modo, disponía de libertad de

movimientos para supervisar a las mayores, que dormían en habitaciones dobles, sin molestar a las pequeñas, instaladas en el mencionado dormitorio.

Esta vez, las lágrimas de Mandy, así como su gesto de sufrimiento, eran auténticos. Lo primero que dijo la chica fue:

—No pienso contarle nada a ella —señalando a la Hermana Agnes—. Sólo a usted pienso decírselo. Por haberme comprado el estuche plateado para cepillos de dientes. Además, la he visto más de una vez en la tele. Las monjas me dan miedo.

Empezó a sollozar. Le acaricié la cabeza, más bien preocupada. Sobre sus cabellos, mi mirada se cruzó con la de la monja.

—¿Qué piensa usted de esto, Hermana Agnes?

Sólo quería tentar el terreno.

—Me iré, señorita Shore —repuso la religiosa. Era imposible dar una interpretación a su gesto—. Bueno, Mandy, no llores —agregó, afablemente—. Cuéntale a la señorita Shore lo que tengas que contarle y en seguida a dormir.

Parecía incluso más amable que de costumbre.

La Hermana Agnes, efectivamente, se retiró. Pero no se marchó muy lejos. Podía ver su sombra fuera del cuartito, una sombra alargada que la revelaba mucho más alta de lo que era en realidad.

La historia de Mandy se refería a una monja también, una religiosa desconocida, una monja a la que ella no había visto nunca, quien le entregó la nota mecanografiada. La nota que ella presentara después como proveniente de su hermana Tessa. La chica había sido amenazada: a Mandy le había dicho la monja que si abría la boca, en relación con el tema, o enseñaba la nota antes de que hubiera transcurrido una hora tras el cierre de la tómbola, exactamente, volvería para llevársela a ella también. Le pasaría lo mismo que a Tessa. La historia de La Monja Negra no había llegado a conocimiento de las niñas de Santa Leonor, se observaba, ya que de lo contrario los sollozos y lágrimas de Mandy hubieran quedado sustituidos por manifestaciones de histeria.

—No te preocupes, Mandy, no te preocupes. Todo saldrá bien.

¿Qué podía alegar una para consolar a una niña de siete años cuya hermana, de diez, había sido secuestrada? Necesitaba la ayuda de la Hermana Agnes. Pero había una pregunta que yo tenía que

formular.

—La voz, Mandy, la voz… ¿Reconociste la voz de la monja?

—Ya le dije que no la conocía. Era una monja horrible, grande. Además, hablaba en susurros…

Una monja horrible, grande, que susurraba las palabras. ¿Era eso lo que me esperaba en la Oscura Torre? Dejé a Mandy al cuidado de la Hermana Agnes.

—Ya verá como ahora se duerme.

Esperaba no equivocarme. Me separé de la monja y de la niña bruscamente. Volví a mi habitación, desgarrando el sobre en que introdujera la nota dirigida a Tom. Añadí, con una letra que era un puro garabato: «Esto no es todo. Te amo. Hasta la muerte… Pero espero que ésta no se produzca. J.» Terminé dibujando un corazón. Ya no era el mensaje que podía ser enseñado a Carrie. Mas, éste era un problema que sólo a Tom incumbía. Escribí sus señas en otro sobre nuevo y lo coloqué sobre el «Tesoro», igual que dejara el anterior.

DESCENDÍ POR LA ESCALERA de los visitantes, haciendo el menor ruido posible. Entré en la capilla comprobando en el camino que la puerta de salida tenía echado el pestillo. En el altar parpadeaba la roja llamita del sagrario, lanzando pequeños destellos. En el altar del Sagrado Corazón vi que las velas se habían consumido en buena parte desde el día de mi primera visita al lugar. Las imágenes, como si hubiesen sido figuras vivientes, parecían estar haciendo señas en las sombras. «Sagrado Corazón de Jesús: protégeme.» El Corazón: el símbolo de mi buena suerte. «Señora de la Torre de Marfil: protégeme.» «Santos todos: protegedme.» Imaginativamente, podía oír la letanía, recitada. Pero la verdad era que no rezaba por mí. Simplemente, conjuraba a todos los posibles santos existentes para que oraran por Tessa Justin o, al menos, intentaran protegerla desde las alturas. Tessa, Teresa… Santa Teresa, ora por ella. No, no me dirigía a la grande, a Santa Teresa de Ávila, una mujer por la cual, creencias

aparte, sentía yo una enorme simpatía. Leyendo en cierta ocasión una biografía suya (estaba hecha de un «material» distinto del de la otra), comprendí claramente que las mujeres debíamos seguir adelante en nuestra lucha. No me dirigía al Águila, sino a la Paloma, a la Teresa menor, a la Florecilla. «Santa Teresita: protege a tu Tessa Justin.»

Una oscura forma se elevó lentamente en el primer banco de la capilla.

Era la Hermana Bonifacia, que se inclinaba, que se movía con dificultad. Ahora toda su agilidad quedaba localizada en su mente… y en su lengua. Me hizo una seña para que entrara tras ella en la sacristía, cuya puerta quedaba a la izquierda del altar. La puerta de roble estaba ya abierta. Pero no había ninguna luz allí. El único sonido perceptible en la capilla era el jadeo de la Hermana Bonifacia.

Una vez en el interior de la sacristía, la monja cerró la puerta de pronto. El fuerte golpe me hizo sobresaltarme. Pero la Hermana Bonifacia se expresó en un tono natural en la oscuridad.

—Encenderé la luz un momento, para localizar la puerta que da a la escalera de la cripta. Será un instante nada más. Hemos de evitar alarmar a la comunidad.

Hubo un momento de extremada claridad allí dentro. La Hermana Bonifacia tentó los paneles de madera de roble con que habían sido cubiertas las paredes de la sacristía. Vi los ropajes del sacerdote, ya preparados, para la primera misa de la mañana. De cerca podía apreciarse perfectamente con qué primor habían sido bordados, cómo habían sido cuidados los menores detalles de las labores. Sólo las vestiduras destinadas a la celebración de misas en días ordinarios representaban ya muchísimas horas de trabajo de las monjas. Claro que la suya era una aportación voluntaria, hecha A. M. D. G., como yo dijera a la Hermana Bonifacia.

El panel que quedaba más lejos de la puerta presentaba una hendidura metálica, que contenía un anillo. La Hermana Bonifacia hizo girar éste al mismo tiempo que tiraba con fuerza. Entonces, el panel se abrió, quedando a la vista una angosta, pero bien trazada, escalera de piedra.

—Será mejor ahora que apague la luz de la sacristía —dijo la

monja, quien parecía estar muy animada.

Encendí mi linterna.

—Aquí tienes la otra —añadió la Hermana Bonifacia—. Hazte cargo de ella también.

Puso la segunda linterna en mis manos.

—A mi vuelta, dejaré el panel abierto, desde luego. Tú será mejor que regreses antes de la primera misa. De otro modo, quien ayude en la celebración de la misma mañana podría cerrarlo. ¿Dónde podrías haber ido a parar tú entonces? La cripta carece de ventanas. Y queda a mucha profundidad…

—¡Hermana Bonnie, por favor!

Descendimos.

Verdaderamente, la cripta quedaba muy abajo. Y la atmósfera que apercibimos en ella no parecía ser muy saludable. Al menos, se me permitió que encendiera la luz: una bombilla cubierta de polvo colgaba de un alambre fijo en la parte central de un cielo raso abovedado. Pero el piso era de piedra, lo que no ocurría con el de la torre, así que no percibimos el fuerte olor a humedad. Por lo que pude ver, la cripta se encontraba muy limpia. La limpieza, en el convento, se extendía hasta los sótanos. Había varios nichos en los pétreos muros, que contenían imágenes. Aparte de un gran hueco con un *prie-dieu* de madera enfrente. Se me antojó una especie de altar. En el hueco había sido colocada una imagen de tamaño natural. La inspeccioné: era una reina, con su corona y todo… Era María, Reina de los Cielos, presumiblemente. Los rasgos faciales habían sido idealizados, espiritualizados, recordándome los de la Hermana Agnes. Una imagen victoriana, supuse.

—Santa Leonor, igual que en persona —explicó la Hermana Bonifacia—. Fue durante breve tiempo reina de Inglaterra, ¿sabes? ¿No sería estupendo que volviésemos a tener una reina católica de nuevo? ¿Crees tú que el Príncipe Charles…?

No había tiempo para proseguir aquel monólogo tipo Madre Ancilla.

—Yo diría que la imagen data de 1860, aproximadamente, ¿no? —me apresuré a decir.

—¡Oh, no! La escultura fue hecha con el modelo a la vista —repuso la Hermana Bonifacia, en tono de reproche—. Es muy

antigua, realmente. En este lugar se encuentran algunos féretros: el de la señora Ghislaine y los de varias de las primeras monjas. Y todos, ciertamente, tienen muchos años. Pudieron continuar aquí durante el período de la Reforma, gracias a la misericordia de Dios y la protección de Nuestra Señora. El de Santa Leonor, lamento decirlo, fue llevado a Bélgica. Aunque, para ser sincera, he de añadir que en aquel país realizó varios milagros. Es posible que estando aquí no se hubiese inclinado a hacerlos… Sí, por el hecho de hallarse en sus dominios.

Yo no me hallaba dispuesta a discutir en aquellos instantes ciertos extremos susceptibles en la milagrería. Además, me había sentido reticente respecto a algunas de sus frases, las alusivas a las otras ocupantes de la cripta.

—No puedo ver ningún féretro —manifesté, nerviosa.

—Hay una verja. Mira a tu espalda.

Giré en redondo. Aquel muro, el opuesto a mí, no era de piedra. Contaba con varios estantes, dentro de los cuales podían distinguirse vagamente unos cuantos féretros. No tenía la menor idea en cuanto al número. Ni sobre el fondo. Una gran verja de hierro se interponía entre nosotras y aquéllos. Esta visión me produjo un gran pánico. En cambio, la Hermana Bonifacia daba la impresión de no estar nada inquieta. Tal vez la sostuviera su sólida fe; quizá su actitud estuviera determinada por su inevitable proximidad a la muerte. La verdad era que la religiosa se mostraba totalmente distendida aquí, entre los huesos de los muertos.

Entre el polvo de los muertos, en todo caso. Aquellos seres estaban reducidos a unos montones de polvo. Habían transcurrido más de quinientos años desde la fecha de la muerte de la señora Ghislaine. Incluso su polvo se había desvanecido.

—¿Cuál fue… ¡ejem!… el último féretro depositado aquí?

Mi mirada seguía obstinadamente fija más allá de la verja.

—El de la Reverenda Madre Felisa. No… Después de ella, debieron de ser enterradas aquí las Reverendas Madres Javiera y Luisa. A mis años, a una la traiciona la memoria. En este lugar, ¿comprendes?, sólo son enterradas las Reverendas Madres de la comunidad. Las restantes monjas reciben sepultura en el cementerio. La verja únicamente se abre con motivo de la muerte

de una superiora.

—Por tanto, la Madre Ancilla…

—Cuando Dios lo decida así, la Madre Ancilla descansará en esta cripta también.

Las dos estábamos pensando que Dios, seguramente, había decidido ya que aquel momento no podía quedar muy lejano.

—Me alegro de que los féretros estén detrás de la verja. Así quedaré fuera de su alcance…

—Pero, hija mía, si lo que tienes que hacer es pasar al otro lado de la verja —manifestó la Hermana Bonifacia—. Es ahí donde se encuentra la entrada del pasaje secreto. Los ataúdes sirven para ocultarla.

14 EL PODER DE LA OSCURIDAD

ME SENTÍA TRASTORNADA. HUESOS, polvo… Bueno, ¿qué más daba? ¿Y qué si los últimos restos depositados allí databan de treinta años atrás? Aquello sólo era un osario. Y una espantosa trampa. Quería huir de aquel sitio…

—Hermana Bonifacia —dije con voz temblorosa—: ¿quiere explicarse mejor?

Ella se acercó a la verja.

—Habrás de localizar la puerta en el muro, a la derecha. Seguramente, estará todo cubierto de polvo. Es posible que te veas obligada a mover uno de los féretros, o varios. La misma verja, probablemente, no se abrirá con facilidad. No ha sido utilizada durante toda una generación.

No fue así. Toqué casualmente un tirador. Hice un poco de fuerza y la verja osciló sobre sus goznes bastante fácilmente. No distinguí mucho polvo por allí. La puerta estaba claramente marcada en el muro. Y ninguno de los féretros la bloqueaba. Pensé que podía haber sido utilizada con regularidad recientemente. ¿Qué razón se oponía a que esto no hubiera sido así? Ninguna, por lo que yo alcanzaba a ver.

Tenté la puerta. Y localicé otra hendidura que contenía un anillo, un dispositivo similar al de la sacristía. Lo hice girar y tiré de él. La puerta se abrió. Otra salida que no debía ser cerrada, con vistas al regreso. Una negra abertura parecía bostezar ante mí. La oscuridad era total. Y ahora percibía un fuerte y desagradable olor a humedad. La Hermana Bonifacia y yo nos asomamos a la oscura sima.

—De manera que ahí sigue el pasaje —comentó la monja al cabo

de un rato, ensimismada—. ¿Todavía quieres aventurarte por él, Jemima?

—No es que quiera, es que debo.

—Permaneceré rezando en la capilla hasta tu vuelta —prometió la Hermana Bonifacia.

—Llévese su linterna.

—No es necesario. ¿Es que no sabes que las monjas podemos ver en la oscuridad? Sabré regresar sin novedad a la capilla. Dios te bendiga, hija mía, y te libre de todo mal.

«…de todo mal.» ¿Qué mal podía sobrevenirme? Pensé en una evocadora frase: los poderes de la oscuridad. La oscuridad carecía de poderes, me dije turbada, al adentrarme en las sombras. Vamos, Jemima. El único poder de la oscuridad radica en el uso que la gente lista y carente de escrúpulos pueda hacer de ella para asustar y poner celadas a las personas inocentes. La oscuridad no ejercería poder alguno sobre mí, porque no permitiría que sucediese aquello.

Comencé a avanzar a tientas por el pasaje, observando el piso con el haz luminoso de mi linterna. El pasaje era estrecho, y sus paredes, por la parte inferior, terrosas, desmigajadas. No podía comprender ahora por qué causa mi abrigo, el que me tapaba hallándome en estado inconsciente, había llegado a estar cubierto de polvo. Pensé que yo debía de haber sido transportada de una manera u otra, no arrastrada. En mi cuerpo no había contusiones cuando fui recobrándome en la enfermería.

Pero de haber sido llevada de un sitio a otro… Me asaltó otra idea ahora, inevitablemente. Tal operación entrañaba la colaboración de dos personas. Dos personas de bastante fuerza. Yo era una mujer de talla superior a la media de mis años. La conclusión no era precisamente la más adecuada para animar a una solitaria excursionista nocturna.

Esperaba no encontrarme con dos personas (dos personas de considerable fuerza) al final de mi expedición.

El suelo estaba sorprendentemente plano. Y sobre mi cabeza veía un techo pétreo bien conjuntado. No se podía pensar que el pasaje hubiese sido construido con aquella disposición en la Edad Media. Igual que me había pasado con la imagen de Santa Leonor, sospechaba que databa de una época mucho más reciente. El

corredor secreto presentaba todos los detalles que caracterizaban las extravagancias victorianas: el primor de la ejecución y el buen acabamiento. Evidentemente, cualquiera que hubiese sido la Reverenda Madre responsable de la construcción de la capilla victoriana, había sabido dirigir a conciencia la labor realizada en el pasaje.

Siendo la Hermana Bonifacia una mujer joven todavía, la existencia del mismo había sido del dominio común, cosa que no llevaba a un período anterior a la Primera Guerra. Luego, la amenaza que supusieran las revelaciones del historiador indujeron a la Madre Felisa a imponer el voto de silencio. Pero ciertos datos no se olvidan con facilidad. ¿Conocía la Hermana Hipólita, por ejemplo, la existencia del pasaje? ¿Era ésta la revelación que nos prometiera en su manuscrito? Lo más probable. Pudo haber hecho tal descubrimiento investigando en los archivos del convento.

No sé qué distancia recorrí hasta el momento en que noté que el piso se elevaba, en cuesta. Pensé haber cubierto unos cien metros, por lo menos, pero la oscuridad me privaba de las sensaciones de tiempo y distancia. En línea recta, la torre no quedaba tan lejos de la capilla. Se requería tiempo para llegar allí correteando por el campo, al aire libre. Indudablemente, el pasaje era una ruta directa.

La cuesta se hizo más pronunciada. En el suelo habían sido labrados unos peldaños. Después, aparecieron otros normales, de piedra, que conducían a una escalera de caracol. Finalmente, me encontré frente a una puerta. Era exactamente igual que la emplazada en el extremo opuesto del pasaje. La puerta en cuestión se hallaba cerrada.

La persona que vacila está perdida… Adelante, Jemima. Hice girar el aro de hierro que retenía la hoja, apagué mi linterna y tiré, dejando abierta la puerta. Di un paso adelante.

Inmediatamente, algo verdaderamente duro golpeó la parte superior de mi cabeza. Me encogí. Instintivamente, alcé una mano. Me pareció tocar una piedra. Era, efectivamente, una superficie pétrea de canto vivo. A continuación percibí un sonido familiar: el maullido de un gato grande o pequeño, quizá.

No llegó a mis oídos ningún otro sonido.

Volví a levantar la mano, para tentar aquel obstáculo. Había

tropezado de cabeza con una piedra, sí. Tratábase de la repisa de una chimenea. Reconocí el lugar en que me encontraba: estaba agachada en el interior de la chimenea correspondiente a la cámara del primer piso de la torre. Era la chimenea donde yo localizara las colillas de «Gauloises». La escalera de caracol debía de ascender por entre los gruesos muros de la construcción. Encendí mi linterna audazmente.

El balancín, ahora, permanecía inmóvil. Allí no había nada: ni hábitos negros, ni monja negra…

Tessa Justin se encontraba tendida en el suelo, en un rincón. Bajo el débil haz luminoso, parecía estar dormida, o drogada, quizá. Pero era ella la causante de los sonidos que yo acababa de percibir, creyéndolos maullidos. La puerta caediza del piso se veía cerrada.

Me acerqué a ella. No estaba dormida. Tenía los ojos abiertos. Pensé que no estaba drogada. Por lo menos, sollozaba, pero tan débilmente que de entre sus labios sólo salían débiles quejidos.

—Tessa —le dije en voz baja—. Tessa, no llores.

No levantó la vista. Su cuerpo (todavía vestía el uniforme del colegio, completamente cubierto de polvo, que el color marrón de la tela hacía más visible) estaba rígido.

—Soy yo, Tessa: Jemima Shore.

La chica siguió sin hacer el menor movimiento. No me miró tampoco. Toqué sus hombros, muy rígidos. Pensé otra vez que, quizás, estuviese drogada.

—He venido para sacarte de aquí —insistí. Continuó sin moverse. Entonces, tuve una idea—. He venido para que me expliques qué es lo que querías contarme. Mírame, mírame, Tessa.

Lentamente, Tessa Justin levantó su cabeza del suelo. Sus gruesas trenzas estaban polvorientas también, como canosas. Sus ojos parecían enormes. Dirigí la luz de la linterna a mi rostro.

—Como puedes ver, no soy una monja.

Ella profirió un grito ahogado, diciendo algo como esto:

—¡Oh, oh! Llévame a casa.

Incorporándose con dificultad, se aferró a mí.

Bien. Tessa Justin, la desaparecida Tessa Justin, estaba allí. No había sido drogada, ni sufrido ningún daño irreparable. Se encontraba a salvo, de momento. Yo no sabía cuánto tiempo duraría

este feliz estado de cosas. ¿Cuándo se proponían hacer acto de presencia los poderes de la oscuridad, los que habían secuestrado a la chica, depositándola en aquel sitio? Igual que, en otro tiempo, debieron de haber ido en busca de Rosa, encerrada en su Torre de Marfil. Y se habían ocupado de que no volviera a salir de la misma… Mas, ahora, no debía pensar en tales cosas.



Tessa Justin se encontraba tendida en el suelo, en un rincón.

Teníamos que iniciar el regreso. Primeramente, sin embargo, procuraría que Tessa se reanimara. Dudaba de mis fuerzas al considerar que debía llevar en brazos a aquella niña de diez años, a lo largo de todo el pasaje.

—Luego me lo contarás todo —le dije varias veces, acariciándola y tratando de librarme de sus brazos.

Sin embargo, la niña no quería apartarse de mí. En aquellos instantes me hubiera gustado poseer la serena fuerza de una monja, de cualquier monja. Pensé en el carácter suavemente autoritario de

la Hermana Agnes, en la manera de proceder de la Hermana Lucy, siempre metódica, práctica, rápida y ordenada.

No podría impedir que Tessa Justin me lo contara todo mientras nos hallábamos sentadas en el piso de madera, dentro de la oscura torre. Y cada una sostenía una linterna ahora. Opté por acomodarme en la mecedora, sentando a la chica sobre mi regazo. La acurruqué contra mí lo mejor que pude. Me sentí poseída, más que nunca, por un grato sentimiento de intimidad y afección. No podía recordar cuándo tuve por última vez una criatura así entre mis brazos.

—Vamos, vamos, pequeña, tranquilízate.

Estuve murmurando palabras de consuelo, haciéndole caricias, vertiendo en sus oídos frases tiernas, hasta que, finalmente, su respiración se tornó menos angustiada.

Como hiciera su hermana Mandy, Tessa me refirió una historia en la que entraba el ahora familiar personaje de una monja desconocida, una monja que ella no había visto nunca. Sólo que Tessa, por el hecho de estar en la clase de cuarto grado, lo sabía todo acerca de La Monja Negra, identificándola fácilmente con la que fue tras de ella. Mandy había hablado de una horrible monja, de gran talla, que hablaba en susurros. Tessa describió a La Monja Negra propiamente dicha, que hablaba con voz ronca y baja, aquella Monja Negra que durante algún tiempo, durante años, siempre, la perseguía.

La Monja Negra se le había acercado de noche, susurrándole unas palabras… Y nadie la había creído. Cierta noche, La Monja Negra la amenazó con cubrirle la cara con una almohada. Esta vez, tampoco la creyeron. Entonces, la Hermana Lucy se limitó a administrarle un medicamento, y la Hermana Bonifacia la conminó con propinarle unos buenos azotes. Ni siquiera la encantadora Hermana Agnes dio crédito a sus palabras. Por eso, había insistido en hablar conmigo. Y la Hermana Bonifacia se lo impidió.

Mas, todo era verdad. La Monja Negra se había lanzado en su persecución. Y lo peor de aquello sucedió más adelante, cuando faltando unos minutos para la inauguración de la tómbola, estando arreglándose, recibió un mensaje en el que se le comunicaba que sus padres la aguardaban en la sacristía. Se imaginó que esto era un

tanto raro…

—Pero es que todo lo que se refiere a las monjas es raro, ¿no cree usted, señorita Shore? —declaró la chica dando un acento patético a sus palabras.

En consecuencia, Tessa se encaminó a la sacristía. Lo único que podía contar ya era que la monja desconocida, La Monja Negra, la empujó escaleras abajo, haciéndola entrar en un lugar oscuro, deslizándose por un largo y maloliente túnel. Posteriormente…

—¿Qué pasó después?

—Después vinieron las preguntas —manifestó Tessa—. A cada paso las preguntas. Y me dijo que si no las contestaba ya no volvería a ver a mis padres, ni a Mandy, ni a Jasper, ni a Charlie…

Más sollozos. La apreté contra mi pecho.

—¿Qué preguntas? ¿Se referían acaso al testamento, al testamento de la Hermana Miriam?

—¡Oh, sí! Me habló del testamento, del horrible testamento. ¡Oh! Si usted sabe dónde está, ¿no podría decírselo a ellos, señorita Shore? Le dije lo que sabía. Pero ella no me creyó. Se imaginaba que me reservaba algo.

Tessa hundió ahora la cabeza en mi pecho. Acaricié sus trenzas, que era todo lo visible de ella.

EN SUMA, DE TODO AQUELLO se deducía que no era mucho lo que Tessa Justin sabía sobre el testamento. Yo tenía que reconocerlo así. Sin embargo, la niña se hallaba en posesión de algunos detalles que afectaban al tema. Había habido aquella extraña conversación con la Hermana Miriam, precisamente el día en que se produjo la desaparición de ésta. Tessa acababa de regresar de la entrada principal, donde se despidiera de sus padres, cuando se vio detenida en su camino por la Hermana Miriam, cuyo rostro ofrecía una expresión, como ella dijo, «terriblemente extraña, incluso para una monja». Observé que Tessa Justin comenzaba a tener prejuicios anti-monjiles, que rivalizaban con los de Tom.

La Hermana Damiana, la portera, no estaba en su sitio de costumbre. Tampoco había otras monjas a la vista. La Hermana Miriam había sorprendido enormemente a Tessa al acercar de pronto su fino rostro al suyo, para decirle en un susurro:

—He redactado un nuevo testamento, ¿sabes?

Estas u otras palabras parecidas le había dicho.

—Desde luego, ella fue siempre una persona algo extravagante —dijo Tessa, en tono confidencial—. ¡Ah, Rosa! Mis compañeras y yo lo sabíamos. Pero era muy cariñosa también. Y a todas nos agradaba. Por eso nunca la hacíamos objeto de bromas pesadas… Y luego dijo algo como que el testamento se encontraba en un lugar seguro y que yo debía recordarlo, sin decir nada a nadie. A continuación, creo que sonó una campanilla… Eran los toques suyos, o de otra religiosa… Apareció una monja. No me acuerdo quién era. Y ella echó a andar, entonces, separándose de mí, corriendo en seguida. No es frecuente que una monja eche a correr, ¿verdad?

En realidad, Tessa no había comprendido el significado de las palabras de la Hermana Miriam. Ni siquiera cuando ésta fue encontrada muerta supo dar un sentido concreto a sus frases. Hasta el día de la escena en el Salón de Estar de San José, donde se ocultara, siendo descubierta. Tras esto, Margaret Plantaganet y Dodo Sheehy habían sospechado algo. Por el hecho de haber alardeado ante Cordelia Smith, la hermana de Imogen, su mejor amiga, de conocer el paradero del desaparecido testamento. Había sido una estupidez. Cordelia, luego, informó a Imogen. Y las jóvenes la habían interrogado. Por supuesto, no les dijo nada. Eran terriblemente impertinentes. Pero a La Monja Negra le había contado cuanto podía contarle, lo mismo que a mí. Bien, ¿la dejarían ahora ya todos en paz?

—No obstante, ¿cuál, cuál podía ser el lugar seguro para el testamento?

Pero, ¡ay!, aquí era exactamente donde la memoria de Tessa fallaba. Lo único que pudo decirme fue lo que tantas veces contara a La Monja Negra, y que no la creyó en absoluto.

—Era algo que tenía que ver con las novias —manifestó—. Novias y monjas… O al revés: monjas y novias.

—Monjas y novias… Las monjas son las novias de Cristo. ¿No se las llama así a veces?

Sí, era esto. Las novias. Las novias de Cristo. Aquello estaba seguro entre las novias de Cristo.

Seguro entre las novias de Cristo, pensé. Una seguridad real, sin duda. Pero así podría designarse cualquier parte del convento… No era de extrañar que La Monja Negra hubiera estado zarandeando a Tessa hasta que sus dientes empezaron a castañetear, no logrando sacarle nada más. Y se había marchado, amenazándola con que volvería. ¿Y cómo iba a ampliar la chica posteriormente su información?… Bueno, había llegado el momento de ponernos en marcha.

No tenía objeto limpiar ahora el polvo que manchaba el vestido de Tessa. En el camino de vuelta nos ensuciaríamos más aún. La apremié para que se hiciera cargo de su linterna…

—Átala con tus trenzas, si es necesario —sonrió débilmente—. Es de la Hermana Bonifacia. Nos está esperando en la capilla.

Esto animó a Tessa. Evidentemente, la Hermana Bonifacia era para ella, como para mí, el símbolo de la seguridad.

Nos deslizamos por la chimenea. No hice el menor intento de ir a cerrar la puerta a mi espalda. Esa tarea quedaba para otros. Bajamos por la escalera de caracol, y tras la piedra el camino de tierra bajo nuestros pies, y a continuación el túnel. Tuve la impresión de que transcurrían los segundos eternamente en la expedición de regreso. No es que Tessa me obligara a caminar despacio. Por el contrario, se mostraba increíblemente animada teniendo en cuenta la prueba sufrida. Los Justin no carecían de energía… Había que reconocerles esto. Quizá fuera verdad que Tessa mereciese el calificativo de exhibicionista, pero también había que atribuirle un gran valor personal.

Durante todos aquellos decisivos instantes me mantuve atenta al frente, por si percibía algún sonido, la señal del regreso de alguien. ¿Había abandonado, acaso, La Monja Negra la busca del testamento por la noche? ¿Volvía, quizá, para someter a otro interrogatorio a su víctima? ¿Quién podía responder a tales preguntas? Tal vez lo hubiera encontrado, pensé, e inició simplemente el regreso…

Muchos y nerviosos pasos tuvimos que dar todavía antes de

localizar delante de nosotras la puerta de la cripta. ¡Santo Dios! Continuaba abierta. Ensalcé a todos los santos por tal hecho, además. Y, asimismo, a Santa Teresa… A las dos Teresas. Mi ánimo era de lo más optimista. No quise reconocer los enormes temores que me habían embargado al pensar que alguien podía habernos cortado la salida.

—¡Adelante, Tessa! Ya falta poco —dije a mi acompañante, en voz baja.

La chica fue la primera en atravesar la entrada con su linterna. Yo la seguí, agachándome. Nos encontrábamos de nuevo junto a los féretros, en el osario, efectivamente. La verja también continuaba abierta, como yo la dejara. La luz, incierta, era la de antes. Pude observar que la puerta que daba a la sacristía tampoco había sido cerrada. Todo seguía igual. Nos hallábamos a salvo. Sin lugar a dudas. Una vez más, bajo el techo de las novias de Cristo.

Fue un agudo grito proferido por Tessa lo que me hizo saber, repentinamente, que me había equivocado. Todo no seguía igual.

Allí, allí, detrás de la imagen en mármol de Santa Leonor, había algo nuevo. Una negra forma, una larga sombra, se destacó desde la parte posterior de la estatua. Los gritos de Tessa resonaron, atormentadores, en mis oídos cuando aquella negra forma, que ahora crecía de tamaño, abandonó la protección del hueco y empezó, lentamente, a desplazarse, con un determinado propósito, en dirección a nosotras.

15 LAS CRIPTAS SON PARA LOS MUERTOS

—¡CORRE, TESSA, CORRE! —chillé—. ¡Vete en busca de la Hermana Bonifacia! La niña, sosteniendo todavía, obediente, la linterna, no vaciló, lanzándose presurosamente hacia la puerta abierta.

La alcanzó. Lo último que vi de Tessa Justin fueron sus finas piernas subiendo los peldaños de la escalera que llevaba a la sacristía. Seguidamente, percibí un fuerte golpe. La puerta acababa de cerrarse violentamente.

Me encontraba a solas con La Monja Negra.

Era negra desde la cabeza hasta los pies, por su hábito y hasta por su rostro. A la luz de la bombilla de la cripta pude ver claramente que el misterioso personaje llevaba una máscara también negra. Este detalle no contribuyó precisamente a que me sintiera mejor. En aquel momento, antes que enfrentarme con la silenciosa figura, cuyas manos estaban plegadas bajo su capa, hubiese preferido ver un fantasma. Me fijé en el gesto característico de las monjas: su forma especial de esconder las manos. Yo lo sabía todo acerca de aquellas particulares manos. Había tenido ocasión de ver ya sus largos y huesudos dedos a la luz de la vela de la torre.

Mis dedos entraron en contacto con el cuchillo que llevaba en su bolsillo.

La Monja Negra estaba ya muy cerca de mí. La puerta quedaba a su espalda. Lo más extraño era que podía percibir su olor: un fuerte olor, el que puede desprenderse de alguien muy excitado… Sentí un estremecimiento especial, que nunca había experimentado. No

recordaba haber percibido nunca el olor que podía despedir una monja. Por muy austera que fuese la clase de materiales que les eran permitidos para su aseo personal, éstos tenían que cumplir su función primordial, y, en efecto, todas las monjas que yo había conocido se mostraban siempre tan inmaculadamente limpias, como si no hubiesen tenido un cuerpo de que cuidar bajo los hábitos. Aquel olor, sí, era distinto de todos los conocidos…

La siguiente acción de La Monja Negra me cogió desprevenida. Había extendido de pronto, sacándolo de debajo de la capa, un largo brazo, valiéndose de sus fuertes dedos para hacer oscilar la verja sobre sus goznes, estampándomela casi en la cara. Unos barrotes de hierro nos separaban ahora. A un lado de ellos estaba La Monja Negra, con las manos una vez más plegadas bajo la capa; al otro lado me encontraba yo. Me había quedado encerrada con los féretros.

La Monja Negra continuó frente a mí. Después, con otro rápido movimiento, sacó una mano, quitándose la máscara.

—Jemima Shore: no es la primera vez que nos vemos —dijo La Monja Negra—. Aquellas poesías… ¿Se acuerda? Resultaron encantadoras.

Fue su manera especial de pronunciar la «s» de «poesías» lo que me hizo recordar que Alexander Skarbek tenía un leve acento extranjero.

Lo había notado al entrevistarlo en mi programa de la televisión. Pensé entonces que formaba parte de su atractivo personal. Ahora, este detalle no hacía más que confirmar mis peores temores, mis más terribles inquietudes.

Sacó su otra mano de debajo de la capa. Vi que estaba fumando. Un «Gauloise». El segundo olor familiar que yo percibiera. En primer lugar, desde luego, había olido al hombre. Al bajar la vista observé que el piso estaba cubierto de colillas de cigarrillos. Debía de haber estado allí algún tiempo, esperándome. Sabiendo a dónde había ido. Teniendo presente que la torre estaba cerrada y que yo debía volver por aquella ruta. Para acabar adentrándome en la cripta.

La cripta, con sus féretros, entre los que, al parecer, tendría que quedarme…

—Un mal hábito —comentó Skarbek.

Tiró lo que quedaba de su cigarrillo al suelo, chafándolo con su zapato al tiempo que hacía un gesto de impaciencia. Observé que calzaba botas negras, unas botas tipo «Kings Road», a mi juicio, de gruesos tacones. Sus pies (para una monja) resultaban enormes. Con todo, el hombre no era mucho más alto que yo. Ello explicaba la falta de calzado y medias cuando la Hermana Liz y yo descubriéramos el hábito sobre el balancín. Durante un momento recordé estúpidamente aquellas historias de la guerra en que se hablaba de paracaidistas alemanes disfrazados de monjas, y que eran descubiertos por las botas que calzaban.

—Rodeada de féretros, tiene usted un aspecto encantador —manifestó Skarbek—. ¿Le gustan los féretros, Jemima?

—No me inspiran ninguna predilección especial, señor Skarbek.

No se me ocurría nada mejor, en aquellas circunstancias, que dar a mis palabras un tono frígidamente formal. De repente, tuve que aferrarme a la verja: estaba temblando.

—Pero es que las criptas son para los muertos, Jemima.

Otra vez aquella pronunciación especial de la «s». Me pregunté cómo esa dicción había podido parecerme anteriormente agradable, y también por qué le había juzgado atractivo.

Sin embargo, en cierto modo venía a ser convincente como mujer, o como monja, al menos, a causa de lo regulares que eran sus facciones. En cambio, sus ojos claros y su afilada nariz, así como su boca, grande, no se me habían antojado particularmente femeninos en el instante de conocemos. Eran unos rasgos más bien lobunos. Físicamente, llamaba la atención el hecho de que un hombre esbelto como aquél pudiera transformarse en una mujer corpulenta… o, como lo había expresado Mandy Justin, «una monja grande y horrible». Una monja que hablaba en susurros, con voz ronca. Esto era una treta, para disimular la voz masculina. La toca había servido no para ocultar los rasgos faciales parcialmente, sino para hurtar a la vista la garganta, la prominente nuez de Adán. La máscara negra había tapado la cara del hombre para evitar que alguien como yo pudiera reconocerlo. Pero no había existido ninguna necesidad de ocultar su rostro ante las niñas. Especialmente ante las más pequeñas, a hora avanzada de la noche.

De este modo, Skarbek, La Monja Negra, había podido vagar a su antojo de un lado para otro, por el convento, en busca del testamento que le interesaba, el testamento que determinaba la cesión de las tierras al Proyecto Powers.

El hombre debía de haber experimentado un gran alivio al enterarse de que, por fin, aquel documento existía. De otro modo, ¿por qué no dejar que Rosabelle misma entregara las tierras y librara las largas batallas con los abogados?

No faltaba más que dar con él. Dar con el testamento perdido. Y luego, la propiedad por la cual una mujer había muerto, pertenecería a los pobres. O más bien al Proyecto Powers.

—¿Cree usted que parezco, en realidad, una buena monja, Jemima?

Skarbek interrumpió así mis reflexiones sobre el asunto. Su voz era todavía suave, casi acariciadora. Llegaba así a mis oídos desde el otro lado de la verja.

—No creo que usted tenga algo de monja, señor Skarbek —repuse, esforzándome por mostrar el máximo coraje—. Las monjas están dedicadas al servicio de Dios. Y yo diría que, por el contrario, usted está dedicado al servicio del diablo, en el caso de que yo creyese en él.

—Duras palabras las suyas, Jemima. Pero a mí me pasa lo que a usted: que no creo en el diablo. Reconozco, no obstante, que es una buena frase aquella de «el diablo y sus pompas». Ciertas pompas son completamente diabólicas, ¿no? Los sitios como éste, donde no se hace otra cosa que gastar dinero, donde viven personas parásitas de nuestra sociedad.

El hombre estaba jugando conmigo. No tenía objeto que le siguiera en su juego.

Así con ambas manos la verja, zarandeándola.

—¿Es que piensa dejarme aquí, señor Skarbek?

—Nada de eso, Jemima. Saldrá de ahí, aunque sólo sea para tenerla más cerca de mí —Skarbek hizo un galante ademán—. Quizá, juntos, le resulte más agradable. Ahora bien, ¿es el hábito lo que la desconcierta? Esto tiene fácil arreglo. Al menos, en parte.

RÁPIDAMENTE, COMO SI AQUELLO fuese la consecuencia de una dilatada práctica (y así era), Skarbek se quitó el negro velo, fijado con diminutos alfileres también negros, y luego la rígida toca y la funda de debajo, ambas blancas. Estas cosas las colocó sobre el *prie-dieu*. Asomaron en su cabeza unos cabellos inesperadamente largos. En vez de una monja, lo que parecía ahora era un joven sacerdote cubierto por una negra sotana. Seguidamente, el hombre hizo oscilar la verja.

Salí de allí. Era un alivio sentirme libre, libre de la proximidad de los féretros, al menos.

—Si no le importa, seré yo quien sostenga su linterna.

Me la quitó. Yo no opuse resistencia. No quería que se diese cuenta de que llevaba encima un cuchillo. Hasta que me encontrara en condiciones de utilizarlo. Luego, Skarbek sacó su paquete de cigarrillos azul, ofreciéndome uno. Yo no había vuelto a fumar desde los quince años, cierto día que quise corresponder a una bravata de Rosa. Pero me decidí a tomar uno de aquéllos, que encendí torpemente, dándole unas chupadas al modo como lo había visto hacer a otros tantas veces, entre ellos a Tom. La cercanía de la faz de Skarbek, desprovisto de su hábito, sosteniendo la cerilla, me produjo una rara sensación. Todo me parecía extraño, e intimidantemente desagradable.

—Señor Skarbek…

—Alex, por favor. A usted no debe importarle que la llame Jemima. En fin de cuentas, estuve en su programa. Somos amigos.

Otra vez su peculiar modo de pronunciar las eses. Me pregunté si lo haría intencionadamente. ¡Cuántos nuevos amigos me iba a deparar la televisión! Pía, que apenas me había tratado en el colegio, me recordaba encantada… Tessa y Mandy Justin me habían catalogado como aliada suya sólo por haberme visto en la pantalla de la televisión… Y ahora surgía ante mí Alexander Skarbek.

—La conozco a usted especialmente bien porque anoche la vi de nuevo en el programa, nuestro programa. Y otra vez, pensé en lo bonita que era.

Sentí cierta repugnancia al pensar que este tipo de cumplido

podía haberle hecho conquistar los corazones de Rosa y Beatrice O'Dowd. A mí, que siempre había vivido en el mundo, se me antojaba escasamente sugerente.

—¿Quiere que le diga una cosa, Jemima? —manifestó Skarbek—. Anoche estuve pensando que usted sería una buena monja. No me refiero a todo eso… —señaló el velo y la toca con el cigarrillo. Ahora se me antojaba su figura tan radicalmente masculina que me extrañó que hubiese podido engañar a las chicas—. Pienso en su espíritu. Hay algo en usted de lo que anima a una monja, algo puro, reservado, que la impulsa a servir.

—Las monjas que usted conoció pudieron haber empezado siendo puras y entregadas a su ministerio —repliqué, dando a mi cigarrillo una enérgica y enfadada chupada—, pero pronto se dedicaron a algo completamente distinto.

—¿Las monjas? ¿Qué monjas? —inquirió él, con viveza—. Tire eso ya. No tiene la menor idea de cómo fumárselo.

Me quitó el cigarrillo de entre los dedos, arrojándolo al suelo, donde se juntó con las otras colillas, y aplastándolo con la bota.

—Rosabelle Powerstock, la Hermana Miriam, y Beatrice O'Dowd, la Hermana Juana, cuando la conoció por vez primera.

—¡Ah, sí! Unas damas muy sinceras. Es verdad que cambié el sentido de su dedicación. No tengo más remedio que reconocerlo. Cabría decir más bien que el cambio fue obra de todos, ¿no? Se trataba de nuestro programa, como yo digo. Del servicio de Dios, en los cielos, pasamos al servicio de los pobres, en la tierra. Yo afirmaría que no está nada mal el trueque.

Guardé silencio. Estaba preguntándome en aquellos momentos, al observarlo más relajado, si me sería posible lanzarme rápidamente hacia la puerta. Introduje mi mano con naturalidad en el bolsillo en que llevaba el cuchillo, cerrándose mis dedos sobre su mango.

Inmediatamente, Skarbek lanzó al suelo su cigarrillo, asiéndome por la muñeca y obligándome a sacar la mano del bolsillo. La mano salió de él con el cuchillo. Skarbek me hizo levantar el brazo, examinando la hoja de acero. Luego, se echó a reír, y torciéndome el brazo hizo que la punta de la improvisada arma apuntara hacia mí.

—No se asuste, Jemima. ¿Una daga atravesándole el corazón? No. Esto es demasiado dramático. Yo no trabajo así. Todo lo que sucede aquí dentro es natural y… desgraciado. Una llave se quiebra al ser alojada en la cerradura. A consecuencia de ello, una monja se muere de hambre. Todo es un error. ¿Quién va a ponerlo en duda?

—Así que… ¿la Hermana Edward también…? —pregunté, con amargura—. Sus medicamentos quedaban fuera de su alcance. Forcejeó desesperadamente, tratando de respirar. Todo natural, como una desgracia.

—Yo no maté a Verónica O'Dowd —replicó Skarbek—. Puedo asegurárselo. Lo suyo fue… ¿cómo lo diría?… una desgracia. En cualquier caso, no habría vivido mucho tiempo. El asma había debilitado su corazón. Su familia lo sabía. En lo referente a usted, quizá, otro desgraciado accidente en la torre. Jemima Shore, Investigadora, es víctima de su espíritu aventurero. La joven investiga el pasaje, una puerta se cierra… Demasiado tarde. No puede salir. Al igual que su amiga, la Hermana Miriam, encuentra la muerte en la Torre de Santa Leonor.

—¿Quién le habló a usted del pasaje? ¿Podría satisfacer mi curiosidad?

—¡Ah! El pasaje. Eso fue un poco de suerte, ¿eh? Con este asunto tuvieron mucho que ver los recuerdos de una vieja monja dotada de mente de historiador… y mal genio, unos recuerdos que de otro modo habrían sido intolerablemente aburridos.

No tuve ninguna dificultad en reconocer la descripción: la Hermana Hipólita. Me pregunté cuándo la habría conocido y cómo la había engañado. No debió de resultarle fácil a Skarbek ponerle a la monja una venda sobre los ojos.

Me obligó a extender los dedos, y el cuchillo cayó al suelo, produciendo un sonido metálico. Después, Skarbek me registró todos los bolsillos, sacando de ellos la cuerda, las velas y las cerillas.

—Está usted en todo, Jemima: se ha traído consigo hasta su soga. Me preguntaba qué utilizaría para atarla. Es posible que debajo de su grueso y nada favorecedor abrigo lleve algún sugestivo cinturón… O tal vez me haga un buen papel mi rosario. Muy emocionante, ¿eh?

—¿Qué va usted a hacer?

Me fue imposible evitar que el tono con que pronuncié esta pregunta no delatara el pánico que me poseía.

—La voy a atar. Creo que a esta verja, que viene muy bien. ¿Por dentro o por fuera? ¿Por dentro con los féretros? ¿O por fuera, con la imagen de Santa Leonor? ¡Qué mujer más fastidiosa! He estudiado en dos o tres ocasiones su «Tesoro», siempre en busca del testamento. Increíblemente tedioso, ¿no cree? Espero que el fantasma de Leonor no la visite, por su bien, Jemima. La mataría otra vez de aburrimiento. Perdone, no quise hacer ningún chiste fácil… y de mal gusto.

—Por la parte de dentro, no. Junto a los féretros, no, por favor.

—Pero bueno, usted no creerá seriamente en fantasmas, ¿eh? Aquí no hay más que muertos, ¿sabe? En los féretros hay huesos y nada más.

—¿Qué piensa hacer? —insistí.

—Dejarla atada, para un rato. Eso es todo. No para siempre. Hay alguien a quien tengo que ir a ver. Y pretendo impedir que se escape usted, Jemima.



Y torciéndome el brazo hizo que la punta de la improvisada arma apuntara hacia mí.

Skarbek procedió a atarme a la parte exterior de la verja, cosa que hizo manejando mi cuerda con destreza y rapidez. Íntimamente, le agradecí tal proceder. Tal vez aquel detalle fuese un buen presagio; quizá no se propusiese comportarse conmigo con extremada dureza. Era mejor abrigar esperanzas todavía.

—Si se siente sola, ¿por qué no intenta recitar algunas oraciones? —me dijo—. Ya sé que usted no es católica. En tal caso, yo puedo enseñarle unas cuantas plegarias. Un Ave María o dos obra maravillas si se trata de calmar los nervios.

—¿Usted es católico? —inquirí, incrédula.

—Soy hijo de padres católicos. Fui educado como tal. Hasta que descubrí ciertos errores en la doctrina… Verdaderamente, a muy temprana edad, puedo asegurárselo. Yo nací en un país dentro del cual la ignorancia y la superstición se hallan tan arraigadas en los corazones de los estúpidos aldeanos que nada, ni siquiera el comunismo, ha sido capaz de acabar con la religión. Polonia es y será siempre, sin duda, una nación eminentemente católica.

—Polonia… Nunca pensé que pudiera ser polaco.

—Vine aquí como refugiado siendo muy joven, a consecuencia de la nueva situación creada tras la guerra. Por el hecho de ser yo, oficialmente, católico, mis protectores me enviaron a un colegio dependiente de un convento…, del cual me escapé más tarde.

Esto explicaba ya muchas cosas.

—Por tanto —continuó diciendo Skarbek—, sé muy bien de qué le estoy hablando al apuntar que usted habría sido una encantadora monja. A propósito, sus cabellos tienen un color precioso —extendió una mano, tocándomelos. Yo me eché atrás—. En cuanto a su rostro… Hay en sus rasgos algo infantil, una nota de inocencia. Sí, pese a la increíblemente severa expresión que trata de mostrar.

Me cogió de la barbilla, fijando una penetrante mirada en mí. Volví la cabeza a un lado. Sus ojos, claros, casi amarillentos, eran como los de una bestia, los de una fiera depredadora en la selva. Entre los animales de un parque zoológico no podían localizarse unos ojos como los suyos. De los dos, yo era la bestia cautiva. Observé que su mirada acababa de concentrarse en el velo.

—Me estoy preguntando cómo le sentaría… —dijo, de repente —. ¿Qué le parece, si se disfrazara de monja?

Inclinó la cabeza y oprimió mis labios con los suyos. Me debatí, esforzándome en vano, forcejeando contra la verja. Yo estaba horrorizada.

—¡No, no! —exclamé, cuando por fin me soltó.

—¿Qué se figura? ¿Una blasfemia? ¿Un sacrilegio? Vamos, vamos, usted no puede creer en tales cosas —contestó él, sonriente.

—Usted, en cambio, sí.

—Debo recordarle que Dios no existe. En consecuencia, no puede haber blasfemia. Sin embargo, puede darse una interesante experiencia. Interesante para ambos. Le aseguro, Jemima, que no me interesan las víctimas reacias, maldispuestas. Ni una sola de ellas podría ser calificada así.

—Unas mujeres patéticamente hambrientas de sexo —comenté—. ¡Qué conquistas tan espléndidas!

—¡Oh! Cierto. Pero no era ésa la cuestión. Seguramente, usted se hará cargo —Skarbek encendió otro cigarrillo—. Eso fue todo por el bien de la causa. Tampoco representaba nada para mí. Beatrice O'Dowd era una mujer agraciada, pero también un ser estúpido. No era, desde luego, mi ideal, mi tipo. En todo caso, no fue necesario seducirla: simplemente, cambió un amor o pasión por otra cosa, en ambas situaciones platónica, estrictamente platónica. En cuanto a esas chicas, a la rechonchita rubia del nombre absurdo, Dodo, y Blanca e Imogen —Skarbek imitó sus voces de señoritas educadas, albergadoras de grandes entusiasmos—, que trabajan para los pobres en las festividades, desde su elegante colegio de pago, dirigiéndonos cartas cargadas de ansiedades, imaginándose siempre que se han unido a nosotros en el otro lado de la barrera, no era sexo lo que necesitaban sino disfrutar del culto que se les rinde a los héroes…

—¿Y qué opina de quien las capitaneaba: Margaret?

—Ella es diferente. Al menos, sabe cerrar la boca. Una joven interesante. Es la que más se parece a usted.

—¿Y Rosabelle? —tuve que preguntar.

—¡Ah! Su amiga… La heredera. Una extraña mujer. Incluso siendo monja. Eran muchos y diferentes sus impulsos. No es nada raro que fuese víctima de una depresión nerviosa.

—Beatrice O'Dowd pensó que todo había pasado porque la

Madre Ancilla las separó. Las dos eran, desde luego, grandes amigas.

Incluso ahora me negué a emplear la expresión «particulares amigas» u otra similar.

—Tonterías. Rosabelle ocultaba muchas cosas a Beatrice, puedo asegurárselo. Una de ellas el sitio en que escondió su testamento. Beatrice tiene la costumbre de exagerar su importancia personal en cada situación. Esto hace que resulte terriblemente difícil a veces la colaboración en el Proyecto. Las demás se quejan. La primera en establecer contacto con nosotros fue Rosabelle Powerstock, puedo asegurárselo. Después…

Al parecer, Skarbek no tenía ya nada más que decir sobre el asunto. Yo no sabía si alegrarme de ello o lamentarlo. Exactamente igual que tampoco sabía ahora si estar contenta o disgustada ante la verdad nada excitante de la relación entre Rosa y Beatrice. Me alegraba de que se hubiera dado allí una amistad inocente. Sentía, en cambio, que Rosa no hubiese disfrutado del consuelo que habría podido depararle una confidente en los últimos meses de su vida.

—¡Vaya con las desposadas del Señor! —continuó diciendo él, irritado—. La mayor parte de ellas hubieran procedido mejor transformándose en novias mundanas, en burguesas ataviadas con blancas galas, con velos, flores de azahar y todo lo demás. Al menos, éstas cumplen una función útil en la sociedad, y a la esposa, en ellas, sigue rápidamente la madre. Yo prefiero las mujeres inteligentes —insistió—. He ahí por qué es una lástima que usted no sea una persona más complaciente. Su amigo es Tom Amyas, ¿verdad? ¡Oh, no se preocupe! Ponemos mucho interés en conocer esta clase de detalles cuando corresponden a miembros del Parlamento que se distinguen por su falta de amor hacia nosotros. Lo hacemos por si algún día la información nos puede ser de utilidad. Es terco como una mula, ¿no?, al insistir en obrar siempre de acuerdo con su conciencia. ¿Se muestra en la cama igual de prudente?

No me digné contestar. Skarbek sacó algo de un bolsillo.

—Esto ha hecho que me acuerde de una cosa. No podemos dejar esto en cualquier parte…

Era la nota que yo dirigí a Tom. Skarbek encendió una cerilla,

arrimando una de las esquinas del papel a la llama. Los negros fragmentos del mismo fueron cayendo en un corto vuelo sobre el piso, uniéndose a las colillas.

Ya no abrigaba ninguna esperanza sobre mi suerte. Algo terrible estaba a punto de sucederme. Skarbek se estaba poniendo de nuevo el velo y la toca. Luego, cogió mis dos velas.

—Le voy a dejar sus velas —anunció—. Fuera de su alcance, claro. Pero encendidas. Para que no pueda hacer ninguna travesura quemando sus ataduras. Con las dos velas ardiendo en su honor, va usted a verse, Jemima, como una santa. Tendrá su propio altar.

Al tiempo que decía esto, Skarbek desplazó el *prie-dieu* por la cripta, hasta situarlo frente a mí. Luego, situó una vela en cada extremo. A continuación, apagó la luz de la cripta.

—Un sitio encantador —nuevamente, la pronunciación especial de la «s». Estaba convencida ya de que era deliberada—. Santa Jemima de los Féretros.

Para mí, la cripta, iluminada solamente por las temblorosas llamitas de dos velas, no podía ser un lugar encantador precisamente, sino el más horroroso de los antros.

Atada a la verja, en mi personal altar, como él decía, ya no daba crédito a las manifestaciones de Skarbek relativas a la blasfemia. En algún punto recóndito de su mente debía de albergar ideas que revelaban los rescoldos de su antigua fe.

—Le prometo que no tardaré en volver —dijo—. Hemos de hablar de algunas cosas interesantes. Dejo esto para más adelante. Es que ahora he de ver a alguien. Otra mujer inteligente, en realidad. De veras: es que las mujeres me gustan así. ¡Ah! Y tengo que ocuparme una vez más de esa condenada niña. Algo natural… Como siempre, ya lo he dicho antes. Algo natural y desgraciado.

¡Tessa! Atormentada por mis temores, confusa, me había olvidado por completo de Tessa Justin. ¿Y qué demonios le había ocurrido a mi anciana pero animosa vigilanta, la Hermana Bonifacia, a la que la última vez viera encaminándose hacia la capilla para rezar sus oraciones? ¿Por qué no había dado la Hermana Bonnie la voz de alarma? Tessa Justin, dado su aspecto, dado su histérico comportamiento, era una visión suficiente para dar lugar a la organización de una docena de grupos exploradores

dentro del convento.

—A esta hora, Tessa debe de haber despertado a toda la comunidad —respondí—. A mí me parece que no le será fácil entendérselas con ella sola —mis palabras eran atrevidas. Pero a mí me preocupaba la falta de ruidos anormales en lo alto. En efecto, el silencio era absoluto—. La Hermana Bonifacia estaba allí y…

—¡Oh! Ese problema quedó resuelto ya.

No quería pensar que la Hermana Bonnie…

—Nada siniestro en el presente caso. Puramente natural, querida Jemima. Ni siquiera ha ocurrido una desgracia. Fue alejada mediante un señuelo de la capilla. Una historia muy simple: la Madre Ancilla, que la necesitaba. Después, se le asegurará que usted se halla a salvo, y también Tessa. Se enterará de que las dos regresaron a través de la capilla, durante su ausencia. La monja no interferirá nuestros planes.

«Nuestros planes». Tenía que enfrentarme con el hecho: Skarbek tenía un cómplice dentro del convento. Un cómplice altamente eficiente, o como él mismo señalara: una inteligente mujer. Alguien que de noche había llegado a abrir la puerta de la cripta para que pasara La Monja Negra. No era Beatrice O'Dowd, quien había dejado de alojarse en el convento, pudiendo ir de acá para allá libremente, a su antojo. Además, yo había dado crédito a Skarbek al indicar éste que Beatrice, estúpida o no, continuaba avanzando por su camino, animada por el amor, o por el idealismo, cuando menos. «Es muy fácil de llevar», había dicho la Madre Ancilla al referirse a su carácter. En más de un aspecto, estaba comenzando a pensar que las opiniones de la Reverenda Madre representaban el más sólido canon del sentido común en aquel inquieto convento.

—Así pues, Jemima, debo separarme de usted. Tengo que ir de nuevo en busca de las esposas de Cristo.

Vi cómo se alejaba de allí La Monja Negra. La figura del hábito se fundió pronto con la oscuridad de la escalera de la cripta. Por lo menos, había dejado abierta la puerta inferior. Temblaban las luces de las velas. Recé… Sí, recé, dirigiéndome a alguien o a algo… Recé porque no se apagaran, ya que entonces quedaría inmersa en la oscuridad, más sola y desvalida que nunca. Sin fumar, ni rezar ya, ¿dónde radicaba el principio de la eternidad?, me pregunté. Vamos,

vamos, Jemima. Aquél fue un sombrío intento de tipo humorístico. Bueno, al menos podía ayudarme a sobrevivir.

Tenía muchas razones para desear sobrevivir. Sólo por decir una cosa, señalaré que ya sabía dónde había sido escondido en su día el testamento de Rosabelle Powerstock.

16 MANOS SANADORAS

SE HABÍA IDO. ME ENCONTRABA sola en la cripta, con los féretros y la imagen de Santa Leonor por toda compañía. Oí el golpe producido por la puerta de la parte superior de la sacristía al cerrarse. Había quedado sepultada allí.

Reinaba el silencio.

Unos minutos después (no pudo haber transcurrido más tiempo), percibí un ruido. Me pareció proveniente de la misma puerta de la sacristía, al abrirse. ¿A qué era debido aquello? ¿Se le había olvidado algo a Skarbek? ¿Había renunciado, pensándoselo mejor, a dejarme en la cripta? ¿Iba a ser trasladada a la torre inmediatamente? Todas estas preguntas forjó mi mente, y ninguna de ellas suscitó gratas imágenes. El ligero rumor de pasos en la escalera se aceleró.

En la entrada quedó enmarcada una figura monjil. No era Skarbek, pensé en seguida. Al menos por lo que pude apreciar a la débil luz de las velas. La bombilla de la cripta se encendió.

—¡Cómo! ¡Señorita Shore! —exclamó una voz familiar—. ¿Qué está haciendo aquí?

Era la Hermana Agnes.

Una mujer de menos arrestos que ella habría proferido un grito. O habría formulado una pregunta más amplia. Podía haberme preguntado, lógicamente, qué hacía allí atada con unas cuerdas, teniendo cerca dos velas encendidas, por qué había sido sujetada a una verja y confinada en la cripta, dando la espalda a un puñado de antiguos féretros… Pero la Hermana Agnes no era de esas personas.

—¡Válgame Dios! —fue todo lo que dijo, cruzando rápidamente

el recinto para acercarse a mí—. ¡Pobre señorita Shore! ¡Mi pobre y querida señorita Shore!

A juzgar por el tono de sus palabras cualquiera ajeno a la escena hubiera podido creer que la monja estaba consolando a una criatura que acababa de caerse, produciéndose unas heridas en las rodillas.

—Suélteme, Hermana Agnes, suélteme, por favor.

—Desde luego, señorita Shore. Por supuesto que voy a librarla de estas ataduras.

Sus delicados y a la vez fuertes dedos se movían ya, presurosos, sobre la cuerda y sus nudos, tirando de aquí y de allí.

—Aquí dentro hay un cuchillo, no sé dónde… En el suelo, por ahí…

La Hermana Agnes se inclinó y al erguirse tenía entre los dedos una colilla de cigarrillo. Arrugó la nariz. Luego, dio con el cuchillo. Se levantó, empuñándolo, dirigiéndolo hacia mí… Llegué a pensar, incluso, por un momento, que…

Pero la Hermana Agnes, rápidamente, procedió a cortar la cuerda. Yo era libre de nuevo. Estaba cubierta de polvo, rígida y aterrorizada, pero me creía libre. La monja colocó el cuchillo sobre el *prie-dieu*.

—Andaba necesitada de ayuda, ¿eh, señorita Shore?

—Ahora es posible que la necesitemos las dos —repliqué muy seria—. Dígame, antes de nada: ¿se encuentra bien Tessa?

—¿Tessa? La chica huyó… ¿Es que no se acuerda?

—No, no huyó. Está ahí detrás, no sé dónde. ¡Oh, Dios mío! No me diga que él se ha llevado a Tessa…

—No hay el menor rastro de Tessa en el dormitorio, se lo aseguro. Pero, bueno, ya nos ocuparemos de eso más adelante. Primeramente, la ayudaré a subir las escaleras. La verdad es que se encuentra muy decaída.

Una vez más, la Hermana Agnes comenzó a hablar en voz baja interminablemente, mientras sacudía el polvo de mis ropas. Sentí que sus manos sanadoras cruzaban mi frente por segunda vez. Ya me había salvado en una ocasión y poseía experiencia en cuanto a la forma de consolarme. Después, lentamente (y esto lo desaprobé, sin decir nada), la Hermana Agnes sopló sobre las velas que habían constituido la iluminación de mi altar.

—Esto es aterrador —manifestó la monja.

Ignoraba si se refería a aquella historia en su totalidad o al escenario en que nos encontrábamos.

—Ahora la ayudaré a subir estos peldaños.

Pensé que aquello lo habíamos hecho antes mientras la joven monja me pasaba un brazo por los hombros, permitiéndome así subir poco a poco por la escalera de caracol que conducía a la sacristía. Una vez dentro de ella, vi que no había ninguna luz encendida. ¡Qué raro! Me imaginé que la Hermana Agnes, como la Hermana Bonifacia, no había querido alarmar a todo el convento. Pero yo pensaba, cada vez con más intensidad, que cuanto antes sucediera tal cosa todo iría mejor.

¿Dónde quedaba el interruptor? Lo busqué a tientas en torno a la puerta, dando finalmente con él. La sacristía se inundó inmediatamente de luz. La Hermana Agnes reaccionó rápidamente a continuación, tocando el interruptor para dejar a oscuras de nuevo el recinto.

—Por favor, señorita Shore —dijo—. Todavía no. Aquí tiene su linterna. La encontré tirada en el suelo. Úsela, si lo desea. Nosotras, las monjas, somos capaces de ver en la oscuridad, ¿sabe?

Esto era algo que ya la Hermana Bonifacia me dijera anteriormente. La Hermana Bonifacia… La vieja monja debía de haber enviado a alguien en mi ayuda.

—Me separé de la Hermana Bonifacia aquí, en la capilla… —comencé a decir.

—Ssss… Guarde silencio, señorita Shore. No se preocupe por la Hermana Bonifacia. Si estaba rezando aquí y se marchó es, seguramente, porque la necesitaría la Madre Ancilla. Nuestra Reverenda Madre está gravemente enferma y la Hermana Bonifacia, de acuerdo con la tradición del convento, es quien la sustituye en determinados menesteres. Hasta que se proceda a la elección de la nueva Reverenda Madre.

Sorprendentemente, la religiosa hablaba con extremada naturalidad de la inminente muerte de la superiora. Pero es lógico que sobre el tema de la muerte una monja se exprese con la normalidad con que podría abordar otro. Lo que a mí me mantenía muy confusa era la calmosa aproximación de la Hermana Agnes a

mi propio predicamento. Para no mencionar lo relativo a la desaparición de la chica.

—Es que… Yo logré encontrar a Tessa Justin. ¿Y qué ha sido ahora de ella? Usted no está al corriente de lo que sucede aquí, Hermana Agnes.

Por toda respuesta, la Hermana Agnes abrió la puerta de la sacristía, que daba a la capilla. Estábamos una vez más bañadas en la tenue luz de las velas y de la llama temblorosa del sagrario. Aquellas velas estaban donde debían estar, frente a un auténtico altar. Experimenté un gran consuelo al verme de regreso a la ornamentada capilla victoriana, lejos de aquella pesadilla medieval a base de criptas, pasajes secretos y torres.

La capilla, por lo que pude apreciar, estaba vacía. Esperaba fervorosamente (y esta expresión tenía en mí más significado que la que usualmente se utilizaba como un cliché) que no hubiera nadie escondido tras las columnas del fondo de la capilla, que no hubiera ninguna Monja Negra deambulando por las distantes sombras.

La Hermana Agnes se detuvo junto al primer banco.

—No, señorita Shore —manifestó—. Creo que es usted quien no comprende lo que ocurre aquí —seguidamente, me sacó de la capilla por la puerta de las visitas—. Adelante. Hemos de trasladarnos a su habitación.

Hablaba en voz baja, pero con una inflexión de firme autoridad. Me sentía como hipnotizada por ella. La sensación era mucho más fuerte que la que experimentara frente a Alexander Skarbek. Tenía aquella mujer una personalidad hipnótica. En su peculiar mezcla de tranquilidad y energía, combinada con su parecido físico con mi querida amiga, hallaba todas las cualidades que en otro tiempo buscara, y buscara en vano, en Rosabelle.

Intenté una vez más formular una débil protesta.

—¿No cree usted que en la enfermería, quizá…? Tessa…

—No.

Subimos en silencio las escaleras. La Hermana Agnes abrió la puerta de mi habitación. Me sentó en una silla, quitándome el abrigo, sacudiendo el polvo de la parte inferior del mismo, colocando finalmente la prenda sobre el lecho. Ésta, olvidada, restregada y sucia, a causa de las experiencias vividas en el pasaje,

venía a ser un trasunto de mí misma.

—Escúcheme, señorita Shore. Tengo que dejarla aquí por un rato. He de hacer una cosa. He de ver a una persona. Por favor, no se mueva de esta habitación.

Guardó silencio. Su mano buscó una de las mías. Y su apretón, cálido y firme, me recordó más el de la Madre Ancilla que el de Rosabelle.

—Prométame que pase lo que pase no abandonará esta habitación hasta mi regreso. ¿Tiene una llave? Bien. Cierre con ella la puerta. Y no deje entrar a nadie.

Me sentí verdaderamente encantada ante la idea de cerrar mi puerta con llave. No tenía el menor deseo de permitir la entrada allí de ninguno de los siniestros merodeadores nocturnos del convento de Santa Leonor. Pensaba en La Monja Negra, sobre todo. La cual continuaría deslizándose por corredores, cuartos y pasajes. Tal vez estuviera en la habitación contigua a la mía, no ocupada por aquellos días. Me estremecí. Desde luego, echaría la llave a mi cerradura…

—Confíe en mí, señorita Shore —concluyó la Hermana Agnes, adoptando un aire solemne—. No estaré mucho tiempo ausente. Volveré. Más tarde. Tenemos muchas cosas de que hablar.

Era la segunda persona aquella noche que se dirigía a mí en estos términos.

Debía ponerla en guardia…

—La Monja Negra… —empecé a decir, desesperadamente.

—Más tarde. Ahora cierre con llave su puerta.

LA HERMANA AGNES SE FUE. ME quedé sola, entre los tres cuadros de temas religiosos que pendían de aquellos muros: la Virgen de Botticelli continuaba mirándome con su gesto de despegada piedad; la Madonna del Tiziano seguía ofreciendo cerezas a su pequeño, y el Ángel estaba, como siempre, inmovilizado en su gesto de anunciador de la maternidad inminente de la Virgen María. Tenía allí el *Tesoro de*

Santa Leonor, descrito por Alexander Skarbek como intolerablemente aburrido. Podría soportar un poco de fastidio, decidí. Lo cogí. Pasé unas cuantas páginas, sintiéndome culpablemente inclinada a dar la razón a Skarbek. Después, leí algunos de los párrafos del final del libro, que contenía un resumen biográfico.

«De todas las santas mujeres puestas bajo sus cuidados, aquella que supo inspirar a nuestra fundadora el más tierno de los amores fue la señora Ghislaine le Tourel», se decía allí. «Santa Leonor amó en Ghislaine le Tourel el bendito reflejo de Nuestro Salvador Jesucristo, amado por ella dondequiera que se encontrara. Y fue en Ghislaine le Tourel en quien lo vio más.»

El reflejo de Cristo… ¿Quién era yo para decir que ésa no fue la causa determinante y verdadera de su relación? Esta historia se remontaba a mucho tiempo atrás. Todos estábamos de acuerdo en tal aspecto. El anónimo autor de esta vida del siglo diecinueve podría estar en lo cierto tanto, probablemente, como un historiador de cualquier época posterior. Un no creyente. Y un hombre. Sus atisbos acerca de la mentalidad de las monjas medievales serían, quizá, tan limitados como los míos. La relación existente entre Rosabelle y Beatrice O'Dowd había resultado ser inocente. Entonces, ¿por qué no conceder el beneficio de la duda a Santa Leonor y Ghislaine le Tourel?

Continué leyendo.

Luego, vi que el pomo de la cerradura de mi puerta giraba. Ésta no se abrió, naturalmente. Hubo como un breve forcejeo. Mi visitante parecía sentirse desconcertado al descubrir que había sido echada la llave.

Oí una voz, muy baja, pero no susurrante, al otro lado de la puerta:

—Señorita Shore, señorita Shore… ¿Está usted ahí?

—Sí, estoy aquí. ¿Quién es?

—¡Oh! Gracias a Dios, está usted bien. ¡Alabado sea Dios! He estado muy preocupada. Ignoraba su paradero. No sabía qué hacer. Tessa Justin entró corriendo en la enfermería, presentando un aspecto lamentable…

Era la Hermana Lucy.

Con un suspiro de alivio, salté hacia la puerta, haciendo girar la llave. La Hermana Lucy estaba fuera, jadeando. Entró en mi habitación, serenándose un poco.

—Veo que está usted a salvo, a Dios gracias. No sabía qué pensar ya. He de decirle que Tessa Justin reapareció hace un rato, contándome una extraordinaria historia sobre Monjas Negras y pasajes secretos y la torre, diciéndome a cada paso: «Sálvela, sálvela…» Se refería a usted…

La pequeña Tessa Justin se había portado admirablemente.

—Todas nos hallábamos trastornadas al ver el estado en que se encontraba la Madre Ancilla. Más adelante, la Hermana Bonifacia, que acababa de regresar de su celda, nos dijo que en realidad era demasiado aquello de que Tessa Justin se empeñara en atraer la atención de todo el mundo sobre su persona valiéndose de un puñado de mentiras cuando la Reverenda Madre podía estar en las puertas de la muerte…

—¿Eso dijo la Hermana Bonifacia…?

Me sentí perpleja.

—Sí. Y, por supuesto, yo sabía que lo que Tessa decía era una sarta de insensateces. Tessa es realmente una criatura emocionalmente inestable —la Hermana Lucy se recobraba, asumiendo su aire de persona normalmente competente—. Justamente el tipo de historia susceptible de ser contada por ella… Lo de la torre y el pasaje, por ejemplo, son datos llenos de psicológico significado. Me mostré de acuerdo con la Hermana Bonifacia en ese punto, en lo tocante a que todo había sido una invención suya. Al menos, estábamos de acuerdo en eso. Luego, la Hermana Bonifacia sugirió la conveniencia de un castigo corporal, «una buena zurra» fueron sus palabras. Como ya puede imaginarse, no me mostré conforme. Tessa, simplemente, estaba ofuscada, confusa. En consecuencia, la administré un buen sedante, un medicamento fuerte, pero apropiado para su edad. Y se quedó dormida como un bebé. En el mejor de los sueños se encuentra ahora.

—Pero la Hermana Bonifacia estaba enterada de…

Me interrumpí.

—Siga, siga. Por favor, explíquese —dijo la Hermana Lucy—.

¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Dónde demonios ha estado usted, señorita Shore? Estuve aquí hace un rato y la habitación se encontraba vacía. La Hermana Agnes ha sido echada de menos también. Su cuartito está vacío.

No sabía por dónde empezar. Ahora bien, la Hermana Lucy había sido en el mundo enfermera profesional y debía de haber oído referir extrañas historias a lo largo de su carrera, relatos de gentes que vivían debatiéndose entre el bien y el mal. Las enfermeras, incluso aquellas que después se han transformado en monjas, sabían todo lo que se puede saber acerca de la faceta oscura de la naturaleza humana.

—¡Oh, Hermana Lucy! Acabo de pasar los momentos más horribles de mi vida.

Comenzaba a acusar la dureza de mis recientes y penosas experiencias.

—Siéntese de nuevo, señorita Shore. Sí, da la impresión de hallarse… extenuada, aunque tal palabra no refleja con exactitud su estado. Le daré algo. Un buen sedante es lo que necesita. Mire: creo llevar algo así en mi bolsillo. Iba a preguntarle al doctor si un medicamento como éste podría serle de utilidad a la Madre Ancilla.

Sus manos, manos acostumbradas a curar, buscaron por entre las negras y amplias faldas del hábito, extrayendo de ellas una cajita de color rosado.

La Hermana Lucy me la tendió, dilatándose sus labios en una sonrisa de felicidad al haber podido solucionar mi problema.

—Le traeré un vaso de agua.

Pero yo no cogí la cajita rosada.

Mis ojos habían seguido los movimientos de los brazos de la Hermana Lucy, mecánicamente, cuando buscaba el bolsillo entre los pliegues del hábito.

Y mi mirada se detuvo allí.

Las faldas de la Hermana Lucy, por todo su contorno inferior, y en una altura de varios centímetros, se hallaban cubiertas de un blanco polvo.

Las desmigajadas partículas de tierra del secreto pasaje se destacaban con particular fuerza contra el negro intenso del hábito. Con mucha mayor fuerza, por ejemplo, que sobre mi abrigo, de

color marrón, ahora tirado encima de mi cama, o sobre el uniforme, de tono castaño, de Tessa Justin.

Al cabo de un momento, la Hermana Lucy siguió la dirección de mi mirada. Era demasiado tarde ya para apartar la vista de allí.

La Hermana Lucy continuaba sonriendo. Y no retiró de mi alcance la cajita rosada.

—Con todo, ¿por qué no se toma una de estas píldoras, señorita Shore? —inquirió en tono complaciente—. Así nos evitaremos problemas al final.

17 EXPLICACIONES

—USTED…
—DIJE,
SIN HACER
EL menor movimiento.

—Sí. Yo —replicó la Hermana Lucy, lacónicamente.

Sus modales continuaban siendo los de antes. El único instante en que se había mostrado un tanto inquieta durante nuestra charla fue al principio, en unos momentos en que no se hallaba, supongo, totalmente segura de la situación. ¿Dónde encontrarme?, se preguntaría primero. ¿Qué era lo que yo sabía?, se diría después.

Con un movimiento lleno de naturalidad, introdujo la mano en su bolsillo, sacando de él un cuchillo…, el mismo cuchillo de la cafetería, que la Hermana Agnes utilizara para librarme de mis ataduras. La monja podía haber pasado en aquel momento por un cirujano que contemplara un cuerpo poco antes de llevar a cabo una intervención quirúrgica.

La religiosa hacía gala ahora de una absoluta confianza en sí misma. Puesto que Tessa Justin se hallaba bajo los efectos de un sedante enérgico (¿le había sido administrada una dosis pensada para que sobreviviera?), y yo estaba a punto de hacer uso de lo que era, indudablemente, una píldora de efectos mortales, la Hermana Lucy tenía ya pocas cosas de que preocuparse.

Su cómplice. La mujer inteligente tan ensalzada por Alexander Skarbek. La Hermana Lucy: la nueva enfermera, la experimentada profesional. La Hermana Lucy: la cómplice de La Monja Negra. Una persona que creía en los medicamentos, en las píldoras, en ciertas pócimas. Ella era quien con frecuencia había discutido con la

Hermana Bonifacia, calificando sus métodos de anticuados. ¡Oh, la Hermana Bonnie, la de los rosarios y penitencias, qué injusta había sido con ella! La Hermana Lucy creía en la ciencia y en la psiquiatría, lo que se le acomodaba mejor en cada momento. ¿Y si en realidad no creía en semejantes cosas? Lo más probable era que, en fin de cuentas, sólo creyera, sencillamente, en el poder susceptible de ser ejercido sobre otros, y éste era lo que aquellos remedios la habían proporcionado. Y yo que había considerado a la Madre Ancilla, entre las personas de la comunidad, la enloquecida por el poder…

—Dígame una cosa, Hermana…

El tratamiento sonaba ahora como una ironía. Pero no se me ocurrió ningún término sustitutivo para dirigirme a ella. Ni siquiera conocía su nombre civil. Verdaderamente, no sabía nada acerca de aquella mujer. Solamente que además de monja era enfermera. Una profesión y un estado que, unidos, me habían hecho confiar plenamente en ella. Separadamente, en el pasado había sido demasiado prudente para confiar sin reservas en una enfermera, de un lado (son seres humanos, propensos a los mismos errores que nosotros), y, por otro, no había depositado nunca mi confianza en cualquier monja, por sistema.

—¿Puede usted decirme qué será de Tessa? —le pregunté.

—No va a pasarle nada. Nada en absoluto. Se dormirá, como ya le he dicho. Habrá sufrido unas pesadillas. Cuentos referentes a Monjas Negras y torres. ¿Quién va a creerla? ¿Quién va a dar crédito a lo que diga una chica tan nerviosa como Tessa? Sus padres están ya suficientemente enfadados con ella, por no ocasionar más que problemas. Es poco probable que la escuchen. Nada va a pasarle. Y, gradualmente, irá olvidándolo todo. Especialmente cuando usted no esté ya aquí para apoyarla y alimentar su cerebro con… mentiras.

—¿Y a mí? ¿Qué me va a pasar a mí?

—Nada. O más bien debiera decir: nada más. Una sobredosis… ¡Qué tragedia! ¡Llevando como llevaba una carrera tan prometedora! ¡Qué pena! Pero, claro, sostenía relaciones con un hombre casado, ¿no? Y además carecía de esperanzas… Puede ser incluso que mecanografiemos una nota de despedida para su amigo

Tom Amyas…, distinta, naturalmente, de la que usted redactó. La muerte de Jemima Shore, Investigadora, la «estrella» de la televisión. Unos titulares en el periódico de la noche. Una nota elogiosa entre las noticias de la televisión. Y después… todo caerá en el olvido. ¡Es tan efímera la televisión, señorita Shore! Sus cosas se olvidan veinticuatro horas después de ser emitidas. Usted también será olvidada muy pronto.

Por debajo de aquel tono de voz agradable, ligeramente relamido, adivinaba yo un odio profundo. Me mantenía pendiente del cuchillo que ella empuñaba. La Hermana Lucy era más temible, en cierto modo, que Alexander Skarbek, por el hecho de estar loca. Él era perverso, malo, pero dentro de los límites de la razón. Ella estaba loca, y por tanto había rebasado la cordura.

—No siempre son olvidadas al día siguiente las cosas de la televisión. ¿Es que no recuerda el efecto que el espacio sobre el Patrimonio Powers causó en la Hermana Miriam y Beatrice O'Dowd? Nosotras no nos encontraríamos ahora aquí de no haber sido por ese programa.

—Eso no fue efecto de la televisión —protestó la Hermana Lucy —. Eso fue obra del propio Alexander Skarbek. Su maravillosa energía y sus creencias le permitieron llegar hasta ellas…

Hablaba inconteniblemente, como si desvariara. Era el suyo un calmoso desvarío. Hallándome enfrentada con la muerte, en forma de píldora, una de las que contenía su cajita rosada, no me sentía inclinada a discutir sus afirmaciones.

De pronto, la interrumpí.

—Lo de la Hermana Edward… Eso fue obra suya, supongo.

—Fue un error. Algo más que un accidente. Él se enfadó con tal motivo… Pero es que ella estaba comenzando a sospechar que la Hermana Miriam había sido encerrada premeditadamente en la torre, por otra monja. Había visto algo, hacía preguntas…

—En realidad, de quien sospechaba ella era de la Madre Ancilla —puntualicé.

A la Hermana Lucy no le pareció particularmente lamentable la equivocación, por lo que aprecié.

—Era una mujer peligrosa, he de decirle. La Hermana Edward estaba en la enfermería cuando la Hermana Hipólita me informó

acerca del pasaje secreto y del lugar en que estaba la entrada. Y yo di cuenta de ello a Alexander Skarbek… junto con lo que me había sucedido en el convento.

Casi con piedad, recordé el gesto de desdén de Alexander Skarbek al calificar las revelaciones históricas de la Hermana Hipo de «intolerables recuerdos de una vieja monja». Y después de todo, él no las había recibido de primera mano. Me alegré de que la Hermana Hipo, al menos, no hubiese sido secuestrada por La Monja Negra. Sobreviviría su reputación por la viveza de su carácter, sólo comparable a la de su lengua.

Luego, la Hermana Lucy añadió:

—Si la Hermana Edward no hubiese sido tan simple, habría dado con el pasaje por sí misma. Y hubiera podido referir la historia en cualquier momento a quien fuera. A su hermana Beatrice, por ejemplo.

—Usted odia a Beatrice O'Dowd, ¿no? ¿Por qué? Si las dos trabajan para la misma causa, para el mismo hombre.

—¡Para el mismo hombre! Beatrice O'Dowd no conoce siquiera al Alexander Skarbek que yo conozco. En tal sentido está a la altura de esas estúpidas jóvenes de sexto grado, Margaret, Dodo, Blanca e Imogen… Las utilizó a todas. ¡Qué emocionante encontraron las chicas aquello! Un hombre disfrazado de monja vagaba por el convento… Era algo que se acomodaba a sus fantasías de adolescentes perfectamente, ¿no?

«¿Y qué tal le iba aquello a la suya, Hermana Lucy?», hubiera querido preguntar a mi interlocutora.

Pero la monja continuaba hablando en el mismo tono:

—Jugaban con la leyenda de La Monja Negra. Creían estar en su secreto. Pero jamás conocieron la verdad sobre él. No llegaron al conocimiento de su real secreto. No lograron mucho más que Beatrice O'Dowd. Beatrice O'Dowd es una estúpida solterona que quiere practicar el bien en el mundo —la Hermana Lucy presentaba esto como un objetivo ridículo—. ¿Qué podía saber ella de las delicias, de las visiones, de los viajes de la mente y del espíritu que nosotros dos hemos conocido?

Pensé en Alexander Skarbek. Había logrado corromper a la Hermana Lucy. Pero también había intentado corromper a otros

seres inocentes, fracasando en su empeño. A su manera, Beatrice O'Dowd y Rosabelle Powerstock lo habían contenido gracias a su inocencia. Margaret y Dodo eran todavía inocentes por su juventud. Ojalá que tal cualidad les durara mucho tiempo, sirviéndoles siempre de protección. Margaret, particularmente, andaba necesitada de ello. Pero Margaret era inteligente. Después de todo, su reserva no ocultaba una falta de equilibrio. «Es una persona muy interesante», había dicho Skarbek. «Se asemeja a usted». Todo esto significaba que Margaret acabaría, probablemente, trabajando para alguien como Tom: su parecido con la aplicada Emily Crispin me atormentaba todavía. Me alegraba de haberle podido mantener alejado a aquel hombre, yo también, si bien en mi caso había sido el conocimiento y no la inocencia mi escudo protector frente a la corrupción.

Visiblemente, la Hermana Lucy estaba intentando dominarse tras su explosión verbal. El cuchillo del cirujano había empezado a temblar. Después, la mano se serenó. Finalmente, logró mostrarme de nuevo aquel agradable rostro que yo, a pesar de todo, continuaba asociando a su persona.

Agitó suavemente la cajita rosada, que produjo un sonido característico.

—Así pues, señorita Shore, ¿por qué no se toma una de estas píldoras?

Se hallaba entre la puerta y yo, que permanecía sentada. Pensé que ni siquiera una loca armada con un cuchillo sería capaz de obligarme a ingerir una píldora. De pronto, la Hermana Lucy se inclinó violentamente hacia delante, sujetándome por el cuello con extraordinaria fuerza, al tiempo que me empujaba perversamente hacia atrás. Había dejado caer el cuchillo. Al debatirme, tratando de localizarlo a tientas, noté que me estaba introduciendo rudamente la píldora en la boca. Me había asido la mandíbula con una mano. En el mismo instante, mi nariz era aplastada, de manera que no podía respirar. La tentación de tragar para aspirar un poco de aire era grande…

Sonó una campanilla claramente en las cercanías y las dos sufrimos un sobresalto. El toque se oyó más próximo. Hubo un fuerte clamor. Y luego el silencio. Hubo un toque más a

continuación.

—Es para mí —dijo la Hermana Lucy, mecánicamente.

Tres toques para requerir a la enfermera. Al disminuir la presión que ella ejercía en mí, tuve mi oportunidad. Escupí la píldora en la mano, arrojándola después al suelo. Fuese lo que fuese aquello, quería tenerlo lo más lejos posible.

—¡La Madre Ancilla! La Hermana Bonifacia debe de estar buscándome.

—Nada de eso. Soy yo quien anda buscándola, Hermana Lucy —dijo una voz suave—. Por tal motivo di los tres toques de campanilla.

LAS DOS GIRAMOS EN REDONDO. Era la Hermana Agnes quien estaba allí, en la puerta, observándonos con una mirada fija y severa. Llevaba en una mano una gran campanilla. Y una especie de hábito. Tenía que hacer algo por aquella monja, en cuanto se me deparara la primera oportunidad.

—Tenga cuidado, señorita Shore —la Hermana Agnes se mostraba más cortés que nunca—. Esta pistola debe estar cargada. Acabo de convencer al señor Skarbek para que me la entregara. Y yo no creo que sea un hombre al que se le ocurra llevar encima un arma sin munición.

—¿Dónde está? —preguntó la Hermana Lucy con voz ronca—. ¿Dónde está Alexander?

—En el coche, bajo los árboles, Hermana. En el Mini-Traveller. La está esperando. ¿No cree usted que debe unirse ya a él?

—¿En mi coche?

—El coche que trajo usted al incorporarse a la comunidad —la corrigió la Hermana Agnes—. El coche de la comunidad.

La Hermana Lucy pareció titubear. Pero mi incertidumbre era mucho mayor que la suya. No podía dar crédito a mis oídos. A menos que la Hermana Agnes formara parte también del complot, no tenía sentido permitir que Skarbek y la Hermana Lucy

prepararan su huida así. Cada una en su estilo, eran dos personas peligrosas: demasiado peligrosas para que estuvieran en libertad, como si no hubiese pasado nada.

La Hermana Agnes todavía ejercía sobre mí su característico efecto magnético. Y la Hermana Lucy se sentía también como hipnotizada. ¿O quizá su actitud era una consecuencia de la presencia de la pistola? La enfermera echó a andar hacia ella como una sonámbula y con aquella disposición giró hacia la escalera de las visitas. La puerta exterior no estaba cerrada. Se deslizó por ella. Lo último que vi de la Hermana Lucy fue su negro hábito a la luz del porche, encaminándose a la vía interior del convento.

No podíamos ver su rostro. Podía haber sido cualquiera… Esto es, cualquier monja.

—¿Por qué, por qué, Hermana Agnes? —salté—. ¿Por qué les permite huir? Está usted tan loca como ellos.

—Él ha vuelto a vestir sus ropas —la Hermana Agnes no respondió a mi pregunta—. Me alegro de ello. Las encontré en la sacristía, escondidas bajo las que habrá de utilizar el sacerdote en la misa de mañana. Ha sido una auténtica insolencia: su jersey y su anorak estaban bajo los atuendos bordados por la Hermana Perpetua para celebrar sus veinticinco años de vida religiosa.

La delicadeza de la Hermana Agnes era demasiado grande, observé, para aludir a los pantalones de Skarbek al mismo tiempo que a las vestiduras del sacerdote.

Luego, la religiosa dejó caer una mano sobre mi brazo.

—¿Qué otra cosa podía hacer yo, señorita Shore? Piense en ello. El convento está alborotado, nuestro trabajo ha quedado deshecho. La Madre Ancilla se está muriendo. ¿Cómo vamos a permitir que muera viendo el buen nombre del convento de Santa Leonor arrastrado por las páginas de sucesos de los periódicos, en titulares? Ya vivimos una experiencia así con la Hermana Miriam, y la Madre Ancilla sufrió mucho. ¿Qué habría pensado nuestra fundadora de todo esto?

¡Oh, las monjas! ¡Y qué poco sentido tienen de las cosas del mundo! El buen nombre del convento… ¿Acaso carecían totalmente del sentido de la realidad?

—Ese hombre iba armado. Ya sé que usted le quitó la pistola.

Sin embargo, sigue siendo un sujeto peligroso.

—¡Oh! Se refiere a esto… —la Hermana Agnes bajó la mirada para fijarla en el arma. Con un gesto de indiferencia, apretó el gatillo. Se oyó un pequeño ¡clic!, pero no sucedió nada—. No, esto no era del señor Skarbek. Que yo sepa, él nunca llegó a ir armado. No es de esa clase de hombres. Siempre ha preferido recurrir a sus personales métodos —la monja hizo un mohín, desistiendo, quizá, de ampliar el tema—. Esta pistola proviene del armario en que las chicas suelen guardar los útiles destinados a las representaciones teatrales. El pasado curso pusimos en escena la obra de Agatha Christie *Asesinato en el Nilo*. Una obrita deliciosa, verdaderamente… A usted le habría gustado. Tuvimos necesidad de una pistola con tal fin. Pensé que la Hermana Lucy no advertiría lo que la diferencia de las auténticas, a causa del estado en que se encontraba… No es raro, con la cantidad de píldoras que toma, a todas horas…

—Es usted una actriz completa —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Fui actriz en otro tiempo. Creo habérselo dicho ya —respondió la Hermana Agnes con una sonrisa—. No era muy buena, sin embargo. Entonces, me hice monja.

—Pues entonces es usted una monja completa.

—Gracias, señorita Shore. Ése es un cumplido que realmente valoro mucho. Aunque sé que soy indigna de él.

La Hermana Agnes bajó los ojos con un aire de modestia digno de la figura de Murillo con la cual habíale encontrado yo parecido. La idea estaba falta de fundamento, a decir verdad. O también podía ocurrir que en cuanto al aspecto físico la Hermana Agnes me recordara a determinada figura de Murillo, dejando a un lado el espíritu, que debía de haber sido forjado con «materiales» de superior consistencia. A la Hermana Agnes, quien habría podido retratar mejor por dentro y por fuera hubiera sido otro pintor español: Goya.

La monja se agachó, cogiendo el cuchillo abandonado por la Hermana Lucy.

—Debo devolver esto a la Hermana Clara. Será lo primero que haga mañana por la mañana —manifestó.

Evidentemente, su sentido del orden había sido ultrajado por la

presencia del cuchillo en un lugar que tan alejado quedaba de su sitio lógico, en la cafetería.

Era, verdaderamente, toda una monja. Aunque, desde luego, no tan silenciosa como aquella de que hablara el poeta Wordsworth, y sí muy viva, como ponía de relieve su forma de conducirse.

Un detalle bastante chocante: las sospechas de la Hermana Agnes habían sido suscitadas en primer lugar por las pesadillas de Tessa Justin. Yo ignoraba qué podía reservar a aquella joven el destino, pero a la vista del desarrollo de sus primeros diez años me costaba trabajo imaginar para ella una existencia libre de complicaciones. A la Hermana Agnes le había extrañado la actitud adoptada por la Hermana Lucy ante aquellas pesadillas. Tessa había sentido siempre por la primera un gran cariño. La otra, al igual que la Hermana Bonifacia, consideraba a Tessa una exhibicionista…

—Nuestro Señor, ¿no?, nos obliga a ser especialmente afectuosos con tales criaturas. Pensemos en aquellos niños que, según la Biblia, se juntaban en torno a Él… ¿No eran exhibicionistas a su modo? Trataban de conquistar Su amor.



Llevaba en una mano una gran campanilla y una pistola en la otra.

Como de costumbre, la Hermana Agnes, probablemente, estaba en lo cierto.

Pero no pensaba que Tessa mintiese. Entretanto, la evidencia de sus propios sentidos comenzó a indicar a la Hermana Agnes que alguien ajeno al convento merodeaba por él durante las noches. Primero fue una negra falda entrevista por una fracción de segundo al doblar una esquina; después, la visión de una monja, de espaldas, desvaneciéndose por un extremo del corredor superior; más adelante, un ruido en una de las habitaciones destinadas a los huéspedes y oficialmente vacía; un cuarto de baño extrañamente ocupado y luego vacío… Y sobre todo, la sensación de advertir una misteriosa presencia dentro y en torno a la capilla. Entonces, la religiosa empezó a mantenerse muy atenta a cuanto sucedía a su alrededor.

—Su novena, entonces… aquella primera noche en la capilla… ¿Era todo una excusa, un pretexto?

—Por supuesto que no, señorita Shore —la Hermana Agnes parecía sentirse ahora escandalizada—. Jamás me atrevería a valerme de una novena como pretexto de nada. Nuestro Señor nunca me lo perdonaría. Además, tenía muchos motivos para rezar, ¿no?

La Hermana Agnes, cada vez más convencida de que uno de los miembros de la comunidad estaba implicado en el misterio, se sintió impulsada a abordarme con la intención de disuadirme de mis propósitos, con ocasión de nuestra entrevista. La religiosa se había expresado entonces con su discreción de siempre, empeñándose, sin embargo, en hacerme comprender que la presencia de Jemima Shore, Investigadora, dentro del convento de Santa Leonor constituía otro problema… para expresar la cosa con la mayor suavidad posible. Ella murmuró algo sobre la no coincidencia de las normas de la televisión con las del convento. Me hice cargo perfectamente de lo que deseaba significar.

En cuanto a la Hermana Lucy… Sus movimientos habían suscitado muchas sospechas; se habían producido incontables ausencias por las noches. Y luego hubo el hecho claro de que la nota en que Tessa Justin anunciara su huida había sido mecanografiada en la máquina de escribir del dispensario, siendo precisamente la que utilizaba la Hermana Lucy para extender las recetas médicas.

—No llevaba aquí, con nosotras, mucho tiempo —explicó la Hermana Agnes, apretando los labios de una manera peculiar, que recordaba un gesto de la Madre Ancilla—. Y a la Hermana Bonifacia nunca la satisfizo el estilo de su vocación. Sí que es vieja ya la Hermana Bonifacia, pero es que aquí, en Santa Leonor, nosotras tomamos muy en consideración los puntos de vista de las religiosas de más avanzada edad. Por supuesto, cuando la Madre Ancilla muera habrá aquí muchos cambios —de nuevo aquel gesto de extrema naturalidad acerca del carácter inevitable de la muerte—. Pero para llevarlos a cabo le aseguro que serán consultados los deseos de quienes entienden mejor nuestras tradiciones. Y se respetarán los mismos. Los cambios deben producirse de acuerdo con la voluntad de Dios. Y algunas de nuestras monjas se encuentran ya muy cerca de Él tras toda una existencia dedicada al

culto y a la plegaria.

A pesar de las extraordinarias circunstancias determinantes de nuestra conversación, tuve la impresión de que estaba escuchando una especie de manifiesto de cara al futuro. Me acordé de la ocasión en que la Hermana Agnes había tratado cortésmente de disuadirme de mi propósito de entrar en la enfermería. La Hermana Agnes no podía figurar entre las monjas de mayor edad en Santa Leonor, pero tampoco ella había estado convencida del todo de la firmeza de la vocación de la Hermana Lucy.

—Bueno, pero no irá usted a dejarlos huir, ¿eh? —gemí—. Está muy bien lo de perdonar a los enemigos, mas hay que tener en cuenta que el hombre es un tipo peligroso, y un asesino. Y la Hermana Lucy está loca. Probablemente, también ha matado. Ciertamente, intentó matar a la Hermana Edward, aunque al final su muerte se debió a un accidente.

—No se trata aquí de perdonar, señorita Shore —manifestó la Hermana Agnes, con los ojos muy abiertos—. El perdón es cosa de Dios Todopoderoso, que lee en todos los corazones, y no nuestra. Yo, simplemente, he procedido de la mejor manera posible en su momento. He logrado que salgan del recinto del convento y sus instalaciones. Al encontrar al señor Skarbek en la sacristía, lo reconocí sin dificultad… Las chicas menores y yo vimos un video de su espacio anoche, un programa que, dicho sea de paso, es instructivo, si bien no estoy muy segura de aceptar todas sus conclusiones. Él no tenía ninguna idea sobre lo que yo sabía. Le sugerí la conveniencia de que saliera del convento inmediatamente. Así de sencillo. Era un intruso aquí. Estaba fuera de toda legalidad por ello. Le amenacé con llamar a la Policía si se negaba a obedecerme. Finalmente, le dije que le enviaría a nuestra enfermera, la Hermana Lucy, pues había dado muestras de padecer algún trastorno grave al haberse atrevido a meterse en el convento. Añadí que lo mejor sería que la esperara en el coche de la comunidad, que estaba aparcado bajo los árboles. Ella se encargaría de trasladarle al pueblo vecino, para procurarle alguna atención médica.

—Pero, Hermana Agnes, el hombre iba disfrazado de monja —objeté.

—Exactamente. Eso me ayudó a convencerle. Le dije: «Usted debe de estar loco para hacer una cosa así.» Se lo sugerí, y él no lo negó. Además, solamente… ¡ejem!… llevaba puesta la túnica. Su cabeza era claramente visible. Me limité a señalar sus ropas, diciéndole entonces: «Ésas son sus prendas de vestir, creo. Por favor: póngaselas.» Seguidamente, abandoné la sacristía.

Costaba trabajo creer que la Hermana Agnes hubiese sido como actriz tan mala como ella sostenía.

—Sin embargo, tendremos que ponernos en contacto con la Policía por la mañana.

—Con respecto a eso, debemos confiar en Dios, señorita Shore —contestó la Hermana Agnes, que parecía estar cansada, por primera vez—. Él dispondrá lo que sea. Debemos confiar en Él.

Otra aterradora idea me asaltó bruscamente.

—Pero, ¿y el testamento, Hermana Agnes? ¿No se da cuenta? En virtud del segundo testamento de la Hermana Miriam, toda la propiedad pasa al Proyecto Powers. Incluso en el caso de que Skarbek sea encarcelado, la propiedad irá a parar a aquél. No hay nada malo en cuanto al Proyecto en sí: las otras personas que tienen que ver con él son gente honesta, si bien un tanto extremada en sus opiniones sobre la sociedad. Todo será perfectamente legal. Ustedes se verán rechazadas, desposeídas de sus tierras. Ante la puerta principal de su convento quedará instalada una comunidad de trabajadores. Sus tareas aquí habrán llegado al mismo tiempo a su fin.

—El segundo testamento de la Hermana Miriam no ha sido encontrado todavía, ¿verdad, señorita Shore? Mientras no sea hallado, el válido será el inicial, el primero, por el que se cede todo al convento.

—Pero el otro acabará por ser encontrado. Créame, será encontrado.

Me faltó valor para decirle que yo sabía el sitio exacto en que estaba.

—Pues nada, que lo encuentren. Debemos seguir poniendo toda nuestra fe en Dios Todopoderoso, señorita Shore —replicó la Hermana Agnes—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

18 HACIA EL FUTURO

NO FUE NECESARIO, CON TODO, entrar en contacto con la policía. Al día siguiente, muy temprano, ésta se presentó espontáneamente en el Convento de Santa Leonor. Los visitantes fueron atendidos por una Hermana Damiana todavía somnolienta, a la que indicaron que deseaban ver a la Reverenda Madre. Ya que ello no era posible, por encontrarse muy débil, fue la Hermana Bonifacia, acompañada por la Hermana Elizabeth y yo misma, quienes oímos la noticia de que eran portadores los agentes, relacionada con un accidente de automóvil mortal, ocurrido en Church Hill a hora temprana de la mañana.

Una noche oscura, una curva muy pronunciada en una empinada cuesta que había sido tomada a velocidad excesiva… Era, en resumen, lo que Alexander Skarbek habría considerado (por una vez con toda propiedad) un accidente natural, si bien desgraciado.

Los dos pasajeros del coche habían fallecido en el acto. La Policía lamentaba verse obligada a molestar a las hermanas del Convento de Santa Leonor a hora tan importuna, pero sucedía que el vehículo estaba registrado a nombre del centro religioso… Además, había de hacer saber a la Hermana Bonifacia que una de las víctimas era monja. Había sido monja.

—Al parecer, era la monja quien conducía —explicó el que daba la impresión de ser el agente de más categoría, al tiempo que se aclaraba la garganta, como si la emoción le hubiera hecho enronquecer un poco.

—La gente suele decir que las monjas somos malas conductoras —comentó la Hermana Elizabeth, entristecida—. Confían en que Dios las protegerá en todo momento, en lugar de estar pendientes

de la carretera, se afirma. Esto no es verdad, en absoluto. Pero la Hermana Lucy, realmente, era una mala conductora. Profesó como monja durante poco tiempo.

Había lágrimas en los ojos de la Hermana Elizabeth. Al cabo de unos momentos, comenzó a citar a Wordsworth para sí misma.

«Existe un consuelo en la fuerza del amor;
Es la que hará una cosa soportable, aquella que de otro modo
Trastornaría el cerebro, o quebrantaría el corazón…»

No veía yo con claridad a qué amor aludía: ¿al amor de Dios, o al amor de la Hermana Lucy por Alexander Skarbek?

Cuando la Hermana Elizabeth hubo callado, la Hermana Bonifacia dijo, con firmeza:

—La Hermana Lucy no confió suficientemente en Dios.

Un policía comentó:

—Esta conductora, ciertamente, no se mantuvo atenta a la carretera.

Pensé en la Hermana Agnes. Indudablemente, ella siempre creería que había sido Dios Todopoderoso quien de manera tan oportuna y conveniente había dispuesto de la Hermana Lucy y Alexander Skarbek. Pero yo no quería pensar así. Consideraba aquello un accidente natural y, pensándomelo más detenidamente, afortunado. Afortunado para todos. Incluso para los muertos.

Estábamos sentados en el Salón de las Monjas, junto a la puerta principal. Los policías y yo misma nos sentíamos confortados por el café, caliente, delicioso, que aun a aquella temprana hora la Hermana Clara había logrado preparar.

Esperé a que los agentes se fueran, y a que las religiosas se retiraran, para iniciar el interminable y triste proceso de desenmarañar y ordenar todos los hechos anómalos que últimamente se habían desarrollado en aquel inquieto convento.

Sola allí, en el Salón de las Monjas, había de realizar también una penosa tarea. Tratando de olvidarme momentáneamente de las novias de Cristo, me acerqué al pulido tablero de la mesa donde estaba la carpeta que contenía fotografías de boda de antiguas

alumnas. Derramé sobre la mesa unas cuantas muestras del arte de Lenare y Yevonde, de Bassano y Vandyk, y otros ejemplos más recientes. Introduje una mano en la carpeta y tenté un papel fino sujeto al cartón. Lo saqué: era un sobre.

En el sobre había sido escrito lo siguiente: «Ésta es la auténtica última voluntad y testamento de la Hermana Miriam.» Reconocí la letra: era la de Rosa. Pese a todos los avatares, no había cambiado mucho desde la época en que éramos condiscípulas. El testamento de Rosabelle Powerstock había permanecido oculto y a salvo allí, entre aquellas novias que no eran las de Cristo, sino las de ricos corredores de bolsa, pobres doctores irlandeses, príncipes extranjeros, esforzados abogados católicos y otros tipos de hombres de esta religión.

Fue el instinto lo que me hizo buscar ahora la capilla. Sobre todo, yo deseaba conocer la paz. Allí, al menos, encontraría el reposo y el silencio. Ya no surgirían fantasmas merodeadores que alterasen su ornamentada tranquilidad.

Una vez en la capilla, me senté en el banco que quedaba más cerca de la imagen del Sagrado Corazón. El corazón: mi símbolo. En aquel banco había tropezado por primera vez con la Hermana Agnes, que se mantenía vigilante y seguía al mismo tiempo su novena. Trémulas se veían las llamas de las velas, de las que había un pequeño bosque esta mañana. A su luz, cerca del altar, procedí a leer el último mensaje de mi amiga:

«Yo, Rosabelle Powerstock, conocida como Hermana Miriam, de la Orden de la Torre de Marfil, mentalmente normal a pesar de cuanto me ha sucedido, revoco por el presente todos los demás testamentos. En la confusión en que me veo, he rogado a Dios y a Sus santos y a nuestra Santa Señora que me guíen.

»Quiero poner mi propiedad en manos de los pobres, de acuerdo con el mensaje de Nuestro Salvador y Señor Jesucristo. Sin embargo, me he dado cuenta últimamente de que no he encontrado aún aquellas manos adecuadas en que colocarla. Existen presiones en torno a mí y también internas. Ya no sé cuál puede ser la decisión más atinada. Así pues, tendrán que ser otros, quienes han sido siempre mucho más fuertes que yo, los que decidan esta cuestión.

»Por consiguiente, dejo las tierras que rodean el Convento de Santa Leonor, en su totalidad, a Jemima Shore. Ella sabrá qué debe hacer con ellas. Todo lo demás lo dejo, como antes, a la comunidad de la Orden de la Torre de Marfil, de la cual intento ser hasta el día de mi muerte un miembro fiel.»

El documento estaba firmado así: *Rosabelle Powerstock*, figurando entre paréntesis: *Miriam. A.M.D.G*. En la parte inferior del testamento habían firmado como testigos Blanca Nelligan e Imogen Smith.

PERMANECÍ SENTADA, QUIETA, durante largo rato, con aquel papel entre mis dedos. Pensaba entonces en muchas cosas. Del pasado: Rosa. Había sido la nuestra una amistad de la que yo tomara mucho, y que sin embargo abandonara. Y olvidara. Esta amistad, en cambio, había marcado la vida de Rosa. Había tenido bastante con verme en la televisión, participando en cualquier superficial programa, solicitando reformas sociales desde la seguridad de mi posición, para decidirse a desprenderse de cuanto tenía con el fin de dárselo a los pobres. Era una amistad la nuestra que al final, de un modo inconsciente, había provocado su muerte. Una amistad fundada en la confianza, sostenida hasta sus últimas horas, ya que siempre había estado convencida de que su antigua amiga llevaría a cabo las tareas que ella no podría realizar por carecer de fuerzas para ello.

Del futuro: el futuro de este convento, desposeído de sus tierras. Pero era posible que las mujeres que se encontraban dentro de él quedasen libres de su encarcelamiento, para desempeñar posteriormente un papel más valioso en la sociedad… De mi propio futuro: la fundación de un gran poblado, quizá, para los humildes, con la colaboración de Tom y la ayuda del W.N.G. Como Rosa había querido. Como Tom lo deseaba.

Pensé en el presente: en la Madre Ancilla, que agonizaba en su desnuda celda de la planta superior.

Al cabo de un rato, estiré el papel, acercándome más al altar del

Sagrado Corazón, para hacer entrar en contacto una esquina de aquél con la llama de una de las velas. Hubo una pequeña llamarada. Sentí momentáneamente una leve quemadura en mis dedos, dejando entonces caer el papel al suelo. Nada más sentí, en absoluto.

Me levanté del banco, para descubrir a continuación la figura de la Hermana Agnes, quien me observaba desde la puerta lateral. Había hecho una de sus silenciosas entradas.

—Estaba usted en lo cierto al depositar su confianza en Dios, Hermana Agnes —le dije—. Ya no se producirán más cambios en el Convento de Santa Leonor.

—¡Oh! Sí que habrá cambios aún aquí, señorita Shore —replicó la religiosa—. Pero los decidiremos en común. He de notificarle que nuestra Reverenda Madre me ha designado en su lecho de muerte como su sucesora. Mi primer paso será confirmar la elección mediante una votación de la comunidad. Votarán hasta las legas. Será un acto claro, abierto.

La creí. Y me figuré que la votación no haría más que confirmar su nombramiento.

Ahora ya no tenía nada que hacer allí. Pregunté si podría ver a la Madre Ancilla antes de mi regreso a Londres. Se había debilitado mucho y estaba intensamente pálida, pero mantenía una perfecta compostura. La Hermana Bonifacia cuidaba de ella, bajo las órdenes del doctor: pese a su edad, a la Hermana Bonifacia no le disgustaba, al parecer, haber salido de su retiro como enfermera.

Estreché la mano que tan a menudo había acogido la mía cálidamente: estaba muy fría. Un crucifijo sobre el lecho constituía la única decoración de la celda. Imperaba allí un ambiente frígido: aquella parte no era cálida como el ala en que se alojaban las chicas.

—Madre Ancilla —dije—: usted lo sabía, ¿no? Usted sabía lo del testamento, ¿verdad?

—¡Oh, no, hija mía! Yo no sabía nada. Yo sólo había concebido sospechas. Ella te quería mucho. Confiaba enormemente en ti, en tu buen juicio. «Jemima es una muchacha muy brillante», solía decir. Y las noches en que tú aparecías en la pantalla de la televisión solicitaba un permiso especial para verte. Te admiraba muchísimo.

Como todas nosotras, desde luego, Jemima. Al no ser hallado ningún testamento, y dar ella la impresión de sentirse tan desdichada, tan confusa, pensé que podía haber hecho algo como eso…

La Madre Ancilla tomó un sorbo de agua. La ayudé.

—Pero, claro, no podía estar segura. Y no sabía dónde estaba el testamento. De haberlo sabido, naturalmente que lo habría mostrado. Tú sabes que nosotras, las monjas, somos unas fieles observadoras de la ley.

Pasé esto por alto.

—¿Fue ésa la razón que la indujo a hacerme venir aquí? Explíquemelo todo ahora.

—Quizá. De haberle cedido ella la propiedad, yo me imaginaba que lo mejor sería que te pusieras de nuevo en relación con nosotras. Y que comprendieras bien todo lo tocante a nuestro trabajo, convenciéndote así de que valía la pena salvarlo. Y eso fue lo que hiciste, hija mía, ¿no?

La Hermana Agnes la había puesto al corriente de todo.

Hice un movimiento denegatorio de cabeza.

—No fue por eso. Fue porque ustedes eran el bien. Y él representaba el mal.

La Madre Ancilla sonrió.

—¡Qué simple, Jemima! El bien y el mal. Lo bueno y lo maligno. ¿Qué sabemos nosotros de todo esto? Nada. Es Nuestro Señor Quien lo sabe… Nosotros hemos de limitarnos a aseguramos de que en la tierra realizamos la labor que Dios desea que hagamos.

Hubo un largo silencio. La monja se incorporó un poco sobre las almohadas.

—Ahora, Jemima, me ha llegado el turno de las preguntas… ¿Tú crees que algún día… podrías… quizá…?

—No, Madre, nunca —contesté con firmeza—. Lo siento. Se dice que la fe es un don de Dios. Si es así a mí se me ha negado.

—Pero tú quieres creer. Lo sé. Lo siento.

—No…

Fue una respuesta suave la mía. Al fin y al cabo me hallaba junto al lecho de una moribunda. Pero aun así tenía que decir la verdad. Otro silencio. Y luego…

—¿Tú quieres creer, hija mía?

Y seguidamente, medió mi honestidad, aquella honestidad que nunca desechaba porque era parte de mí misma. En contra de mi voluntad, odiándome, incluso odiándola por un momento, repuse, absolutamente sincera:

—Sí, Madre, yo quisiera creer.

La Madre Ancilla sonrió. Fue una seráfica sonrisa la suya, una sonrisa de niña.

—Bueno, pues la cosa es muy sencilla, ¿no? Nuestro Señor se ocupará de ello, ¿verdad?

Moví la cabeza, denegando. No era todo tan simple. Aquello no significaba nada. Únicamente que me era imposible evitar decir la verdad. Aquello no tenía que ver con nada.

—Él se ocupará de que recibas el don de la fe. O yo se lo pediré para ti.

La voz de la Madre Ancilla se oía cada vez más débil.

Al cabo de unos minutos, una monja, la Hermana Damiana, creo, se me acercó, tocándome en un hombro:

—Ahora debe usted irse, señorita Shore.

Me levanté silenciosamente, echando una última mirada a la Madre Ancilla antes de separarme de ella… para siempre. Sí. Yo sabía que sería para siempre. Estaba sonriendo todavía, débilmente, como victoriosa. Ella se ocuparía de todo cuando compareciese ante Nuestro Señor. Me había prometido conseguir para mí el don de la fe. Lo sentía por Él… Si Él existía.

REGRESÉ EN MI COCHE A LONDRES, volviendo a tomar posesión de mi abandonado apartamento. Examiné por encima mi correo, que Cherry había dejado clasificado en pequeños grupos de cartas, como era de rigor en una secretaria perfecta. Había entre ellas una carta oficial de Megalith Television, por la que se me felicitaba por el éxito de mis espacios, especialmente el del Patrimonio Powers («Situado en el

primer puesto del "ranking”.») Estaba firmada por Cy Fredericks. Al pie había garabateado estas palabras: «Bien hecho. La Gema de mi colección.» Aquella misiva sugería también la creación de una nueva serie bajo el título general de «Hacia el Futuro». La dejé a un lado: a diferencia de lo que me ocurría con el pasado, el futuro no se me figuraba particularmente urgente.

Dejé un mensaje para Tom en la Cámara de los Comunes, notificándole que había regresado a Londres. ¿Tendría la bondad de telefonearme? Mi vestido de la suerte, con su motivo de los corazones, colgaba, listo para ser usado, de una de las perchas del armario guardarropas. Cogí el *Evening Standard* y comencé a leerlo. A veces, cuando me siento deprimida y espero una llamada telefónica, leo el *Evening Standard* página por página, como si me dispusiese a sufrir un examen. Pero en la presente ocasión arrojé el periódico al suelo, junto con la carta de la Megalith Television. Decidí salir a dar un paseo.

La noche era hermosa. Y yo ansiaba estar serena, y sentirme libre. Me tenía por completo sin cuidado encontrarme fuera de mi apartamento cuando Tom llamara…



V.1 agosto 2013
Scan



Epub editado por Sagitario

Notas

[1] *Agnes* = Inés. *Agnus Dei* = Cordero de Dios. (*N. del T.*)<<

[2] Famosa actriz inglesa. (*N. del T.*)<<

[3] *Paraíso perdido*, de John Milton.<<

[4] *La tierra baldía*, de T. S. Elliot.<<

[5] *Shore* equivale entre otras acepciones a «costa», «ribera», «playa», etc. (*N. del T.*)<<

[6] *Fête*: palabra francesa, «fiesta». *Fate*: palabra inglesa, «destino». (*N. del T.*)<<